

ANABEL GARCÍA



CATARSIS
2
EL DESENLACE

CATARSIS II

Anabel García

Libro 2

« La imaginación es más importante
que el propio conocimiento».

Julio Verne.

Twitter: <https://twitter.com/SoloTuya2015>

Facebook: <https://www.facebook.com/AnabelGarciaEscritora/>

Instagram: Anabel_garcia_libros

Correo electrónico: Solotuyanabel@hotmail.com

Página web: <http://solotuyanabel.wixsite.com/anabelgarcia>

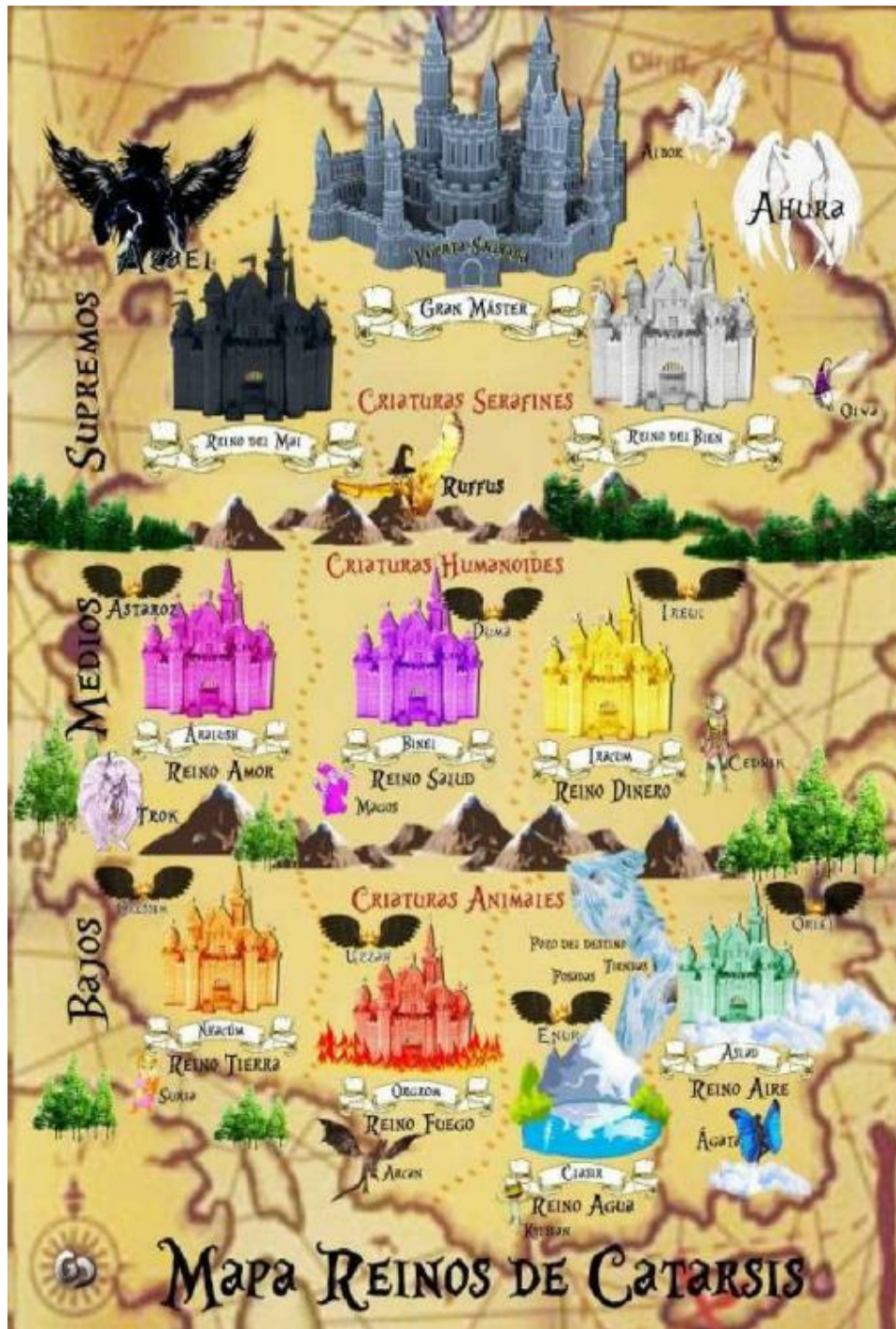
©Anabel García

Copyright©Diseño de cubierta: H. Kramer

Fotografías: Anatol Misnikou/123RF y ©Can Stock Photo/Vegas

Primera edición: Octubre 2018

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados.
Cualquier utilización sin autorización de la autora será considerada delito.



Prólogo

En tiempos inmemoriales existió un ser de luz pura, un ser de corazón noble y limpio que servía fielmente a Dios, llamado Azael. Él era un ángel guerrero, un ángel protector, poseedor de gran coraje y valentía, defendía el Cielo con su alma, por lo que pronto se convirtió en Su favorito y por ello, también en alguien demasiado prepotente.

Fue una única vez la que Azael desobedeció una orden impuesta por el Ser Supremo y, debido a aquella deliberada desobediencia, fue desterrado para siempre del Paraíso.

Pero Dios es misericordioso y después de dejar al ángel vagar durante una eternidad por el infinito sin pena ni gloria, de nuevo le llamó a convertirse en algo importante: un gran serafín, nada más y nada menos que el mismísimo Señor del Reino del Mal, en un mundo bautizado como Catarsis.

Con eso, Azael pasaba a ser un ángel esperanzado por obtener una segunda oportunidad en su amarga existencia. Al fin tenía la ocasión de demostrarse a sí mismo que no era un simple repudiado y se propuso firmemente conseguirlo.

Una vez en Catarsis, Azael, al igual que su hermana serafina Ahura,

Señora del Reino del Bien, vivía en completa armonía con su entorno, ambos mantenían la balanza de los dos Reinos Supremos en equilibrio, nada hacía el uno sin que el otro lo supiese o aprobase, y así consiguieron que, a través de los tiempos, el bien controlase al mal, y viceversa. Lo único que debían lograr era no sobrepasar la fina línea que los separaba.

Aunque Azael siempre estuvo mucho más concienciado sobre dicha necesidad de equilibrio, debido a su antigua existencia. Él ya conocía las consecuencias devastadoras de la insubordinación hacia el Gran Máster y por eso su alma se mantenía en calma. Entonces logró conocer la felicidad.

Pero esa felicidad duró poco. Nada hacía presagiar el terrible acontecimiento que se avecinaba, lo cual teñiría de negro una vez más, y esta vez para siempre, el corazón del Señor del Mal, haciéndole rebasar la ya mencionada línea que separaba ambos Reinos y destrozando así en mil pedazos la balanza que los equilibraba.

Todo en él se tornó oscuro y perverso. Su única ambición durante siglos fue que todos los seres que le rodeaban sufriesen como él lo hacía y que sintiesen su pena de la misma manera, con la misma intensidad. Por eso destrozó casas, mató mujeres y niños, e incendió cultivos, todo ello enmarcado en un sinfín de atrocidades más.

Nada poseía valor para él, nunca jamás volvería a tenerlo, ya nada importaba, solo deseaba con todas sus fuerzas que el Gran Máster le castigase de nuevo, desterrándole de Catarsis, para poder volver a ser un alma en pena, o como todos lo llamaban: un ángel caído. De nuevo sería un espíritu errante, sin rumbo, aunque también sin pena, pues los espíritus no recuerdan ni lo bueno ni lo malo. Necesitaba olvidar y para ello solo había un camino, el vacío.

Sin embargo, el Gran Máster decidió dejarlo donde estaba, no quiso

darle la satisfacción de desaparecer sin más, de olvidarlo todo. Azael debería afrontar sus actos y aprender a superar su dolor sin huir de él y ése sería el peor de los castigos que pudieran asignarle, una existencia rodeada de recuerdos bonitos que ya no volverían jamás. Por eso nuestro temible serafín se recluyó en su Palacio de Cristal y no volvió a salir de él.

Al mismo tiempo que todo esto ocurría en el Reino del Mal, sus vecinos, los habitantes del Reino del Bien, derrochaban bienestar en todos los sentidos. La balanza se había decantado claramente a su favor y cuanto mayor era la desgracia de Azael, mayor era también la fortuna de Ahura. Ella era la magnificencia personificada, por eso consiguió enseguida ser admirada y querida por todos los habitantes de Catarsis, sin excepción.

No obstante, el universo es una impresionante órbita, un ciclo que da vueltas constantemente, girando para que todo, tarde o temprano, retorne a su origen. Y el desdichado corazón de Azael no iba a ser menos, por lo que terminó apaciguándose, volviendo a estar en armonía, y con él la balanza regresó a su equilibrio natural.

Esto hizo disminuir considerablemente la popularidad de Ahura, que dejó repentinamente de disfrutar de la veneración de los nueve Reinos. Por este motivo intentó, de todas las maneras posibles y durante mucho tiempo, que Azael volviese a ser malvado, pero éste ya había perdido todo interés por la vida y la muerte, nada le estimulaba lo suficiente, ni para hacer el bien, ni para hacer el mal, la apatía le invadía por completo y Ahura nunca consiguió que reaccionase, cosa que a la vez lograba que ella se enojase más y más.

Ahura primeramente consideró eliminar a Azael, pues imaginó que si no existiese el mal, solo existiría el bien, pero no tardó en comprobar que uno no podía existir sin el otro, mientras las leyes del Gran Máster siguiesen rigiendo aquel universo.

Entonces... ¿cuál debería ser su siguiente paso? Pensó que si derrotaba al Gran Máster, ella se convertiría en la nueva diosa de Catarsis y ya nada se interpondría en su camino, así recuperaría el poder que antes ostentaba y el cariño de todos sus súbditos.

Pero no podía hacerlo sola, para ello debería convencer antes a sus hermanos, aunque conseguirlo no le resultaría demasiado difícil, pues todos ellos la amaban incondicionalmente y su palabra era ley. La excusa perfecta sería la felicidad y prosperidad de Catarsis. Pronto descubriría que sus hermanos estaban más que de acuerdo con matar al Gran Máster, excepto uno, al que no le contó nada para que no se interpusiera en su camino, aunque de él se ocuparía más tarde.

Si lograba que entre todos los serafines agotasen suficientemente al Gran Máster el día de la Redención con una desmesurada cantidad de pecados, cuando Éste estuviese realmente debilitado por el perdón de tantas faltas, ella le asestaría el golpe de gracia, haciendo creer a los habitantes de todos los Reinos que fue un desafortunado accidente.

Todo sería muy sencillo, solo debía aguardar pacientemente a que llegase el gran momento. Así que la vida transcurría con normalidad en Catarsis.

Pero un buen día todo cambió de repente: un ser de otro mundo apareció misteriosamente... ¿o acaso su presencia no resultaba tan misteriosa?

Ahura, en cuanto tuvo noticia de aquella extraña visita, se dispuso a enviar a Azael hacia *Nhacúm* con el único pretexto de matar a la chica, aunque, en realidad, lo que pretendía era cerrar los portales de regreso a su hermano y así, cuando él consiguiese volver a su Reino, sería demasiado tarde para intentar salvar al Gran Máster. Ella ya habría llevado a cabo su siniestro plan y Azael no representaría ninguna amenaza, estaría a su merced por

siempre, como el resto del mundo. Todo estaba saliendo a pedir de boca.

Lo que Ahura nunca imaginó es que las fuerzas mágicas, lideradas por Ruffus, habían descubierto su plan y se disponían a frenarlo. Tampoco supuso que Azael y la humana se confabularían para intentar derrotar a los serafines junto a los búhos magos, hermanos de Ruffus, ni mucho menos que esa insignificante chiquilla representaría la más mínima amenaza para ella o los suyos.

Pero Noa, una criatura de apariencia frágil e inocente, completamente inofensiva a los ojos de cualquiera, albergaba el arma más poderosa del mundo, tan solo debía darse cuenta de que dicho instrumento se encontraba en su poder desde el principio y entonces podría derrotar a todo el que se interpusiera en su camino.

¿Sería capaz de descubrirlo antes de que fuese demasiado tarde?

Capítulo 1



Vida: 120

Maná: 50

Fuerza: 150

Dinero: 0

Rango: 40

A punto de liarla parda.

—**V**aya, vaya ¿pero a quién tenemos aquí? —El gran ser oscuro se gira por fin para mostrarme su rostro y me quedo petrificada al verlo.

Es el hombre más apuesto que haya contemplado jamás, físicamente perfecto, tiene unos ojos azules tan claros que incluso parecen transparentes, una nariz bastante fina, comparada con la robustez de su mandíbula, no tiene barba y, debido a la capucha que cubre su cabeza, no logro adivinar de qué color tiene el cabello, aunque apostarí a que es rubio, dada la claridad de sus cejas.

Diría que es demasiado perfecto para mi gusto, pues me atormenta mirarle directamente. Pero hay algo en su expresión que no me permite confiar en él, su sola presencia me pone en guardia.

—Me complace saber que Azael cada vez tiene mejor gusto —celebra sin apartar sus gélidos ojos de los míos.

Sin haberme dado cuenta, he levantado ambas manos y estoy amenazándole con ellas, a la vez que retrocedo.

—¿Qué tiene que ver Azael en todo esto? —Rompo mi silencio inconscientemente al escuchar su nombre.

—Más de lo que puedas imaginar, querida.

—¡No te permito que me llames así!

Retira delicadamente la capucha de su cabeza, haciendo un amago de sonrisa, para dejarme descubrir que tiene el pelo completamente blanco y... ¿es que no tiene las orejas puntiagudas? ¡Suponía que era el elfo macizorro del que me habló Suria!

¿Entonces, sigo en Catarsis?

—¡Oh! Puedes relajarte, *querida* —enfatisa la palabra que expresamente le acabo de prohibir pronunciar, acompañando tal desafío con un leve gesto de su mano, indicando que me tranquilice—, en mi templo no

está permitida la magia, es inútil que lo intentes si quiera.

Y como si con esta frase encendiese el botón secreto de mi rebeldía, intento lanzarle algo con mis manos, pero efectivamente, de ellas no sale nada, ni humo. Ahora le observo intrigada y bastante más temerosa que hace un momento. Me siento indefensa como un corderito, aunque uno muy enojado.

—Tranquila, no voy a hacerte daño, por eso exijo que tú respondas de la misma manera conmigo. Creo que eres demasiado impulsiva, ni siquiera sabes quién soy y me atacas. ¿No crees que antes de morder deberías cerciorarte de que tu víctima implica una amenaza para ti? Solo actúan de este modo los animales asustados ¿de qué tienes miedo, Noa?

—¡No tengo miedo!

—Entonces ¿por qué tiembles, querida? —Agudiza su mirada—. ¿Por qué intentas agredirme? Cuando algo no te produce miedo, simplemente no le prestas atención. Tú deseas eliminarme, por lo tanto no te paso desapercibido —insiste.

—¡Me estás provocando deliberadamente! Y eso no significa que vayas en son de paz, no es miedo, es prudencia —espeto airosa.

—¡Prudencia! ¿Acaso sabes tú lo que significa esa palabra? No has conocido la prudencia en tu vida, muchacha —su tono denota sorpresa.

De pronto chasca sus dedos y aparece de la nada, a su espalda, un sillón de cuero negro, donde toma asiento plácidamente, sin ni siquiera mirarlo.

—¿Qué sabrás tú de mi vida? —le reprocho.

—Más de lo que te imaginas, conozco a tu tío Jesús, conozco a Susana y a Alejandro, incluso... —se recoloca en su asiento —conocí a tus padres.

—¡Mientes! —Al escuchar que conoció a mis padres se me forma un

nudo en la garganta que me impide respirar.

—No miento, ya lo comprobarás más adelante, pero ahora es demasiado pronto para hablar de ese tema, no estás preparada aún. Te hallas aquí porque has deseado desaparecer y lo has hecho.

Miro a mi alrededor asustada.

—¿Dónde estamos? —Indago.

—Esa no es la pregunta correcta —cruza una de sus piernas a la altura de los tobillos, mientras niega con la cabeza.

—¡No tengo ánimo para tus adivinanzas! —Exclamo, molesta por tanto misterio.

—Noa, no me importa lo más mínimo tu ánimo. Quiero que contestes algunas preguntas antes de que yo te responda a la tuya. Espero que después sepas realizar la pregunta acertada —propone.

—Eso no es justo, tú haces varias y yo solo una —le reprocho.

—Es el trato, ¿lo aceptas o no?

Los dos nos miramos fijamente, tanteando al otro. La conclusión es que no tengo escapatoria.

—Sí, vale —le concedo.

—Debes contestar únicamente con la verdad, de lo contrario serás castigada, no es una advertencia, es una amenaza —espeta en plan chulito.

Yo asiento, a la vez que trago saliva. A saber a qué le llama *castigo*, pero por si acaso, no me apetece comprobarlo.

—En cuanto a tu existencia como humana ¿vives tu vida como realmente deseas, o como quieren los demás?

¿Qué clase de pregunta es esa? ¿En serio he de ser sincera?

Suspiro.

—Como quieren los demás —lamento, algo avergonzada.

—Está bien, me complace comprobar que no mientes. Ahora vienen las preguntas importantes. Noa, si te dijese que solo te quedan tres días de vida ¿qué harías? ¿Estarías donde estás en estos precisos momentos?

—¡No! —Grito involuntariamente.

—Pareces muy segura de ello, aunque he de recordarte que estás únicamente donde tú has deseado estar—. Me observa pagado de sí mismo, pero ese *no*, me ha salido del alma. No quiero estar aquí, aunque en mi mundo no soy mucho más feliz, en realidad, no hay nada que me haga desear volver.

—No estoy segura de eso —pues me gustaría más estar en Las Maldivas con una piña colada y un tío dándome masajes.

—¿Dónde irías de conocer el día de tu muerte? ¿Y qué harías una vez allí?

—No me lo había planteado nunca, supongo que viajaría a algún lugar paradisiaco para estar tranquila en esos últimos días —me encojo de hombros.

—¿Tanto como Catarsis?

—Puede ser.

—Por lo tanto, podemos afirmar que estás en el mejor sitio que podrías haber imaginado, o que es incluso mejor que en tus sueños —investiga.

—No estoy segura de eso. Yo me refería a las Cataratas del Niágara, Las Maldivas, o algo similar, aunque es cierto que Catarsis no tiene nada que envidiarles, en cuanto a paisajes se refiere —pienso en voz alta.

—Aseguras que en esos momentos te gustaría estar tranquila, o lo que es lo mismo, dejarte morir, y quiero que recuerdes siempre algo, Noa: vivir no solo significa no morir, pues no hay mayor muerte que la ausencia de vida y si se ama la vida debes estar dispuesta a morir por ella, pero sobre todo a vivirla.

No soy capaz de añadir nada, pues me ha dejado boquiabierto. Sea lo que sea, jamás pasaría mis últimos días de vida embarcada en una cruzada suicida contra unos seres extraños en un mundo surrealista, eso sí que lo tengo claro.

—Siguiente pregunta ¿con quién te gustaría estar en ese último momento? ¿Te gustaría morir sola?

—¡No! —Vuelvo a exclamar demasiado segura.

—¿Con quién lo compartirías? —insiste.

¡Qué pesadito! ¿Y ahora qué digo? Mi corazón ha respondido mucho antes que mi boca, que se niega rotundamente a pronunciar ese maldito nombre.

—No tengo padres, ni hijos. Mi novio me es infiel y lleva robándome desde hace años, aunque siempre le perdono, sí soy patética, lo sé. Mi tío se llevaría un disgusto si muero porque se quedaría sin la peor camarera de la historia, y a Susana no le gustan los dramas, sería la peor compañera en un lecho de muerte —hablo conmigo misma.

—La pregunta no es con quién no estarías —indica con suspicacia.

—¡Con Suria! —Respondo animada—. Estoy segura de que ella me reconfortaría en esos momentos—. La conozco desde hace poco tiempo, pero podría ser a la única que quisiera tener junto a mí en momentos difíciles, le he

cogido muchísimo cariño porque es lo más parecido a una madre que he tenido nunca.

—Recuerda que no debes mentir si no quieres ser castigada y los dos sabemos que no me estás diciendo la verdad —gruñe, malhumorado.

—¿Y si lo sabes, por qué me haces decirlo? —me quejo.

—Porque las cosas al ser pronunciadas en voz alta se tornan más reales.

Cierro los ojos con fuerza y tomo aire a la vez que aprieto mis puños a ambos lados del costado.

—Con Azael —sentencio entre dientes, sorprendiéndome a mí misma al descubrir la gran carga que me he quitado de encima al admitirlo.

—¿Le amas?

Abro los ojos de golpe, no quiero contestar a eso.

—¡No! ¡Ni loca!

—Te estoy dando demasiadas oportunidades, Noa, no me gustan las mentiras, has contestado con un *no* rotundo a todo y luego has recapacitado y lo has terminado admitiendo. En tu vida actúas de la misma manera y debes hacerlo al contrario —su tono ahora es más duro.

—Te estoy diciendo la verdad, no le amo, es más, ahora mismo le odio, me ha mentado, me está utilizando y se ha reído de mí.

—Querida humana, déjame que te cuente algo, tu vida únicamente depende de ti y de las decisiones que tomes, así es que puedes vivirla placenteramente, disfrutando de cada momento, o derrocharla, pensando en el qué dirán. Es tu vida, haz con ella lo que tú quieras.

«Pues eso es cierto, pero también es mucho más fácil decirlo que

hacerlo» pienso.

—Cuando bailaste con el ángel en la taberna de Orgrom ¿te sentiste bien? —quiere saber.

—¡Sí! —Creo que nunca me había sentido tan desinhibida.

—Cuando volabas a lomos del pegacornio, o del dragón, incluso del búho ¿te sentiste bien?

—¡Sí! —Nunca me había sentido tan libre.

—¿Y qué hay de cuando hiciste el amor con Azael?

«¡Madre mía! Con solo escuchar esa frase se me pone el vello de punta».

—No tienes por qué avergonzarte, te sorprendería saber la cantidad de féminas que suspiran por él, tanto en este mundo, como en muchos otros, te puedes considerar afortunada por gozar de sus atenciones.

—¿Afortunada? ¿En otros mundos? —Pregunto hecha un lío, ya que ahora mismo solamente estoy... celosa.

—Le gusta visitar a las mujeres en sueños, pero eso ya lo sabías, pues tú ya le conocías cuando viniste a Catarsis ¿me equivoco?

Quiero meterme debajo de algo, me está sometiendo a un tercer grado ¿por qué este señor sabe tantas cosas sobre mí?

—Sí, así es —admito con voz de pito mirando hacia abajo.

—No es posible engañarse a uno mismo, por eso no puedes mentirme a mí. Hace falta ser muy valiente para dejar que alguien llegue a ti, para bajar la guardia y abrirte de nuevo al amor, después de haber sido herida, pero te garantizo que es uno de los mayores placeres de la vida, de hecho, por eso

estás aquí. Te recomiendo encarecidamente que lo hagas, nunca sabes cuándo va a ser el hombre definitivo y si no lo es, al menos tendrás recuerdos maravillosos que atesorar.

—¡No puedo abrirme a algo que sé de antemano que es imposible!

—¿Imposible? ¿No acabas de aprender que solo tú decides en tu vida? ¡No hay nada imposible en este mundo, Noa! ¿Todavía no te has dado cuenta? Puedes volar, puedes desaparecer y transformarte en otros seres, echar fuego por las manos, comunicarte por telepatía... Lo único que debes hacer es creer en ti.

Permanezco pensativa unos instantes, intentando ordenar en mi cabeza todo lo que me está diciendo el misterioso/presunto elfo... o lo que sea. Entonces, levanto la mirada y clavo mis ojos en los suyos.

Es hora de hacer mi pregunta.

—¿He muerto?

—Todo lo contrario, joven, disfrútalo —sentencia.

Se pone en pie como un ciclón, volviéndose a colocar la capucha sobre su cabeza para darme la espalda, a la vez que levanta su mano hacia el cielo, chasca los dedos y todo a mi alrededor se transforma en oscuridad.

—Lo conseguirás, Noa —escucho dentro de mi mente.

Capítulo 2



Vida: 120

Maná: 50

Fuerza: 150

Dinero: 280

Rango: 50

¿Dónde co... estoy?

Llevo media hora gritando mientras caigo frenéticamente a lo largo de una cascada gigantesca, tragando agua cual pez sediento y sintiendo el vacío en mi

estómago. Creo que estoy cayendo por algo mucho más grande que las malditas Cataratas del Niágara ¿en qué hora pensaría yo en ellas? Y lo mejor de todo, es que lo único que logro preguntarme es si éstas serán las aguas de la famosa Gruta de las Cabezas, ésa donde nos dijo el arcano que se escondían los búhos ¿pero por qué tendré una imaginación tan fructífera?

De pronto me hundo de manera violenta en el gran lago donde el agua de las cataratas va a morir. Supongo que, ahora en cuanto saque la cabeza, me encontraré en un lugar bello y apacible donde podré descansar. Pero la realidad es otra muy distinta, porque esto de apacible tiene poco, ya que parecen las turbulentas aguas de un géiser y en cuanto me sumerjo en dicha laguna, algo me absorbe hacia el fondo con fuerza, dejándome sin respiración.

Los pulmones me arden y la cabeza va a estallarme al llevar tanto tiempo sin poder respirar. Abro los ojos, desesperada, para tratar distinguir algo a mi alrededor, alguna posible salida a la superficie y, cuál es mi sorpresa, que descubro ante mí un mundo entero y colorido, lo veo todo con absoluta nitidez, me recuerda a la aldea de los *pitufos*, es alucinante, pero ahora mismo no es mi mayor prioridad porque ¡no logro respirar!

Las fuerzas comienzan a fallarme y mi nivel de vida a disminuir a una velocidad vertiginosa y es, justamente en este preciso momento, cuando diviso frente a mí una plataforma de ladrillos rodeada por algo azul.

«Si eso no es una burbuja de oxígeno estaré perdida» me intento animar a mí misma al creerme morir, pero está demasiado lejos. Entonces, recuerdo

lo que me acaba de contarme el elfo misterioso «*en Catarsis nada es imposible, solo tengo que creer*» me digo.

Deseo con todas mis fuerzas poder respirar, casi no soy capaz de pensar con claridad debido a la falta de oxígeno que aprisiona mi cabeza. «Las druidesas se funden con los elementos de la naturaleza, obtienen su poder de la armonía con éstos» me vienen a la mente estas palabras de repente. Entonces, por puro instinto, doy una fuerte bocanada para tomar aire, pero lo único que entra en mis pulmones es agua y comienzo a convulsionar intentando en vano toser. Y de pronto, justo cuando creo que todo está perdido y como si de magia se tratase... consigo respirar. Sin más.

—¡Estoy respirando! ¡Debajo del agua! —chillo como una loca.

Hago una especie de baile ridículo para celebrarlo y una gran sonrisa invade mi rostro cuando veo que mis piernas se han transformado en una cola de pez gigante.

—¡Joder, soy una maldita sirena! —grito con todas mis fuerzas, partiéndome de la risa yo sola.

Estoy respirando bajo el agua como si estuviese fuera de ella y nado como si viviese aquí toda la vida, no doy crédito. Además tengo los ojos abiertos y veo todo a la perfección, ¡es alucinante!

Buceo sin dificultad, aquí la gravedad no es como en la Tierra, pues aunque permanezca quieta, no me impulsa hacia la superficie, que por cierto, es inexistente. Lo único que me rodea es agua por todas partes, no hay orillas, ni espacios abiertos, ni nada, solo agua. Esto es lo más parecido que haya visto nunca al fondo del mar, aunque hay luz y el agua es dulce.

Decido volver hacia atrás, para ver si puedo salir por donde he entrado. Nado durante un buen rato, pero nada. Juraría haber visto al caer casitas de

colores por algún sitio, aunque a lo mejor ha sido una alucinación producto del fuerte golpe que me di en la cabeza al chocar contra el agua, porque no parece haber nada por aquí, aparte de algas y peces.

Comienzo a desesperarme, pues no entiendo qué tengo que hacer aquí, no hay ninguna puerta, ninguna llave, ninguna pista que me lleve a pensar en el siguiente paso. Continúo nadando, sin más, durante horas.

De repente aparece frente a mí una tortuga marina gigantesca.

«¿Qué hará una tortuga marina en un lago de agua dulce?» sería la pregunta que hasta hace poco me hubiese hecho, pero dados los acontecimientos vividos en los últimos tiempos, sin ir más lejos que me haya convertido en sirena, ni siquiera me sorprende tal hecho.

La tortuga me saluda con una voz temblorosa por su avanzada edad y un tanto distorsionada por el efecto del agua.

—Bienvenida a Clasir, Noa.

—¿Clasir? —me escucho a mí misma con mucho eco y algo lejana.

—Sí, el Reino del Agua.

«¿Reino del Agua? Pero si estaba en Orgrom y no he pasado por ningún Palacio de Cristal ¿cómo es posible?» cavilo preocupada.

—Señora Tortuga, ¿sería tan amable de indicarme dónde está Orgrom?

—Supongo que tendré que ir a buscar a mis amigos.

—El Reino de Fuego está justo al lado contrario, ahora te encuentras en la frontera con Aslad, el Reino del Aire —me informa con demasiada parsimonia para mi gusto.

Realizo algunos movimientos rápidos con mis manos, pero no soy capaz

de hacer aparecer los dichosos mapas, ¿por qué recordaré el número que resultó premiado en la lotería de hace tres años, pero no logro acordarme de lo que realmente es importante para mi supervivencia? Mi memoria selectiva está atrofiada, por no decir idiotizada. Con aquello que hicimos de sincronizarnos podría saber dónde se encuentran mis amigos ¿qué rabia me da no poder hacerlo ahora!

—¿Qué se supone que estás haciendo aquí? —Una voz más que familiar a mi espalda hace que me gire de golpe.

—¡Killian! —exclamo sorprendentemente aliviada al verle embutido en su armadura azul, buceando tan tranquilo.

—Todos te están buscando ¿dónde te habías metido? —Parece que retiene una sonrisa de triunfo y ni siquiera repara en mi esplendorosa cola.

—¡Aparecí en el templo de un elfo y después aquí, caí por una cascada kilométrica, pero ahora puedo respirar y tengo cola de sirena! —le cuento atropelladamente haciendo aspavientos con las manos.

—¿Una cascada? —Nos interrumpe la tortuga.

—¡Sí! —contesto entusiasmada por su interés.

Ellos dos se miran con una expresión un tanto extraña.

Killian enseguida se apresura a cambiar de tema.

—Noa, debes regresar a casa, tu familia te está buscando, sabes que no es recomendable que te alejes demasiado debido a tu enfermedad —alega, dándome palmaditas en la espalda.

—¿Qué dices, te has vuelto loco? —Le recrimino.

Me hace gestos raros con su cara cuando no le mira la tortuga.

—¿De qué templo dices que apareciste? —insiste la tortuga.

—¡Lo siento, señora! —exclama Killian de nuevo —, esta chica sufre alucinaciones y cree ver cosas que no son reales, la pobrecita cada vez está peor. Seguro que ha escuchado por ahí la historia sobre las cascadas y ahora se imagina que ha caído por ellas, ¡si hasta se sorprende por tener cola! Y eso que la tiene desde que nació —explica el sapo.

—Si se refiere a la Cascada de los Deseos debes tener mucho cuidado, pues nada volverá a ser igual a partir de ahora si has deseado algo durante tu caída —me advierte la tortuga haciendo caso omiso a mi amigo el batracio.

Yo la observo pensativa sin añadir nada más, pues, conociéndome, seguro que meto la pata hasta el fondo. No recuerdo haber deseado nada en concreto.

—¿No lo ves? Ya se ha quedado otra vez absorta en su mundo —Killian me coge del brazo para dirigirme hacia la dirección opuesta a la tortuga.

—¡No olvides soñar, Noa! —profiere la tortuga antes de perderla de vista.

¡Madre mía, qué locura!

Cuando convertirse en sirena te parece lo más normal del mundo, es que algo no va bien ¿no?

—¿Por qué me conocía esa tortuga, Killian? —le pregunto una vez que nos hemos alejado lo suficiente.

—Creo que en estos últimos días te has hecho bastante famosa —me cuenta.

—¿Últimos días? ¿Famosa? —repito confusa.

—Llevamos buscándote cinco días y cinco noches como locos, Noa, no te encontrábamos por ningún sitio, así es que Azael nos ordenó que cada uno volviese a su Reino para averiguar lo que fuese, rastreando cada lugar sin descanso, hasta debajo de las piedras.

—¿Cinco días? —no doy crédito, si para mí solo han pasado minutos.

—¡Sí, eso he dicho! ¿Estás sorda?

—¿Y por qué dices que soy famosa? —Algo me hace sospechar que no me va a gustar la respuesta.

—Bueno, digamos que Azael ha ido pregonando por todos los Reinos cierto rumor...

—¿¡Qué?! ¡Suéltalo de una vez si no quieres convertirte en un anca de rana frita! —Le amenazo, agarrándole con fuerza de la pechera.

—Hemos colgado carteles con tu imagen por todo Catarsis ofreciendo una recompensa —admite risueño.

—¿Qué recompensa?

—Quien te encontrase podría casarse contigo —murmura entre dientes y nervioso.

—¿¡Cómo dices?! —Le aniquilo con la mirada bañada en fuego y él levanta sus patas verdes en señal de rendición.

—No fue idea mía... ¡y por supuesto no tendrás que casarte conmigo!

—¡Oh! Perdona mi desfachatez, pero es que eso ¡ni siquiera se me había pasado por la cabeza! —le grito, embargada por el enfado.

Él parece nervioso.

—Debo llevarte con él, casi pierde la cabeza buscándote, no come ni

duerme, parece realmente preocupado —me explica.

—Claro, imagino que estará en el trono de Orgrom sin poder pasar de Reino, por eso me espera —supongo en voz alta.

—Te equivocas, la última noticia que tuve es que se dirigía hacia el Reino del Mal a lomos de Arcan para incrementar su ejército por si los serafines decidían atacar antes del día señalado.

—Pero él no puede pasar por los portales sin mí.

Killian parece pensativo y se encoje de hombros.

—A lo mejor se lo han vuelto a permitir sus hermanos, o quizá surcando los cielos sí que le sea posible... yo qué sé. Son cosas de serafines.

—¡Son cosas de un farsante! —rujo.

¿Es que me ha mentado en todo? ¡Lo mataré!

Continuamos buceando uno junto al otro, sin añadir nada más, hasta que al final llegamos a un claro y ascendemos hasta la superficie.

¡Por fin tierra firme!

Una vez que salimos, me siento en la orilla para meditar sobre todo esto, a la vez que mi cola desaparece para convertirse de nuevo en piernas. Observar cómo las escamas se van fundiendo con mi piel es una auténtica pasada.

—Killian.

—¿Qué?

—¿Qué hay de atractivo en que se ofrezca a una mujer para casarse?

Él no contesta, por eso me giro para mirarle a los ojos.

—No creo que por el simple hecho de ofrecer una esposa —insisto—, se pongan todos como locos a buscarme. ¿Hay algo más que no me has contado? —conjeturo, agudizando la mirada.

Él eleva una de sus patas y se acaricia la nuca, nervioso.

—Creo recordar que también decía que serías su esclava sexual —murmulla entre dientes de una forma casi inaudible.

Y justamente en ese momento pierdo el dominio de mi razón.

Capítulo 3



Vida: 30

Maná: 50

Fuerza: 150

Dinero: 280

Rango: 50

¡Esclava sexual será tu madre!

No soy consciente de que corro a una velocidad inusual en mí hasta que siento la violencia del viento contra mi rostro, además, las ramas de los

arbustos golpean mi piel con violencia a mi paso, pero no me dañan, debido a que algo protege mi cabeza.

Cuando por fin recobro la visión, ya que hasta ahora mismo solo corría para huir de mí misma y no veía más allá de la ira que me invadía, y que me sumía en la oscuridad más absoluta, descubro que estoy avanzando a gran velocidad y a cuatro patas. Es decir, mis manos ahora son patas peludas y negras.

Entonces freno en seco, derrapando y todo.

—¡Joder!

—Bonita pantera —resuena un silbido a mis espaldas.

Me giro bruscamente para averiguar de quién se trata, pero no veo a nadie, aunque su terrible olor invade mis fosas nasales. Quien quiera que sea huele a barro y a sudor revenido.

Noto cómo cada músculo de mi fibroso cuerpo se mantiene en tensión, esta forma es mucho más sensitiva que la humana, o al menos a mí me lo parece, pues escucho incluso la suave brisa correr entre las hojas de los árboles y huelo hasta el agua de un riachuelo cercano.

Estoy en guardia, al acecho, en cualquier momento, por cualquier mínimo sonido, sería capaz de saltar dos metros de altura, es increíble la armonía que tiene el movimiento felino.

Mis orejas se giran involuntariamente hacia atrás y me agazapo en el suelo por puro instinto de supervivencia, sé que algo me vigila muy de cerca, pero no me da tiempo a descubrirlo, porque, en este preciso instante, una red

cae sobre mi cuerpo para elevarme envuelta en ella hasta la copa de un árbol.

Suelto un rugido que casi logra asustarme hasta a mí. El corazón me late tan fuerte y rápido que se me va a salir del pecho. Busco una escapatoria, revolviéndome con violencia e intento romper las gruesas cuerdas que me envuelven con mis garras y mis colmillos, pero todo resulta inútil.

—¡Cálmate, no tienes escapatoria, lo único que conseguirás es lastimarte! —me aconseja la voz desde abajo.

Dirijo mis ojos hacia su procedencia y ahora sí que veo a alguien, no salgo de mi sorpresa al descubrir de quién se trata.

—¡Estabais aquí! —exclamo aliviada.

No escucho mi voz, tan solo una especie de rugido suave que, por lo visto, ella entiende.

—Quisiste encontrarnos mientras caías por la Cascada de los Deseos y el agua te ha traído ante mí —me informa.

«Más que el agua ha sido mi cabreo, pero bueno» le rebato para mis adentros.

—¿Estás tú sola? —le pregunto.

Me extraña un poco que todavía no me haya liberado y lo peor es que parece no tener ninguna intención de hacerlo.

—Mis hermanos están al llegar —me informa sin el menor entusiasmo.

Se gira sin permitir que vea su rostro, pues lleva la capucha violeta puesta sobre su cabeza y se dispone a marcharse.

—¿Dónde vas? ¿No piensas bajarme de aquí? —la increpo.

—Sí, por supuesto, pero todavía no, debo resolver un par de asuntos

antes de eso. Ahí estarás más segura.

Entonces, la hermana de Ruffus, cuyo nombre no recuerdo, desaparece entre la maleza, sin más.

¡Tócate los huevos!

No voy a negarlo, esperaba que este encuentro fuese algo más emotivo. Aunque, teniendo en cuenta su animadversión hacia mí estando su hermano vivo, cuando la noticia de que él murió por mi culpa llegase a sus oídos, no creo que ahora, al tenerme delante, haya deseado matarme a besos, precisamente.

Desconozco el tiempo que transcurre desde que la misteriosa hermana de Ruffus se marcha hasta que dos engendros de la naturaleza aparecen con dos grandes hachas cada uno, para cortar la cuerda que me retiene presa. Al hacerlo, la red que me sostiene se abre y yo caigo desde lo alto del árbol al suelo ¡gracias al cielo que los felinos siempre caen de pie! Porque de lo contrario, la leche hubiese sido fina.

Intento huir a toda prisa, pero enseguida uno de los dos monstruos enormes me atrapa entre sus brazos por el cuello, sin el menor esfuerzo, para arrastrarme hasta una jaula que han colocado junto a mí, sin que me haya dado ni cuenta. Por más que intento escapar, revolviéndome como una posesa entre sus brazos, no lo consigo. Eso sí, unos cuantos arañazos de mis zarpas en su cuerpo sangrante, demuestran que quietecita no me he quedado.

Rujo furiosa a modo de protesta mientras me transportan en la jaula a través del bosque, pero no me hacen el menor caso.

Los observo nerviosa mientras avanzamos, parecen orcos, pero tienen rostros similares a los humanos, aunque no tan definidos como los nuestros, pues sus facciones están algo borrosas y deformes, es decir, tienen una cara

desdibujada, donde no se distingue la boca de la nariz ni de los ojos.

«¿Dónde diablos está Killian cuando se le necesita?» me pregunto.

Pronto nos encontramos delante de una gran cueva, entramos y nos sumergimos en el agua que hay en el interior de ésta, donde respiro sin dificultad, aunque no puedo evitar que me invada una horrible sensación de claustrofobia, dado que me hallo metida en una escueta jaula en la profundidad de un lago.

Llegamos hasta una especie de ascensor que nos trasporta a otro sitio del interior de la cueva, esta vez ya sin agua. Todo es lúgubre y tenebroso a mi alrededor, únicamente alumbrado por unas finas antorchas de fuego que se encuentran colgadas en las paredes.

Los dos orcos amorfos dejan caer la jaula a propósito al suelo para que me haga daño y después se retiran, dejándome sola en medio de una sala rocosa rojiza, que no tiene más que una especie de trono marmóreo sobre un pedestal al fondo. Yo me revuelvo histérica, esto no está siendo para nada una bienvenida amigable.

—Siento no tener una jaula más cómoda para mi invitada de honor —la voz de la hermana de Ruffus retumba por la estancia, es una auténtica hija de...

Escucho mi rugido y no logro dejar de mostrarle los dientes, es algo involuntario.

—Relájate, gatita bonita, podemos ser buenas amigas, tan solo tienes que confesar dónde está tu amo —propone.

«¿Mi amo?! A lo mejor no me ha reconocido y piensa que soy una pantera de verdad» me planteo.

—No seas ilusa, sé de sobra que eres la humana —protesta, indignada por mi subestimación.

Sus piernas aparecen frente a mis ojos, esta vez tiene forma humana, y va completamente desnuda, únicamente ataviada con un vestido largo de gasa blanca que se transparenta al trasluz. Su olor no me gusta, huele a peligro. De pronto se agacha para mirarme fijamente a los ojos, pues solo alcanzaba a ver hasta su cintura, debido a mi posición.

Me sobresalto y siento cómo se encrespa todo el pelo de mi lomo y cómo mis garras salen hacia afuera en señal de advertencia. En menos de un segundo mi gran zarpa se dispara entre los barrotes hacia su cara, asestándole un gran arañazo que ella se apresura a tapar con sus manos, a la vez que se retira de manera apresurada de la jaula.

—¡Serás zorra! —se queja.

Me observa con desdén mientras su arañazo va desapareciendo. Observo entonces que sus ojos son de un color casi blanquecino, impenetrables, es rubia y su pelo largo y liso le llega hasta la cintura. Sus labios son carnosos, los lleva pintados de un color rojo carmesí, siendo la única nota de color en su immaculada apariencia, desde luego tan preciosa como nociva. Nada que ver con la fachada de hermanita inocente que tenía siendo un búho.

—¿Por qué me encierras? —le pregunto enojadísima.

—Enseguida lo verás, quiero que estés presente en una conversación que espero te resulte de lo más interesante y para ello me viene mejor mantenerte quietecita —ruge.

Se dirige con paso firme hasta el pedregoso trono, donde toma asiento.

—¿Dónde estamos? —inquiero.

—Aunque no lo parezca, estamos en el Palacio de Cristal de Clasir, donde el camuflaje es un valor añadido a la supervivencia. Mi querido Enur vendrá enseguida —me informa, despreocupada.

—¿Tu querido Enur? —Se me revuelve el estómago—. ¡Juraste defender la causa de Ruffus! ¡Eres una traidora! ¡Por el amor de Dios, era tu hermano! —grito fuera de mí al cerciorarme de su traición.

Ella suelta una sonora carcajada, echando la cabeza hacia atrás.

—Ruffus era mi hermano, efectivamente, pero dejó de ver las cosas con claridad hace mucho tiempo y se apartó del camino correcto, a pesar de mis consejos —me explica.

—¡Él solo vivía por protegeros, lo hizo todo por vosotros, incluso sus últimas palabras antes de morir fueron que os salvase! ¡Sois unos desagradecidos! —bramo indignada.

—¡Te equivocas, humana! Lo único que pretendía era salvar a ese demonio degenerado, no le importaron en absoluto nuestras advertencias —alega furiosa.

—¡Le debía lealtad, aunque tú jamás entenderás el significado de esa palabra, él era su Señor! —Intento excusarle—. Además, la que se está apartando del camino eres tú, la Caldera predijo el destino y todos vimos cómo los serafines se dirigían a matar al Gran Máster, ¿es eso lo que quieres? —Me siento terriblemente decepcionada, pues creía que los búhos estaban de nuestra parte.

—¡Tonterías! La Caldera muestra lo que cada uno quiere ver, Ruffus estaba cegado por Azael y no veía más allá de su causa, aquella vieja Caldera

hace siglos que dejó de predecir nada, todo fue obra de ese maldito diablo que le envenenó la cabeza —escupe.

—Eso no es cierto, yo misma vi cómo Ruffus le contaba a Azael todo y no al revés —ahora me sorprende defendiendo al ser más odioso de este mundo.

—O eso pretendieron que creyeras, ya veo que escenificaron muy bien el teatro —me fulmina con la mirada —eres una criatura misteriosa y nadie conoce realmente el alcance de tus poderes, a pesar de que el Pozo te declarase druidesa ¿no crees que todos querríamos tenerte en nuestro bando, por si acaso? —Niega con la cabeza—. Aun así, no pensaba que fueses tan tonta.

—¡No te creo!

—Cuando llegaste a Catarsis fui yo la que avisé a Mi Señora de ello, Ahura, aunque Ruffus me lo prohibiera expresamente. Ella estuvo al tanto de todo siempre e, incluso así, consintió que vivieses. Te ha permitido avanzar para observar tu potencial, para que aprendas a desarrollarlo, ella ha sido la única que te ha protegido desde el principio y la única que velará por ti siempre ¿o acaso crees que realmente fuiste capaz de resucitar a Azael tú sola? —Sonríe malévolamente.

Sus palabras consiguen que dude de mí misma, haciéndome sentir insignificante de nuevo.

—¡Todo lo que estás afirmando es falso! No conseguirás convencerme —contraataco.

—Ruffus debía morir porque solo se interponía entre la gran causa y nosotros, se convirtió en alguien realmente molesto y fui yo quien desveló a Gressim su posición cuando estaba escondido junto a ti —me informa.

Mis ojos se abren desmesuradamente y unas cuantas lágrimas caen por mis mejillas.

—Le traicionaste, a tu propio hermano, eres una...

—Es una lástima —me interrumpe sin un ápice de remordimiento—, que te hayas decantado por el bando perdedor, te podría haber ido muy bien junto a nosotros, pero decidiste seguir a un búho decrepito y a su patético amo venido a menos, así que ahora tendrás que asumir las consecuencias.

Cada vez siento más miedo y más indignación por sus palabras.

—¿Qué pretendéis? ¿Por qué queréis acabar con el Gran Máster? Sin Él todo terminará, Catarsis no tendría sentido —inquiero.

—Eso es lo que nos han hecho creer desde siempre, pero en realidad hace tiempo que nos abandonó a nuestra suerte, ya no nos quiere. Ni siquiera creo que esté en Su Palacio cuando vayamos. Mi Señora, Ahura, demostrará ser mucho mejor que Él, de hecho ya lo está haciendo —explica, orgullosa.

Suspiro, pues me sorprende que, precisamente, sea esto lo que yo tantas veces pensé sobre Dios cuando recordaba a mis padres y ahora mismo estoy defendiendo a muerte Su postura.

—¿Y tú qué ganas con todo esto? —quiero saber.

—Liberar a mis hermanos del yugo de sus señores, Ahura me ha prometido su libertad y sé que cumplirá su palabra —me observa indecisa — ¡aunque eso no es asunto tuyo!

Con esta respuesta puedo suponer que sus hermanos no tienen ni idea de su traición.

—Claro, crees tanto en ella que has escondido a tus hermanos en la Gruta de las Cabezas para que no los encuentre, por si te saliese mal la jugada

—me burlo.

De repente se levanta y se dirige a toda prisa hasta llegar a mi jaula y la golpea fuertemente con algo que no veo.

—¿Cómo sabes eso, maldita desgraciada? —ruge entre dientes, muy nerviosa.

No me da tiempo a contestar porque de pronto una cegadora luz azul invade la sala, iluminándola por completo y haciéndome cerrar los ojos para no perderlos. Esto me suena.

—Resulta que la gatita no es tan mansa como parecía— resuena una suave voz espectral.

—¡Enur! —exclama ella, poniéndose en pie rápidamente y dándome la espalda, a la vez que hace una reverencia.

—Olwa, cuánto tiempo sin verte —su serena voz retumba por toda la cueva.

—Ahura te manda recuerdos —dice la tal Olwa mientras se arrodilla.

Enur avanza y se sienta en el trono que hace unos momentos ocupaba ella, entonces, su resplandor deja de ser tan intenso para permitir mirarlo.

—Puedes levantarte —ella obedece —¿por qué me has mandado llamar?

—He capturado a la criatura, Mi Señor.

Él se levanta.

—¿Eso crees? —pregunta, demasiado interesado.

Ella se aparta y señala mi jaula con ambas manos.

Cuando mis ojos y los del serafín se encuentran siento mi corazón palpar desbocado.

—Una pantera... muy curioso —susurra, mientras me contempla anonadado.

—Tomó esa forma mientras huía de Killian y gracias a ello pudimos apresarla. En esta forma no puede hacer magia, Mi Señor —le informa ella.

—Está bien, Olwa, puedes retirarte —ordena él, acompañando sus palabras con un gesto despectivo de su mano.

—Pero, Mi Señor —le reclama ella, preocupada.

—¡He dicho que puedes retirarte! —Eleva la voz, haciéndonos temblar a ambas.

Ella hace una reverencia a modo de despedida y desaparece de la sala sin añadir nada más, aunque manifiestamente enojada.

El serafín es muy corpulento, tiene forma humanoide, pero no llega a ser del todo como un hombre, pues es mucho más alto y esbelto, sus extremidades son demasiado largas y el rostro no consigo verlo debido a la luz que desprende.

—Ahora que estamos solos tú y yo, te doy mi palabra de que te dejaré en libertad si me ayudas —propone.

Demasiados trucos sucios por todas partes.

—¡No pienso ayudarte en nada! —rujo.

—¡Oh! —Se sorprende—. Nunca pensé que a Azael le gustasen las mujeres con tanto carácter —comenta, riendo.

—¿Por qué me relacionáis todos con ese monstruo? —me quejo.

Él no contesta, pero hace un gesto extraño con una de sus manos, parece haberle molestado mi comentario.

—Aquí el único monstruo que hay eres tú, humana —suelta finalmente.

De pronto la jaula desaparece y yo recupero mi cuerpo.

—Eres muy atractiva, eso no se puede negar —me observa con detenimiento desde la distancia que nos separa.

Entonces, sin dudarlo ni un segundo, me apresuro a lanzarle una ráfaga de meteoritos incandescentes, pero chocan todos contra una burbuja invisible que le rodea. Sonríe complacido al ver mi expresión de decepción.

—Ni en tus mejores sueños podrías derrotar a un serafín, eres una necia —asegura, mientras mira sus uñas de manera perezosa.

—¡Ya basta! ¡No te consiento que sigas insultándome! —le amenazo colérica con mi súper espada *Aniquilator*.

—Tú no eres nadie para consentirme nada—, el hecho de que permanezca apaciblemente sentado en su trono, sin ni siquiera mirarme, mientras yo estoy al borde del delirio, dándolo todo, me pone mucho más frenética—, por el único motivo que sigues con vida es porque mi hermana precisa de ti para chantajear a Azael, no te creas más importante que eso, eres un simple cebo.

—¡Mientes! No vas a conseguir que dude de mí misma —le reprocho.

Mi espada desaparece de repente de mis manos, la busco por todas partes, pero no está en ningún sitio.

—¡No me digas! Qué tierno, te has creído sus mentiras. Añadimos pues a tu larga lista de cualidades la de *ilusa*, ¿te han hecho creer que eres especial? No, espera, ¿cómo llamaron a la anterior? ¡Ah, sí! ¿¡¡La Elegida!!?

—se burla, soltando una carcajada—. Si te contase la cantidad de elegidas que han muerto por seguir la corriente a esa panda de descerebrados, te sorprenderías. Pregúntale a tu querido Azael, si es que vuelves a verle alguna vez, qué ocurrió con Khorleen, seguro que le encantará contártelo.

—¿Quién es Khorleen? —pregunto intrigada, me hace sospechar que fue alguien demasiado especial para mi querido serafín.

—¡ESO A TI NO TE IMPORTA!

Su atronadora voz a mi espalda hace que se detenga cada parte de mi cuerpo.

Capítulo 4



Vida: 120

Maná: 50

Fuerza: 150

Dinero: 280

Rango: 80

Me tiembla todo, no quiero ni mirarle.

Enur se levanta de repente con el rostro desencajado por el miedo, pero se

apresura a disimularlo.

—¡Azael!

—No quiero hablar contigo, entrégame a la humana y me marcharé, ya te daré tu merecido después —ruge.

Yo continúo paralizada, de espaldas a él, sin fuerzas para mirarle.

—¿Has venido expresamente a buscarla? —pregunta Enur, ahora divertido—. Entonces esto va más en serio de lo que imaginaba, hermanito.

—¡Cállate! —le ordena Azael, terriblemente enojado.

«¿No era suficiente con desaparecer, también tenías que traerme directamente hasta la cueva del enemigo?» me reprocha en la mente.

—¡Yo no te he traído a ningún sitio, has venido tú solito! —exclamo crispada, girándome por fin para mirarle a la cara.

Lo que estremece mi cuerpo al mirar esos malditos ojos naranjas es inexplicable, solo se puede sentir. No sé si él sufre el mismo impacto que yo ante nuestro contacto visual, pero veo que traga saliva. No lleva puesta su armadura, va con el torso descubierto, lo que significa que ha venido corriendo y ni siquiera ha caído en ello, o también puede ser que no tema a su hermano.

—¿Os comunicáis telepáticamente? —pregunta Enur sorprendido—. Nadie puede leer la mente de un serafín, a no ser que sea... —se detiene en seco y mira a su hermano asombrado, éste asiente.

—Enur, suéltala ahora mismo y nadie saldrá herido —le propone Azael.

—Tengo órdenes expresas de llevarla ante nuestra hermana —le informa

el Señor del Reino del Agua.

—¿Ahura? —pregunta molesto—. ¿Entonces es cierto que ella es la que ha planeado todo esto? ¿Y vosotros habéis acatado su traición, sin más? — Ahora ha levantado la voz.

—Todos sabemos que necesitamos alguien que nos guíe, alguien en quien creer y que esté a nuestro lado.

—¡Ya lo tenemos, Él nos creó!

—El Gran Máster solo aparece cada dos mil quinientos años ¿no crees que merecemos algo mejor, después de dedicar una existencia entera a servirle? Nos ha abandonado, Azael ¿todavía no te has dado cuenta? Aunque a ti te abandonó mucho antes que al resto, no comprendo tu defensa —insiste Enur.

—¡Eres un desagradecido! Él siempre ha estado para nosotros, siempre está para todos aunque no lo veas. Cuando tienes un problema ¿de quién te acuerdas, a quién imploras? Los que os habéis olvidado de Él sois vosotros, que solo recurrís a Su presencia cuando necesitáis algo y nunca para darle gracias por todas las cosas hermosas que ocurren a vuestro alrededor cada día —le reprocha.

Enur permanece impávido unos instantes.

—Algo ha cambiado en ti —examina a Azael con detenimiento —tu alma ya no es oscura, vuelve a brillar.

Nadie añade nada a su comentario.

—¿Es ella? —insiste Enur.

Automáticamente los dos clavan sus ojos en mí, pero por motivos muy diferentes.

—No estoy seguro —responde un Azael aparentemente abatido.

Ambos se observan mutuamente, es más que evidente que se están leyendo la mente.

—Has tomado tu forma humana después de haber jurado no volver a hacerlo. Has arriesgado tu vida por venir a buscarla, después de haber regresado sano y salvo a tu Reino. Le has regalado tu grimorio, el objeto más valioso que posee un serafín, ¿qué más pruebas necesitas para estar seguro? —dice todo esto en voz alta a propósito para que yo lo escuche.

—¿De qué diablos estáis hablando? —le pregunto a Azael, ya no aguanto tanto suspense, me va a dar algo.

—¿No le has contado nada? ¿Ni siquiera lo sabe? —Enur suelta otra carcajada—. ¡Eres todo un galán, hermanito!

—¡Silencio! —ruge Azael desplegando sus inmensas alas negras.

Una música de sobra conocida comienza a sonar, no me gusta nada y hace que me muera de miedo, pues es la que aparece siempre que se avecina una guerra, o algo peligrosísimo.

Enur despliega las suyas también, que son de plumas azules muy bonitas.

—Siento que no os haya dado tiempo a compartir más tiempo juntos, pero debo acabar contigo y llevarla a ella al Reino del Bien, es una lástima, pero es el destino —se despide así de Azael.

—Tu destino no tiene por qué ser este, Enur —reclama Azael.

No entiendo el motivo, pero me da la impresión de que en el fondo se tienen cariño uno al otro, es una pena que suceda todo esto.

Dichas estas palabras, Enur comienza a brillar, cegándome con su luz

azulada, lo cual provoca que ponga mi antebrazo delante de mis ojos. De repente algo estalla a mis espaldas, me sobresalto por el susto, mientras caigo al suelo por el impacto de varias rocas contra mis piernas. Cuando miro hacia atrás, compruebo que cientos de seres amorfos, como los que me han traído hasta aquí en la jaula, han hecho volar una pared por los aires y no tardan en lanzarse hacia nosotros enfurecidos, portando diversas armas punzantes contra Azael.

El serafín corre hasta mi posición para levantarme con un solo brazo y situarme contra su pecho, una vez conmigo allí, bate sus alas violentamente y con el fragor del viento que provocan éstas, todos los atacantes salen despedidos por los aires. El contacto con su cálida piel hace que me estremezca y que a la vez me sienta tremendamente reconfortada.

—¡Ponte a mi espalda! —me ordena.

—Me encanta cuando suplicas —me burlo de él, que asoma un amago de sonrisa a sus labios.

Obedezco y me coloco de tal forma que tenemos espalda contra espalda, así enfrentamos al enemigo cara a cara. Es curioso descubrir cómo la mayoría de los seres amorfos se apresuran a situarse en mi campo de batalla para luchar contra mí. Lógico, si me diesen a elegir entre enfrentarme contra un serafín negro de ira, literalmente hablando, o con una *mindundi* semidesnuda que no sabe ni hacer magia ¡yo también me elegiría a mí!

«¡Noa, nunca he necesitado más que confiar en ti misma como en este preciso momento, déjate de chorradas y céntrate en la batalla!», me increpa el serafín, que de pronto tiene su armadura negra puesta.

—¿Y qué hago? —grito por encima del ruido que provocan todos los seres enfurecidos que tenemos a nuestro alrededor, como si mis pensamientos

no fuesen lo suficientemente altos para que los escuche.

«Todos te subestiman, ésa es nuestra gran ventaja, pero solo la tendremos de nuestra parte una sola vez, aprovéchala», señala con un gesto de su cabeza hacia la gran cantidad de orcos raros que tengo frente a mí y que cada vez se acercan más.

«Pero solo sé lanzar fuego», lloriqueo asustada.

«¡Maldita sea! ¿Para qué tienes mi grimorio?», rugo.

¡Claro, el grimorio!

Recuerdo de pronto uno de los hechizos que había escritos en una página cuando lo ojeé la noche en que me lo regaló, cierro los ojos con fuerza y pronuncio las palabras mágicas.

«Lo seré, lo seré, con deseo lo poseeré».

Y entonces, como por arte de magia, ¡¡¡¡aparece una cola de conejo sobre mi trasero!!!!

—¡Venga, hombre, no me jodas! —protesto mirando de reojo mi absurda cola de conejita *playboy*.

Él intenta ahogar una risa.

«Sí, vale, espera. ¿Pretendes que me ponga a sacar ahora un libro que pesa más de cinco kilos y que busque entre sus miles de páginas un hechizo adecuado a esta situación? Y todo esto contando con que sepa realizar tal hechizo. ¡Unos me subestiman, sí, pero es que otros lo flipáis en colores!». Llámame loca, pero me da a mí que toda esta gente no será tan amable de esperar pacientemente a que haga todo eso para matarlos», mi verborrea nerviosa ha hecho su aparición en escena.

Azael se gira entonces para mirarme a los ojos, ha detenido el tiempo con un simple chasquido de sus dedos. Aprisiona mis hombros entre sus gigantescas manos y me zarandea para que me espabile.

—¡Hazlo de una maldita vez! No pienses en nada más. Yo voy a por Enur, no pienso permitir que escape, lo demás es cosa tuya.

Cuando hay una pelea, en todas las películas que he visto y en todos los libros que he leído, las mujeres solo se dedican a gritar despavoridas mientras los hombres luchan encarnizadamente para salvarlas. Algunas de ellas incluso huyen y desaparecen de la escena para volver a presentarse cuando todo ha terminado y besar al héroe. No importa, la conclusión es que ellas nunca hacen nada de provecho y por algo será ¿no?

—¡Y un cuerno! ¡No vas a dejarme sola! —Ahora soy yo la que se agarra a sus brazos.

—No puedo llevarte conmigo, él sabe cuál es mi punto débil y no dudará en atacarlo —sus ojos ahora son algo más dulces.

«¿¿Qué significa eso exactamente!?» me pregunto a mí misma.

—¡Noa, puedes hacerlo, yo confío en ti! —Se gira para darme la espalda y hacer el amago de irse.

—¡No me dejes! —le suplico, aterrada, agarrando su brazo.

Entonces, vuelve a girarse para coger mi rostro entre sus manos y posa sus labios contra los míos, acariciándolos con determinación y haciéndome sentir la mujer más afortunada del mundo. La música romántica resuena por encima de la de combate.

—Eres una guerrera, nunca lo olvides —susurra, acariciando por última vez mi rostro con dulzura.

Da un salto ágil hacia arriba con un impulso de sus alas, que le hace salir disparado como un cohete rompiendo el techo y lanzando un fulgurazo contra todos los seres malignos que me rodean y que estaban paralizados, lo que les hace caer al suelo malheridos. En este momento, la música romántica enmudece para dejar paso de nuevo a la de destrucción total.

Estoy un tanto atontada por lo que acaba de suceder, pero me ha concedido un tiempo muy valioso para mirar el grimorio de las narices y es lo que debo hacer. Lo abro en mi mente y busco rápidamente entre sus innumerables páginas algo que me resulte de provecho.

Leo «anillos, velocidad, mercadear, inversiones, buceo, cargas de peso, abrir cerraduras, sigilo, regateo, maestro comerciante, perista, leer mentes, asaltar doncellas... ¡ay Dios! ¿Asaltar doncellas, en serio?», continuó buscando y veo uno que creo que me servirá. Se llama *Ladrón de almas*, recemos para que no sea la mía la que se lleve el ladrón.

Pongo las palmas de mis manos una contra la otra, como indican las instrucciones, los orcos comienzan a recobrar sus fuerzas y a levantarse del suelo, pero ni los miro, debo concentrarme en el conjuro. La oración que tengo que decir es bastante sencilla, lo complicado es concentrarme en vislumbrar el objetivo, como señala el libro, pero vamos allá. Cierro los ojos y murmuro.

Te robo tu esencia.

Te robo tu ser.

Serás mi esclavo

hasta un nuevo amanecer.

Lo repito una vez tras otra y cada vez me sale más alto. Imagino a todos estos orcos siendo mis esclavos y obedeciendo mis órdenes, aunque si fuesen tíos buenos me costaría mucho menos visualizarlo, claro está.

No sé lo que estará sucediendo a mi alrededor porque no puedo abrir los ojos, solo escucho mi voz que se eleva por encima del tumulto, incluso de la música de violines que ha comenzado a sonar para acompañar el hechizo. Lo que me extraña es que no siento ninguna espada atravesarme ni nada por el estilo.

De pronto noto una enorme fuerza aprisionar mi corazón. Después escucho un estallido ensordecedor, seguido de un inmenso silencio.

Mi garganta exhala un último aliento cálido para tornarse congelado. Esto sí que me hace abrir los ojos de manera desorbitada, pues me falta el oxígeno para respirar. Al hacerlo, descubro atónita que todos nos encontramos bajo el agua, mis enemigos sorteando las rocas que se abalanzan violentamente sobre sus cuerpos y yo estampándome contra ellas.

Por lo visto me acabo de cargar el Palacio de Cristal de Clasir.

Capítulo 5



Vida: 200

Maná: 200

Fuerza: 400

Dinero: 2500

Rango: 150

La que he liao, bacalao.

Supongo que estoy en *Aslad* en cuanto abro los ojos. Más que nada porque me encuentro tendida sobre una nube y todo a mi alrededor es cielo infinito,

así que, si esto no es el Reino del Aire, no lo será nada. Eso, o he muerto una vez más.

Si fuese una gata estaría completamente erizada, pues todo mi cuerpo se pone en tensión al descubrir el vacío bajo mis pies y yo flotar sobre algo tan poco consistente como es una nube.

«Esto me recuerda a los dibujos de *Heidi*, cuando está en el columpio y con el impulso sale volando hasta caer sobre una nube, la diferencia es que la mía amenaza con desaparecer de un momento a otro, mientras que la de ella era mucho más esponjosa y consistente. Seguro que sus dibujantes no han estado en *Aslad* nunca».

Intento incorporarme, temblorosa, pues como me caiga la hemos liado, para tratar de ver qué hay más allá de mi nube, pero de repente una gran sombra me cubre, consiguiendo que vuelva a tumbarme a toda prisa por si se tratase de algún ser que viene a matarme, cosa bastante habitual últimamente.

Levanto la vista, asustada, para comprobar de qué se trata y una enorme sonrisa invade mi rostro.

—¡Arcan!

El gran dragón con un ligero batir de sus inmensas alas se sitúa a mi lado para, con un suave gesto de su cabeza, tirarme de la nube, cosa que hace que yo grite como una desquiciada total, hasta que termino cayendo sobre su grupa, justamente entre dos escamas que hacen las veces de silla de montar.

—Si me vuelves a hacer eso moriré de un infarto —resoplo aliviada, abrazándome a su cuerpo con todas mis fuerzas.

—¡Qué alegría verte, Noa!

Eleva sus alas enérgicamente y así salimos disparados hacia adelante a gran velocidad. Supongo que sabrá dónde me lleva, aunque a mí me da igual, ya estoy a salvo. Él lanza una descomunal llamarada de fuego por la boca mientras emite un rugido sobrecogedor.

«Menos mal que sé que está en mi equipo, porque me hace eso sin conocerlo de nada y me quedo petrificada al instante».

El gran dragón acelera y un grito de libertad emana involuntariamente de mi garganta al sentir el viento contra mi rostro y mi cabello ondear al aire. La sensación de caída libre se apodera de mi estómago, dejando liberar la poca adrenalina que no haya liberado ya ¡esto es mejor que una montaña rusa!

Pronto diviso un claro entre las nubes, se trata de una especie de plataforma flotante en medio de la nada y Arcan comienza a descender en picado hacia allí, el vértigo en mi vientre se extiende hasta llegar al cerebro y no puedo parar de gritar como una posesa.

«Otra cosa no, pero estoy liberando la tensión acumulada a lo largo de toda mi vida, me voy a quedar más suave que la seda» me digo.

Tomamos tierra bruscamente y por más que intento agarrarme a las escamas del dragón, nada consigue librarme de una brutal caída.

—¡Alguien debería darte clases de aterrizaje! —gruño, tendida sobre el suelo, intentando recobrar el nivel de vida que me ha bajado de golpe.

Él emite una especie de leve gruñido, a la vez que me acaricia con su gran hocico la espalda para levantarme, imagino que se está excusando.

—El dragón no tiene culpa de que tú seas una amazona de lo más torpe —escucho su voz a mi espalda y esto me hace dar un brinco.

«¡Oh, qué daño!», me quejo para mis adentros al sentir mi columna resentirse por tan brusco movimiento.

Aunque pronto dejo de apreciar el dolor, pues a medida que mi rango sube, me curo con más rapidez. Siento un montón de nervios al mirarle, es evidente que se alegra de verme, pero nunca lo admitirá y yo menos. Está sentado en el suelo, en su forma humana, cubriendo su abdomen con ambos brazos, y la verdad es que le veo más blanco de lo normal.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado con Enur? —pregunto.

—Digamos que ya solo quedan seis serafines por los que preocuparnos —contesta en un tono muy bajo.

Su postura, para nada natural, me hace advertir que algo malo ocurre, y es entonces cuando observo más detenidamente sus brazos para descubrir, asustada, que están llenos de sangre y que ésta no es producto de la lucha que haya mantenido con su hermano, pues brota de su cuerpo sin pausa.

Me acerco hasta él a toda prisa para intentar levantar un poco uno de sus enormes brazos, pero hace un gesto de dolor y no me lo permite.

Nos miramos uno al otro.

—¡Estás malherido!

Él asiente. Sus ojos no brillan como de costumbre.

—¿Dime qué hago! —exclamo nerviosa.

—Necesitaríamos a alguien de Binel para una herida tan grande, no creo que puedas hacer nada —gruñe dolorido.

—¿Y qué hay de las charlitas que me das tú a mí sobre la confianza? ¿Solo son aplicables a mí? ¿Esa es la fe que tienes en ti mismo? ¿No se supone

que el Señor del Mal nunca muere y sana sus heridas? —le grito indignada.

—Eso solo sucede dentro de mi Reino, cada vez tengo menos poderes —admite—, y las heridas que me causa otro serafín me causan más daño que las de cualquier otra criatura.

En este instante, levanta ambos brazos y la sangre comienza a salir a borbotones de una gran herida que le atraviesa el abdomen de lado a lado. No entiendo cómo no me mareo y me caigo redonda al suelo al contemplar semejante carnicería. Pero lejos de eso, en mi mano aparece una aguja con un hilo, y es entonces cuando realmente comienzo a temblar.

«¿Qué se supone que debo hacer con esto? Si en la Tierra cuando veo que la enfermera me saca sangre al hacerme análisis casi pierdo el conocimiento», me lamento.

Azael me contempla.

—No tenemos tiempo —susurra completamente pálido.

Entonces, me arrodillo rápidamente frente a él y clavo la aguja sin reparos en su piel. Él aprieta sus dientes para no preocuparme, ahogando un bufido sordo causado por el lacerante dolor.

Con una mano voy juntando ambos lados de la herida para juntarlos, mientras, con la otra los coso. Es difícil hacerlo con tanta sangre porque la aguja resbala, pero intento olvidar por completo que estoy cosiendo el estómago de una persona, para imaginarme que es una de las costuras cutres que hago a los bajos de mis vestidos.

Reparo asombrada en la dureza de su cuerpo, es similar a una roca de carne y hueso, pura fibra. No me doy cuenta de que estoy soñando con los ojos abiertos, hasta que se despierta.

—¿Podrías dejar de mirarme con esa cara de asno y terminar de coserme? Luego te firmaré un autógrafo —refunfuña.

Clavo con más ganas la aguja en su piel y él da un respingo por el fuerte pinchazo. El hilo en mi mano parecía muy corto, pero ha ido creciendo a medida que zurcía, hasta llegar a sobrarme para hacer el nudo final.

Una vez que termino, me dejo caer al suelo, abatida, contemplando atónita su estómago cosido y es entonces cuando noto cómo la sangre comienza a bombear en mi corazón.

—Es la segunda vez que me salvas la vida —admite —vuelvo a estar en deuda contigo.

Yo no soy capaz de articular palabra, todavía me estoy intentando reponer de lo que he hecho.

—Estoy orgulloso de ti —indica, mientras se recuesta sobre el suelo lentamente. No tiene buen aspecto, está demasiado pálido y eso me preocupa.

No tengo alcohol, ni *Betadine*, ni gasas...

Al final termina durmiéndose.

No sé si debo dejar que se duerma o mantenerlo despierto, pues siempre he escuchado que no dejes dormir a alguien que esté en una situación tan extrema, pero estoy exhausta y no creo que el hecho de permanecer despierto consiga que mejore.

Acerco mi oreja a su pecho y me da la impresión de que respira con normalidad, no creo que corra peligro, así que decido dejarle descansar, no sin antes darle a beber de una de las pociones mágicas que me regaló Cedrik a regañadientes y que sube todos los niveles.

«Necesitaré mantenerle caliente» me recuerdo.

Me incorporo para buscar en mi saco virtual entre la multitud de objetos que me voy encontrando y guardando por el camino. Descubro un montón de leña y lo coloco delante de él. Ahora pienso con qué coño lo voy a prender. Arcan y yo nos miramos. Sin necesidad de decirle nada agacha la cabeza y suelta un pequeño soplo sobre la madera que enseguida comienza a arder.

—¡Bien hecho, amigo! —le premio.

Me siento junto al cuerpo del serafín sin ni siquiera rozarlo. Contemplo su rostro perfecto, ahora relajado. Tiene unos labios carnosos, perfectamente definidos, que poco a poco comienzan a ser rosados de nuevo. Sus largas y tupidas pestañas oscuras endulzan su robusta fisionomía. El pelo revuelto le da un aire alocado. Me percato una vez más de que es un hombre muy hermoso, parece que a menudo olvido lo atractivo que es.

¿Y qué decir de su cuerpo?! Cada centímetro de su anatomía rebosa virilidad y fuerza bruta, me impresiona que sus venas se marquen bajo su piel como si amenazasen con explotar por momentos. Es una bestia indómita, que da miedo allá donde va. Pero ahora mismo está a mi merced, completamente indefenso y eso me hace sentir la mujer más poderosa del mundo.

De repente, se gira de golpe y me asusto.

—¡No! ¡Ahora que has vuelto no voy a permitir que te alejes de mí! ¡Te amo! —grita con una voz desgarradora, que provoca que se me encoja el alma.

¿Te amo?! ¿Se dirigirá a mí?!

No creo que se refiera a mí, pues lo único que hace es repudiarme constantemente, además, tampoco estoy demasiado segura de querer ser la destinataria de tal declaración.

Me acerco más a él y compruebo que tiene los ojos cerrados por

completo «¡está soñando!». En este pequeño instante se me pasa por la cabeza hacerle preguntas, pero enseguida mi maldita conciencia, esa que se empeña continuamente en ser buena persona, me lo impide.

—Azael —le muevo un poco para que se despierte, pero nada, sigue durmiendo como una marmota.

De pronto se incorpora para aprisionarme entre sus brazos, haciéndome soltar un grito absurdo de sorpresa. Vuelve a tenderse conmigo pegada a su cuerpo, en plan cucharita.

Pasa un buen rato y me siento ridícula, aquí atrapada y sin poder moverme, mientras él ronca contra mi cara. Tiene una fuerza espantosa, incluso dormido.

Intento zafarme como buenamente puedo de estos tentáculos musculosos que me oprimen, pero por más que me muevo, no logro liberarme, por eso pruebo, como último recurso, escurrirme hacia abajo. Entonces, justamente cuando estoy casi fuera del círculo que forman sus extremidades, mi cara se choca contra un abultamiento para nada desconocido. ¡Está más grande y duro que nunca!

—Mmmm joder, Noa —jadea.

Miro rápidamente hacia arriba para comprobar que sigue dormido.

«¿Ha dicho *joder*? ¿Y mi nombre?» me resulta realmente extraño que utilice semejante expresión, pero más aún que esté soñando ¡conmigo!

Sin darme cuenta de cómo, me coge por debajo de los hombros con un movimiento rápido y certero para volver a situar mi rostro frente al suyo y besarme de una manera desesperada, con verdadera sed de mis labios.

No puedo creer que hace un momento estuviese al borde de la muerte y

ahora mismo esté al borde del orgasmo.

Yo enseguida me dejo llevar por el cálido tacto de su lengua, que acaricia la mía con gran sutileza, pero sin dejar de ser apasionado en ningún momento, con la fogosidad que le caracteriza. Creo que ha debido de hacer esto miles de veces, de ahí su destreza.

No sé si soy yo o es el calor del fuego, pero siento la sangre hervir en mi interior. Me resulta increíble no ser capaz de resistirme a sus besos, es rozarme y perder la cabeza, perder el control sobre mí misma. Y esto no me había pasado jamás, siempre he sido muy terrenal, demasiado prudente.

—No vas a volver a marcharte, es una orden —gruñe contra mi boca.

Ahora mismo, mientras sus dedos entrelazan mi pelo para masajear mi cuero cabelludo con dulzura, podría hacer cualquier cosa que me pidiese. Creo que conoce todos y cada uno de mis puntos débiles, esos que yo nunca he llegado a descubrir.

Continúo besándole sin contestar y entonces, se detiene y me mira muy serio, deslumbrándome con esos ojos ambarinos soñolientos que me descolocan.

—No has contestado —me reprocha.

—¿Estabas despierto? Creí que estabas delirando —bromeo.

—Todavía no estoy seguro de que sea real. Soñaba con una mujer testaruda que nunca obedece las órdenes de sus superiores —señala, ahogando una sonrisa.

—Y gracias a esa desobediencia, siempre te salva —musito contra sus labios.

—No estoy muy convencido de eso.

Rodea mi cuerpo con sus brazos para acariciarlo con sus dedos.

—Azael, no pienso perdonarte tan fácilmente que me mintieses y que te rieses de mí, ni que hayas ido pregonando por todos los Reinos que seré la esclava sexual de nadie —le reprocho.

Suelta una carcajada.

—¿Encima te hace gracia?! —Me siento como una pulga plantando cara a un dinosaurio.

—Juro que jamás me he reído de ti, Noa —lo afirma tan serio que no me queda más remedio que creerlo —y con respecto a la esclava sexual ¿acaso piensas que permitiría que alguien te tocase?

—No lo sé, ya no me fío de ti.

Su expresión se torna oscura.

—No había vuelto a cobrar mi forma humana desde tiempos inmemoriales y lo hice por ti, para que confiases en mí.

—¿Por mí?! Pues he de decirte que lo has hecho fatal —confieso.

—Nunca te hubieses fijado en un *monstruo* —recalca esta palabra, como si la hubiese escuchado en mi conversación con Enur.

—¿Por qué dices eso? —A mí nunca me ha parecido un monstruo.

Yo, evidentemente no le confieso que lo que me atrae es su forma de ser y no su exterior, incluso me pone mucho más su forma serafina que no la humana, que ya es decir.

—Porque eres preciosa, nunca he visto una mujer igual —susurra con una voz aterciopelada.

Entonces, como no podía ser de otra manera, mi instinto ancestral de

exterminadora de momentos mágicos hace su aparición para soltar:

—¿Ni siquiera Khorleen?

Él abre sus ojos desmesuradamente y me maldice en otro idioma. No tarda ni una milésima de segundo en incorporarse, y al ponerse en pie compruebo que no tiene ni rastro de la herida que hace un momento le he cosido.

«¿Y la herida?» le pregunto mentalmente, pero no obtengo respuesta. Tampoco escucho lo que está pensando desde hace bastante tiempo, ahora que lo pienso desde la cueva de Clasir.

—¿Por qué tienes siempre la necesidad de estropearlo todo? —me amonesta, furioso.

Yo intento hacer acopio de toda mi santa paciencia, mientras la sangre se vuelve a distribuir por mi cuerpo, pues estaba concentrada en un solo punto, esperando una recompensa, que por lo visto me acabo de cargar.

—No quería fastidiarlo, es solo...

—¿Solo qué? ¿No soportas que haya más mujeres? ¡Pues las hay, las ha habido y las habrá! ¡Muchas! —ruge.

—¡No me tomes por idiota, Azael! —Le amenazo con el dedo—. Me importa un bledo si hay más mujeres —esquivo su mirada un instante para que no descubra mi farsa —pero sé que ella era especial, tan solo me picaba la curiosidad.

—¿Y a ti qué te importa!? —exclama irritado, merodeando de arriba a abajo con los ojos entornados.

—¡Claro que me importa!

¡Soy una bocazas! ¿Y ahora qué?

—¿Por qué? —brama fuera de sí.

—¡Porque me he enamorado de ti! —confieso, sorprendiéndome a mí misma, dejándome llevar por la pasión del momento y arrepintiéndome en el acto.

Él se detiene en seco para mirarme fijamente, me está estudiando con detenimiento.

—¿Eso es cierto? —pregunta, indeciso, supongo que habrá creído que lo nuestro era solo sexo, como con todas.

—Puedes leer mi mente, compruébalo por ti mismo —le sugiero.

Él aprieta los puños y mira hacia el suelo.

—Ya no puedo hacerlo —sentencia, confirmando con ello mis sospechas.

Toma asiento de nuevo, pero esta vez frente a mí, al otro lado de la hoguera, necesita poner espacio entre ambos. Contemplantelo bañado por la danza de las llamas sí que parece tenebroso.

—Cada vez que uno de mis hermanos muere, yo pierdo un poder —me explica algo apenado.

Yo en realidad no sé si alegrarme o entristecerme por ello, pues nuestro don telepático no me ha causado nada más que disgustos. Ahora seremos más libres.

—Enur parecía caerte bien —intento cambiar de tema drásticamente para suavizar la situación y no asumir que acabo de confesarle mi amor.

—Era mi hermano —se encoge de hombros.

—Demasiado duro matar a tu propio hermano —murmuro.

—Más de lo que imaginas, pero nuestro cometido es salvar Catarsis y el de ellos destruirla, así es que no hay penas que valgan —me explica —el fin siempre justifica los medios.

—Suponiendo que estemos en el bando correcto —comento—, Enur dijo que Ruffus y tú me habíais engañado para salir con la vuestra y así tenerme de vuestro lado.

—Ya sabes que intentarán cualquier cosa para alejarte de mí —añade.

—Me contó que las runas hace tiempo que no predicen el futuro, hasta la propia hermana de Ruffus está con ellos.

Él levanta su mirada hacia el cielo.

—¿¡Olwa!?! Eso explicaría muchas cosas —protesta. —El día que Gressim mató a Ruffus, mi hermano sabía de antemano dónde estaba escondido, ya que es imposible que él lo viese con el hechizo de invisibilidad que os cubría. Alguien debió contarle que estaríais justo allí y eso solo puede hacerlo alguien que ha visto el futuro, es decir, que sepa usar La Caldera. El tiro iba destinado a ti, pero Ruffus se interpuso para salvarte, eso no lo hace alguien que solo pretende tenerte en su bando.

Nos miramos un instante.

—¿Pero por qué Olwa traicionaría a su propio hermano? Ella me juró lealtad, junto a todos los demás magos, en el Pozo del Destino —le recuerdo.

—Por lo visto la lealtad está sobrevalorada en los tiempos que corren, aunque, afortunadamente, aún quedamos unos pocos que creemos ciegamente en ella. Olwa ha traicionado a Ruffus y con ello a todos sus hermanos, pues les resulta imposible hacer magia sin ella, que ahora es la líder del grupo. Con los

serafines buscándolos, están vendidos.

—¿Por qué crees que Olwa ha hecho tal cosa?

—Solo se me ocurre una respuesta: Ahura —pronuncia en un tono de absoluta decepción—, cada vez estoy más seguro de que ella es quien está maniobrando todo esto.

—Aquí no puedes fiarte ni de tu propia sangre —alego.

—Desde el principio te dije que debes guiarte por lo que te dicte tu corazón, Noa y no por lo que intenten inculcarte unos y otros. Hay demasiados intereses por medio, lo intentarán todo para llevarte a su terreno, te quieren en su equipo, pero tu alma conoce la verdad, en lo más profundo de tu ser sabes que eso es lo único que importa y ése es tu verdadero don —susurra a modo de secreto.

—Como me sucede contigo —murmuro, meditando sobre sus palabras —por más que intentas parecer un ser ruin, yo solo veo tus virtudes.

Nos miramos y entonces esas chispas que saltan sobre el fuego no son nada comparadas con las que invaden nuestros cuerpos.

Por más que intento ponérselo a huevo para que me diga un mero «yo también», se niega a aceptarlo.

—¿Por qué me ocultaste quién eras? Me refiero a tu forma humana —le pregunto, por fin desprovista totalmente de mi habitual coraza, ya me da igual perder un poco más de orgullo que menos. La conversación que tuve con el ser oscuro me ha servido de mucho.

Él duda por un momento si contestarme, pero al final toma aire y clava sus ambarinos ojos en los míos.

—¿Quieres saber quién era Khorleen?

Capítulo 6



Vida: 200

Maná: 200

Fuerza: 400

Dinero: 2500

Rango: 200

*Nerviosa por no saber si quiero
saber.*

—**A**ntes de ser un serafin en Catarsis tuve otra existencia —expone

demasiado sereno para lo que suele ser él.

—¿A qué te refieres con otra existencia?

—Conocí tu mundo y viví en él, pero no como un humano, era el ángel protector de una mujer.

—¡Khorleen!

Se contiene para no insultarme.

—Ella era una mujer preciosa, se parecía a ti, por eso en un primer momento, al verte, pensé que eras ella.

—¿Y estás seguro de que no lo soy? —le interrumpo—. ¿Y si me he reencarnado?

Suelta un bufido, seguido de una leve sonrisa.

—¡Estoy más que seguro de que no lo eres! —Se carcajea.

—¿Por qué? —inquiero, molesta.

—Ella nunca me desobedecería así —asegura.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Pero ella sabía que existías? ¿Podía verte? ¡Pero eso no sería posible! —alego intrigada de manera atropellada.

Parezco una ardilla dopada. Él me hace una señal con su mano para que me calme y lo intento.

—No podía verme, pero podía sentirme.

Y por su oscura mirada deduzco enseguida qué tipo de sentido percibía la pájara. Trago saliva para obligarme a no objetar nada.

—Al principio fue solo sexo, no voy a negarlo, pero después se convirtió en lo único sagrado que había en aquel maldito planeta —su voz se quiebra tan solo un instante, pero lo suficiente como para que me dé cuenta—. Ella nunca estuvo segura de que yo fuese real, por más que lo intenté, siempre tuvo la duda.

—Conociéndote un poco, supongo que tuviste que hacer algo al respecto —especulo.

Asiente.

—Aunque de haber sabido las consecuencias de mis actos, nunca lo hubiese hecho.

—¿Qué ocurrió? —Quiero saberlo todo, me he metido en la historia por completo.

—Yo fui desterrado a vagar una eternidad en soledad y ella fue ingresada en un psiquiátrico hasta su muerte, pues, aunque no pudo volver a sentirme, debido a la fuerte medicación que recibía, jamás negó mi existencia y por ese motivo no le dieron nunca el alta.

—¿Pero qué fue lo que hiciste, te materializaste?

Asiente de nuevo y yo tapo mi boca con ambas manos para ahogar un grito.

—Fue solo un instante, pero lo suficiente como para que ella supiera que yo era real. Ese breve instante lo cambió todo para siempre. La vida está compuesta de pequeños momentos, a veces imperceptibles y son lo que dan sentido a toda una existencia. Las pequeñas decisiones que se toman en esos momentos forjarán tu destino para siempre, a veces se acierta y a veces no, pero hay que arriesgarse. Al menos eso pensé yo, hoy en día ya no pienso igual

—sentencia.

—¿No volverías a hacerlo?

—No. Mi decisión nos condenó a ambos por toda la eternidad. Fui un egoísta. No quise que ella creyese que era una mera fantasía. Mi ego no lo permitió —admite.

—¿Y qué ocurrió después? ¿Qué haces ahora en Catarsis?

—Alguien se apiadó de mí, después de milenios vagando por la nada, decidió darme una segunda oportunidad, trayéndome a este mundo.

Millones de preguntas se agolpan en mi cerebro, pero mi nulo cociente intelectual se decanta por:

—¿Cómo es la nada?

—Es... nada. Oscuridad, vacío, no sientes, no recuerdas, solo existes eternamente, sin razón, sin metas, sin todo por lo que merece la pena luchar. Es entonces cuando realmente valoras la vida.

Su expresión parece la de alguien que habla consigo mismo, me da la sensación de que está meditando en vez de conversando.

—¿Fue El Gran Máster quien te devolvió a la vida?

—Sí.

—¿Entonces, El Gran Máster es Dios?

—Sí, creo que así lo llamáis allí. A Él le debo todo lo que soy, o al menos todo lo que fui, pues no creo que ahora merezca si quiera respirar. Y es por eso por lo que voy a defenderle hasta el último aliento que me quede. Me ha costado darme cuenta de ello y podría decirse que ha sido gracias a ti.

—¿A mí?! —Ahora sí que alucino.

Asiente.

—Cuando llevaba algún tiempo habitando en este mundo, conocí a otra mujer.

—¿Otra más? —Esto empieza a parecer un culebrón y, para mi sorpresa, mis celos están en su punto límite.

—No era *otra* —enfatisa la palabra imitando mi tono—, era Khorleen, pero esta vez convertida en un hada preciosa. El Gran Máster la trajo para premiar mi obediencia y mi tesón, pues gracias a mí, Catarsis vivió sus años de mayor esplendor.

—¿Pero estás seguro de que era ella?

—Más que eso —baja su mirada al suelo durante un breve instante — cuando el amor es verdadero, no importa el físico que lo acompañe, solo atañe al interior.

—Comprendo —creo que ahora mismo me odio a mí misma por intentar seducirlo, su corazón ya tiene dueña, por eso conmigo solo tiene sexo.

—Ella me amaba como nadie ha amado antes —sentencia.

Nos miramos uno al otro.

—¿Ella?

«¿Ese amor verdadero del que tanto habla, era solo por parte de ella?» me pregunto.

—¿Y qué hay de ti? —añado.

Niega con la cabeza, tremendamente irritado.

—Yo no pude sentir nunca lo mismo que Khorleen sintió por mí, —una lágrima asoma a sus ojos —lo intenté con todas mis fuerzas, incluso tuvimos

un hijo —su voz se quiebra al recordarlos—, pero mi corazón no fue capaz de corresponder al suyo, aunque ella jamás lo supo. Murió engañada y me odio por ello, le juré ser sincero y nunca lo fui. Murieron por mi culpa, por mi cobardía.

Un par de lágrimas resbalan por sus mejillas. Y por las mías.

—¿Qué sucedió? —Sospecho, por su tono de voz, que fue algo horroroso.

—Una noche nos sorprendieron en la cabaña en la que vivíamos en Áralush, nos encerraron dentro, sin posibilidad de escapar, todavía hoy no sé quién fue. Prendieron fuego a todo. No pude salvarlos. Ni siquiera pude morir junto a ellos, que era lo que yo más deseaba, el Gran Máster no me lo permitió: aparecí sobre un montón de cenizas al amanecer.

—Eso es imposible porque tú puedes apagar el fuego y atravesar pared...

—No en mi forma humana —confiesa interrumpiéndome.

Por fin lo entiendo todo: ella nunca supo que Azael era un serafín.

¿Pero por qué?

¿Prefirió dejarlos morir a salvarlos tomando la forma de Señor del Mal? A lo mejor temió que ella no le amase, pero eso sería demasiado egoísta, incluso para él, debe haber algo más.

¿Lo haría para que no se repitiese la misma historia? ¿Khorleen tampoco sabría que él era el ángel que la visitaba en la otra vida? A lo mejor ni siquiera tenía conocimiento de quién era ella misma, pues nosotros no recordamos nuestras anteriores reencarnaciones. Supongo que él pensaría que tendría que explicarle demasiadas cosas y temió que no le creyera, o incluso

que volviesen a tomarla por loca.

«¡Eso es! Azael, para protegerla, negó su propia existencia, se negó a sí mismo por salvarla» conjeturo sin tregua.

Pero a mí me atrae más, si cabe, en su forma de serafín que en la humana y acaba de afirmar que el amor verdadero no entiende de físicos.

¡Vaya lío tengo en la cabeza!

—Desde aquel momento, juré no volver a convertirme en humano... hasta que llegaste tú.

Sí, y se lo ha debido pasar en grande con su juegucito del despiste, el muy capullo.

Me observa, suplicándome con sus ojos una palabra de aliento.

—Azael, no debes culparte por lo sucedido —susurro finalmente—. No puedes obligarte a amar a una mujer —alego, todavía algo aturdida por su trágica historia.

Mi argumento le sorprende bastante, pues seguramente esperaba algo tipo «no pudiste hacer nada más», pero le conozco demasiado y ambos sabemos que eso es falso, en cierta manera y aunque suene fatal, los dejó morir.

—Y por lo visto tampoco puedo obligarme a no amarla —añade él, cerrando sus ojos con fuerza y levantándose a la vez.

¡Ostras!

¿¿Qué acaba de decir?! ¿¿Eso significa que...?!

—Azael, yo...

—Debemos marcharnos —me interrumpe bruscamente —recoge tus

cosas.

Me deja con la palabra en la boca, contemplando atontada cómo se transforma en serafín y asciende a los cielos batiendo majestuosamente sus inmensas alas negras, mientras resuena en mi mente una canción de tristeza.

¿Pero por qué de tristeza, si estoy feliz?

¡Creo que acaba de confesarme su amor!

¿O no lo ha hecho?

¡Ahhhhh!

Capítulo 7



Vida: 200

Maná: 200

Fuerza: 400

Dinero: 2500

Rango: 250

***¿Nos hemos declarado o estoy
soñando?***

La cabeza de Arcan atravesándose en mi campo de visión me saca de un

plumazo de mis cavilaciones amorosas, ahora mismo debo tener hasta corazones dibujados en los ojos, ¡qué patética soy, de verdad!

—Noa, debemos apresurarnos —me indica el dragón, aguardando para que monte sobre su lomo.

—¿Por qué? —le pregunto intrigada.

Según mis cuentas, todavía quedan unos dos años para que se cumplan los cinco lustros y llegue el día de la Redención, no sé a qué viene tanta prisa.

—Hemos perdido demasiado tiempo buscándote, debemos llegar cuanto antes a Iracum, los Reinos Bajos ya no te enseñan nada nuevo, has aprendido muy rápido, ¡compruébalo en tus niveles! Apuesto a que todos han subido considerablemente, Aslad no alberga más misterios de los ya asimilados.

—Jo, yo pensé que aquí aprendería a volar —protesto.

—Deberías hacerlo, pero si tienes un dragón ¿para qué perder el tiempo en aprender a volar? —Bromea.

—Imagino que podré vivir sin volar —me encojo de hombros y sonrío.

El gran dragón se agacha para que monte sobre él, pero sigue siendo demasiado alto para trepar por sus escamas. Cierro los ojos e imagino con todo tipo de detalles cómo me elevo hasta su lomo, parece que estoy flotando de verdad.

—¡Muy bien, muchacha! —Su voz hace que abra los ojos de golpe y compruebe atónita que efectivamente lo he conseguido.

—¡Lo he logrado, Arcan! ¡He subido sola! —exclamo emocionada mientras él emprende el vuelo.

—¿Ves algún cambio en tus niveles? —pregunta satisfecho por mi proeza.

—Tengo mucho más maná y también he subido de rango.

—Pues por eso, cada vez te será más fácil practicar la magia. Si ahora mismo me girase para dejarte caer, deberías volar sola.

—¡Nooo! —le suplico—. ¡Por Dios, ni se te ocurra! —le imploro, muerta de miedo, aferrándome a su grupa con todas mis fuerzas.

Él se carcajea. No creí que los dragones pudiesen reírse, pero lo hacen.

Volamos entre las nubes plácidamente.

—¿Así que, decías que Iracum es el siguiente Reino? —le repito, porque llevamos un buen rato en silencio y así saco algún tema de conversación.

—Así es.

—¿Cedrik estará allí?

—Eso espero. Azael se ha adelantado para reunirlos a todos.

«Sí, ya, y así de paso, para escapar de los conflictos, como suele hacer siempre» pienso para mis adentros.

—Pero Ágata es de este Reino, debería estar por aquí ¿no?

Charlamos mientras surcamos los cielos apaciblemente, sintiendo la brisa acariciar mi rostro.

—Ágata se acaba de reunir con los demás, nos están esperando —me contesta.

Algunas veces se mueven demasiado rápido ¿pero cómo se comunican?

¿Le ha dado tiempo a Azael de avisarlos? Hablando de avisar...

—Arcan, cuéntame cómo pasasteis por el Reino de Fuego sin ser vistos por Uzzah y el motivo por el que no está Oriel aquí ¿dónde están todos los serafines? ¿No aguardaban nuestra llegada en sus respectivos Palacios?

La voz del dragón es tan fuerte que retumba por el cielo, lo que no sé es cómo logra escucharme él a mí.

—En teoría debería ser así, pero eso era en un principio, cuando no sabían nada sobre nosotros. Ahora se han replegado en el Reino del Bien junto a Ahura, por eso podemos pasar por los portales de sus Reinos sin problema, lo descubrimos al pasar por el portal de Orgrom —me cuenta.

—Pero Azael me dijo que él no podría atravesar los portales solo, que me necesitaba para lograrlo.

—Creo que eso fue antes de ir a ver a Kramlam —murmura.

—¿Quién es Kramlan, que con tantos nombres ya ni me acuerdo?

—El elfo de la sabiduría.

¡Ah, sí!

—¿Y para qué ha ido Azael a ver a ese elfo?

—Que te lo cuente él, aunque supongo que para hacer algún trato, como todo el que va allí. Todos le piden unas cosas a cambio de cederle otras.

Permanezco pensativa el resto del viaje.

Arcan aterriza con su característica violencia sobre un inmenso aspa de molino que no deja de dar vueltas. Lo bueno es que la plataforma gira muy lentamente, por eso nos da tiempo a permanecer en pie sobre ella, manteniendo el equilibrio como podemos.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto al dejarme resbalar por el cuerpo del dragón para pisar el suave material del que está formado el aspa gigante.

—Debemos esperar aquí a que Cedrik abra el portal desde el otro lado.

—¿Vamos a esperar hasta que a Cedrik le apetezca venir a abrir el portal? —Solo por fastidiarme sería capaz de dejarme aquí varios días.

—Nos vemos en los mapas unos a otros, él ya está al otro lado —me indica.

Como yo continúo sin recordar cómo leñes se sacan esos malditos mapas, pues no veo nada y me limito a asentir como tonta.

De pronto aparece delante de nosotros una especie de espejo monumental, enmarcado en algo similar a la plata. El marco tiene forma de liana enredada a su alrededor, creando representaciones ovaladas y en el centro se comienza a forjar la ya conocida espiral de luz azul que nos transporta a otro mundo.

—Ve tú primera, Noa, yo te seguiré —me anima el dragón.

Obedezco y entro sin dudar en el espejo.

Pronto siento cómo la luz me rodea para caer al vacío.

Salgo gritando despavorida al otro lado del espejo, es la primera vez que lo hago sola y algo de miedito he tenido, ahora que no me oye nadie. De pronto tengo a Cedrik justo en frente, que en cuanto me ve sonrío.

—Si no te ha escuchado Ireul será porque esté sordo —protesta, ahogando la risa, mientras yo intento asimilar que estoy en otra dimensión.

Enseguida Arcan aparece tras de mí, sin ni siquiera inmutarse. Es asombroso cómo un dragón de sus dimensiones cabe por una puerta mucho

más pequeña, aunque hace tiempo que mi capacidad de asombro mermó de manera considerable.

—Yo también me alegro de verte, Légolas —le saludo, fingiendo que no me entusiasmo tanto como lo hago.

Algo peludo se abalanza sobre mí y casi logra tirarme al suelo.

—¡Noa, estás bien!

La ardilla pelirroja no deja de besuquear mi cara y apretarme contra su suave pelaje.

—Estoy bien, sí, pero enfadada contigo —le reprocho en un tono bajito para que no nos escuchen los demás.

—¡Connigo! ¿Por qué? —Se pone la patita sobre el pecho a modo de disgusto supremo.

—No me contaste que Azael y mi amante eran el mismo hombre, permitiste que me engañase.

—¿Tu amante? —Pone cara de alucinada—. ¡Noa, yo no lo sabía, te doy mi palabra de honor! ¿Cómo iba a estar al tanto de algo así?

—No lo sé, pero pudiste advertirme... o algo —siempre tendemos a echar las culpas a los demás y yo no iba a ser menos, por muy druidesa que sea.

—¡No tenía conocimiento ni de que tenías un amante! ¿Pero dónde he estado metida? —se recrimina a sí misma.

—Está bien, te perdono —concedo.

Ella termina sonriendo al suponer que estoy de broma.

—Noa, ¿dónde fuiste cuando desapareciste? He estado preocupadísima

—insiste.

—Pues...

—¡Noa! —Las voces de Ágata y Trok a mi espalda, interrumpen nuestra conversación.

Me giro y los veo que vienen corriendo hacia mí, muy sonrientes. Nos abrazamos los tres, aunque Trok no tan efusivamente como lo hacía antes. Algo ha cambiado y obviamente me puedo imaginar lo que es.

—¡No tenemos tiempo de monsergas!

La voz del mayor aguafiestas del reino, hace su aparición estelar a lo lejos, logrando sobrecoger mi corazón. No entiendo por qué me pone tan nerviosa su sola presencia.

—Noa, has aumentado todos tus niveles ¡enhorabuena! —cuchichea Ágata, mientras Azael llega hasta nuestra altura.

—¡Sí!

—¡Es increíble! —Se alegra.

—Gracias, Ágata.

Aprovecho para contemplar el paisaje a mi alrededor. Nos encontramos en medio de una especie de bosque encantado. Todo aquí es muy colorido. Nos rodean una gran cantidad de árboles inmensos, parecidos a las secuoyas, pero más verdes y hay flores por todas partes.

—Esto es precioso —alego, absorta en el paraíso que me rodea.

—Bienvenida a Iracum —anuncia Cedrik orgulloso—, por ese sendero se encuentra el clan carpintero —señala hacia la derecha—, por ese otro el clan leñador, el minero, los buscadores de oro, los pescadores, etcétera—,

señala hacia la izquierda —y si seguimos el camino central, saldremos del bosque y llegaremos a la ciudad, donde están los demás clanes.

Esto debe ser grandísimo para que haya tantos clanes.

Azael aterriza de manera fastuosa a unos metros de nosotros.

«Vaya, vaya, si es Su Majestad» le chincho mentalmente.

Él ni siquiera me mira, ¿será cierto que ya no me escucha?

—Iremos a la ciudad —ordena él—, hay que comprar armas y otros enseres.

Nadie protesta, se limitan a emprender el camino.

La verdad es que el ambiente está un poco tenso. Todos han descubierto que nos hemos acostado, pero nadie sabe nada más, bueno, Arcan a lo mejor se ha enterado de algo mientras estábamos en el Reino del Aire, aunque creo que no ha captado demasiado.

Caminamos en grupo, charlando y riendo despreocupados. Azael va delante y todos nosotros varios metros por detrás. Les cuento que cuando desaparecí en Orgrom, emergí en un lugar muy extraño, donde un ser hermoso me habló, pero no destapo todo lo que me dijo, solo pinceladas.

Nadie sospecha de quién puede tratarse, aunque me extraña mucho que Azael no me haga preguntas al respecto, porque lleva la oreja puesta desde hace rato. En un principio, mis amigos suponen que podría tratarse de Kramlam, pero al describirles su anatomía, la estancia donde estuvimos y las cataratas por las que caí después, se dan cuenta de que no encaja en su perfil. Así que tenemos una nueva incógnita que resolver.

También les cuento cómo me convertí en sirena, que Olwa me capturó y que pude ver a Enur, además de que exploté el Palacio de Cristal/cueva con un

hechizo. Al relatarles que Killian debería ser mi futuro esposo por haberme encontrado, todos se parten de la risa por nuestro evidente odio mutuo. Están alucinando con mis historias, pues de ellas se deriva que ya no tenemos a los búhos de nuestro lado y que Ahura tiene toda la pinta de ser el eje del mal.

—Hablando de Killian ¿dónde está? —pregunto, pero nadie contesta.

—Creemos que ha abandonado la misión, Noa —me cuenta Ágata al cabo de un largo silencio —no hay rastro de él en los mapas.

—¿Y si ha muerto? —Me asusto, pues la última vez que lo vi estaba en Clasir y le dejé solo.

—No puede haber muerto porque mis niveles no han disminuido, así que sigue vivo, pero no nos podemos comunicar con él por algún extraño motivo —me explica la mariposa.

—No te preocupes por la rana, ya aparecerá —me anima Trok, rodeándome los hombros con su brazo.

—¡Quita tus sucias zarpas de ahí! —ruge Azael, sin ni siquiera girarse para mirarnos.

—¿Pero cómo lo ha...? —pregunta el ángel, dando un respingo y poniendo cara de querer resolver un algoritmo complicadísimo.

—Es un serafín supremo, compañero, aprende a vivir con eso —se mofa Arcan—, yo de ti dejaría en paz a Noa, lo vas a enfadar.

A mí se me escapa una sonrisa involuntaria porque me resulta realmente asombroso que exprese sus celos en público.

«Eso en mi planeta se llama ser un posesivo egoísta» le recrimino, pero de nuevo no obtengo ninguna respuesta, no me acostumbro a no poder comunicarme con él.

Me apresuro hasta su altura para caminar junto a él, pero ni siquiera me mira.

—Oye, grandullón—, llamo su atención chascando los dedos delante de su cara y por fin se digna a dirigir su mirada hacia mí—. ¿No crees que el mundo no tiene culpa de tu eterno mal humor?

—No estoy de mal humor, es solo que no me gusta que ese galán barato pretenda conquistarte.

—¿Y eso a qué se debe?

—No tiene cerebro, solo músculos.

Pongo los ojos en blanco antes de partirme de la risa. No hay manera de que admita que está celoso.

—¿Y tú sí tienes cerebro?

—No tenemos tiempo de romances, Noa, debemos llegar cuanto antes a Binel. Todo está saliendo demasiado bien y no me gusta en absoluto. Mi hermana no se deja ganar tan fácilmente. Que Uzzah y Oriel no estuviesen en sus respectivos Palacios, me pone en guardia y que, de repente, me permitan acceder a todos los portales, también. Pretenden que lleguemos al Reino del Bien cuanto antes ¿pero por qué motivo?

—Enur sí que estaba en su Palacio —le recuerdo.

—Le pillamos en un renuncio, solo había ido allí porque Olwa le convocó, no contaba con que yo apareciese, por eso fue su fin, por confiado y seguramente desobediente.

Voy al grano, no me quiero andar más por las ramas.

—Azael, ¿por qué ya no puedo leer tus pensamientos?

—Yo tampoco leo los tuyos. ¿No era eso lo que deseabas?

—¿Qué has hecho?

—Te expliqué que al matar a mis hermanos yo también perdía poderes.

—¡Deja de mentirme de una maldita vez! Sé que fuiste a ver al tal Kramlam ese y que hicisteis un trato, no soy tonta —espeto.

Se detiene en seco, mirándome a los ojos. Todos los demás pasan de largo, fingiendo bastante mal que no nos estaban observando y que no se quieren enterar.

¡Serán cotillas!

—¿Cómo sabes eso? —masculla.

—¿Y a ti qué te importa? Ese no es el tema, dime ¿por qué lo has hecho? —exijo.

—Era lo que querías.

—¡Oh! ¿Y se puede saber desde cuando acatas mis órdenes?

Parece algo nervioso.

—¡Eh, dragón! —brama.

Arcan se gira para mirarle.

No puede ser que sepa que ha sido él quien me lo ha contado.

—Lleva a todos a la ciudad, nos reuniremos con vosotros más tarde —ordena.

Observamos cómo se van montando uno a uno a lomos del dragón y cómo se elevan hasta el cielo.

—Un momento —me giro para mirarle de frente—, si ya no podemos

leernos la mente, ¿por qué en el Palacio de Clasir nos comunicamos por telepatía? Se supone que ya habías ido a ver al elfo.

—No fui para pedirle que no pudiésemos comunicarnos telepáticamente —expone.

—Entonces ¿para qué acudiste a él?

—Para encontrarte.

Me detengo un momento para recapacitar, pues con tantas mentiras ya no sé si creerlo o no.

—Le propuse a Kramlam que si te encontraba podría quedarse uno de mis poderes, el que él quisiera y escogió ese. Por eso pudimos hablar durante unos instantes, hasta que surtió efecto el trato.

—También hablaste con tu hermano mentalmente, lo intuí.

—Efectivamente, pero después ya no pude volverlo a hacer.

Me siento rara. Lo ha hecho por encontrarme. Le ofreció cualquier poder a cambio de protegerme, una vez más.

Me armo de valor, no sin antes comprobar que los demás ya casi ni se ven en el horizonte de lo lejos que van.

—Azael, ¿cómo soy de importante para ti?

Esto le pilla por sorpresa y no sabe muy bien qué contestar.

—No se te ocurra convertirte en humano —le amenazo con el dedo y esto le sorprende—, cada vez que el serafín tiene miedo se escuda en su forma humana, porque así tienes el pretexto perfecto de que él es más débil y no asumes que te has equivocado.

Se gira para darme la espalda mientras gruñe.

—¡Odio que me conozcas tan bien! —protesta.

—¿Azael, me amas? Yo te amo a ti, no tengas miedo —intento acercarme, pero me evita.

—Mi corazón está muerto, no puede amar, Noa —se gira y me observa a través de la luz de sus ojos.

—Eso no es cierto. Cada vez que me proteges es amor. Cada vez que me provocas para que me supere a mí misma es amor. Cada vez que me salvas de los enemigos... ¿no te das cuenta?

—No es amor. El amor es mucho más grande que esos simples detalles. Lo hago únicamente porque te necesito para pasar la Puerta, no esperes nada de mí después.

—¡No! ¡Me niego a creer eso!

Ahora mismo me siento más fuerte que nunca y por eso no creo al instante sus palabras de rechazo, cuando anteriormente las creería ciegamente y me echaría a llorar.

—Tus palabras no van a conseguir borrar tus actos, Azael. Respeto que no quieras admitirlo, pero tarde o temprano te darás cuenta y te armarás del valor suficiente para aceptarlo. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Me giro y emprendo el camino.

—¿Demasiado tarde para qué? —pregunta a mi espalda, malhumorado.

—Para ser correspondido, yo no te voy a esperar eternamente.

De pronto, siento su mano atrapar mi muñeca con fuerza, tira de mí para que choque contra su fuerte pecho y el impacto me hace sonreír. Levanto mi cabeza para mirarlo a los ojos.

—No quiero que me esperes, lo único que quiero es que te olvides de mí.

—Pues no lo haré nunca.

Me armo de valor y acerco mis labios a los suyos. En un primer momento no me responde, pero no tarda en abandonarse al contacto de mi lengua. Adoro cómo besa, lo hace de la misma forma siendo serafín que humano, besa que te mueres.

Rodeo sus hombros con mis brazos y agarro su nuca con una de mis manos con fuerza para acercarle más a mí, lo que parece que le enciende porque se abalanza a devorar mi cuello y a mí me invaden mil sensaciones de placer.

—Nunca he estado con una mujer en mi forma de serafín, no quiero hacerte daño —ronronea sin dejar de besarme.

—Confío en ti y sé que no lo harás.

Me observa muy serio.

Y así, como si mis palabras fuesen la llave mágica hacia algún lugar escondido de su ser, me coge entre sus poderosos brazos para elevarme junto a él por los aires.

Tres.

Dos.

Uno.

Es alucinante flotar, literalmente, mientras besas a alguien con toda la pasión del mundo, porque si ya de por sí te sientes por las nubes, hacerlo de verdad es impresionante, aunque más lo es aún lo que me está haciendo, ya

que tengo manos y dedos por todas las partes de mi cuerpo, haciéndome gemir y suspirar como nunca.

—Azael, termina con esta tortura, no puedo más —jadeo, mientras me tiene cabeza abajo, practicándome un salvaje cunnilingus, este serafín no se anda con medias tintas, me está matando, ya llevo más de tres orgasmos seguidos.

Vacila un instante, sonrío y me deja caer al vacío.

No sabría explicar demasiado bien lo que sucede exactamente a continuación, pero él aparece, de repente, debajo de mí y yo al caer me clavo en su gran miembro, así, tal cual. Este hecho provoca que exhale un alarido y tenga otro orgasmo más. ¡No puedo creerlo!

—¿Quién dijo que los serafines no tenían sexo? ¡Joder! —exclamo, enajenada contra su boca.

Nos miramos un instante, él pagado de sí mismo al ver mi cara de asombro mezclada con el éxtasis más absoluto y yo sin querer salir de él nunca.

—¿De verdad que no habías hecho esto antes? —Sonrío levemente.

Niega con la cabeza, malévolo.

—Estoy improvisando —sonrío también —es que me pones muy caliente, mujer.

Entonces, agarra fuerte mis caderas entre sus grandes manos y comienza una percusión frenética que casi consigue matarme de gusto, regalándome otro orgasmo más ¡oh, Dios mío, esto no es posible!

Ni siquiera tengo miedo de caerme, pues él me sujeta en todo momento,

domina la situación a la perfección. Creo que esta sensación de vacío aumenta mi libido y mi placer sexual, pues jamás me había estremecido así, ni tenido tantos orgasmos seguidos, me va a dar algo.

Después de seguir penetrándome de mil maneras distintas por los aires, por fin toma tierra, conmigo rodeando su cintura con mis piernas y todavía con él en mi interior.

—No puedo más —gime toscamente, como si quisiera excusarse por no aguantar más.

—¡Demasiado has podido! —gimoteo.

Su cuerpo comienza a brillar bajo mi atenta mirada.

—¿Estás bien? —le pregunto, algo preocupada.

—Este es el mejor momento de mi existencia —ruge, cerrando los ojos con fuerza para degustarlo.

La luz de Azael sigue aumentando por momentos, no sé qué le ocurre. Al principio no es más que un parpadeo que recorre su anatomía, pero cada vez reluce más, como una estrella. Su resplandor sigue intensificándose, y al final, es todo él luz trémula, parece una inmensa brasa azulada.

Yo le sonrío, mientras él acababa de iluminarse por completo e inunda todo el bosque con su luz blanca azulada, brillante y auténtica, entonces, suelta un gruñido de placer que debe escucharse por todo Catarsis, seguido del mío, pues no he podido contenerme al sentir derramarse dentro de mí todo el amor que ha estado conteniendo durante toda la eternidad.

—¡Vaya! ¿Así es el orgasmo de un serafín? —le pregunto, mientras intentamos recomponernos del brutal polvo aéreo que hemos echado, bueno, más bien, diría polvos aéreos que me ha echado él a mí.

—Bienvenida a mi mundo, Noa —titubea algo indeciso.

—¡Bendito mundo! —vocifero, feliz.

Capítulo 8



Vida: 200

Maná: 0

Fuerza: 0

Dinero: 2500

Rango: 350

Completamente obnubilada.

La luz del día me sobresalta y abro los ojos de repente.

Anoche nos quedamos dormidos junto a una hoguera perpetua que me enseñó a hacer Azael, con un hechizo del grimorio.

Mi despertar es un tanto violento, pues noto que tengo algo pegado a mi espalda, algo semejante a una mochila llena de piedras y que no permite que me ponga boca arriba.

Azael se despereza lentamente al sentir que me muevo entre sus brazos, pues hemos dormido en la postura de la cucharita que tanto le gusta. Sí, parece que la mala bestia se ha convertido por arte de magia en un osito de peluche, o mejor dicho, por arte de polvos.

De pronto, me mira asustado y se pone en pie de un gran salto.

—¿¡Qué diablos es eso?! —Señala hacia mi espalda.

Ahora, sí que me estremezco, porque nunca he visto una expresión de pánico en su rostro y esta es de traca.

—¿El qué? ¿Qué pasa? ¿Qué tengo? —Me levanto del suelo yo también, pero no veo nada, solo siento algo muy pesado que cargan mis hombros.

Entonces, algo aparece a ambos lados de mi cuerpo, por la derecha y por la izquierda de manera simultánea. Estoy petrificada, mirando de reojo a ambos lados, contemplando cómo se acerca a mí lo que quiera que sea.

—Esto... son... ¿¡plumas!?! —balbuceo.

—Te han sa-li-do a-las —tartamudea el serafín.

—¿¡Qué?! ¡¿Cómo?! ¿¡Pero por qué?!

—No lo sé, no lo había visto nunca —su voz es demasiado aguda.

—¿Pero esto es posible? ¡No me estarás gastando una de tus bromitas!

Se acerca lentamente, para acariciarlas con sumo cuidado. Está flipando y yo ni te cuento. Noto su caricia en ellas, como si tocara alguna parte de mi cuerpo, ¡o sea, que sí que son mías!

—Son alas de verdad —Azael parece que se ha quedado atontado.

—Pero estas alas son enormes, ¿qué pesan, cincuenta kilos?, no voy a poder andar cargando con ellas —me quejo.

—¿Y para qué quieres andar, cuando puedes volar? —Su expresión ahora es mucho más divertida.

—¿¡Volar?! ¿Qué te has fumado?

No doy crédito, esto ya era lo que me faltaba para terminar de rematar las cosas. Yo volando sí que entraño un gran peligro para Catarsis ¡ay Dios!

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto.

No logro averiguar si él está enfadado, sorprendido, o contento. Se comporta de una manera extraña. Me contempla con una cara desconocida para mí.

—Noa, nunca había hecho el amor con nadie siendo serafín, es lo único que se me ocurre que haya podido suceder. Eso, o que mientras estábamos dormidos alguien haya venido a ponerte esas alas.

—¿Cómo que no? ¿Y qué me dices del arcano que casi nos mata en la Posada? ¡Tenías tu forma de serafín cuando te tiraste a la rubia en la que se convirtió, no me vengas con cuentos! —le recrimino, asediada por los celos.

Este se piensa que soy tonta, me recuerda a los adolescentes cuando te prometen que por meterte la puntita no te quedas embarazada. Por mucho serafín que sea, no me la va a dar.

—Nunca he tenido la forma de serafín al culminar el acto, puedes creerme o no —parece que está a punto de descojonarse.

—¡Déjalo! ¡No estoy ahora para tus bromitas, maldito Señor del Mal!

Intento mirar mi espalda, pero obviamente no puedo, girar la cabeza en plan niña del exorcista todavía no se encuentra entre mis múltiples poderes. Cuanto más trato de tocarlas, más encogidas están a mi espalda y termino girando sobre mí misma como un perro persiguiendo su cola.

La carcajada de Azael me saca de mi ensimismamiento.

—No podrás tocarlas si no te relajas, eso no funciona así —explica entre risas.

Me detengo, y entonces aparecen, de una manera parsimoniosa, las plumitas del demonio a ambos lados de mi rostro, como si trataran de tomarme el pelo. Me abalanzo sobre ellas con presteza, pero vuelven a replegarse en mi espalda.

—¡Gr! —Gruño enojada, a la vez que pataleo como una niña pequeña.

Azael vuelve a soltar otra risotada.

—¿Pero por qué quieres tocarlas? —pregunta.

—No lo sé, pero las quiero tocar —parece que si no las toco no son reales, cosas mías ¡pero quiero tocarlas y punto!—. Esta mañana estás demasiado contento para lo que acostumbras ¡ven aquí y ayúdame de una maldita vez! —Le ordeno.

Él se acerca hasta mí, lentamente, toma mi mandíbula entre sus poderosas manos y me besa con suma dulzura, cogiéndome totalmente por sorpresa, entonces, siento cómo mis enormes alas rodean su cuerpo a modo de abrazo. Él se separa de mí muy despacio, dejándome con ganas de más.

—Ya puedes tocarlas —me anuncia, cuando todavía tengo los ojos cerrados y la boca en plan besugo.

—¡Oh! —suspiro, al ver mis alas frente a mí.

Claro, él tiene alas desde siempre, sabe cómo funcionan.

Las acaricio muy despacio, son mullidas y extremadamente suaves, noto mis propias caricias, es como si palpase mi piel, algo inaudito.

—¿Por qué son blancas?

—¿Eso es lo único que te importa?! ¿Acaso no te pegan con los zapatos? —se mofa.

—¡Eres idiota!

Al realizar la exclamación con tantas ganas, las alas se extienden y me elevo unos milímetros del suelo.

—¡Ay, Dios mío! —grito, aterrorizada.

Abro mis brazos para intentar mantener el equilibrio, observando al serafín con cara de auténtico pavor, mientras él se lo pasa en grande.

—A partir de ahora vas a tener que prestar más atención a tus emociones, o al menos a la hora de expresarlas, las alas son un salvoconducto de tus sentimientos, se mueven al igual que gesticulas con las manos —me explica.

—¿Quieres decir que puedo salir volando en cualquier momento?

—¡No! —Vuelve a reír—. O al menos una vez que hayas aprendido a retenerlas —añade.

Le saco la lengua.

—Estás muy raro —le reprocho.

Niega con la cabeza, sube hasta mi altura y me coge en brazos, sin mediar palabra, para elevarse al cielo conmigo encima.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto asustada, pero no me responde.

Cuando estamos lo suficientemente alto, se detiene, le conozco de sobra y me agarro a su cuello con todas mis fuerzas para que no me suelte.

—¡Ni se te ocurra! —le amenazo, muerta de miedo.

—Es la única manera, contigo no se pueden hacer las cosas poco a poco, ni a medias tintas, siempre es todo o nada, así es que... ¡suerte!

Me retuerzo entre sus brazos como un gato dopado, tratando de evitar lo inevitable, agarrándome con fuerza a las tiras de cuero de su indumentaria, mientras suplico:

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Por fav...!

Pero es demasiado tarde, me ha soltado.

Al principio no puedo hacer nada más que chillar como una energúmena mientras caigo. La fuerza del aire es demasiado fuerte para poder abrir las alas, que están replegadas a mi espalda para no dañarse. Por muy grandes que sean, no tienen la suficiente fuerza como para aguantar mi peso en caída libre, voy a morir. Lo sé.

Solo siento el vacío en mi estómago y el viento azotar mi rostro. Cierro los ojos para no ver la tierra, que cada vez se aproxima más a mí. Pero de pronto descubro que Azael está a mi lado, volando hacia abajo en picado.

—¡Abre esas malditas alas de una vez! —vocifera.

—¡No puedo! ¿Crees que quiero matarme?

—¡Noa, abre las alas! —dictamina de forma seca—. Solo tienes que hacerlo, es como si abrieses los brazos, un movimiento más de tu cuerpo.

Intento levantar los brazos y lo consigo. Ahora me concentro en la

espalda. Noto dónde nacen las alas, el viento mueve sus plumas, por eso soy más consciente de ellas.

«Vamos. Solo tengo que levantarlas» me ordeno a mí misma.

—¿No tendría que haber aprendido a moverlas antes de lanzarme al vacío? —me quejo.

—Cada vez estás más cerca del suelo, date prisa —se limita a decir.

No quiero mirar hacia abajo, pero lo hago y todo está demasiado cerca para mi gusto.

¡Vaya hostión me voy a dar!

Me intento situar boca abajo, pues cayendo de culo, como voy, no creo que consiga volar, es cuestión de lógica, doy por hecho que la gravedad también ayudará.

Al colocarme de esta otra postura, el viento eleva mis alas hacia atrás y aprovecho este movimiento para percibir las mejor, para ser consciente de ellas y solo así logro desear que se agiten, pero, efectivamente, no tienen suficiente fuerza para hacerlo. La sensación es la misma que si pretendiese meter aire en el agua.

Ver el suelo tan cerca me pone muy nerviosa, estoy descargando toda la adrenalina de mi vida en este instante.

—¡Vamos Noa, vas a estrellarte! —Me provoca el malvado ser que se deja caer junto a mí de una manera chulesca.

—¡Aire en el agua! —exclamo aterrada.

Seguro que mi cerebro se ha desconectado.

«Para introducir algo en el agua hay que hacerlo girar» me recuerda una

voz en *off*.

¡Ya lo tengo!

Me giro para situarme de perfil y entonces el viento no me impide mover las alas, más bien se lo facilita. Las abro con todas mis fuerzas y de pronto me elevo en vez de caer.

¡¡¡¡Ya no caigo!!!!

—¡Yuhu! —aúllo involuntariamente por la impresión de haberme salvado.

Estoy planeando, las alas están abiertas y ahora el viento parece sujetarlas, impulsándome hacia arriba y no hacia abajo. Pero, mucho me temo, que el planeo va a durar poco si no hay corriente.

—¡Bien hecho, mi amor! —brama Azael, orgulloso.

¡¡¡¡Mi amor!!!!

Clavo mis ojos en él y pone cara de haber metido la pata hasta el fondo, incluso gira su cabeza hacia otro lado. ¡Se le ha escapado por la emoción del momento!

Entonces me desconcentro y se me cierran las alas de golpe.

Por más que me revuelvo en el aire para intentar desplegarlas, no lo consigo... se masca la tragedia.

¡Pedazo de leche que me pego!

Capítulo 9



Vida: 2

Maná: 200

Fuerza: 2

Dinero: 2500

Rango: 500

Mi amor... ha dicho mi amor... ¡Y

VUELO!

L legamos al centro de la ciudad sin mediar palabra, de hecho él va volando y yo voy caminando. Más le vale, porque como lo pille, le voy a dar

su merecido por haberme dejado caer desde el cielo en plan saco de patatas suicida.

Se niega a hablar sobre el tema, aunque lo haya intentado de todas las maneras posibles, se ha cerrado en banda. Ha ido añadiendo más distancia entre nosotros cada vez que yo abría la boca, y la pena es que no he sido capaz de volar, por mucho que lo haya deseado.

En cuanto pongo un pie sobre las baldosas de barro grisáceas que delimitan la ciudad, respiro profundo, pues es como volver por fin a la civilización, me siento en casa. No tardo demasiado en volver a percatarme de que estoy en un mundo irreal, porque dos señores gigantescos, ataviados con ropa de cuero y dos grandes hachas, se cruzan conmigo, quedándose absortos contemplando mis alas y mi cuerpo.

Busco a Azael por los cielos con la mirada, pero no lo encuentro.

—¿Qué hará por aquí un ángel? —indaga uno de ellos.

—Se habrá desorientado, no han venido nunca por aquí, somos demasiado insignificante para ellos —le indica el otro, cortándome el paso, con aires de superioridad.

—No soy un... —una mano tapa mi boca y me impide terminar la frase.

—¡Mi señora, tenemos que continuar nuestro viaje hacia Áralush, aquí no debe descansar! —Me giro para comprobar, aliviada, que es la forma humana de Azael la que se encuentra junto a mí.

Lleva una especie de zaragüelles, que es un pantalón ancho, de color rojo y una camisa blanca labrada, con una especie de sandalias de cuero

marrón, todo muy medieval. Está arrebatador. Me guiña un ojo sin que los demás se den cuenta.

—¿Y tú quién eres? —inquire el más corpulento de los leñadores, dirigiéndose a él.

«Ay si lo supiera».

—Soy su escudero, ella es la emperatriz de los arcángeles del Reino de Áralush —les informa, poniendo una postura de alerta que no me gusta nada.

—¿La emperatriz? Entonces nos darán mucho dinero por rescatarla — me apuntan con sus hachas a modo de amenaza.

Mis alas se abren de manera involuntaria en señal de peligro inminente y los hombres se quedan atónitos ante su hermosura. Supongo que la escena debe ser cuanto menos maravillosa, vista desde fuera, claro.

Bajan inmediatamente sus armas y agachan sus cabezas para arrodillarse, mostrándome sumisión.

—¡Así me gusta! —les increpo, orgullosa, mientras me giro para proseguir mi camino.

Azael ahoga una risotada.

Justo cuando me doy la vuelta me choco con una de las patas de Arcan, que está a mi espalda, mostrando sus dientes ferozmente a los leñadores.

«Eso lo explica todo: es obvio que no han sido mis preciosas alas las que los han intimidado, más bien ha sido el inmenso dragón», ¡vaya corte!

Azael termina partiéndose de la risa al ver mi cara.

—¡Date prisa, sirviente, que tengo hambre! —ordeno al serafín, dándole la espalda, mientras camino todo lo digna que me es posible en una situación

tan humillante.

Él deja de reírse al instante, parece que no le va demasiado acatar órdenes, ¡pues se va a enterar!

Cuando nos hemos alejado lo suficiente de los leñadores, Arcan me pregunta por las alas y le indico que se lo explicaré cuando estemos todos juntos, porque no quiero contar la misma historia varias veces. Así de paso me invento algo por el camino, porque no creo que la versión de que echando polvos voladores con serafines te salen alas, sea demasiado creíble.

Mientras los tres caminamos por las inmensas calles de la ciudad, nos vamos cruzando con varias personas, no está saturado de gente, pero tampoco vacío. Algunos nos observan sorprendidos y otros pasan de nosotros, hay de todo, pero se nota que no son un pueblo al que le agrada en exceso los extranjeros.

Los edificios son muy similares a los de la Edad Media, tendiendo más a románicos, pues son casi todos de piedra marrón. Lo curioso es que tienen un toque gótico y gozan de colorido, debido a la gran cantidad de flores que los adornan. Una mezcla digna de ver.

El serafín me saca de mi interesante visita turística.

—En estos Reinos los habitantes son mucho más... ¿cómo decirlo para que el dragón no me abra con sus llamas? —se mofa Azael, cuchicheando en mi oído —desarrollados. Hasta ahora no te han hecho preguntas ni se han cuestionado nada, ha sido demasiado fácil.

—Ya veo —me hago la interesante, porque si hasta ahora ha sido coser y cantar... no quiero ni pensar lo que me espera.

Llegamos hasta un gran monumento de mármol blanco, creo que es lo

único blanco que hay en los alrededores. La gran puerta es de hierro y blanca también. En ella hay tallados varios motivos entre los que puedo distinguir cañas de pescar, hachas, arcos y flechas.

—Son los símbolos de cada clan —me informa Azael, pasando de largo de mí para entrar.

—Los demás ya están dentro —indica Arcan —yo os esperaré por aquí.

—Hasta luego grandullón —me despido.

Mientras avanzo por lo que parece ser una especie de iglesia, pienso en que no me he dado cuenta de que él no estará presente en mi explicación de las alas y al final sí que lo tendré que contar dos veces.

—¿Dónde estamos? —indago, alcanzando a Azael.

—Esta es la tienda de Iracum, vamos a gastar todo el dinero que has ganado.

—¿¡En armas!?! —sugiero con voz de emoción total, en plan niño pequeño la noche antes de Reyes.

Él pone los ojos en blanco y niega con la cabeza, creo que va asumiendo que no tengo remedio.

—En lo que te dé la gana —claudica.

Abre una puerta de madera y entramos en una nueva sala, ésta sí que la conozco de sobra, estamos en la cabaña de madera del orangután raro.

—¿Podemos entrar todos juntos a la tienda? —Creo recordar que Suria me comentó que solo se podía de manera individual.

—Depende del Reino y de los rangos.

—¡Noa! —Suria levanta su patita para saludarme e interrumpirnos.

Avanzo hasta donde están todos, que no es si no en un rincón de la tienda, marujeando.

—¡Habéis tardado más de un día en llegar! —me reprocha Ágata, cuando estoy a su altura —¡Y tienes quinientos puntos de rango!

Como podéis observar, nadie saluda a Azael.

—Digamos que tuvimos un ligero imprevisto —señalo mis alas, al mismo tiempo que me vuelvo para que puedan verlas.

Observo así, que el ya conocido mono *reagge* está tras el mostrador, frente a mí, mirándonos con cara de pocos amigos, por este motivo le doy mi dinero para que no se mosquee y me lo canjee, como hace siempre.

«Este mono es un rata, si no gastas en su tienda, se enfada».

Cuando vuelvo a situarme de frente a mis amigos, todos están con la boca abierta, alucinando con mis alas.

—Noa, tienes... ¡alas! —balbucea Trok, estupefacto.

—Creo que estás celoso porque mis alas son más bonitas que las tuyas —él me mira, simulando estar enojado —¡es broma! —Y nos reímos.

Suria y Ágata no salen de su asombro, por eso no son capaces de articular palabra.

—¡Cuéntales cómo se ha obrado el milagro! —me anima el serafín traidor.

Vale. Es el gran momento de inventarme algo.

—Pues resulta que me caí por un precipicio y justo antes de llegar al suelo, de pronto ¡pum, me salieron! —me encojo de hombros—. Como solo me faltaba volar... ¡pues así ya sé hacer un poco de todo! —bromeo.

Es una historia demasiado fantasiosa, aunque en realidad encierra algo de verdad.

—¿Y por qué precipicio te caías exactamente? —pregunta Cedrik intrigado, acariciando su mandíbula, pensativo—. Conozco este Reino como la palma de mi mano y la verdad es que no recuerdo haber visto nunca ningún precipicio.

—Pues precisamente ese no lo conocerías, porque nos pilló por sorpresa —me justifico.

Azael y él se dedican una mirada muy extraña, apostarí a que se están burlando de mí.

—El mapa indica que estuvisteis todo el tiempo donde os dejamos, no os movisteis del lugar y allí no hay precipicios —insiste, bajo la atenta mirada de todos los demás.

—¡Había un precipicio y punto! ¡Qué pesado eres, siempre quieres tener la razón! —le reprocho.

Me giro, altanera, para entrar al interior de la tienda y de esta forma pasar de ellos, que el serafín les cuente lo que le dé la gana al respecto. No es que no quiera que se enteren, porque estoy más que segura de que ya lo saben, pero me da corte asumirlo en público.

En cuanto cruzo la puerta, los ojos se me iluminan como los de una niña pequeña. No es una espada normal lo que resplandece dentro de una urna inmensa frente a mí, es algo sobrenatural. Permanezco petrificada unos instantes, para después poder reaccionar. Me acerco y así puedo observarla mejor, ya que su fulgor azulado no me permite mirarla directamente, pues se asemeja a la cegadora luz del sol.

Es casi más grande que yo, debe medir aproximadamente un metro y medio, más la empuñadura. Por lo que puedo observar, su gran hoja está dividida en dos partes, formadas a su vez por rayos, sí, he dicho que son rayos, nada de acero. Dichos rayos están sujetos por la empuñadura de oro blanco, en la que aparece esculpida la cabeza de una mujer.

«Me acabo de enamorar».

—La qui-e-ro —tartamudeo, babeando delante del cristal que la protege.

Descubro que un poco más abajo, en un cartel muy tétrico, se puede leer «Segadora de Almas».

—Cuentan las leyendas que esta espada la forjó el mismísimo Gran Máster—, la voz de Azael a mi espalda me sobrecoge, pero él continúa hablando: —Dotándola de infinitos poderes, para proteger al mundo de los grandes peligros que albergaba. Pero la mantuvo escondida bajo tierra durante milenios, porque nadie fue digno de usarla, siempre creí que eran eso, solo leyendas.

Él observa con la misma admiración que yo la magnífica espada, que yace entre seda negra frente a nosotros.

—¿Y cómo ha aparecido aquí? —pregunto intrigada.

—La trajo un ser ataviado con una capa negra, tan solo dijo que vendrías a buscarla —nos cuenta el orangután, que de pronto ha aparecido junto a nosotros. Nunca lo había visto fuera del mostrador, tanto es así, que hasta hubiese jurado que no tenía piernas.

—¿¡Yo!? ¡¿Mía?! —Le cuestiono sorprendida.

Ahora no sé si Azael observa más extrañado al simio, o a la espada,

pues supongo que él tampoco habría visto nunca antes había al mono tan de cerca.

—Así es, señora —hace una reverencia —ponga la mano sobre el cristal —obedezco, para que la urna desaparezca de repente, dejando la espada al descubierto y dándome un susto de muerte, por lo que suelto un grito involuntario.

—Espera un momento, Noa —Azael me saca de mi embelesamiento, sujetándome la mano para que no la toque —antes de cogerla, debes saber que no se trata de una espada cualquiera. Este artefacto despoja de alma a quien la porta, es decir, que se funde con ella.

—¿Y eso qué significa? —¡Ay Dios mío, son todo pegas!

—Que corres el riesgo de perder tu alma para siempre.

—«Solo un alma pura puede portarla» —me anima el orangután—, esa fue la única condición que estableció quien la trajo.

—¿Y quién has dicho que lo hizo? —le pregunta Azael, agudizando la mirada, muy desconfiado.

—Desconozco su nombre, Mi Señor, tan solo dispuso eso —no parece que el orangután se intimide demasiado por ver a un serafín delante de sus narices. Aunque yendo así vestido, nadie diría que es un serafín.

—¡Yo sé quién es! Cuando desaparecí en Orgrom él fue quien me rescató, como ya os conté.

—¿Y qué hicisteis exactamente para que ese misterioso ser haya venido hasta aquí para traerte semejante presente? —inquieta celoso.

—Tuvimos una charla sobre... mí —le revelo.

—¿Sobre ti? —El serafín frunce el ceño, pensativo.

—Sí. Digamos que me conocía demasiado bien, pero eso ahora no importa, voy a coger esta maldita espada de una vez por todas.

—¡No! ¡Te lo prohíbo! —ruge, interponiéndose entre la espada y yo, y mirándome con unos ojos más que amenazantes.

—Azael, si la espada ha aparecido aquí y ahora, debe ser por algún motivo —insisto.

—Noa, por favor —me implora.

Su expresión me recuerda a algo similar al pánico, nunca antes lo había visto así y casi me planteo hacer lo que me dice.

—Confía en mí —le pido.

No sé por qué, pero tengo la extraña sensación de que necesito tocar esa maldita espada, es como una luz que me atrae irremediabilmente hacia ella, no puedo evitar querer cogerla, no tengo miedo.

—Noa, no quiero perderte —confiesa.

—Y no lo harás, te lo prometo.

Una música de asesinato inminente comienza a resonar en mi cabeza «joder, lo que me faltaba». Todas las señales indican que no lo haga y por eso mismo, me muero por hacerlo.

Él tiene sus ojos clavados en los míos. No se aparta de mi camino y, es entonces, cuando me veo obligada a esquivarlo, sin remordimientos.

Una vez delante del fulgurante artilugio, me tiembla la mano y el corazón me late a mil por hora, estoy nerviosa e impaciente. Los rayos de la espada parecen incitarme a cogerla, es tan bonita.

«Hazlo de una vez» me obligo a mí misma.

Levanto las dos manos, porque supongo que debe pesar un montón, y acaricio la brillante empuñadura. La escultura de la mujer es realmente preciosa, incluso podría decirse que se parece mucho a mí.

No voy a meditarlo más. Venga.

Me armo de valor y la cojo con todas mis fuerzas, aunque, sorprendentemente, no pesa tanto como parecía, es muy ligera. Creo recordar que Azael me explicó que las espadas se amoldan al peso y fuerza de su portador.

¿Y esto es todo?

¿Así de fácil?

De repente, la música se detiene y algo comienza a abrasar mi brazo, desde el hombro hasta el codo, es un dolor muy intenso, demoledor.

Trato de soltar la espada, pero no puedo, por eso emana de mi garganta un grito desgarrador, provocando que Azael corra a auxiliarme, pero algo se lo impide, se trata de una especie de aura a mi alrededor, que le aleja, y entonces, la expresión de pánico que tenía dibujada en su rostro, se multiplica por mil.

—¡Tira la maldita espada! —me increpa.

De pronto ya no siento nada más, el dolor ha remitido.

Bueno, sí que noto algo: me siento la mujer más poderosa del mundo y ahora mismo, si me dejasen, me pondría a destrozar todo lo que tuviese a mi alrededor, solo por probar el alcance de la espada, pero entonces afirmarían que el arma ha absorbido mi alma, y me la quitarían. Así que, como no quiero quedarme sin mi nuevo juguete, decido portarme bien.

—«Encadenaré tu alma» —lee Azael mi nuevo tatuaje sobre mi brazo, boquiabierto.

Me observa, asombrado, e intenta balbucear:

—Noa, ¿te encuentras bien?

Clavo mis ojos en los suyos de golpe y lo apunto con el espadón en el pecho, a la altura del corazón. Me observa, aterrorizado, pero no precisamente por la espada que lo amenaza.

—¿Quién eres tú, insecto? —bramo, imitando un tono espectral.

—¡Suelta la espada ahora mismo! —Su semblante refleja auténtico pavor.

En el fondo me da lástima hacerle pasar por esto y termino bajando la espada para acabar con la broma.

—¿Acaso crees que me iba a resultar tan fácil olvidarme de lo insoportable que eres? —Me río.

—¡Te mataré! —Resopla aliviado, a la vez que no puede evitar rodear mi cintura con su gran mano para acercarme hasta su cuerpo y plantarme un beso involuntario, mientras yo sonrío.

—¿Por qué te asustas tanto? Por fin te librarías de esta carga inservible a la que tienes que soportar todo el día, a lo mejor sin alma te caería mejor — le provocho.

—Te necesito para pasar por la Puerta Sagrada ¿recuerdas?

Y ahora que acaba de confirmar que soy el alma pura que necesitaba, pues más todavía.

—¡Vaya! ¿Solo para eso?

—Solo para eso.

—¿Y por qué no besas a los demás? A ellos también los necesitas para pasar por la Puerta —le propongo.

—Porque tú eres la única que me pone cachondo —suelta.

¡Oh!

Él sale de la habitación sin hacerme el menor caso.

Yo me obligo a centrarme en las compras. Como me queda todavía un montón de dinero, me lo gasto casi todo en pócimas, de todo tipo, aunque también voy aprendiendo, pues guardo un poco de dinero para después pagar la comida en la posada: me voy a comer una vaca entera, con cuernos incluidos, ¡qué hambre tengo!

Al salir de la tienda, mis amigos no dan crédito a lo que ven, solo les falta hacerme la ola. Creo que no van a dejar de sorprenderse nunca conmigo, pues todo es una continua aventura a mi alrededor.

¿Quién me lo iba a decir a mí? La aburrida/fracasada camarera de Cádiz.

Azael pasa de nosotros y se marcha, es un *corta rollos*.

Después de los aplausos, me dedico a mostrar la espada a mis amigos y hacer *el moñas* durante un buen rato, o sea, poniendo posturitas e imitando a una guerrera, tipo *Wonder Woman*, en plena ofensiva. Y una vez terminada la función, nos vamos todos juntos a buscar un sitio donde comer.

Cuando marchamos camino de la posada, Arcan pregunta:

—¿Nadie piensa contarme qué ha sucedido, por qué Noa tiene alas y qué es esa espada?

—Las alas, por lo visto, le salieron repentinamente cuando estaba a punto de caer por un precipicio —contesta Suria, yo la miro de reojo y ella me sonrío de forma inocente—. Y la espada la ha conseguido en la tienda.

—¿Un precipicio? —Se asombra el dragón—. No recuerdo ver ninguno por aquí.

—Esa es la versión oficial —recalca Cedrik.

—Esa es la única versión, arquero ¿acaso quieres que te robe el alma? —Le amenazo, mostrándole mi nuevo tatuaje, él levanta las manos en señal de rendición, pero demasiado sonriente como para estar asustado en realidad.

¿Pero qué diablos se pensarán que ha ocurrido?

—La versión para adultos te la contaremos cuando ella no esté presente, Arcan —añade el arquero.

—No dices más que estupideces —le reprendo, nerviosa porque me hayan pillado.

—No importa el motivo por el que le hayan salido las alas, lo bueno es que ahora podremos avanzar más rápido, pues solo son dos de nosotros los que no vuelan y Arcan los puede llevar —manifiesta Ágata.

—En realidad, yo solo tengo alas, que es muy distinto de poder volar —matizo.

—¿Qué quieres decir? ¿No pudiste volar al caer por el precipicio? —pregunta Suria, que parece que es la única que me cree. Pobrecilla, qué atrevida es la ignorancia.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que no hubo ningún precipicio?! —le reprocha, incrédulo, Cedrik a la ardilla.

—No llegué a volar, solo evité pegarme un buen leñazo, planeando — les aclaro a ambos.

—Pues ya sabemos cuál será nuestro siguiente cometido, Trok —le propone la mariposa al ángel, para evitar que la tensión entre el arquero y yo siga *in crescendo*.

—Cuenta con ello, preciosa —dice, guiñándome un ojo, lo cual me hace sonreír.

Entramos en la posada. Es mucho más grande y luminosa que en los Reinos Bajos, pero las mesas y bancos de madera son muy parecidos. Caminamos hasta el fondo, donde Azael nos espera ya sentado tras una gran mesa.

Yo me siento lo más lejos posible de él, cosa que no parece gustarle demasiado. No sé si esperaba que me sentase sobre sus piernas, cuando él niega todo el tiempo que tiene sentimientos hacia mí. Aunque, si he de ser sincera conmigo misma, yo tampoco me siento demasiado cómoda gritando mi amor a los cuatro vientos, tampoco es que haya querido hacerlo nunca, pero así es.

Supongo que el daño que me ha hecho el capullo de mi ex, Alejandro, al que me entregué completamente en cuerpo y alma, me ha convertido en alguien con celos excesivos, o puede que el hecho de no sentirme correspondida por el serafín sea, en realidad, la causa que no me permite exteriorizarlo.

Volviendo al presente, ha sido Suria la que se ha sentado junto a él y no Trok.

El camarero viene y anota lo que quiere tomar cada uno.

Cuando me traen el estofado, creo que me faltan manos y dientes para

comerlo, lo devoro con tantas ganas que hasta me cuesta respirar y tragar semejante cantidad de carne. Cedrik, que se encuentra sentado frente a mí, no ha comenzado a comer, solo me observa, boquiabierto.

—En serio, esto va de mal en peor —me acusa ante los demás, con la palma de su mano hacia arriba —creo que deberías hacértelo mirar.

Mis amigos se ríen.

—Come y calla, Légolas —le reprendo y él sonríe, negando con la cabeza, creo que debo tener toda la cara pringada de salsa, pero me no me importa.

Comer con hambre es uno de los grandes placeres de la vida, y aquí se pasa mucho hambre.

Capítulo 10



Vida: 200

Maná: 200

Fuerza: 400

Dinero: 0

Rango: 600

Tener esta espada es mejor que comprarse un coche nuevo.

Con el estómago lleno se ve la vida de otro color, todo es mucho más bello y apacible, muy apacible...

—¡Ahí está, ésa es la emperatriz! —Los dos leñadores, seguidos de un

pelotón de hombres portadores de enormes hachas afiladas en alto, me señalan con el dedo.

Todos mis amigos se ponen en pie y sacan sus armas para situarse delante mí, protegiéndome. Los comensales de la posada también se levantan de sus sitios, unos por cotillear y otros para salvaguardar a uno u otro bando.

«¿Dónde estará Arcan, que no nos ha avisado? —me pregunto—. Habrá ido a cazar».

—¡Quitaos del medio, criaturas, somos muchos más que vosotros! —amenazan los fornidos leñadores a mis amigos.

—¿Y quién os ha dicho que eso es siempre una ventaja? —Azael se levanta ceremoniosamente de su sitio y avanza hasta situarse delante de ellos, sin inmutarse. Mantiene su forma humana, por lo que no les intimida lo más mínimo.

—¡Aparta, escudero, o te aniquilaré a ti también! —exige uno.

—No recordaba que las gentes de Iracum fuesen tan violentas — comenta como si nada, a la vez que el leñador más alto le apunta con su hacha al cuello.

—No somos violentos, nos movemos por dinero y secuestrar a este ángel nos proporcionará bastante —se defiende él.

—¿Tú crees? —Se gira para mirar al arquero—, Cedrik dijiste que en las tierras medias los habitantes eran más inteligentes que en las bajas —le reprocha, a lo que Cedrik se encoge de hombros.

—Mi clan al menos lo es. Nunca se nos ocurriría secuestrar a una criatura de Áralush —señala.

—¿Y eso por qué? —refunfuña el que parece ser el líder de los

leñadores.

—¿Quién pensáis que resultaría vencedor en una batalla entre Ireul y Astaroz? —Cuestiona el de verde, lo que provoca que la posada se llene de susurros.

—¡No somos tontos! De todos es sabido que los serafines hace tiempo que no toman partido en estas cosas —contesta el leñador, mientras los demás le vitorean.

—¡Ni siquiera existen! —aclama el público de la posada.

Debe resultar muy triste para Azael descubrir que su prole ya no es lo que en otra época el pueblo adoraba sin cuestionarse nada. Pero ellos se lo han buscado, han abandonado lo único que les daba la vida, su razón de ser: su gente.

—Los serafines no toman partido, pero sí los ángeles —Trok se adelanta con sus alas extendidas para intimidarlos.

El ángel hasta ahora no entendía de qué estábamos hablando con los leñadores, pero supongo que acaba de captar el farol que nos estamos tirando.

Los leñadores se ríen a carcajada limpia.

—¿Y son todos como tú de fieros? —Se burlan unos y otros, imitando vocecillas femeninas como si fuesen del ángel, que no se esperaba tal reacción —¿O serán las maripositas las que nos ataquen?

Ágata frunce el ceño y se dispone a atacarles, pero la detengo con un gesto de mi mano.

Cierto es que aquí se plantean más cosas que en los otros Reinos que ya conozco, porque de no haber sido así, en cuanto hubiésemos nombrado a los serafines, se hubiesen tranquilizado bastante, pues en los Reinos bajos todavía

los temen. Pero en este mundo parece ser que, incluso, se atreven a cuestionar su existencia. Por eso nos va a resultar mucho más difícil pasar de aquí.

—Queridos caballeros del clan leñador —les interrumpo —me halaga saber que soy tan importante para vosotros, y de veras os aseguro que, si no tuviese prisa en llegar a mi destino, no me importaría que me apresarais unos días, si con ellos ganaseis algo. Pero dudo bastante que así sea, y por eso os comunico que no me viene bien ser vuestra prisionera en estos precisos momentos y que debo proseguir mi camino sin falta. Todo esto es por el bien de Catarsis.

—Ya empezamos... —se queja Azael entre dientes, poniendo los ojos en blanco.

—¿Y dices que no te viene bien ser nuestra prisionera? ¿Ahora? —se burla uno de ellos —¿y cuándo le vendría mejor a la emperatriz, mañana?

Todos los demás se parten de la risa.

—¡Apresadla! —ordena el jefe.

Todos los leñadores levantan sus armas y comienzan a gritar al mismo tiempo que se abalanzan sobre nosotros. Azael los intercepta para protegerme, pues ya sabe que, normalmente, cuando me sucede algo malo, no soy capaz de reaccionar, me quedo paralizada.

Pero algo muy extraño ocurre esta vez, y es como si el tiempo se hubiese detenido para permitirme averiguar por dónde van a atacar mis adversarios. Lo estoy viendo todo ralentizado, como cuando das a «pausa» en una película.

Ojeo a mi lado cómo Cedrik comienza a disparar flechas convulsivamente, subido en un banco, a la vez que todos los presentes en la posada se apresuran a resguardarse bajo las mesas. Suria y los demás no logro

ver qué hacen, porque algo desvía mi atención.

Mis ojos contemplan, aterrados, cómo uno de los leñadores levanta su hacha y la clava sin piedad en el pecho de Ágata, que cae inerte al suelo. Un golpe tan fuerte que me desgarran el corazón. Miles de lágrimas recorren mis mejillas mientras grito con todas mis fuerzas: «¡Nooooo!» a la vez que corro en su dirección.

Entonces una enérgica vibración a mi espalda provoca que lleve mi mano hasta ella, mis dedos chocan contra algo frío y rígido, ¡es la espada! La saco de su funda, que llevo colgada tipo mochila, y la levanto por encima de mi cabeza, dispuesta a aniquilar al desalmado que ha matado a mi amiga.

De pronto, miles de rayos comienzan a fulminar a todos y a hacerlos desaparecer, bajo la atenta mirada de los que están debajo de las mesas, y los que no lo están, corren a refugiarse donde pueden, incluidos los de mi bando. La Segadora de Almas no deja títere con cabeza y el asesino de mi amiga es el primero en caer.

«¡Qué bien sienta la venganza!» pienso, admirando mi obra. No siento ningún tipo de remordimiento, es más, me ensañaría con el cadáver de no ser porque desaparece demasiado rápido.

La posada se ha convertido en un intenso destello azul, tan solo decolorado por un vasto reguero de sangre a mis pies.

Azrael aparece en mi campo de visión de forma borrosa, se acerca hasta mí a duras penas, pareciese que una fuerza descomunal lo empujase hacia atrás, impidiéndole llegar hasta mi altura.

Cuando por fin consigue situarse a mi lado, intenta que baje la espada, pero al rozarme la mano, sale disparado por los aires. Esto es lo único que consigue que baje el arma y la guarde de nuevo a mi espalda, y así poder

dirigirme a toda prisa hacia el serafín para comprobar su estado.

Mientras tanto, la posada ha recobrado su aspecto normal.

—¡Azael! —grito, mientras lo zarandeo para que reaccione.

Se remueve un poco y al final se gira para mirarme.

—Noa, ¿qué has hecho? —balbucea.

«¿Qué he hecho?».

Me incorporo lentamente, mirando a mi alrededor. Todo está lleno de dinero y regalos flotantes, y eso solo puede significar una cosa.

—¿Los he matado? —pregunto medio llorando.

Suria y Cedrik salen de debajo de una de las mesas y se acercan hasta mí con recelo. ¿Es miedo lo que veo reflejado en sus ojos?

—Noa, ¿estás bien?

—¡Han matado a Ágata! —Sollozo, desconsolada.

—Y tú los has matado a todos, eran inocentes —musita Suria, asustada.

Estoy muerta de miedo, cargando a mis espaldas con algo mucho peor que la culpa, se trata de un sentimiento de tristeza absoluto, que no me permite respirar. No era yo la que asesinaba a todas esas gentes, era la espada por sí misma.

Entonces, algo insólito sucede de repente, y mira que ya es mucho decir que a estas alturas del cuento suceda algo insólito, dadas las circunstancias, pero así es, porque de pronto me encuentro situada encima de una de las mesas y vuelvo a presenciar cómo el leñador asesina a mi amiga: ¡se está volviendo a repetir la misma escena!

Una música atronadora comienza a sonar en mis oídos, machacando mi cerebro.

Esta vez no me siento morir con ella, hecho extraño, pero cierto, ya había asumido su muerte y por eso no me ha impactado tanto como la primera vez. Es por este preciso motivo por el que vuelvo a sacar la espada y vuelvo a dejarme llevar por mis impulsos de vengar a mi amiga, pero esta vez algo me frena en el último instante y decido apuntar al cuello del asesino, en vez de degollarlo sin piedad.

Ahora la espada tampoco arroja rayos a diestro y siniestro para matar a todos, la estoy dominando, porque yo misma estoy bajo control. ¡Alucinante! Es como si ella fuese una extensión de mis propios sentimientos, la encargada de materializarlos.

El leñador levanta las manos en señal de rendición, con el terror reflejado en sus ojos. Ambos nos miramos mientras respiramos con dificultad, él suplicando una clemencia que no ha tenido con mi amiga y yo deseando hundir estos rayos en su cuello para que deje de existir de una maldita vez. El mundo no necesita gentuza como esta.

La música se detiene en seco. Todo a mi alrededor es silencio. La batalla entre unos y otros también se ha detenido y así pueden observar nuestra escena. De pronto, soy consciente de que todos los leñadores se han arrodillado y tirado al suelo sus armas.

—Señora, imploramos clemencia, él es nuestro rey —confiesa uno de ellos desde su posición.

—¿La misma clemencia que ha tenido él con mi amiga? —le contesto, embargada por la furia que me invade.

—Daré cuentas por ello ante el Gran Máster —indica Cedrik —no es tu

deber impartir justicia.

Le dedico un mal de ojo, este maldito arquero haría cualquier cosa por llevarme la contraria, incluso esto. Aunque quizá tenga razón, mi deber era proteger a mi amiga y no vengarla, de eso ya se encargará quien deba hacerlo, aunque ganas no me faltan.

No dudo más tiempo y finalmente bajo mi espada para guardarla a mi espalda.

Entonces, no solo el rey de los leñadores se deja caer para arrodillarse ante mí, aliviado, sino que todos los allí presentes comienzan a salir de sus escondites para hacer lo mismo.

Un señor muy anciano se levanta y comienza a explicar una historia dirigiéndose a la gente que está en la posada.

—*Haravati* es la deidad del comercio y del dinero —su tono de voz denota su avanzada edad—, como ya sabéis todos los aquí presentes, a diferencia de otros Reinos, obtener dinero por medio del trabajo *honesto* — enfatiza esta palabra, recriminando con este gesto a los leñadores su actuación para conmigo—, es la única forma de sustento para nuestras familias y cuanto más dinero se obtiene, mejor persona se es y por este motivo, más cerca se está de la gracia de *Haravati*. Ella dio la orden, hace millones de años, de buscar a quien poseyera las virtudes perfectas de Iracum: la inteligencia, la belleza, la fortuna, la popularidad, la sinceridad, la amabilidad, la dignidad, la magnanimidad y la clemencia. Una vez encontrada, todos sabríamos que es la Elegida.

Me señala con su dedo sin dudar.

—¿¡Quién?! ¿¡Yo?! —pregunto sorprendida.

—Llevo demasiados años vivo, muchacha, había perdido toda esperanza de verlo con mis propios ojos, incluso de que existieras, pero aquí estás, ante mí, y por ello doy gracias al cielo, por haber podido presenciar este sagrado acontecimiento.

—Yo no soy nadie —musito, mirando aturdida a todos los que están arrodillados a mi alrededor—. ¡Yo no soy ninguna elegida! De haberlo sido, jamás hubiese permitido que matasen a Ágata —sollozo.

Suria se abalanza sobre mí para abrazarme con fuerza y lloramos las dos juntas durante un buen rato.

—Noa, recoge todas las recompensas antes de que desaparezcan —me aconseja Azael, señalando la multitud de monedas que tengo cerca —además Ágata ha dejado algo para ti.

—¿Qué? —pregunto aturdida, enjugando mis lágrimas.

No hace falta que nadie me conteste, porque enseguida descubro un baúl rosa muy brillante, en medio de todos los objetos. Supongo que será eso. Lo cojo entre mis manos para abrirlo, pero algo parecido a una centella sale inmediatamente de él para ir directa hasta mis alas, donde se funde con ellas.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

—No lo sé —balbucea Suria, que ahora es consolada por los brazos de Cedrik.

—Se trata del poder del *Vuelo Supremo* —nos informa Trok, también envuelto en lágrimas—, cuando un ser alado aprende a volar, adquiere este poder, que con tiempo y rango va mejorando. Ágata era una de las maestras de dicho arte, su vuelo era envidiado en todo Catarsis, por eso Ruffus la mandó llamar. A tu muerte, puedes elegir si conferir este poder a alguien o no. Ella ha

decidido entregártelo a ti, Noa.

Ahora sí que me pongo a llorar desconsoladamente.

De pronto, el techo de la posada sale volando por los aires y nos quedamos a la intemperie. No tardo en serenarme porque veo la cabeza de Arcan sobre nosotros, que tiene el pánico reflejado en su rostro y no se ha andado con remilgos para comprobar qué ocurría.

Los habitantes, que permanecían arrodillados, lejos de sosegar, entran en pánico y salen corriendo despavoridos al grito de: «¡un dragón asesino!» para refugiarse tras de mí.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta asustado el dragón, haciendo caso omiso de esa gente.

—¿¡Dónde estabas, maldita sea!?! —le regaño.

Él pone un gesto de no entender nada.

—Noa, Arcan no tiene la culpa de nada —me reprocha Azael, demasiado molesto —él también tiene que comer, tan solo salió a cazar, no puede ejercer de niñera nuestra a cada minuto del día y de la noche. Se supone que somos mayorcitos y deberíamos saber defendernos. Si cuatro leñadores han sido capaces de minar nuestro equipo así, ¿qué nos harán mis hermanos?

—¡Con la Segadora de Almas me los cargaré a todos! —aseguro.

—Ya lo creo, a los buenos y a los malos —añade Cedrik.

Miro automáticamente al serafín, que parece enojado conmigo y no entiendo el motivo.

—No es momento de hablar sobre esto, atiende a tus súbditos —hace un gesto con la cabeza, indicando que debo prestarles mi atención—, pues no

sería de buena educación que te designen la Elegida y que pases de ellos.

—¿Y qué se supone que hace una Elegida? —pregunto entre dientes.

—¡Oh! Estoy seguro de que ya se te ocurrirá algo —se burla, con una gran sonrisa embaucadora en su perfectísimo rostro.

—¡Serás capullo!

No me hace ni caso, sale por la puerta con chulería, junto con Suria, Cedrik y Trok, y se marchan, con Arcan, nadie sabe dónde.

Vale.

Genial.

Capítulo 11



Vida: 200

Maná: 250

Fuerza: 400

Dinero: 300

Rango: 650

¿Y qué diablos hace una «Elegida»?

La escena es cuanto menos graciosa, ya que me hallo sentada sobre una especie de trono improvisado, que no es más que un asiento cutre hecho con palos, pero al que han adornado con muchas flores unas señoras bajitas que no

dejaban de sonreírme. No es que esté demasiado cómoda, porque mis grandes alas no me permiten recostarme hacia atrás sobre el respaldo, pero esto es mejor que sentarse en el suelo.

Una musiquilla de gaitas y armónicas resuena en el ambiente, muy de festival veraniego.

Poco a poco, se ha ido arremolinando ante mí muchísima gente. Imagino que se ha ido corriendo la voz de que ha llegado La Elegida y han venido todos a curiosear. Aunque pronto descubro que no se trata exactamente de eso, pues cada vez que alguien se acerca, me pide algo distinto.

—Señora, es un honor conocerla, me gustaría pedir por mi plantación de arroz, pues parece que esta vez no va tan bien como acostumbra —un aldeano, vestido con algo similar a un mono marrón, está arrodillado frente a mí, sin mirarme a los ojos y venga a hablar sobre sus tierras.

—Campesino—, me dirijo a él cuando me ha soltado todo el rollo —yo no puedo hacer que su cultivo vaya mejor o peor, solo tú puedes conseguir eso.

—¿Y cómo es posible? —pregunta sorprendido—. Yo lo he intentado todo —continúa sin mirarme a los ojos.

—Algo faltará, recuerda lo que hiciste el año pasado que no hayas hecho este.

Él permanece pensativo y por fin recuerda algo.

—¡El abono de sesimbra!

—¡Pues ahí lo tienes! —exclamo contentísima.

—¡Gracias Señora, muchas gracias!

Se marcha haciendo reverencias y saltando de alegría. Al verle, se van impacientando los demás, al mismo tiempo que la cola de gente que viene a pedirme milagros, va creciendo. Y todos se marchan con la misma solución: confiar más en ellos mismos.

«Me podría pasar aquí la vida entera, esto no es nada rentable, a esta gente no se le terminan los problemas» pienso para mí.

De pronto descubro que el siguiente en la fila es Azael.

—¿Qué haces ahí? —pregunto intrigada.

Clava sus ojos en los míos.

No se arrodilla, permanece en pie. Entonces, dos de los leñadores que permanecen a mi lado para protegerme con sus gigantescas hachas, se aproximan hasta él y le ordenan que se postre ante mí.

—Me niego —decreta.

Justo antes de que le vayan a dar un golpe en las rodillas para que se arrodille, levanto la mano para que no procedan a hacerlo y ellos obedecen.

—¿Qué tienes que decir, aldeano? —inquiero, disimulando que le conozco.

—He venido a pedir a La Elegida que levante su culo de ahí para poder marcharnos de este Reino de una maldita vez. Ya has hecho suficientes milagros por hoy —se mofa.

—¿Y quién eres tú para dirigirte a mí de esa manera? ¿Quieres perecer en las mazmorras? —le amenazo.

—¿Y quién va a encerrarme en ellas? —Enarca una ceja, provocador.

—Yo.

Me levanto del asiento y mis alas se extienden, dotándome de una gran elegancia, no sé si algún día me acostumbraré a ellas. Todos los que permanecen en la fila se arrodillan, mirando hacia el suelo.

—Querido aldeano —pronuncio en voz alta para que me escuchen todos —no voy a castigarte por no mostrar respeto ante un ser superior a ti —carraspeo, aguantando la risa—, pero sí podría condenarte a muerte ahora mismo por insinuar que no estoy ayudando a toda esta gente, pues lo estoy haciendo, y mucho.

—¿Ah, sí? —duda, molesto por mi tono—. Entonces, permíteme recordarte que a mí no me estás ayudando en absoluto.

—A ti es imposible ayudarte —suelto.

—Pues vaya Elegida —protesta.

Ahora sí uno de los leñadores le asesta un buen golpe con el mango del hacha en su estómago, lo que provoca que el serafín de agache ligeramente, para sofocar el dolor causado.

—¿Noa, quieres dejar de hacer el tonto? ¡Tenemos prisa! —vocifera, intentando con todas sus fuerzas no devolver el golpe al leñador.

—Aza —me detengo en seco para que nadie escuche su nombre y no sea descubierto —¿acaso crees que lo que estoy haciendo no es importante?

—Sí, eso creo. Además llevo esperando mi turno un montón de tiempo porque no me permitían hablar contigo —me reprocha.

—¡Claro, y eso es lo que le molesta al gran serafín!

Entonces, todos levantan la vista, asustados.

«¿Un serafín?», se pregunta la multitud «pero eso es imposible», «ella iba a decir Azael, y solo hay un Azael en Catarsis», «¡el Señor del Mal!».

—No sé cómo te las apañas para meter siempre la pata —protesta.

Creo que es una buenísima oportunidad para que la gente no lo vea como una amenaza, si no como a alguien que quiere ayudarles.

—Pueblo de Iracum —me dirijo hacia ellos levantando la voz—, efectivamente él es el gran serafín del Reino del Mal: Azael.

Los incesantes comentarios, a la vez que el retroceso de mis oyentes, me obligan a detenerme.

—Pero no debéis tener miedo, está aquí para protegernos a todos —alego mientras me acerco hasta él, para que comprueben que no hace daño.

—¡Él es malo! —Le acusa uno de los señores que está en la fila.

—No lo es, ha arriesgado su propia existencia por defenderos —insisto.

—¿Defendernos de qué? ¡Él es del único que nos debería proteger!

—Una fuerte amenaza se cierne contra Catarsis y nosotros nos dirigimos hacia el Reino del Bien para intentar detenerla —les informo sin demasiados datos.

—¿Qué amenaza, Señora? —quiere saber el rey de los leñadores, que no se ha apartado de mi lado desde que hemos salido de la posada.

—Hay un complot para destruir al Gran Máster —le informo.

El revuelo del gentío no me permite escuchar nada en concreto, pero todos parecen escandalizados a la par que aterrados.

—¿Y quién va a intentar tal cosa? —pregunta al fin el rey leñador.

—Los serafines —sentencio.

Esto provoca tal shock entre los presentes, que corren hacia todas partes, imagino que a sus casas, para refugiarse.

—No sé qué parte no entiendes de «no cuentes al pueblo nuestro cometido» —se queja Azael.

—El pueblo es nuestra única esperanza —le contradigo —nosotros solos nunca lograremos detener a tus hermanos.

—Pues nuestra única esperanza corre despavorida a esconderse.

Señala con la mano el lugar donde antes se encontraba la fila y que ahora está vacío.

—Es normal, necesitan tiempo, nunca han visto un serafín y mucho menos uno tan feo como tú —le saco la lengua.

Él niega con la cabeza, poniendo los ojos en blanco.

—Todavía no entiendo por qué no continúo el camino yo solo.

—Lo sabes de sobra, pero no quieres admitirlo.

El rey leñador nos observa sorprendido, él es el único que no ha huido.

—¿Por qué no has huido, como ha hecho el resto, leñador? —le pregunto.

Lo odio a muerte, me da asco hasta dirigirle la palabra. Me contengo sobremanera para no aniquilarlo.

—Porque le debo la vida, Mi Señora, no voy a dejarla sola —apunta.

—No me debes nada, puedes marcharte cuando quieras.

—Permítame que la contraríe, Mi Señora, pero creo que precisamente yo soy el único que puede devolverle la confianza del pueblo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso cómo es?

—Pediré audiencia con los jefes supremos de todos los clanes de Iracum para tratar que me escuchen, pero antes debe contarme de qué va todo esto —señala al serafín con desprecio.

—Está bien... —claudico.

Le cuento *a grosso* modo toda la trama y todo lo que hemos conseguido hasta ahora, aparte de todo lo que nos proponemos hacer y él, básicamente, piensa que estamos chiflados si pensamos vencer a los serafines con el ejército que ha visto luchar en la posada.

Pero aún así me promete que va a hacer todo lo que esté en su mano para convencer a los demás reyes de Iracum para que nos ayuden.

Algo es algo.

Azael y yo nos dirigimos hacia el escondite de mis amigos, no dice ni una sola palabra por el camino, está enfadado, ya lo conozco.

—¿Ves como siempre es mejor mi idea que la tuya? —le pincho.

—¿Mejor? Después de esto, si logramos salir de aquí con vida... —se interrumpe.

—¿Qué? —le provoco.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —Se sorprende.

—Si logramos salir con vida de este Reino ¿qué harás a cambio?

Me observa, perplejo.

—Pues... no sé... ¿acaso debería hacer algo? Creo que con no asesinarte por ir contando a los cuatro vientos lo que no debes, tendrías que estar contenta.

Yo niego con la cabeza y suelto una risa, porque no me termino de acostumbrar a que las hábitos aquí no sean los mismos que en la Tierra.

Cuando nos reunimos con los demás, ya ha caído la noche. Están escondidos en una cueva, pero una bastante cómoda, pues tiene camas de heno, con varias telas a modo de sábanas, y está alumbrada con una gran hoguera en su interior. La entrada se encuentra taponada con una gran roca, que mueve Arcan a su voluntad con una sola uña, pero que cualquier otra criatura no sería capaz ni de rozar.

Azael les cuenta todo lo que ha sucedido y hay diversidad de opiniones al respecto. A decir verdad, la única que me apoya es Suria, y mucho me temo que es porque no sería capaz de disgustarse conmigo por nada del mundo, y no porque opine como yo.

—Mañana tendremos a todos los clanes esperando a la puerta con antorchas para acabar con nosotros —augura Cedrik—, conozco de sobra a la gente de mi Reino, deberías haberme consultado las cosas antes de actuar tan a la ligera. Propongo que huyamos cuanto antes.

—Nada de huir, si sucede lo que dices, al menos morirás en casa —le contesto, molesta.

¡Será cobarde!

—Me gustaría saber por qué siempre tienes que hacer lo contrario de lo que se te ordena —insiste el arquero.

—¿Y por qué no lo haces tú mejor, ya que eres tan listo? Estamos en tu

Reino y ni siquiera has sido capaz de reunir a tu maldito clan para ponerlos de nuestra parte. ¡Estoy harta de que todos sepáis lo que hay que hacer, pero que nadie lo haga! Solo os dedicáis a criticar lo que hago yo, pero nadie se decide a actuar nunca, permanecéis calladitos aguardando a que algo salga mal, eso es todo. Así que a partir de ahora, si no vais a mover un dedo ¡os calláis y punto! —grito enojada.

—Vaya aires de grandeza tiene La Elegida —me provoca Azael.

Acto seguido, y debido al gran enfado que tengo, ¡¡¡atravieso la roca que nos separa de la salida de la caverna!!! y sin ni siquiera darme cuenta. Ha sido como pasar a través de una cortina de humo, no he sentido nada.

Arcan se asombra en cuanto me ve aparecer de nuevo en el exterior.

—¿Estás bien, Noa?

—Sí. Gracias —disimulo mi fascinación ante lo que acabo de hacer, para echarme a correr como una loca por la pradera en plena noche.

Necesito descargar adrenalina, quemar energía y desfogar toda la mala leche que el dichoso serafín y el arquero idiota acumulan en mi interior.

Cuando las piernas no me dan más de sí para correr a la velocidad que me gustaría, las alas se despliegan de manera involuntaria para comenzar a moverse arriba y abajo lentamente, y así, poco a poco, voy cogiendo altura.

Al principio, dudo unos instantes si dejarme llevar por mis impulsos, o ser prudente y no volar demasiado alto, pues cuanto más ascienda, más grande será el golpe que me dé.

¿Qué hacer?

«¡A la mierda prudencia!».

Elevo mis puños en plan *supermán*, levantando el vuelo hacia el cielo a toda velocidad. Siento un intenso cosquilleo en mi estómago y la adrenalina recorrer mis venas, a la vez que el viento agita mi cabello, ¡es increíble!

La verdad es que no me cuesta nada dirigir mis alas, supongo que debe ser gracias al poder de Ágata, porque solo con pensar en el movimiento que me gustaría realizar, lo hago, sin más. Para que os hagáis una idea, podríamos compararlo con un coche antiguo y uno moderno que va prácticamente solo: vuelo sin limitaciones.

Hago piruetas en el aire. Vuelo rápido, lento, hacia adelante y hacia atrás. Doy saltos imaginarios, dejándome caer al vacío para esquivar el suelo en el último momento. Me siento libre ante la inmensidad del cielo y de esta preciosa noche, donde las espirales que forman las estrellas son tan peculiares como el resto de este mundo.

Cuando llevo un buen rato volando sin cesar, decido hacer un descanso. No sé ni dónde estoy, seguramente muy lejos de los que intentan amargarme la vida a todas horas, y de eso se trata.

Pero ahora no me importa.

Aterrizo sobre lo alto de una colina rocosa y me siento en plan indio al filo de la cumbre. Desde aquí puedo contemplar la inmensidad de Iracum. Se distinguen miles de casitas, iluminadas todavía. Cada Reino de Catarsis es grandísimo, se podría comparar en extensión con una comunidad autónoma de las que hay en mi mundo, una como Asturias.

«Asturias», me digo a mí misma, meditabunda, pues ahora mismo esa palabra me resulta mucho más irreal que tener alas. Muy fuerte.

De pronto, un dolor, de sobra conocido, se apodera del lateral derecho de mi cadera. Aprieto los dientes con fuerza y oprimo la zona con ambas

manos para tratar en vano de aliviar el ardor que abrasa mi piel con ímpetu.

Después de unos minutos de sufrimiento, por fin el dolor comienza a remitir. Compruebo que un nuevo tatuaje ha aparecido justo en la zona inflamada, y que no sé lo que significa, pues son letras de esas raras que solo lee Azael.

Una vez calmada, observo con detenimiento cada rincón que alcanzan a ver mis ojos. En realidad es todo muy bonito, son como pequeñas aldeas coloridas llenas de alegría, donde todos viven en paz y armonía, demasiado preocupados por sus pequeños problemas diarios, como para tener en cuenta algo tan grande y complejo como lo que se les va a plantear. Algo que ni siquiera entra en su cabeza, tan difícil de entender como la propia existencia en sí misma.

Pienso que a lo mejor no tengo derecho a desvelarles todo esto, porque ellos deberían seguir con esa alegría y esa paz que les caracteriza, y no verse involucrados en nuestros asuntos. Bueno, en realidad no sé ni lo que pienso, porque escucho tantos pareceres distintos al cabo del día, que ya no sé ni cuál es mi propia opinión.

Sin quererlo, mi mente se desvía del camino para adentrarse en una senda peligrosa y oscura: mis sentimientos hacia la bestia parda.

No sé clasificar lo que me hace sentir, está claro que le quiero, demasiado para mi gusto. Todo cuanto hace o dice me influye y siempre busco su aprobación, incluso inconscientemente. Pero no sé cómo amarle, ni qué hacer cuando está delante, ni cómo hablarle, me intimida de una forma increíble. Él ha cambiado algo en mi interior, ha conseguido que crea en mí. Ya no soy la misma, soy otra mujer desde el primer momento en que él me miró con esos ojos naranjas luminiscentes. No puedo comprenderlo, es algo demasiado intenso que oprime mi pecho a todas horas, me emociono tan solo

con verlo, me entran ganas de reír cuando me contempla y de llorar de la emoción cuando me besa. Me hace sentir la mujer más importante del mundo y ni siquiera necesita palabras para ello.

Si alguna vez me dijese que me quiere, yo no sé lo que haría, a lo mejor me desmayaría, o tal vez huiría, solo por temor a sufrir. No quiero que me hagan más daño y estoy más que convencida de que él causaría estragos irreparables en mi alma.

—Bonita noche —su voz a mi espalda hace que me gire de golpe.

Su silueta oscura está a unos metros de distancia, todavía no ha plegado sus alas, por si acaso se me ocurriese atacarle. Es tan hermoso y a la vez tan fiero, que logra alterarme cada vez que se acerca, aunque trato de disimularlo, volviendo a mirar hacia delante y pasando de él.

—¿Puedo sentarme? —insiste.

Ahora suena mucho más cerca.

—Sabes que no quiero que lo hagas —refunfuño, irritada —y es por eso que lo harás encantado.

Toma asiento a mi lado, sin prestar atención a mis quejas, para mirar con detenimiento hacia la inmensidad.

—Has volado muy bien, te felicito —susurra.

No le contesto, estoy realmente molesta por lo sucedido. Tampoco entiendo el motivo, pero pase lo que pase siempre termino enfadándome con él. Quizá porque siento que debe defenderme y no lo hace, ya que pretende que libre yo sola mis propias batallas, aunque a veces se agradecería cierto apoyo.

Pasa otro rato sin que digamos nada.

—¿No tienes nada de qué hablar? —solicita.

—Contigo no —bufo.

—Noa, ya deberías saber que todo lo que hacemos, o decimos, es tan solo por protegerte.

Por fin nuestros ojos se encuentran y no puedo evitar que mi sexo se excite con este simple hecho.

—¡Y una mierda para protegerme! ¡Me tratáis como si fuese tonta!

—Entonces ¿por qué crees que lo hacemos? —Agudiza su mirada.

—¿Quieres que sigamos hablando en plural como si fuésemos críos, o nos centramos en ti y en mí? —contraataco, señalándonos a ambos con el dedo.

Él hace un gesto con su cara, como si le hubiese pillado robando el carrito de los helados.

—Bien, dada tu nula capacidad de comunicación, comenzaré yo. En primer lugar, me molesta que cuando alguien cree en mí, vengas corriendo a desenmascaramme, como si todo esto hubiese sido idea mía. Me haces sentir una farsante, una aprovechada y no es así, yo solo intento ayudar a esa pobre gente —me escucho a mí misma hablando demasiado rápido y alto—, necesitan algo a lo que aferrarse, alguien en quien creer.

—Lo sé y lo siento —mira hacia otro lado, arrepentido. El hecho de que me esté pidiendo disculpas ya es toda una proeza que logra dejarme loca—. Pero no puedes pretender ayudar a todo el que se cruce en tu camino, entre otras cosas, porque no hay tiempo, ¿todavía no lo has entendido?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Estoy haciendo daño a alguien?

—Nos estás retrasando, hoy ya deberíamos haber llegado al Puente del Cofre, en los confines de Iracum.

—Azael, he perdido a una gran amiga, ha muerto delante de mis narices sin que pudiese hacer nada para salvarla y lo más seguro es que el maldito bastardo que la ha asesinado nos salve la vida a todos nosotros y que, además, nos ayude a salir de aquí ilesos... ¿sería demasiado pedir que, por una vez en tu magnánima existencia, fueses capaz de pensar en algo que no sea en ti mismo? —le grito, dolida por su egoísmo.

Noto cómo las lágrimas resbalan por mis mejillas, pero no me molesto en secarlas porque hay demasiadas.

Él entonces me atrae hacia sí con su gran brazo y me besa con muchas ganas. Encendiéndome como una chispa seca en medio del desierto. Pero me obligo a mí misma a detenerlo, no pienso permitir que por medio del sexo consiga aplacar mi enfado, que es lo mismo que hacía mi ex Alejandro.

«Alejandro, ese ser asqueroso» pienso de pronto.

Ahora necesito consuelo y comprensión, si le gusta bien y si no, también.

—Shhh, tranquila, lo siento, tienes razón, perdóname —susurra contra mi pelo. He sido un mentecato insensible. Pero no estoy de acuerdo contigo en una cosa.

—¿En qué? —balbuceo a la vez que moqueo.

—Todo lo hago pensando en ti.

Permanezco apoyada sobre su cálido pecho durante un buen rato, llorando, incrédula, mientras él me rodea entre sus brazos. Me siento a gusto, reconfortada y a salvo. Tengo la sensación de que cuando estoy bien con él, todo lo demás es perfecto.

—Noa, sé que no debería explicarte esto, porque supongo que será una de tus enseñanzas de Catarsis, pero creo que has crecido lo suficiente como para afrontarlo.

Mi cara es la misma que cuando mi tío me contó que los Reyes Magos eran los padres, o en mi caso, la vecina del segundo.

Continúa:

—Cuando uno de nosotros muere, es porque ya no lo necesitas, su instrucción finaliza porque ya se ha impregnado en tu ser. Por eso fuiste capaz de resucitarme, porque todavía tenía muchas cosas que mostrarte.

Yo pestañeo, confusa.

—¿Quieres decir que mueren por mi culpa?

—No es así del todo. Ellos han aparecido a tu lado para enseñarte algo en concreto. Cuando tu aprendizaje ha llegado a su fin, es decir, que eres capaz de hacer por ti misma lo que ellos han venido a revelarte, mueren.

—Eso no tiene sentido —me quejo, negando a creerlo.

—Ruffus murió en cuanto tuviste fe, Albor murió porque aprendieses a estar alerta y Ágata ha muerto para que aprendas a volar.

—Y los tres murieron por defenderme. ¿Quién será el próximo? ¡Eso es demasiado cruel, incluso para este mundo! ¡Me niego a creerlo! No pienso aprender nada más —exclamo, desesperada.

Él se mantiene en silencio, asumiendo la crueldad de lo que acaba de contarme, sabedor de que me resultará imposible no avanzar en mi aprendizaje, porque soy una puñetera esponja.

—La vida es así en todos los mundos, Noa —alega finalmente.

—No, en mi mundo la gente de tu alrededor no muere cuando tú aprendes lo que quieren enseñarte, es absurdo e inhumano.

—¿Entonces, según tú, por qué mueren? —pregunta.

—¡No lo sé! Mis padres murieron demasiado jóvenes, no les dio tiempo a enseñarme nada, y hay gente que muere con cien años, así que tu teoría no es aplicable a todos los mundos —le contradigo.

—Te enseñaron a valerte por ti misma. De haber estado ellos a tu lado, no serías la mujer que eres. ¿Acaso crees que para ellos fue fácil dejarte sola?

Eso tiene tan poco sentido que ni siquiera sé qué contestar, lo dice como si les hubiesen dado a elegir, es una chorrada, pero me duele, mucho.

—¿Tienes miedo? —termina preguntando.

—No lo sé.

—¿Y eso qué significa? —indaga.

—Pues que no estoy segura de que sienta miedo, yo diría que es más... inquietud.

—¿Inquietud?

—Ya sabes, por no saber qué va a suceder —me encojo de hombros.

—¿Y tú qué crees que va a ocurrir? —pregunta.

—Espero que derrotemos a esos malditos serafines para poder vivir en paz.

—Eso es lo que esperas, no lo que piensas que sucederá —me reprocha.

Entonces me incorporo para mirarlo a los ojos.

—Azael, nosotros solos no llegaremos ni a la Puerta Sagrada. Tus

hermanos, con un solo batir de sus alas, nos matarán a todos, tú tendrás más oportunidades que el resto, pero estás en clara desventaja numérica —él asiente—. Creo que nuestra única esperanza es que seamos muchos, tantos como para dividirlos y darte a ti la oportunidad de enfrentarte a tu hermana cara a cara.

—Un sacrificio colectivo por el bien común.

—Sí, pero será un sacrificio para conservar la vida y todo aquello en lo que creemos. Merece la pena morir por algo así.

—¿Acaso crees que esta gente estará dispuesta a eso? Lo único que les interesa es tener más dinero que su vecino. Los habitantes de Catarsis no son dignos de nada, Noa.

Creo que ahora mismo debe estar pensando en los que incendiaron la cabaña con su mujer y su hijo dentro.

—No son dignos de ti —añado.

Él me mira con unos ojos llenos de... ¿amor?

Me apresuro a hablar ¡de lo que sea, da igual!

—Yo tampoco estoy segura de que esta locura vaya a salir bien, pero habrá que comprobarlo, ¿no crees? —cambio de tema.

Me observa, pensativo.

—Has cambiado mucho. Ya no eres esa chiquilla asustadiza y débil que llegó aquí —comenta en un tono algo más cálido, mientras juguetea con un mechón de mi cabello.

—Aquella chiquilla soñaba con que su príncipe azul llegase a lomos de su gran corcel blanco y la rescatase del monstruo malvado —musito.

—Es un sueño bonito.

—Es una tontería. Los príncipes azules no existen, los monstruos malvados sí, pero su maldad no la detiene el amor montado sobre un corcel —añado.

—En eso tienes razón, cada uno debe librar sus propias batallas y no esperar a que venga nadie a salvarle.

Es una de las cosas que más me atraen de él, que siempre me trata como a un igual, no como a una niña tonta que no sabe defenderse. Siempre me ha empujado hacia adelante, para que diese el paso.

—No es eso lo que enseñan a las chicas en mi mundo —me quejo.

—Las mujeres en tu mundo no son como tú —afirma.

—Bueno, tengo alas, atravieso rocas, la gente hace cola para pedirme consejo ¡si eso no es suficiente para flipar...! —bromeo.

—Se han quedado todos boquiabiertos al verte atravesar esa maldita piedra —sonríe al recordarlo.

—¡Y tú también, confíésalo! —Le doy golpecitos con mi dedo en su hombro.

Suelta una carcajada.

—Está bien, lo admito, ¡hubiese apostado todo lo que tengo a que ibas a estamparte contra ella!

Entonces suelto un bufido, seguido de una risa y él se contagia enseguida al verme.

Nos reímos los dos durante un buen rato, él sujetando su estómago para tratar en vano de retener las fuertes carcajadas que salen de su garganta y que

a mí me saben a gloria.

Y es que lleva razón, pues, de haberlo pensado mejor, yo también creería que iba a comerme la roca, pero ni siquiera me detuve a meditarlo, lo hice y punto, y es por eso por lo que me salió bien, no reparé en esa maldita piedra, para mí no existía.

—¿Ya confías en que todo esto sea real? —Trata de ponerse serio.

—No estoy segura. Hay una parte de mí que todavía espera despertar en cualquier momento de este sueño. Pero, por otro lado, estoy aprendiendo a confiar en mí misma y en mi poder, todo lo que soy capaz de hacer es gracias a que mi fe cada vez es más fuerte en mi interior.

—Exacto, Noa: el miedo no existe —señala mi tatuaje.

Volvemos a mirar hacia el frente y me doy cuenta de que todas las casitas ya están a oscuras. Todos duermen.

—¿Regresamos? —propone el serafín.

—Con una condición —señalo —mañana mantendrás tu forma de serafín.

Él me observa, aturdido, no entiende por lo que le pido esto.

—La confianza en uno mismo debe ser por ambas partes, no solo por la mía —aclaro.

Seguro que duda de todas mis ideas, pero al menos no lo verbaliza tal cual, y eso ya es un gran punto a su favor.

—Está bien —me concede —espero que sepas lo que haces.

—Nunca lo he sabido, pero parece ser que en Catarsis me funciona bastante bien.

—No estoy muy seguro de eso.

—¡Pues yo sí! Fíjate, he conseguido que el testarudo Señor del Mal se convierta en mi niñera y, no solo eso, sino que, además, beba los vientos por mí —afirmo, con una provocadora caída de pestañas, ¡me encanta pincharle!

—¿Tu niñera? —protesta, tratando de retener la risa —nunca me habían comparado con algo del género femenino.

Yo vuelvo a reírme al ver su cara de flipado. Hombre, teniendo en cuenta el descomunal miembro, por no llamarlo *Señor Miembrón*, que le cuelga entre las piernas y los músculos que integran su cuerpo entero, seguro que a nadie en su sano juicio se le habrá pasado por la cabeza comparar nada de su anatomía con algo femenino.

—No sé, yo te veo cierto aire afeminado —insisto.

—¿Quieres comprobar lo afeminado que soy, humana? —amenaza con una voz ronca, algo herido en su orgullo de macho semental de las cavernas.

—¡Uf! ¡No veo la hora! —exclamo.

Así que se abalanza sobre mí, sin darme opción a huir, agarra mis muñecas, que parecen delicadas astillas entre sus gigantescas manos de serafín, para aprisionarme con ellas por encima de mi cabeza. Nos miramos durante unos segundos que me parecen eternos.

—El naranja de tus ojos se torna más oscuro cuando me miras así —susurro bajo el peso de su cuerpo.

—Porque te deseo —admite —demasiado.

Yo me pongo nerviosa, nunca me había confesado tal cosa, era obvio, pero no es lo mismo escucharlo de sus labios.

—Noa, nunca me había unido a una mujer con mi forma de serafín y al hacerlo, algo demasiado intenso se ha desatado en mi interior —intenta explicarme.

—¿A qué te refieres?

—No estoy seguro, es algo desconocido para mí, pero siento la molesta necesidad de estar contigo a todas horas. He intentado mantenerme alejado de ti, pero sufro al hacerlo, es una necesidad realmente física, como la sed o el hambre.

—¿Y eso es malo? —No considero que sea malo en absoluto que tenga hambre de mí.

—No sé si será bueno o malo, lo único que sé es que no me gusta —afirma.

—¿Por qué?

¡A mí me encanta la idea! ¡No puedo evitarlo!

—Porque tú no sientes lo mismo, al menos no con la misma intensidad y por primera vez en esta maldita existencia, soy la presa y no el cazador.

Suelto una carcajada, pues vaya presa que está hecha.

—¿Entonces yo soy la depredadora que va a dar caza a este inofensivo serafín? —digo en un tono sensual, moviendo mis caderas contra su descomunal sexo, que aprisiona mi estómago.

Él asiente, muy a su pesar.

—Me tienes a tu merced, creo que sería capaz de morir si tú me lo pidieses. El simple hecho de estar diciéndote esto ya me inquieta. Odio esta situación —se queja.

Me encantaría gritarle que lo amo y comérmelo a besos, pero voy a hacerme un poquito de rogar.

—Porque no la controlas y hasta ahora siempre tenías el poder en tus manos. Pero eso no tiene por qué ser malo.

—Pues yo creo todo lo contrario, porque tú con el control en tus manos podrías ser devastadora —añade.

—¡Oh, sí! Ahora vas a ver lo devastadora que puedo llegar a ser —ronroneo.

Hago acopio de todas mis fuerzas para incorporarme y conseguir cambiar las tornas, es decir, situarme encima de él. Cosa que permite, porque ni en mis mejores sueños podría mover un solo dedo de semejante bestia.

Está tendido boca arriba, exhibiendo su escultural cuerpo moreno sobre las rocas de la montaña, conmigo sobre sus caderas y su penetrante mirada ambarina no tiene otro objetivo que no sea yo, porque me mira extasiado por el deseo, tanto, que sus ojos casi son negros.

Ahora sé que con él no necesito permiso para nada, porque ya lo tengo. Admiro sus fuertes brazos tatuados, que definen cada vena y cada tendón; sus anchos hombros redondeados; su cintura estrecha, a la que siguen unos fibrosos muslos, atléticos y duros. Es un conquistador nato, un depredador natural, de presa no tiene ni un ápice. Nada lo intimida, si siquiera yo.

—No hay nada más bello en el mundo que tú, Noa. Tus curvas, tu pelo, tus pechos, tu tersa piel, tus labios carnosos que siempre muestran esa sonrisa que me vuelve loco —musita con una voz ronca, acariciando mis labios delicadamente con uno de sus dedos.

Cuando posa sus ojos en mi cadera, frunce el ceño.

—¿Qué es eso? ¿Otro tatuaje? —pregunta, meloso.

—Me acaba de salir hace un rato, ¿qué pone?

—*Solo tú decides lo alto que quieres volar* —lee.

No puedo retener más las ganas que tengo de besarlo y poso mis labios sobre los suyos. Vamos a volar muy alto. Un chispazo hace acto de presencia al rozarse nuestras lenguas y sorprendida por esta intensa sensación, rodeo su cuello con mis manos para profundizar en el beso.

Después Azael me sujeta para que ponga mis pechos a la altura de su boca, y comienza a lamerlos con la punta de su lengua, haciéndome suplicar por más. Menos mal que parece entenderme y succiona mis areolas como si fuese a bebérselas, haciendo que suelte algún que otro gemido. Después cuela su mano entre nuestros cuerpos para deslizar sus dedos bajo mis prendas íntimas, llegando enseguida a donde desea, lo que me hace volver a gemir al sentir su áspero tacto.

Pero no quiero que sea él el que me regale los orgasmos siempre, me gustaría sorprenderle con algo, aunque no creo que a este semental le falten demasiadas cosas por descubrir, en cuanto a sexo se refiere.

«Al menos, voy a intentarlo» me propongo.

Tomo su gran miembro entre mis manos, embargada por la pasión y trato de introducirlo en mi boca, pero me resulta imposible, es demasiado grande, me he flipado un poco y no he calculado bien las dimensiones. Por eso paseo mi lengua sobre su tronco y hago lo que puedo con el rosado capullo. Él parece que lo está disfrutando, pues me contempla extasiado y jadea.

Ha pasado muy poco tiempo, pero parece que ya está ansioso, porque me sujeta con fuerza por mis caderas para situarme a horcajadas sobre él y

para que no me escape también, pues cualquier mujer que tuviese al *Señor Miembrón* tan cerca, saldría por patas por miedo a morir partida en dos. Aunque yo ya lo he probado y desde luego me muero por repetir.

Azael me sujeta con fuerza para introducirse poco a poco entre mis húmedos pliegues. Cierro los ojos ante la sensación de plenitud que me invade.

—Mírame —pide y obedezco, chocando de frente con unos ojos llenos de promesas.

Comienzo a balancearme para ir acomodándome a su gran tamaño y él deja escapar un bufido entre sus dientes. Es un amante poderoso, salvaje y varonil, pero a la vez muy generoso, pues solo busca mi placer, lo que me hace entregarme a él de la misma manera.

Sujeta mis nalgas con toda su fuerza para moverme de una manera más rápida, me clava las uñas en la carne, pero no me importa, es más, esa intensidad suya me pone muy cachonda. Poco a poco sus embestidas se van volviendo más duras y profundas, hasta que mantenemos un ritmo tan frenético, que creo que me va a salir por la boca, esto no se puede aguantar.

Mis gemidos han pasado a ser gritos descontrolados. Y es que Azael es un amante tan experto que consigue que me comporte como alguien sin complejos, sin inseguridades, haciéndome sentir orgullosa de mi cuerpo, de lo que tengo y de lo que puedo ofrecerle. No pretende ser nada más que nosotros mismos, con nuestras virtudes y defectos, mirando en el fondo de nuestro alma. Por eso esto es un vínculo sagrado que va mucho más allá que el sexo.

Solo espero que no se me esté escuchando, porque a ver si no con qué cara voy mañana a convencer a nadie para luchar.

De repente un fuerte orgasmo nos invade a ambos, haciéndonos

estremecer como nunca, agitando todo nuestro cuerpo al unísono. Unas contracciones tan violentas y potentes que temo estar soñándolo.

«Esto es un orgasmo y no lo que tenía con Alejandro, joder» aúllo en mi mente, extasiada.

—Nunca había sentido algo tan fuerte —jadea, intentando recobrar el aliento.

Yo no soy capaz ni de contestarle. Me desplomo sobre su pecho, embriagada, mientras él me cobija entre sus brazos y, solo entonces, me siento plena. Protegida y feliz, llena de dicha.

—Todo esto es mucho más de lo que nunca había soñado, Noa, y he sido un cobarde al no reconocerlo —musita, mientras acaricia mi cabello con dulzura.

—Pues no seas tan cobarde y admite que estás loco por mí.

Él sonrío.

—Tanto, que ni siquiera yo soy capaz de comprenderlo.

Quisiera llorar, quisiera chillar, hablarle de amor, pero tengo miedo. Nunca creí posible llegar a sentir algo así. Es hasta divertido pensar en cómo ha surgido nuestra historia, con mentiras y engaños por ambas partes, me da miedo creer en él, sin entender lo que ha despertado dentro de mí.

Observo que cada vez que hacemos el amor, mi rango aumenta. Al principio crecía muy despacio, pero ahora lleva a una velocidad vertiginosa.

Regresamos volando juntos hasta la cueva. Me adelanta y me provoca para que le persiga, echando carreras aéreas muy divertidas, nos lo pasamos muy bien. Cuando saca a relucir ese lado juguetón lo adoro, y cuando no también, ¿para qué nos vamos a engañar? Me tiene loca, pero que no se entere.

Menos mal que me indica el camino, pues yo no tengo ni idea. De no haber venido a buscarme, no sé qué sería de mí mañana, bueno sí, sería La Elegida Perdida.

Cuando llegamos a la cueva, él atraviesa la roca, que hace las veces de puerta, sin ninguna dificultad y a mí me la tiene que abrir Arcan, pues me golpeo en toda la frente contra ella al intentar cruzarla. Es lo que tiene estar así de tonta, pero ya a mi edad, no se puede hacer nada para remediarlo.

Capítulo 12



Vida: 200

Maná: 300

Fuerza: 400

Dinero: 500

Rango: 700

La gran decisión.

Nos despiertan unos violentos golpes en la puerta/roca, seguidos de voces.

—¡Salid de ahí! —Se escucha fuera.

Todos mis amigos se ponen en pie enseguida.

Yo permanezco todavía entre los brazos de Azael, adormilada. Esta ha sido la noche que mejor he dormido de toda mi vida. Parece ser que delante de mis amigos ya no le cuesta tanto admitir sus sentimientos, aunque se incorpora inmediatamente para librarse de las miradas curiosas que se ciernen sobre nosotros.

—Vaya, ahora estoy rodeado de parejitas —se queja Trok.

—Así es la vida —le contesta Azael, sin hacerle mayor caso.

—Arcan sigue fuera —nos informa Suria, comprobando nuestros mapas —si hubiese algún problema nos habría avisado.

«Sí, pues como sea como la última vez...» pienso.

Ya estamos los cinco delante de la puerta, armados y preparados para cualquier cosa que nos aguarde tras esta roca. Azael la retira con una sola mirada.

Cuando mis ojos se acostumbran a la claridad del día, logran vislumbrar delante de la cueva una multitud de seres increíbles, soy muy mala para los cálculos, pero debe haber miles y miles.

Una música de violines comienza a sonar, es muy lenta, pero me mantiene en vilo, pues parece las de las películas de suspense.

Mis amigos se apartan para permitir que me sitúe delante de ellos, pero sin dejar de estar en guardia, por si surgiese algún problema, incluido Arcan, que por lo visto es el que más intimida a los ciudadanos de Iracum, pues no parecen estar demasiado familiarizados con los dragones.

Justo cuando voy a comenzar a hablar, la multitud comienza a agitarse, hasta que al final se forma un gran pasillo por el que avanzan algunas personas.

No tardo en divisar al rey leñador, que encabeza el desfile, pero esta vez va seguido de distintos personajes, a cada cual más sorprendente.

—Aquí viene el líder de cada clan, nunca antes se habían juntado —nos comunica Cedrik, boquiabierto —el líder de los alfareros, el de los herreros, joyeros, lavanderas, hilanderas, ebanistas, molineros, pastores, pintores, panaderos, mercaderes, trovadores... —continúa enumerando hasta que termina: —Y el de los arqueros —balbucea molesto.

Mis alas se abren a modo de advertencia, todo mi cuerpo está en guardia. Los reyes se sitúan uno a uno delante de mí y hacen una reverencia según van llegando. Presagio que la presencia de Azael les desconcierta bastante, por mucho que lo intenten disimular, se sienten incómodos por tener tan cerca al temible Señor del Mal.

—Buenos días, Mi Señora —saluda el leñador —como le prometí, aquí están todos y cada uno de los líderes de Iracum, algunos de ellos han viajado durante toda la noche hasta llegar aquí.

—Os agradezco el esfuerzo, mis señores —les saludo, bajando levemente la cabeza a modo de reverencia.

Desciendo por las pequeñas rocas que tengo a mis pies hasta situarme cerca de ellos y poder así mirarlos de frente, y no por encima del hombro, cosa que les asombra, pues es costumbre que los grandes líderes siempre deban permanecer por encima de los demás.

Todos intentan no mirarme a los ojos.

—He de informaros que no soy un serafín, por lo que os permito mirarme a los ojos directamente, es más, os lo agradecería. Tranquilos, que no vais a morir fulminados —bromeo.

Ni he terminado de hablar y todos me observan, especulando con multitud de teorías, seguramente.

—Mi Señora ¿es cierto que el Señor del Mal está de vuestro lado? —pregunta el herrero.

—Sí, así es, Azael es el único serafín que no quiere acabar con el Gran Máster y el único que nos protege de sus propios hermanos, pues de no ser por él, yo no estaría viva. Su mago, Ruffus, me invocó para venir desde mi mundo a salvaros —todo esto de los mundos se lo contamos ayer al rey leñador y me imagino que les habrá narrado su exclusiva versión de los hechos—, y él me ha protegido desde entonces.

—¿Y cómo estás tan segura de que no es una trampa? —quiere saber la líder lavandera.

—Porque me ha salvado la vida en numerosas ocasiones y además ha matado a dos de sus hermanos por protegerme. No sé para vos, pero para mí es suficiente —alego.

«¿Ha muerto algún serafín?», «no puede ser, son inmortales» resuena entre el tumulto.

—¿Qué es lo que pretendes en realidad? ¿Cuál es tu cometido en nuestro mundo? —pregunta el joyero, alzando la voz sobre el barullo.

—La batalla que se avecina no va a resultar fácil, pero debemos luchar todos en ella, pues el Gran Máster no merece morir a manos de sus propios hijos, después de todo lo que ha hecho por nosotros —les informo, alzando la voz —¡mi cometido es salvar al Gran Máster y salvar a Catarsis!

Nadie añade nada.

Vaya mierda, y yo que esperaba que todos alzasen los puños y vitoreasen

mi nombre llenos de emoción. Incluso que todos aplaudiesen, no sé, algo más impresionante ¿no? Vaya chasco.

—¿No crees que el Gran Máster podría defenderse solito? —argumenta el trovador.

—Pues eso espero, que pueda defenderse, y no solo a Él Mismo, sino también a todos nosotros, pero por si acaso no se ha enterado de la traición que le aguarda...

—¡Eso es absurdo! —me interrumpe la hilandera—. Estás gritando a los cuatro vientos que pretendes luchar contra los serafines ¿acaso crees que el Gran Señor no te habrá escuchado? Por supuesto que lo habrá hecho, lo que no entendemos es a qué espera, cuál es el motivo por el que todavía no ha tomado partido a favor o en contra de ti.

—No sé a qué espera, pero lo hace, esa es la realidad. No nos ayuda, o al menos eso parece. Y si acaso tampoco hiciese nada el día de la batalla final y se dejase vencer por sus hijos, los serafines, para eso estaré yo, para intentar hasta mi último aliento convencerle de que todavía hay gente que cree en Él y que, aunque solo sea por esos pocos, merecerá la pena luchar.

Me sorprendo a mí misma al escuchar mis propias palabras salir de mis labios, pues nunca hubiese creído que algún día la fe fuese mi bandera.

Nadie comenta nada, parecen pensativos.

—Los serafines nos matarían a todos con un solo chasquido de sus dedos —indica un caballero.

—¡Eso no es así! —contesto—. ¿No os habéis parado a pensar qué ocurriría si unierais vuestras fuerzas contra ellos? ¡No tenéis que estar siempre bajo su yugo! Al tirano le hace más fuerte el silencio del pueblo. No

dejéis que os dobleguen porque juntos seremos mucho más fuertes que ellos.

—¡La criatura Noa tiene razón! —Grita una arquera con el puño en alto —llevamos demasiado tiempo aguantando la tiranía de los serafines.

—¿Y vas a ser tú quién les plante cara? —Se burla de ella un minero, que por cierto, lleva un jersey de lana rosa.

—Alguno tendrá que ser el primero —le replico, irritada —si nos mantenemos callados y escondidos se saldrán con la suya y entonces sí que estaremos perdidos. Yo me niego a quedarme de brazos cruzados, esperando a que otros decidan mi destino por mí.

Todos los aquí presentes se debaten entre aplaudirme o tirarme algo a la cabeza para que me calle.

—Tenemos un plan —les sugiero.

—¿Y cuál es ese plan?

Les cuento por encima mi propósito, adornándolo mucho, pues si les confieso abiertamente que seremos simplemente un cebo para entretener a los malos mientras Azael cruza la Puerta Sagrada en busca de su hermana, no nos apoyarán ni locos. La conclusión es que no parece disgustarles demasiado la idea. Así que vamos bien.

—No tenemos más opciones, el día de la Redención se acerca y debemos llegar hasta el Reino del Bien cuanto antes —alego, entusiasmada —¿estáis conmigo?

Ahora sí que se suponía que todos gritarían al unísono que sí y que la alegría nos embargaría a todos mientras brindaríamos con jarras de cerveza, y por eso me fundiría en un beso apasionado con...

—Son demasiados —su estridente voz me saca de mi épica ensoñación

de un plumazo, además, al acercarse hasta mí, ha conseguido que todos retrocedan, aterrorizados—, la mayoría no aguantará ni siquiera el viaje — protesta Azael, que seguramente se haya estado mordiendo la lengua durante todo este tiempo.

Los habitantes de Iracum están flipando por ver a un serafín en carne y hueso, y no a uno cualquiera, sino a uno de los dos supremos. Por esta razón intento normalizar la situación un poco.

—Solo los más fuertes vendrán, por supuesto las mujeres, los niños y los ancianos se quedarán aquí —les explico.

—¡De eso nada! —me contradice el rey arquero, que es un señor que debe rondar los setenta años.

«¡Oh! Siendo del mismo clan que Cedrik no me esperaba mejores modales» pienso.

—Yo pienso luchar, nadie me va a obligar a quedarme en casa. Si ganamos quiero haber participado en la victoria, y si perdemos, al menos no me habré quedado de brazos cruzados sin hacer nada —se defiende —jamás me lo perdonaría.

—Padre, usted no está en condiciones de ir a ninguna parte, cuanto menos a una batalla —Cedrik ha aparecido a mi lado, sin darme ni cuenta.

Ahora lo veo claro, de tal palo tal astilla.

—¡Tú no me das órdenes! —le reprende—. Renunciaste al trono y te largaste, así que no pienso escucharte, has perdido todos tus derechos, no eres digno de dirigirte a mí.

—No quería los derechos que me ofrecías —contesta el hijo, dolido, aunque sin alterarse.

—Lo que no querías era sacrificarte, siempre has sido un egoísta que únicamente miraba por su propio interés, con tal de estar con esa aberración de la naturaleza, has abandonado a tu pueblo —brama.

Entonces Cedrik saca una flecha de manera violenta y apunta a su padre directamente al corazón.

—Como vuelvas a insultar a Suria, juro que te mataré, maldito bastardo —le amenaza entre dientes.

—Ya lo hiciste hace tiempo —le reprocha su padre, con los ojos llenos de odio.

Los dos se retan con la mirada y ninguno de los dos piensa ceder.

Suria aparta la flecha de Cedrik hacia un lado, empujándola suavemente con su patita hacia abajo. Ambos se dedican una mirada que no necesita ser adornada con palabras. El arquero baja finalmente su arma y se marcha a pasos agigantados, seguido por la ardilla.

He de seguir con lo que nos traemos entre manos, no puedo detenerme ahora, más tarde iré a comprobar si mis amigos se encuentran bien.

¡Vaya culebrón!

Ahora me dirijo hacia el tumulto en un tono solemne y autoritario.

—En breve emprenderemos el viaje hacia la Puerta Sagrada, los que estén a favor de acompañarnos que lo hagan, los que no quieran, que se queden, también lo respetaré.

—¡Nosotros lucharemos! —me informa el rey leñador —daré mi vida por protegerte, Mi Señora.

Él y todo su clan se arrodilla ante mí.

—Nosotros también —añade el rey molinero, haciendo lo mismo —no podría quedarme sentado a esperar que otros luchen por mí.

Cuando voy a explicarles que no hace falta que se arrodillen, Azael aprieta mi brazo para detenerme.

—Hay que saber ser un líder —susurra a la vez que contempla, lleno de orgullo, cómo unos y otros van postrándose ante mí.

Poco a poco, todos y cada uno de los clanes de Iracum se han rendido ante mí. Un fuerte escalofrío recorre mi cuerpo ante la emotiva escena. Si ahora mismo tuviese el móvil sacaría unas cuantas fotos para subir a *instagram* ¡qué pasada!

Arcan lanza un potente rugido, seguido de una gran llamarada de fuego al cielo, provocando que todos eleven la vista hacia él y se incorporen rápidamente para exhalar un bravío grito de guerra que invade también mi garganta y que consigue que levante el puño y grite junto a ellos como nunca lo había hecho.

¡Lo hemos conseguido!

Capítulo 13



Vida: 200

Maná: 200

Fuerza: 400

Dinero: 0

Rango: 700

Emprendemos el camino.

Han pasado cuatro días desde que los clanes me brindasen su apoyo, pues he considerado, a pesar de las pegas de Azael, que cada familia debía despedirse como correspondía de sus seres queridos, pues no saben si

volverán a verlos o no. Yo no tuve ocasión de despedirme de mis padres, y me hubiese gustado hacerlo. Una madre debe decir adiós a su hijo dignamente, por eso les he concedido este tiempo, es lo justo.

Nosotros hemos aprovechado estos días para comprar provisiones en la tienda del mono *zumbao* y para avanzar hasta el portal del Palacio de Cristal, por donde todos debemos pasar para llegar a Binel y donde hemos quedado para reunirnos con aquellos que estén dispuestos a luchar.

Para hacer tiempo y no volverme loca, sin saber cuántos van a venir, me pongo a recordar lo que ocurrió el día que los clanes decidieron apoyarme.

En cuanto todos se marcharon a sus respectivos hogares, me apresuré a buscar a Suria y Cedrik para comprobar que se encontraban bien. Ambos estaban sentados sobre la hierba, uno junto al otro, bajo un gran olmo gigante.

—¿Molesto? —pregunté al acercarme para que reparasen en mi presencia.

—Tú nunca nos molestas, Noa —contestó Suria con una mirada cariñosa, ofreciéndome su patita para que tomase asiento a su lado.

—¿Qué sucede Cedrik? ¿Estás bien? —le pregunté.

El arquero levantó la vista hacia mí y pude comprobar que tenía los ojos rojos de haber llorado.

—Ese maldito viejo nunca comprenderá nada —maldijo.

—No digas eso, Cedrik, él te quiere a su manera —le animó Suria.

—Si no acepta a mi pareja poco me quiere —prosiguió él.

—Hay veces que no vemos más allá de nuestros prejuicios, él es de otra época, cuando las criaturas de los Reinos no se mezclaban entre sí, debes asumir que tiene otros pensamientos.

—No lo defiendas tanto, Suria, si pudiese te mataría sin dudarlo, no tiene escrúpulos.

—Dudo que así fuese, pero de todas formas, todo eso ya pasó. Tú elegiste el amor y por eso él te desterró para siempre. Ahora os habéis reencontrado, cosa que siempre creíste imposible, ¿por qué no enterrar el hacha de guerra? —insistía ella.

«Claro, por esa razón Cedrik quería largarse de Iracum cuanto antes», pensé.

—Jamás lo perdonaré. Me apartó de toda mi familia por el mero hecho de quererte, nunca me dio la más mínima oportunidad de explicarle lo sucedido, me rechazó, sin más.

—¿Puedo preguntar qué fue lo que sucedió? —indagué con voz baja.

—Mi propio padre me hizo elegir entre el amor por mi familia o por mi novia —renegó mientras se levantaba para marcharse.

Suria y yo permanecimos unos instantes observando el horizonte en silencio mientras la silueta del arquero se perdía entre las sombras.

—Apuesto a que tú te sientes culpable por esto —comenté.

—¿Sería posible no hacerlo? —dijo ella.

—Ninguno de los dos es culpable Suria, ni siquiera su padre. Todo tiene un motivo y una explicación lógica. Lo importante es saber remediar los errores y perdonar.

—Vaya, parece que has madurado en una sola noche —sonrió apenada.

—Es lo que tiene ser La Elegida —me encogí de hombros, para animarla—. ¿Cómo os conocisteis Cedrik y tú?

He de confesar que me moría de intriga por saber cómo termina una ardilla con un arquero. O lo que es lo mismo, el motivo por el que Suria soportaba a ese gruñón.

Ella puso ojitos ensoñadores.

—Yo era muy joven, todavía vivía en la casa de mis padres con mis quince hermanos.

—¿Quince?!

Asintió, divertida.

—Somos ardillas ¿recuerdas?

—Ya, ya.

—Nosotros vivíamos en el viejo tronco del árbol, la madriguera donde te llevó Cedrik para cobijarte la primera noche que pasaste en Catarsis. Recuerdo que aquella mañana mi madre nos permitió por primera vez a mis hermanas y a mí irnos a bañar al río solas, sin la vigilancia de los chicos. Una vez seca, me estaba peinando la cola, sentada junto a la orilla, ¡qué pelaje tan brillante y tupido tenía por aquellos entonces! Era conocida en el Reino por mi suavidad y mis turgentes pechos —coquetea seductora con su cola y sonrío al recordar algún que otro ligue—, aunque he de admitir que mi verdadera arma secreta solo se la mostré a él.

—Me imagino cuál sería, no necesito saber detalles —le pedí, pues, viendo la pasión con la que se miraban los dos, supuse enseguida que eran dotes sexuales a los que se refería.

—Cedrik apareció de la nada mientras estábamos todas en el río. Mis hermanas corrieron a taparse, pero yo permanecí desnuda frente a él. Quería que me mirase ¡y vaya si lo hizo! Él siempre dice que desde aquel momento se quedó enamorado de mí. Yo, sin embargo, necesité más tiempo para caer en sus redes.

—Lógico, erais dos especies distintas y estaba mal visto.

—Aparte de eso, las ardillas de mi clan solíamos emparejarnos con las ardillas del árbol contiguo, ninguna ardilla ha osado nunca a hacer otra cosa, no obstante, yo fui la primera. Por aquellos entonces, no estaba demasiado segura de que valiese la pena romper todas las reglas y ser repudiada por algo por lo que no apostaba ni yo.

—¿Y qué te hizo dar el paso?

—Cedrik venía cada mañana a dejarme flores silvestres en la puerta de mi casa. Ya le conoces, es muy sigiloso y en aquellas circunstancias se cuidaba mucho más de no ser visto, pues mi padre, de haberle visto, le hubiese matado, pero yo sabía, en lo más profundo de mi corazón, que aquellas flores eran de él. Y así fue como, poco a poco, nos fuimos viendo, a escondidas, como dos forajidos, y a la vez era, precisamente eso, lo que avivaba nuestra pasión. Nos amábamos en todas partes, éramos insaciables, nos necesitábamos más que respirar, no puedo explicártelo, pero así era. Hasta que una noche, su padre le siguió y nos descubrió.

—¡Madre mía! ¿Y qué hizo?

—En el momento se quedó en silencio, la mirada que le dedicó a Cedrik habló por él. Después quiso llevarnos ante los serafines para ser juzgados por nuestra herejía, pero la madre de Cedrik le suplicó que no lo hiciese, pues podrían condenarnos a muerte por haber mezclado nuestra sangre, cosa

prohibida en Catarsis en aquellos tiempos.

—¿Y qué ocurrió? —pregunto intrigada, solo me faltan las palomitas.

—Pues parece ser que se arrepintió y lo dejó estar, no sin antes darle un ultimátum a su hijo: o su legado, o yo. Él me escogió a mí, renunciando a una vida llena de riquezas, obediencia y mujeres bellas. Aunque eso no lo supe hasta mucho tiempo después, ya que él me contó que le habían echado un sermón, sin más.

—¿Y tus padres?

—Mis padres no supieron nada, Cedrik seguía escondiéndose entre los bosques y continuamos viéndonos a hurtadillas durante mucho tiempo. Hasta que un buen día, decidió pedirme matrimonio y contarme todo lo que había sacrificado por mí. Yo me terminé de enamorar de él y cuando fuimos a contárselo a mis padres, me repudiaron también. Yo comencé a trabajar en la posada, sirviendo mesas, en vez de recolectando frutos, como hacían todos mis hermanos, y el resto de la historia ya la conoces.

Ahora entiendo la reacción de Cedrik cuando me burlé sobre su relación con Suria la primera vez. Qué injustos somos cuando ignoramos las historias que se esconden detrás de cada ser, siempre tendemos a criticar en vez de alabar. Solo me queda una última duda:

—¿Podéis tener hijos?

—No, las distintas especies no pueden procrear. Los seres en Catarsis son los que son, no se admiten aberraciones, como nos llaman los demás.

—¡Eso lo dicen por envidia! —me quejé.

Ella respira profundamente y me mira con el dolor reflejado en sus ojos.

—Yo sé que lo que sentimos uno por el otro no es ninguna aberración, es

algo demasiado valioso y puro, como para que los demás lo mancillen con su ignorancia —sonaba dolida.

—Yo pienso igual, Suria, y creo que habéis sido muy valientes al enfrentaros solos contra el mundo. Os tenéis uno al otro de manera incondicional y eso es lo que debes valorar, lo demás no importa —la intenté animar.

—Estaba todo olvidado, hasta que se despiertan viejos fantasmas.

Ambas nos miramos, pensativas.

—Nunca olvidaré la mirada de decepción que me dedicó mi madre al enterarse de lo nuestro, Noa. Me atravesó el corazón y lo rompió en mil pedazos. Hasta entonces estábamos muy unidas. Nunca creí posible que una madre fuese capaz de abandonar a su hija, tan solo por el qué dirán.

—Lástima que no tengas la oportunidad de ser madre, ¡porque hubieses sido la mejor!

Ella me dedicó una mirada cómplice y llena de felicidad retenida.

—¡Ojalá pudiese abrazar algún día a mi hija!

—¿Qué? ¿Tienes una hija? —pregunté.

Ella se apresuró a corregirse, algo nerviosa.

—No, no, que va, me refiero a que me hubiese gustado haber tenido una, o un hijo, para abrazarlos.

De pronto cayó la noche sobre nosotras.

—Vamos Noa, es tarde y debes descansar. Mañana a estas horas estaremos en Binel. —Me animó, a la vez que me ofrecía su patita para ayudar a levantarme.

—¿Y Cedrik? ¿No le esperamos?

—Déjale, cuando está enfadado le gusta estar solo y a mí que lo esté.

Nos reímos por el chascarrillo y nos fuimos a dormir a la cueva.

* * * *

Ahora mismo me saca de mis cavilaciones la aparición estelar del clan de las hilanderas frente a mis ojos. No sé cómo leches piensan combatir, porque no llevan armas, a no ser que envuelvan en capullos de hilo al enemigo...

He de admitir que estoy algo nerviosa, pues no sé si finalmente se lo habrán pensado mejor y habrán decidido continuar con sus apacibles vidas, en vez de sacrificarlas por mí y mis cuentos chinos. Azael, que permanece impasible junto a mí, me conoce de sobra y debe saber cómo me siento, por eso le agradezco que en estos momentos no hurgue en la herida para chincharme.

Poco a poco, van apareciendo seres de distintos clanes. Llegan a cuenta gotas, pero llegan. Mi sonrisa se va haciendo más grande cuantos más seres se acumulan en la gran explanada que tengo delante. Hasta que mi sonrisa es tan amplia que casi no cabe en mi rostro, al igual que en la explanada ya no caben más personas.

Una música de victoria resuena en el aire.

¡Han venido todos! No quepo en mí de gozo.

Capítulo 14



Vida: 200

Maná: 200

Fuerza: 400

Dinero: 0

Rango: 700

Aliviada no, lo siguiente.

Hemos pasado todos por el portal de Iracum hacia Binel. Gracias al cielo que no había nadie custodiando el castillo, porque ha sido una auténtica odisea. El que no tenía miedo, gritaba y el que no, quería volver a su casa.

¡Vaya ejército de nenazas! He estado a punto de azotarlos a todos para que dejasen de lloriquear, por Dios.

Que los serafines nos hayan dado carta blanca para entrar en sus Palacios y cruzar las puertas hacia los otros mundos, es un gesto demasiado considerado, incluso viniendo de ellos. Por este motivo, a medida que nos vamos acercando más a la Puerta Sagrada, más temo lo que nos podamos encontrar.

—Está claro que quieren que lleguemos hasta allí, pero ¿por qué? —me pregunto, mientras caminamos Tork y yo, juntos, entre el ejército iracumiense.

—Seguro que porque no imaginaban, ni de lejos, que fueses a reunir semejante ejército y, además, supondrían que te cansarías antes de llegar hasta el Reino del Bien. Pero eso es porque no te conocen, estoy seguro de que ahora mismo están cagados de miedo —me anima el ángel.

—Noa, los búhos deben estar muy cerca, pues la Gruta de las Cabezas está justo ahí en frente —señala Arcan, interrumpiéndonos.

Levanto la vista y veo una montaña gigantesca en la que hay una pequeña grieta, a la mitad de su altura.

—¿Ahí es?

Ellos dos asienten.

—¿Y qué hacen ahí metidos? ¿Cómo comen y cómo beben? —pregunto.

—Tienen alas, ¿no? —asume Azael.

—Pero Olwa dijo que sin ella no podían hacer magia —apunto.

—No hace falta magia para volar —insiste el serafín.

Cada vez que lo tengo cerca, me excito, es superior a mis fuerzas, creo

que debe ser su olor, o la testosterona, no estoy segura, pero es algo preocupante, pues no veo el momento de que me bese y vuelva a empotrarme contra algo.

Sin previo aviso, levanto el vuelo para ascender hasta la famosa gruta. No tardan en seguirme Arcan, Trok y, por supuesto, Azael.

Nosotros tres pasamos dentro y el dragón nos cubre subido al pico de la montaña, aguardando ahí por si acaso tuviésemos problemas. La entrada es muy oscura y estrecha, pero, en cuanto nos adentramos en el interior, la estancia se ensancha e ilumina.

Caminamos con sigilo. No se escucha nada.

—¿Hola? —mi voz resuena por las grisáceas paredes rocosas que nos rodean, produciendo eco.

—Habrán salido a comer —apunta Trok.

—No lo creo —rebate el serafín, señalando el fuego del suelo, todavía vivo —están escondidos, lo percibo.

Nos detenemos los tres frente al fuego, como si fuese el primero que viésemos en nuestra vida. Lo que diferencia este del resto, es que las llamas son violáceas y, como es mi color preferido, llama mi atención.

—¡Noa! ¿Eres tú?

Una voz quejumbrosa a mi espalda consigue asustarme. Doy un salto, a la vez que me giro sobre mí misma, para comprobar quién me llama.

Enseguida descubro a uno de los búhos, que, a duras penas, sale de su

escondite. Me fijo en que lleva su capa sucia y bastante rota. Intenta acercarse hasta mí, pero cae de rodillas al suelo, extenuado. Me apresuro a socorrerlo, pero Azael me lo impide, tirando de mi brazo hacia atrás. Le dedico una mirada llena de enfado.

—¿Qué coño haces? ¡Suéltame! —le ordeno, mientras forcejeo con él, cosa que me resulta inútil, ya que es absurdo que una pulga intente soltarse de las zarpas de un oso, y no un oso panda, precisamente.

—Es una trampa ¿no lo ves? ¿Cómo va a querer una criatura de Binel que le cures, si precisamente ellos poseen el don de la sanación? —me critica.

Trok ha sacado lo que parece ser un látigo, no me preguntes para qué.

—Noa, ayúdanos —suplica el pobre búho, ahora tendido sobre el suelo.

La imagen de Ruffus moribundo acude a mi mente y no puedo evitar querer ayudarlo.

—Se lo prometí a Ruffus. Azael, suéltame si no quieres vértelas conmigo —le amenazo muy en serio.

—Está bien, pero luego no digas que no te lo advertí, nunca me haces caso —me reprocha, mientras me suelta.

Paso de seguir discutiendo con él y corro a socorrer al pobre ave. Lo ayudo a incorporarse y él se agarra a mis brazos como si fuesen el último

bastión de su esperanza, parece realmente desesperado. Nos acercamos los dos, a cámara lenta, hacia un trozo de piedra que hace las veces de banco, donde tomamos asiento.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás tú solo? —le pregunto en un tono dulce, aunque sin llamarle por su nombre, pues nunca los supe.

—Sí, estoy solo. No sé si mis hermanos han muerto, o están vivos. Todo sucedió demasiado rápido —tartamudea, agotado.

—¿Qué sucedió? —Me muero de la intriga, es como cuando tienes muchas ganas de saber qué pasa al final de un libro y no puedes evitar leer la última página, al menos para saber que todo termina bien, solo que en este caso, no puedo hacerlo.

—Olwa nos escondió aquí. Traicionó a Ahura para salvarnos, pero ella nos encontró. No pude ayudarla. Avisa a los demás. Olwa...

Pronuncia el nombre de su hermana justo antes de caer al suelo. Sin vida. Fulminado.

—¡No! —grito, apenada, intentando socorrerle—. ¡Azael, haz algo! —le pido, dando palmaditas al búho en su plumífero rostro.

—No puedo sanar a nadie en este Reino, Noa —me explica, apenado por mí.

Nunca ha sentido la más mínima empatía conmigo, pero parece ser que ahora es distinto, le importan mis sentimientos. Hasta me atrevería a jurar que él también sufre.

—¿Y si lo intento con el báculo y la Piedra Ritual? —propongo, esperanzada.

—Resultaría inútil, Noa. Ya ha muerto, no sería sanación, sería resurrección, y el báculo llena los niveles de vida, no la vida en sí misma —añade Trok.

El cuerpo del búho enseguida desaparece para dejar un pequeño baúl frente a mí. Lo cojo y una letra dorada, en la lengua primigenia, el mismo idioma que los tatuajes que salen en mi cuerpo, se añade a mi saco.

—¿Qué era eso? —pregunto.

—Cuando Ruffus murió, también dejó otra letra igual. Yo la recogí porque tú no estabas en condiciones —me cuenta.

—¿Tienen algún significado?

—De momento no, son una «a» y una «r» —señala.

—¿Y ahora cómo encontraremos a los demás?

—No podemos ponernos a buscar a unos búhos por todo el Reino —me reprocha Azael.

—Pues avanzad vosotros. Yo no puedo continuar el camino sin ellos. Lo prometí —le respondo.

—Podemos ir a buscarlos. ¿Qué te ha contado el búho, te ha dicho dónde estaban? —pregunta Trok.

Yo niego con la cabeza, apesadumbrada.

—Ha señalado que Olwa los escondió aquí, y que Ahura, al saberse traicionada, los atacó. Tampoco sabía si sus hermanos continúan con vida.

—Si están como él, no creo que aguanten mucho —añade Azael, sin escrúpulos.

«No sé cómo Ahura pudo enterarse de que los búhos estaban aquí escondidos, alguien cercano a ellos tuvo que contárselo. Algún traidor» conjeturo.

—¡Ya lo tengo! —exclamo, a la vez que corro hacia la salida y me lanzo de cabeza montaña abajo para emprender el vuelo.

Diviso a lo lejos a nuestro gran ejército, liderado por Cedrik y Suria, que han avanzado bastante mientras estábamos en la Gruta.

Arcan no tarda en alcanzarme.

—¿Dónde vamos, Noa? —pregunta.

—Creo que los búhos deben estar en algún sitio donde sean capaces de sobrevivir sin ser vistos, ya que no pueden usar su magia sin que esté Olwa con ellos —le cuento, aunque en realidad, hablo conmigo misma para tratar de aclarar mis ideas.

—¿Pero Olwa no murió en Clasir? —quiere saber el dragón.

—Enseguida lo comprobaremos, Arcan. Si es así, el don de la magia habrá pasado al siguiente búho de mayor rango —le explico.

—Y también habremos perdido la letra dorada que atesoraba Olwa para componer la palabra misteriosa —indica Azael a mi espalda.

—Esperemos entonces que seas bueno en los anagramas —bromeo.

—¿Qué es eso?

—Un juego al que solo pueden jugar los seres inteligentes.

—No me gusta lo que estás insinuando, pues sabes que mi inteligencia es mayor que la de cualquier habitante de Catarsis.

—¡Oh, sí! —Me carcajeo.

Creo que Azael espera que, al habernos unido, yo esté todo el santo día cantando sus alabanzas y babeando por él. A ver, que no es que no babee por

él, que lo hago, y mucho, pero prefiero que no me lo note y mantener la relación como hasta ahora. No creo que esté preparada para ser una servicial esposa serafina.

Menos mal que con las bromas de empujarme en pleno vuelo y meterse con mis preciosas alas blancas, se me pasa el disgusto de no haber podido evitar la muerte del pobre búho.

Al cabo de un rato volando, llegamos a una especie de casitas moradas, parecidas a las de los pitufos.

«Un momento, esto ya lo he visto antes».

Es increíble, pero mi cabeza hila por sí misma y de una manera casi magistral, la información que me dio aquella milenaria tortuga cuando me encontraba en Clasir. Me dijo que si pensaba en algo mientras caía por la Cascada de los Deseos, se cumpliría. Yo vi a los búhos en mi descenso y, acto seguido, creí ver unas casitas que luego resultaron no estar allí, sino aquí.

¡Estaba viendo el futuro!

—¡Ahí abajo! —señalo las casitas, embargada de emoción.

Descendemos los cuatro hasta las entrañables casitas moradas. Tienen forma de setas y son muy brillantes, dignas de la mejor historia de ciencia ficción del mundo.

Llamo a una de las puertas, pero nadie responde. Todo permanece en silencio. Repito la misma operación en cada una de las nueve casitas y obtengo el mismo resultado, ninguno.

—¿Por qué crees que los búhos están aquí? —pregunta Azael, asombrado.

—¿Tú también lo crees? —inquiero, molesta por su soberbia.

El serafín hace una mueca de disgusto exagerado.

—No —admite.

Trok se ríe.

De pronto, una de las puertecitas se abre, de manera muy lenta, para que un pico y dos grandes ojos asomen, temerosos.

—¿Azael? —susurra.

El gran serafín lo mira de manera despectiva. No entiendo por qué no permite que nadie se le acerque demasiado, si en el fondo es un osito de peluche. Bueno, tanto como un osito de peluche..., dejémoslo en que en el fondo no es tan malo como parece.

—¿Piensas quedarte ahí parado sin hacer nada? —le recrimino.

—¿Noa? ¿Sois vosotros? —musita el búho al escucharme.

—¡Sí, hemos venido a salvaros! —le anuncio.

Entonces, se mete de nuevo corriendo en su casita, yo diría que más asustado que contento.

—Dejadme a mí, Romeo y Julieta —dice Trok, llamando a la puerta—. ¡Abridme, solo venimos para ayudaros! Se avecina una guerra y no podéis quedaros aquí solos.

Ahora lo que se abre es la ventana.

—¿Una guerra? —pregunta el búho desde el interior, con un tono de voz algo más vivo.

—Vamos a luchar contra los serafines para salvar al Gran Máster —le indico, entusiasmada.

—¿En serio, crees que todavía queda algún ser viviente en Catarsis que no se haya enterado ya? —me critica el insoportable serafín.

De pronto, la puerta se abre de par en par y tres búhos salen de la casa a toda prisa, pisándose unos a otros. Estos parecen mucho más lustrosos que el de la Gruta, al menos habrán podido comer bien.

—¡Contad con nosotros, Noa! —vitorean, mientras me hacen una reverencia y yo saco la lengua a Azael.

—¿Y vuestros hermanos? —les pregunto, pues, según mis cuentas, faltan

tres.

—Han sido secuestrados para sanar a los guerreros del ejército que Ahura está reclutando. El menor, Wulf, se quedó en la Gruta por si volvía nuestra hermana, debemos ir a buscarle antes de partir —me explica el más menudo de los tres.

—Lo siento mucho, pero Wulf no sobrevivió —les cuento, apenas — estaba demasiado débil.

Los tres se quedan blancos.

—¡Te advertí que no le dejases allí solo, era un niño! —recrimina uno de ellos al que parece ser el cabecilla.

—¡Alguien debía permanecer en la Gruta, él insistió en quedarse, no me echas a mí las culpas! Todos pensamos que era más seguro que estar aquí. Yo siento más que nadie su pérdida —ruge el otro, intentando retener las lágrimas.

—¿De qué habláis? —les pregunto intrigada.

Uno de ellos habla, pero ninguno me mira.

—Cuando Ruffus murió, todos creímos que fue Azael quien lo asesinó; por eso huimos: para escondernos de él. Olwa quería que Ahura supiera que seguía estando de su parte y no de la del traidor, Ruffus. Por eso fue a su

encuentro y a nosotros nos escondió en la Gruta.

—¡Ruffus no era ningún traidor! —Le defiendo.

—Lo sabemos, pero Olwa, condicionada por su Señora, Ahura, así nos lo hizo ver. Aún así, tampoco se fiaba al cien por cien de ella, por eso nos escondió allí, mientras acudía a reunirse con ella en Clasir para poder disipar, por fin, sus sospechas. Entretanto, nos hizo llegar un mensaje en el que decía que tú, la compañera del Maligno, conocías nuestro escondite y que huyésemos hacia otra parte. Dejamos allí a Wulf, por si Olwa regresaba, que supiese dónde encontrarnos, pues, al no tener magia, tampoco nos podíamos comunicar entre nosotros de ninguna manera. Una vez que Olwa murió...

—¿Entonces Olwa ha muerto? —le interrumpo y asiente, apenado.

—El poder de la magia ha pasado a mí, supongo que así habrá sido.

—¿Y si eres tú el que tiene la magia, por qué se han llevado a los otros búhos al Reino del Bien? —quiero saber.

—Les hicimos creer que era Rhyom quien lo tenía, cuando en realidad era yo. Eso nos concedería algo de tiempo hasta que llegase alguien a buscarnos, o pudiésemos argüir algún plan de rescate.

Claro, por eso han salido escopetados en cuanto han oído hablar de batalla.

—¿Y ahora por qué os vais a fiar de Azael o de mí? —no lo entiendo.

—Porque vais a luchar por el Gran Máster, arriesgándolo todo, y por fin hemos comprendido quién decía la verdad y quién mentía. Ahura ha engañado a todos durante siglos, haciendo creer que Azael era el malo y ella la buena. Ruffus fue el primero en darse cuenta y Olwa no lo entendió hasta estar en su lecho de muerte. Alguien bueno no secuestra a seres inocentes en su propio beneficio, ni mata a alguien que le sirvió durante tantos años a sangre fría, como hizo con Olwa.

Voy a omitir el hecho insignificante de que no fue Ahura la que estaba en aquella cueva de Clasir, sino el hermano de ésta y que, técnicamente, la que asesinó a Olwa con el conjuro que lanzó, fui yo.

—No os preocupéis más por eso, ¡juro que esa bruja va a tener su merecido por lo que os ha hecho! —les promete el ángel vengador rosa.

—¡Por Wulf, Olwa y Ruffus! —Levanta uno de ellos el ala, entusiasmado, y yo le imito, haciendo lo propio con mi puño—. ¡Y también por la liberación de mis hermanos! —añade.

—Esperemos que Ahura no los haya despellejado al descubrir que no le sirven para nada sin su poder sanador —susurra Azael tras de mí.

—¡A la batalla, queridos amigos! —les animo, haciendo caso omiso de

don Pesimista.

Azael duda si aplaudirme, o continuar solo su camino, más que nada, para evitar estrangularme.

Vamos los siete surcando el cielo hasta que divisamos a Suria y Cedrik, que dirigen al ejército hacia el Palacio de Cristal de Binel, cuya localización les ha indicado Azael.

Cuando nos reunimos, Suria se alegra mucho de que al menos tres de los nueve magos, y encima el que tiene el poder de sanar, se encuentren entre nosotros. Cedrik, sin embargo, se ha enfadado por las pocas luces que han tenido los búhos a la hora de crear su propia estrategia, pues sostiene que los serafines van a descubrirnos por su culpa.

Un claro ejemplo de las dos posturas que se pueden tener ante la misma situación: ver el vaso medio lleno, o medio vacío.

Y tras cuatro días de caminatas, llegamos al esplendoroso Palacio de Cristal que nos separa de Áralush.

Capítulo 15



Vida: 200

Maná: 200

Fuerza: 400

Dinero: 0

Rango: 700

Descubriendo cosas interesantes.

Todos duermen en las distintas estancias que tiene el Palacio violeta.

Los Palacios en los Reinos Medios más bien se asemejan a una ciudad de cristal, son tan grandes que no me quiero ni imaginar cómo serán los Palacios de los Reinos Supremos.

Trok, Azael y Cedrik se encuentran sentados a la mesa, en uno de los salones que hay frente al gran jardín interior. Al pasar junto a la puerta, los he escuchado y no he podido evitar agazaparme para intentar entender lo que dicen.

—Azael, sabes mejor que nadie que irán directos a por vosotros en Áralush —comenta Trok, visiblemente preocupado.

—Cuento con ello —admite con una voz ronca.

Le conozco de sobra y sé que le incomoda que nadie le dé consejos o lecciones, ni mucho menos, le ordene lo que tiene que hacer.

—De ser elegidos, Suria y yo pasaremos las pruebas sin problema, pero vosotros...

—¡No hay razón para que nos elijan! —le interrumpe el serafín de manera brusca.

—No adelantamos nada mintiéndonos a nosotros mismos —le reprende el ángel —está claro que os seleccionarán nada más veros, no se puede engañar al corazón.

Ambos se dedican una mirada acusatoria mutua.

—¡Dejaos de monsergas! ¿Qué pretendéis con todo esto? —gruñe.

—Queremos pedirte que, si no superáis las pruebas y te ves obligado a elegir entre tu vida o la de ella, no lo dudes. Estamos destinados a librar una batalla demasiado importante como para perder la ficha más poderosa del tablero. El ejército se vendría abajo, pues nuestras posibilidades menguarían

considerablemente —expone el arquero.

El serafín se levanta como un resorte, clavando las llamas de sus fulgurantes ojos naranjas en los de sus acompañantes.

—¡Largaos de aquí! —ruge, enervado.

Tanto Trok, como Cedrik, se levantan de sus sillas y se dirigen hasta la puerta de salida a pasos agigantados, por lo que me veo obligada a salir corriendo hacia mi cuarto, para no ser descubierta.

Llego a la habitación que me han asignado y me encierro dentro. Observo todo con detenimiento. Las paredes son de cristal morado, preciosas. Los muebles son muy modernos, nada de madera. Podría decirse que son demasiado modernos, incluso para mi casa de Cádiz.

Una vez tendida sobre la gran cama que hay en el centro, observo la impresionante lámpara dorada de araña que cuelga del techo. Esos cristales brillan llamando mi total atención, estoy segura que en mi otra vida fui un cuervo.

Medito sobre todo lo que llevamos andado desde que llegué. Recuerdo el cariño con el que me hablaba Ruffus, las carreras por la pradera junto a Albor, las risas con Suria y Ágata, el miedo que pasé con los arcanos, la resurrección de Azael, su primer beso, su mirada, la primera vez que nos acostamos juntos...

Azael, todo mi mundo gira en torno a él, pero sin dejar de ser yo misma. Creo que por eso es, precisamente, por lo que le amo tanto. Porque no depende de mí y porque no consiente que dependa de él, más bien todo lo contrario: trata de hacerme crecer sola, de valerme por mí misma y de no necesitarle.

Es gracioso pensar cómo empezamos y cómo hemos acabado. Es curioso observar cómo el amor evoluciona y nos hace cambiar junto a esa evolución.

Pero hay algo que nunca cambiará y es el miedo a no ser correspondida. El miedo a que me engañe y el miedo a perderle. En definitiva, el miedo a sufrir por amor.

Alguien llama a la puerta. Todavía no he conseguido adivinar el futuro, aunque tengo bastantes visiones premonitorias. El salto que da mi clítoris al escuchar el sonido de la puerta me dice quién está al otro lado.

—No te hace falta llamar, puedes atravesar paredes —indico en voz alta.

Efectivamente, atraviesa la pared y aparece frente a mí en su forma humana.

—¿Te has aburrido de ser el insostenible Señor del Mal?

—Me he cansado de que me desprecies y no me hagas caso —ronronea, fingiendo estar triste, lo que me hace sonreír, no se le da nada bien ir de pobrecito.

—¿Y crees que así voy a prestarte más atención?

—Dado el ritmo frenético de tu corazón, yo diría que sí —asegura.

—Pues te equivocas, no voy a negar que siendo humano estás de vicio, pero me gustas más en la otra forma.

Su cara se torna sorprendida.

—¿Y puedo saber el motivo de tus preferencias? —pregunta, curioso.

—Es obvio, tu... aparato amatorio es el triple de grande.

Él suelta una estruendosa carcajada.

—¿Aparato amatorio?

—Sí, no sé cómo lo llamáis aquí, verga, polla, pene, falo...

Él pone los ojos en blanco y sonrío de nuevo.

—Noa, Catarsis adapta su idioma al tuyo, puedes llamarlo como quieras, te entenderé, y mi aparato amatorio también lo ha entendido —afirma, señalando el enorme abultamiento de su pantalón de lino verde oscuro.

Se acerca de una manera muy lenta, y sin apartar sus ojos de los míos, pero cuando llega a mi altura se detiene.

—Me gustaría que hicieses lo que no pudiste el otro día, por eso he creído oportuno reducir el tamaño —me explica, con una voz muy sugerente, a la vez que ronca, por las ganas que le embargan.

—Está bien, pero solo si te transformas en serafín.

—Es demasiado grande, no podrás —se excusa, aunque a mí no me engaña, se muere de ganas.

—Eso he de decidirlo yo. En tu forma humana te habrán hecho millones de mamadas, quiero ser la primera en eso también —le propongo.

—Como deseas.

Y sin más preámbulo, se transforma, delante de mí, sin tapujos.

Es un auténtico privilegio asistir a una escena tan íntima, ver cómo cada parte de su cuerpo adquiere una forma distinta, un color distinto, incluso me atrevería a decir que es una transformación completa, de su exterior y su interior.

Mi cara denota la dicha más absoluta. Confía en mí.

No hace falta que añadamos nada, porque me incorporo enseguida, sin

perder el contacto visual, para asestarle un suave mordisco en su abultado miembro, cosa que consigue sorprenderlo y dar un brinquito por el pequeño susto que a mí me hace sentirme tan poderosa.

Bajo sus pantalones rotos de un fuerte tirón y con ello descubro el aparato amorio más potente que haya soñado nunca, y es solo para mí.

Lo tomo entre mis manos con delicadeza para recorrer con mi lengua el tronco de su miembro, muy despacio, sin dejar de mirarle a los ojos. Él resopla. Masajeo sus testículos con dulzura, mientras continúo a lo mío con la lengua, despacio, sin llegar al glande.

Poco a poco doy el relevo a la otra mano para que me ayude en el camino hacia la cúspide. Él parece morir de gusto y eso me anima a seguir. Por fin, introduzco su descomunal glande en mi boca, primero despacio y después cogiendo ritmo, pues él está tan excitado, que no puede evitar mover sus caderas hacia adelante para que la penetración sea más profunda, pero me resulta imposible.

Como no cabe en mi boca ni siquiera una décima parte de su tamaño, se me ocurre que las manos pueden también ejercer de estímulo, y como ya está toda la zona húmeda, me sirve para subir y bajar sin problema, a la vez que devoro la extremidad del pene con hambre. Esto es lo que yo llamo «efecto garganta profunda», pues siente que ha tocado fondo y con las manos, le da la sensación de que está todo dentro, pues está estimulado por completo. Cierra los ojos y me agarra del pelo con fuerza, soltando un fuerte gruñido de placer.

Paseo mi lengua y mis labios por todo el extremo, dibujando círculos invisibles, besándolo, además de por sus testículos, aumentando el ritmo, porque él está desatado. Me encanta lo que estoy haciendo, estoy más que excitada por verle así gracias a mí.

—Me muero, Noa, no puedo más —jadea.

Succiono entonces con más fuerza y sus alas se despliegan con fuerza para terminar corriéndose en mi boca, sin poder evitarlo.

Abre los ojos, asustado por haberse dejado llevar, pero al ver mi cara de orgullo se relaja.

—Lo siento, yo...

—Me ha encantado, no tienes por qué disculparte.

Se agacha para ayudar a levantarme, situándome frente a él. Nos miramos un instante, llenos de ganas y de tantas cosas, que dan vértigo. Me da un beso lleno de sentimiento.

—Nunca he sentido nada igual —balbucea contra mis labios.

Me coge entre sus brazos para tumbarme sobre la cama y recostarse encima de mí, que intento rodear su cintura con mis piernas, pero me resulta imposible, dado su gran tamaño.

Sin ningún titubeo me penetra. Me llena tanto que siento hasta pudor.

Permanece en mi interior, sin moverse, tan solo me contempla, bajo su cuerpo, suspirando por sus atenciones.

—Nunca olvidaré esta imagen —susurra.

—Yo tampoco.

Y solo entonces comienza a balancear sus caderas, haciéndome gemir como una posesa. Parece que sabe dónde apretar y cuándo empujar, es prodigioso. Cuando me quiero dar cuenta, sus arremetidas han adoptado un ritmo tan frenético, que estamos levitando por el cuarto y chocándonos contra todos los muebles de la estancia.

¡Jesús, María y José, me va a partir en dos!

El orgasmo llega sin previo aviso, y es tan potente que no puedo evitar gritar como una poseída, es superior a mi voluntad.

Él no tarda en volver a correrse, esta vez en mi interior. Sus ojos reflejan el más puro éxtasis.

Cuando recobramos el aliento y la compostura, descendemos de las alturas hasta terminar tumbados sobre el colchón. Yo sobre él, que acaricia mi pelo con dulzura hasta que me quedo dormida.

Permanecemos toda la noche conectados, cayendo algún que otro orgasmo soñoliento de regalo.

A la mañana siguiente, cuando abro los ojos, me encuentro sola. Por un breve instante, imagino que todo ha sido producto de mi imaginación, aunque enseguida vislumbro los muebles destrozados de la cámara y entonces, me ruborizo al recordar esos polvos bestiales que el serafín me echa sin censura.

Nota mental: «no volver a fornicar en espacios cerrados», pues cada vez que lo hemos hecho, hemos destrozado la pobre habitación.

Como ya domino la técnica de ducharme sin hacerlo, me visualizo recién bañada, oliendo bien, peinada a la perfección, maquillada y divina, así que, así es como aparezco.

Bajo a la planta baja, donde Suria me informa de que ya se han levantado y desayunado todos, ya que están pasando por el portal hacia Áralush, supervisados por Cedrik y Trok.

En el paso por el Reino de Binel, Suria ha reclutado algunas criaturas para que nos acompañen, pues nunca viene mal que alguien te sane las heridas en la batalla, aunque lo más importante es que tenemos a los búhos de nuestro

lado, bueno, a la mitad de ellos.

Cuando subo a la azotea del Palacio, ya no queda casi nadie por pasar al otro lado. El gran portal refleja la luz azulada del último que lo ha hecho.

Cedrik y Trok, en cuanto me ven, me saludan con la mano, yo les sonrío y, acto seguido, pasan por el portal hacia Áralush, seguro que es para dejarnos solos a Azael y a mí.

—Faltan Arcan y Suria —le informo.

Él desvía su mirada hacia mí y sonrío, yo diría que muerto de amor, pero tampoco vamos a pasarnos. Lleva puesta su armadura negra, excepto el casco, por lo que no se le ve ni un ápice de piel de su cuerpo.

—Buenos días, Mi Señora —dice con una voz ronca, acompañada de una gran sonrisa.

—Como sigas sonriéndome así, me veré obligada a darte tu merecido, esclavo —bromeo.

—Suplicaría porque me lo dieses.

Su expresión malévol, a la par que canalla, consigue que mi entrepierna clame por sus atenciones, pero debo centrarme en la misión.

—¿Crees que todo saldrá bien en Áralush? —le pregunto.

Me inquieta bastante la conversación que escuché anoche. El que le planteen que me deje morir llegado el caso, no es nada tranquilizador, pues eso significa que cabe la posibilidad de que se dé dicha situación.

Él me mira con el rostro algo compungido, está preocupado, pero intenta disimularlo, ya le conozco de sobra.

—Juro que saldremos juntos de allí —asegura.

—Eso ya me deja mucho más tranquila.

Suria y Arcan aparecen a nuestra espalda, por lo que no nos da tiempo a hablar nada más, aunque me hubiese gustado saber por qué tanto misterio.

—¿Estáis preparados? —pregunta Suria, guiñando un ojo al serafín, gesto que no me pasa desapercibido.

Él asiente.

—Os esperaré al otro lado —afirma, y sin mirarme si quiera, cruza el portal.

—¿Qué diablos ocurre, Suria? ¿A qué ha venido eso? —no aguanto tanta intriga.

—¿Estás completamente segura de su amor, Noa? —me pregunta ella.

—¡Sí!

—Pues entonces, no te preocupes por nada.

Y dicho esto, pasan la ardilla y el dragón por la majestuosa puerta, dejándome sola y confusa, además, con mi cabeza llena de preguntas, como por ejemplo ¿por qué pasa Azael solo por los portales cuando antes me necesitaba a mí? ¿Cuántas cosas le habrá concedido el tal Kramlam, o como se llame, y a cambio de qué?

Una fuerza enorme me saca de mis pensamientos y tira de mí hacia la puerta.

«Ya voy, pesado» pienso para mis adentros, mientras la luz del portal me absorbe en el agujero de gusano.

Capítulo 16



Vida: 300

Maná: 300

Fuerza: 400

Dinero: 0

Rango: 750

Estar muerta de miedo no es nada comparado con esto.

¿Cómo explicar lo que me encuentro cuando salgo por la puerta?

Vamos por partes.

El paisaje que nos rodea es, cuanto menos, bucólico. La hierba es verde, pero de un verde muy intenso. Hay riachuelos por doquier, con lo cual, el sonido del agua te mantiene relajada. También puedo divisar varios árboles, pero es aquí donde comienza lo peculiar, y es que las copas de dichos árboles tienen forma de corazón, en varios tamaños y colores, pues son rojas, amarillas, anaranjadas, violetas, etc., pero de corazón, al fin y al cabo. Las florecillas que nacen del suelo, también tienen forma de corazón, y son todas de color rosa. Lejos de darme miedo, este Reino lo que me da es risa.

—¡Bienvenida a mi casa, Noa! —exclama un Trok emocionado—. A mis hermanos y hermanas les encantará conocerte.

—Todo esto es muy bonito —comento, absorta en el bello paisaje.

Unas ninfas preciosas se bañan unas a otras en un pequeño manantial. Van semi desnudas, únicamente cubriendo sus partes íntimas con pequeñas florecillas, y canturrean hermosas melodías, mientras ríen.

—Noa, intenta por todos los medios tener la cabeza fría, ¿de acuerdo? —me advierte Cedrik.

—¡Todos lo intentaremos! —le sugiere Suria, al ver que el arquero no aparta la mirada de las ninfas.

Seguimos caminando, y cuanto más avanzamos, más atractivo veo a Azael, que encabeza la marcha del gran ejército, embutido en su gran armadura negra, ahora casco incluido.

Y es que mis pensamientos van tomando cada vez un cariz más calenturiento, tanto es así, que ahora mismo no me importaría nada que el serafín me empotrara contra cualquiera de los árboles que tenemos a ambos

lados del camino que seguimos. ¿Le sucederá a él lo mismo?

—¡Vamos a parar a hacer un descanso! —ordena en voz alta.

Todos nos detenemos para sentarnos sobre la hierba. La gente de los clanes aprovecha para sacar la comida y la bebida, pero yo tengo tal calentón que no me apetece ni comer.

—Noa, no te preocupes, todos estamos igual —susurra el ángel en mi oído—, es uno de los efectos secundarios de Áralush.

Cedrik y Suria se miran con muchas ganas. Observo a mi alrededor, y hasta los guerreros de los clanes parecen devorarse con el deseo reflejado en sus ojos unos a otros. Sí, todos estamos igual.

«Pues si todos estamos igual, voy a buscar al único que puede calmar mi sed».

Me levanto, decidida a conseguir aplacar mi euforia uterina, y me dirijo hasta el árbol bajo el que descansa el musculoso serafín, que se ha despojado de su casco. Su pelo largo y salvaje desciende por sus anchos hombros, y su rostro ¿qué puedo decir de esa fiera mirada que me mata? Daría mi vida por tenerlo siempre a mi merced.

—¿Puedo sentarme? —pregunto, con la voz ronca por el deseo.

Él no me contesta, así que me siento.

—No voy a andarme por las ramas, necesito que me folles —le suelto —, además, nada de caricias, ni besos, quiero que me empotres contra lo primero que pilles, con fuerza —le ordeno.

Él parpadea, confuso.

—Noa —cierra los ojos con fuerza—, créeme si te digo que vendería mi

alma por hacer lo que me pides, pero debemos mantenernos cuerdos.

—Yo no puedo mantener la cordura cuando no logro pensar en otra cosa que no sea sexo, contigo y salvaje, ¡oh, sí, muy salvaje!

Voy a tener un orgasmo con solo mirarle.

—Y te prometo que lo haremos en cuanto atravesemos este maldito Reino.

—¡No puedo esperar tanto! —berreo, enfadadísima—. Lo único que quiero que atraveses ya sabes lo que es.

—Noa, no me lo pongas más difícil, por favor, debes confiar en mí —su mirada expresa hasta dolor.

—Pero ¿qué hay de malo? Una vez satisfechos, ya podremos pensar con claridad, al menos yo.

—Es ahí donde está la trampa. La situación empeorará cuanto más sexo practiques, y ya no podrás hacer otra cosa, nunca más. Debemos salir de aquí cuanto antes, y tú debes ayudarme. Esta gente es muy débil, en cuanto un hada les proponga algo, se lanzarán a sus brazos sin dudarlo —me explica.

Trato de pensar con claridad, pero no puedo, solo deseo abrir mis piernas y saciarme de él una y otra vez, me resulta imposible pensar en nada más.

Azael se levanta y ordena que prosigamos el camino.

—Mantente alejada de mí, te lo suplico —me pide.

Yo suelto un bufido de rabia y me largo.

Sé que es cierto lo que dice y la poca razón que me queda, intenta obligarme a mantener el juicio, pero es que el deseo que me embarga es tan

intenso, que la sangre no consigue regar mi cerebro, solo riega lo que no debe.

Cuando llego a la altura de Trok, que marcha a la mitad de la tropa, me sitúo a su lado, enfurruñada.

—El grandullón te ha dado calabazas ¿eh, preciosa? —me provoca, con una enorme sonrisa.

—¡Lo odio!

—Ha hecho lo que debía hacer, Noa, para él tampoco es fácil, por muy serafín que sea, eres demasiado tentadora.

—¡Pues tú no eres un serafín! —me quejo.

—Yo soy el único al que no le afecta el influjo de este Reino, pero sé cómo se sienten los demás seres cuando vienen aquí y por eso no debes dejarte llevar. El deseo que sentirás será cada vez mayor, hasta que sea tan insaciable que ofrezcas cualquier cosa a cualquier criatura por calmarlo. No te lo aconsejo.

—Yo solo sé que quiero que me posea, y hasta que no lo haga, no pienso obedecerle ¡en nada!

Él suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—¿De qué te ríes? No le veo la gracia —le reprocho.

—¡No me gustaría estar en su pellejo!

Como no me interesa en absoluto lo que me cuenta este ángel insensible, me retraso hasta que Suria y Cedrik llegan a mi altura.

—¿Cómo podéis soportar estar juntos? —les pregunto, intrigada.

—Trok nos advirtió de lo que iba a sucedernos aquí, estábamos preparados —me informa Cedrik.

—Aunque yo también me muero de ganas por que me toque —cuchichea Suria.

—¿En serio? ¿Te mueres de ganas y vas caminando a su lado? Si me acerco a Azael ¡le arrancaré esa maldita armadura con los dientes!

No sé si es cosa mía, pero comienzo a ver todo nublado, todo envuelto en una especie de nebulosa y lo único que se distingue con nitidez es su figura. La sensación es la misma que si te mueres de hambre y te plantan un chuletón en la cara, con la condición de que no te lo comas.

Continuamos caminando el resto del día. Suria intenta sacar temas de conversación de cualquier cosa, pero no hay manera, mi cerebro se niega a pensar.

Arcan sobrevuela el cielo, seguido muy de cerca por tres dragones más, que han venido desde Orgrom. Las voces de nuestro propósito se van corriendo por los Reinos y los seres se movilizan para pelear junto a nosotros en la gran guerra contra Ahura y los serafines.

Los tres búhos también van volando sobre nosotros y cada vez que algún leñador, o alguna hilandera se miran demasiado, avisan a Azael, que lanza conjuros para que se queden ciegos durante un buen rato. Y así vamos sobrellevando esta terrible tortura.

Cae la noche en Áralush y todos se acomodan como pueden en la mullida hierba de los prados para dormir. Suria y Cedrik ya no se mantienen tan cerca, pues ella se ha echado junto a las costureras y Cedrik se ha ido a charlar con Trok, aunque más bien creo que habrá ido a pedirle consejo.

Yo me debato entre volver a mendigar un polvo, o mantener la distancia.

Quizá esta vez su voluntad no sea tan férrea como antes. Voy a probar suerte.

—¿Estás dormido? —le pregunto cuando me acerco a su gran figura oscura, tendida boca arriba sobre el suelo.

—No creo que pueda dormir.

El simple sonido de su voz es peor que la *viagra* para mí.

—¿Por qué?

—Porque no puedo dejar de pensar en tu cara cuando te corres —suelta.

No me hace falta más, su frase ha sido la mecha que necesitaba para salir lanzada a propulsión y abalanzarme sobre él, que me recibe ansioso, desesperado por mi cuerpo, por mis besos y por todo mi ser.

Devoro su boca con tanta ansia que no me calmo, quiero comérmelo entero.

—Noa —jadea contra mi boca, sin poder parar de besarme—, detente —me suplica.

—No puedo —gimo, restregándome contra su inmenso sexo.

—Si lo hacemos, estaremos perdidos —susurra, sudoroso, mientras besa mi cuello, hambriento.

Me da igual, ya estoy perdida sin él, me cuesta respirar y no logro centrarme si continúa estando fuera de mí.

—Azael, por favor, te deseo tanto —le ruego.

Él agarra su gran miembro entre sus manos y lo dirige decidido hacia mi entrada, cuando su glande roza mis labios, creo morir, voy a tener un maldito orgasmo con tan solo rozarme, por Dios Santísimo. Ahora mismo podrían cocerse alimentos con mi sangre.

—¡No!

De pronto, la voz de Trok consigue distraer nuestra atención, y acto seguido, tenemos al ángel intentando separarnos, tirando de mí con todas sus fuerzas.

Pero Azael tiene los ojos turbios, sumidos en las tinieblas, no hay criatura capaz de separarlo de mí, y el ángel ha osado a hacerlo, por eso fija su vista en él para amenazarlo de muerte.

—¿Intentas quitármela?! —ruge un serafín cegado por los celos.

—Azael, prometiste mantenerte alejado de ella, pronto llegaremos al Palacio, debes resistir, amigo —le anima Trok, algo acojonado.

—¡Yo no soy tu amigo! ¡Ella es mía!

Azael se incorpora de un salto, e intenta asestar un fuerte golpe al ángel con uno de sus grandes puños, pero éste lo esquiva sin dificultad. Enseguida sale volando hacia el cielo, perseguido muy de cerca por el serafín.

—Va a matarlo —se teme Suria, que también ha acudido en mi auxilio.

—No, de ninguna manera. Trok está en su Reino, lo conoce de sobra y además Azael tiene todos sus poderes disminuidos por el acaloramiento —la rebate Cedrik, que intenta no mirar a la ardilla demasiado.

A mí me da igual todo, lo único que necesito es calmar de alguna forma esta brutal apetencia sexual que me nubla la mente. Hasta se me está ocurriendo pedírselo a cualquiera de los robustos herreros que me miran con esperanzas. Incluso, me planteo que podría masturbarme, no sé, cualquier cosa para no estar como una gata en celo. Aunque, solo de imaginarlo, se me baja la libido, es Azael el único que me pone brava y nadie más.

Parece que el hecho de no estar al alcance de mi mano, o de mis piernas,

apacigua un poco las ganas que tengo de su cuerpo. Por eso logro quedarme dormida, después de dar muchas vueltas.

La luz cegadora de un nuevo día impacta contra mis ojos.

«Menos mal que aquí no hay sol porque nos dejaría ciegos a todos», pienso.

Abro los ojos y, cuál es mi sorpresa, que un montón de ángeles, ninfas, hadas y demás seres místicos se lo están montando a plena luz del día con todos los miembros de los clanes.

No soy capaz de cerrar la boca al descubrir a dos ángeles penetrando a la vez a una hilandera que grita de placer. Un hada y una de las cocineras comiéndose enteras, la una a la otra. Tres leñadores haciendo un trenecito, mientras el primero permanece enganchado a una de las ninfas, que les va ordenando lo que tienen que hacer. Cambian todos de unos a otros sin reparos, sin remordimientos, es sexo por sexo y desde luego esto no tiene nada que ver con el amor.

No sé dónde se encuentran mis amigos, pues no veo a ninguno de ellos, todo es gente desconocida.

—¿Te unes a nosotros, preciosa? —me pregunta uno de los seres alados que tiene metido su miembro hasta el fondo en el trasero de un arquero.

Tapo mis ojos con ambas manos para no verlo. ¡Ay Dios mío! Quiero salir de aquí, pero es que lo peor es que mi cuerpo me suplica que me deje llevar y que me una a la bacanal que se han montado estos degenerados aquí.

—¡Deteneos! —grito con todas mis fuerzas, pero nadie me hace caso.

Los jadeos, gemidos y sonidos varios de la carne al chocar a mi alrededor, consiguen sacarme de mis casillas y ponerme de muy mal genio.

—¡¡¡He dicho que paréis!!! —grito, elevándome por encima de ellos y amenazándolos con la Segadora de Almas, que con sus azulados rayos amenaza con la destrucción total.

Ahora sí que se detienen, más los seres de Áralush que los míos, pero el caso es que paran.

—¿Se puede saber qué se supone que estáis haciendo, descerebrados? —les grito, indignada.

Y que conste que mi indignación no es porque se estén montando una macro-orgía, sino porque si se los meten en el bolsillo tan fácilmente en este Reino, ¿qué serán capaces de hacerles los serafines en el Reino del Bien?

—¿Dónde están Arcan, Suria, Cedrik, Trok, Azael y los búhos? —pregunto a la multitud, pero nadie responde.

Parecen zombis, con la mirada perdida, ninguno reacciona. Tan solo los seres de Áralush aparentan tener vida propia.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunto, ahora más enojada.

De pronto, un fuerte temblor de tierra consigue que todos los seres que tenía bajo mis pies, caigan por una enorme grieta que se abre en el suelo.

—¡Nooo! —bramo, sin poder evitar la tragedia.

La única que no ha caído he sido yo, gracias a que estaba volando en ese preciso momento. El polvo que produce el resquebrajamiento del suelo no me permite ver con nitidez y comienzo a toser, por la falta de oxígeno.

«Esto no puede terminar así, es imposible que esté sucediendo de verdad», me animo a mí misma.

Decido tomar más altura para mejorar la visibilidad, pero cuando me

dispongo a coger impulso para subir, algo me atrapa con violencia.

Capítulo 17



Vida: 200

Maná: 200

Fuerza: 400

Dinero: 0

Rango: 750

¿Y ahora dónde narices estoy?

—**H**ombre, Noa, por fin despiertas —una voz masculina muy sensual resuena en mi mente, pero no logro descubrir su procedencia.

—¿Quién eres? —pregunto.

En cuanto intento moverme, descubro que estoy atada de pies y manos a un grueso poste de madera. Parece que esto es en el interior de alguna cueva, pues todo está oscuro a mi alrededor, pero no tanto como para ser una cueva como tal, debe haber algún foco de luz por algún sitio, ya que me permite distinguir algunas tenues figuras frente a mí.

—¿Dónde estoy? ¿Y mis amigos? —inquiero, intentando luchar contra mis ataduras.

Al menos ya no tengo ese calentón horrible que me hacía perder la razón, más de lo perdida que ya la tengo de fábrica, claro. ¡Qué alivio!

—Sigues en Áralush, querida. En cuanto a tus amigos, eso depende de ti —susurra la voz.

—¿De mí? ¿Qué estás intentando decir? ¡Contesta! ¡Déjate de acertijos!

—¡No oses dirigirte a mí de esa manera, criatura miserable! —brama.

Algo impacta contra mi estómago, consiguiendo que suelte un aullido de dolor.

—¡Como vuelvas a tocarla, te mataré! —la amenazante voz de Azael consigue aplacar algo mi dolor, pues hasta ahora mismo no sabía dónde se encontraba.

—¿Con que he dado en el clavo, eh, hermanito? Esta insignificante humana es la que ha conseguido sacarte de tu Reino después de tanto tiempo —exclama la voz, victoriosa—, creí que tardaría más en descubrirla, te había sobreestimado.

De pronto, muchísimas antorchas se encienden de golpe a nuestro alrededor.

Por fin vislumbro a Azael, encadenado frente a mí a otro poste, mucho más grande que el mío, obviamente. Descubro, también, que mis demás amigos están inmovilizados y con una mordaza en la boca, metidos en una especie de jaula.

—¿Qué está ocurriendo, Azael? —le pregunto—. Todos han caído al abismo.

—No te preocupes ahora por eso, tenemos algo peor entre manos —gruñe él.

—¿Peor?! ¿Y qué podría ser peor que eso?

—Tener a mi hermano dispuesto a jodernos la vida.

Una figura alada muy grande se aproxima hasta mí. Es de color rosa y su fulgor, demasiado fuerte para mis ojos, no permite que lo mire directamente, por eso los cierro antes de quedarme ciega.

—Encantado de conocerte, Noa —anuncia.

—¡Déjala, desgraciado, esto es entre tú y yo! —Azael está a punto de estallar, tira de las cadenas que aprisionan sus extremidades con todas sus fuerzas, pero le resulta inútil.

—De eso nada. Ella es la razón por la que todo esto está ocurriendo, tú solo eres un simple títere entre sus manos.

—Estás equivocado, eso es lo que nuestra hermana os ha hecho creer a todos —le contradice Azael.

—¡Tú sí que eres un títere en manos de esa zorra! —exclamo, y otro golpe no tarda en llegar, esta vez en toda la cara y mucho más fuerte, lo que me hace exhalar un involuntario gemido de dolor.

—No oses insultar a mi hermana, maldita humana, o te convertiré en cenizas antes de que logres pestañear —amenaza apuntándome con un dedo, irritado, para después volver a dirigirse hacia su hermano—: Siempre estuve seguro de que te volverías a enamorar tarde o temprano, pero nunca hubiese creído posible que fuese de alguien tan repulsivo. Ni siquiera está a la altura de un mísero ángel, ¡cuánto más de un serafín supremo! ¿En qué estabas pensando, querido hermano? Debe chupártela muy bien, porque no merece la pena por ninguna otra cosa.

—¡Te prohíbo que vuelvas a hablar así de ella! —le ordena el serafín oscuro, a punto de romper las cadenas.

—¿Qué tú me prohíbes algo? —Suelta una sonora carcajada—. Querido Azael, antes te rendía pleitesía, créeme, te admiraba de verdad. Me negaba a creer todas esas cosas que llegaban a mis oídos sobre ti y esta ramera, pero ahora estoy descubriendo que todo era cierto y me siento terriblemente decepcionado. Además, has roto varios juramentos por su culpa: juraste no volver a tomar forma humana y lo hiciste por un polvo; juraste no volver a pisar la tierra que vio morir a tu esposa y tu hijo, y, mírate, aquí estás de nuevo; juraste proteger a Ahura y ahora quieres matarla. ¿Eso es lo que vale tu palabra?

—Azael, no le escuches, solo intenta provocarte —le acuso.

Otro golpe que me llevo.

—¿Qué es lo que quieres de nosotros? ¿Por qué no nos matas, atados como estamos y terminamos con todo esto cuanto antes? Siempre fuiste un maldito cobarde que no se respeta ni a sí mismo —le provoca Azael.

—Soy el gran serafín de Áralush —ruge él, molesto, levantando la cabeza en señal de altivez—, no estoy autorizado a destruir las parejas que el

destino forja, pero sí puedo ponerlas a prueba y es lo que voy a hacer con vosotros dos —anuncia.

—¿Te ha dado permiso tu ama para hacer tal cosa? Creo que las órdenes no eran esas, precisamente —insiste Azael.

No sé dónde quiere llegar a parar, si le cabrea demasiado nos va a aniquilar en el acto, que seguramente sean las órdenes que tenga.

—¡Yo no tengo dueña! —La atronadora voz de Astaroz casi consigue explotar mis tímpanos—. No vas a conseguir lo que pretendes —murmura ahora en un tono mucho más bajo y calmado—, todos menospreciáis la fuerza del amor; todos pensáis que en nuestro Reino lo único que hacemos es recolectar flores y cantar; pero estáis muy equivocados, sin el amor nada sería posible. Gracias al amor se ganan las batallas más poderosas.

—¡Eso es absurdo! El amor es lo opuesto a una batalla —le contrarío.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué te diriges a librar una batalla contra mis hermanos? Te he oído promulgar en varias de tus charlitas que es por salvar Catarsis, por el amor a esta tierra, porque perduren las especies, por un mundo más justo, *blablabla*. ¿No es eso amor, Noa?

—¿Cuándo me has oído decir eso?

—¿No te ha contado tu amado Azael que los serafines tomamos varias formas? Pues yo te he estado siguiendo para observarte. No puedes luchar contra el enemigo sin conocerlo, sería una imprudencia por mi parte.

«¿Por eso habrá dicho lo de chupársela? —Me supongo—. ¿Y por eso habré sentido presencias y susurros en algunos momentos del viaje?».

Hay veces que mi cabeza va por su camino y esta es una de esas veces, pues, de todas las situaciones en las que no me gustaría que este señor hubiese

estado presente, solo se me ocurre una.

—¡Déjate de cuentos, Astaroz, y dinos de una maldita vez por todas qué es lo que pretendes! —vocifera Azael.

—Quiero hacer un trato —suelta con voz cantarina.

—¿Qué trato? Estás en clara ventaja sobre nosotros, no veo el motivo por el que quieras hacer tal cosa y arriesgarte a perder —alude Azael.

—Exacto, pero si os matase estando en tan clara desventaja, no me sentiría ganador. Ya sabes que a los serafines nos aburren las cosas fáciles. La victoria no tendría el mismo sabor, sería demasiado amarga, incluso para nuestra hermana. Te propongo algo.

Ellos dos se miran y Azael asiente.

—¡No os leáis la mente, me quiero enterar! —les ordeno.

—Vaya, tu amiguita tiene mucho genio, ya empiezo a entender algunas cosas —comenta con sorna—. Está bien, este es el plan: si os sometéis a las pruebas del amor verdadero y las superáis con éxito, os permitiré atravesar mi Palacio de Cristal para que podáis llegar a tu dulce hogar, el Reino del Mal.

—¿Y si no lo conseguimos? —quiero saber.

—Te quedarás conmigo para siempre. ¿Has oído hablar de lo que son las esclavas sexuales? —suelta una carcajada siniestra.

—¡No! ¡De ninguna manera! —ruge Azael, fuera de sí—. El trato consistía en que era yo quien se quedaba.

—Pero he cambiado de idea al tenerla tan cerca —ronronea el asqueroso Astaroz —huele a sexo salvaje y eso es justo lo que a mí me gusta —, se relame a propósito.

—Azael, escúchame —le ordeno para sacarle del mundo de odio, muerte y destrucción en el que está sumido—, no pienses en las consecuencias del fracaso, porque vamos a pasar esa maldita prueba ¿me oyes?

—Jamás aceptaría nada que pudiese ponerte en peligro, Noa, ¡me niego!

—¡Qué escena tan romántica! —se mofa Astaroz—. Me encantaría estar aquí todo el día, contemplándoos, pero no tengo tiempo. Si ni siquiera vosotros apostáis por vuestros propios sentimientos, vamos mal. ¿Qué contestáis?

—Que no.

—¡Que sí!

Decimos los dos al unísono.

—Azael, no tenemos otra opción, no seas cabezota y confía en mí, por una maldita vez en tu vida —le ruego.

—Él solo me quiere a mí, que os libere a vosotros —insiste, apenado, temiéndose lo peor.

—¿Y dejar libre a La Elegida? —añade Astaroz—. Me subestimas, querido hermano.

—Hasta hace un momento era un ser insignificante —ataca Azael.

—He cambiado de idea al ser testigo directo de sus poderes —argumenta pensativo.

—¡No, Astaroz, te lo ordeno! —brama Azael desesperado.

—Ella ha elegido, ¡que comience la prueba!

Y de pronto, todo desaparece a nuestro alrededor.

Capítulo 18



Vida: 300

Maná: 400

Fuerza: 400

Dinero: 0

Rango: 750

Una prueba de amor verdadero, lo que me hacía falta.

De pronto, Azael y yo aparecemos en lo alto de un rocoso acantilado.

Podría decirse que estamos sobre el monolito de Yesnaby, Escocia.

La música que suena es estridente y retumba en mi cabeza como si una mortífera advertencia se tratase.

Me asomo por el precipicio para comprobar cómo las olas impactan con violencia contra las rocas que nos sostienen. Mis pies comienzan a temblar al ser consciente de la altura tan bestial que nos separa del suelo. Suelto un silbido.

—Menos mal que tenemos alas —le comento a mi compañero.

—Tengo —me corrige.

—¿Qué tienes?

—Yo tengo alas y tú ya no las tienes —me informa, señalando el lugar donde estaban.

¡Ahora sí que me entra el pánico! Corro a resguardarme en su pecho y él me abraza para protegerme, pero sin dejar de mirar en derredor, con suspicacia.

—Solo debes llevarme volando hasta el otro lado, no hay mayor problema —le indico, tratando así de serenarme a mí misma.

—Mucho me temo que no va a ser tan fácil.

Efectivamente, antes de que pueda abrir la boca, descubro que los ojos de Azael están sellados, no puede abrirlos y me imagino lo peor.

—Noa, no te muevas, no puedo ver nada —me explica, agarrándome con más fuerza y confirmando mis peores sospechas.

Ahora, la plataforma que tenemos bajo nuestros pies comienza a temblar.

Yo suelto un grito.

—¡Vamos a caer! —chillo como una histérica, aterrada, aferrándome a su cuerpo cual lapa con *súper glue*.

—Noa, intenta calmarte —espetta.

—¿Calmarme? Estamos a cuarenta metros de altura y el suelo cada vez tiembla con más fuerza. Yo ciega y tú sin alas... ¡o como sea!

De repente, algo se interpone entre Azael y yo con violencia, se trata de una fuerza descomunal, como si fuese un imán gigante, dejándonos a cada uno a un extremo del monolito y aislándonos con una gran línea de fuego en el centro.

—¡Azael!

—¡Noa! ¿Dónde estás, qué ocurre? —mueve sus manos por delante del cuerpo, pero no le veo muy bien, debido a las altas llamas que nos separan.

—¡No te muevas! ¡Estás al borde del precipicio! —le indico.

—¿Hay fuego? —pregunta.

—Sí, el fuego nos separa, no te muevas, o caerás al vacío, no puedo verte.

Entonces Azael eleva el vuelo para tratar de venir a por mí, pero impacta contra algo, una especie de pared transparente que nos separa.

—¡Mierda! —ruge, furioso, dejándose caer para situarse en su campo de nuevo.

El fuego cada vez avanza más hacia nosotros, tanto que me quema la cara con la flama y me veo obligada a girarme, dándole la espalda al serafín.

—Noa, escúchame bien, tienes que lanzarte al agua —me propone.

—¿¿¿Qué??? ¿¡Estás loco?!

Ni de coña me lanzo contra esas aguas turbulentas que se estrellan contra las afiladas rocas. Creo que morir quemada es menos doloroso que desnucada.

—Noa, tienes que confiar en mí. Yo te cogeré al vuelo.

—¡No ves nada! Es imposible que me atrapes antes de que llegue al agua —me niego rotundamente.

—Es nuestra única oportunidad, por favor, confía en mí.

Me vuelvo para mirarle por encima de las llamas, y aunque tiene los ojos cerrados, su expresión es desesperada.

¿Confío en él?

¡Claro que confío en él!

Me lanzaría contra las llamas del mismísimo infierno, sabiendo que él está cerca, porque sé que daría su vida por la mía sin dudarlo.

Cierro los ojos.

Inspiro profundamente.

—¡Vale! ¡Lo haré!

—¡Salta! —ordena.

Joder, ni siquiera me ha dado tiempo a contar, ni a imaginar mi muerte, ale, así, si vaselina ni nada, pues nada, salto.

Doy un paso al frente y me lanzo a la nada con los ojos cerrados, sin poder dejar de gritar porque siento una intensa sensación de vacío en el estómago. Sí, esa sensación de caída libre, como si estuvieses en la lanzadera,

solo que ahora no voy sentada en una gran plataforma con amortiguadores, junto a más personas, ni tengo un cinturón de seguridad, pero bueno, hay un señor ciego que va a evitar que me descalabre.

«Así que, tranquilidad, que no es para tanto, Noa» me animo con un obvio tono sarcástico.

Me parece que llevo una eternidad cayendo, como descienda durante más tiempo, voy a dejarme sorda a mí misma por mis propios gritos.

De pronto, algo se abalanza contra mí, empujándome hacia la derecha y cogiéndome finalmente entre sus brazos, de manera muy torpe, pero con fuerza.

—¡Lo has conseguido! ¡Me has salvado! —aúllo, henchida de dicha, aferrándome a su cuerpo con todas mis ganas.

—¡Y tú has confiado en que lo haría!

Nos besamos para celebrarlo, mientras mantiene el vuelo. Reímos y lloramos a partes iguales, por la descarga de adrenalina que acabamos de sufrir.

—Dirígeme, Noa, sigo sin ver nada —me pide.

Yo le voy indicando, hacia la derecha o hacia la izquierda, hasta que dejamos el mar lejos y considero que estamos a salvo. Sobrevolamos una verde pradera y le explico cómo debe aterrizar en ella, aunque no me hace ni caso y nos estampamos contra el suelo.

Rodamos durante unos instantes y, cuando nos hemos detenido, nos da por partirnos de la risa.

Tendidos boca arriba sobre la hierba, riendo como dos niños, nos cogemos de la mano. Yo le miro con dulzura.

—Me has salvado una vez más —susurro.

—Te equivocas, tú me has salvado a mí.

Capítulo 19



Vida: 400

Maná: 450

Fuerza: 500

Dinero: 100

Rango: 750

Segunda prueba.

Una vez que nos hemos puesto en pie sobre el suelo, me abrazo a su cuello con tanta fuerza que temo partírselo, pero es que me siento tan feliz que creo que voy a explotar de dicha.

—Hemos superado la primera prueba —susurra.

Pero en lugar de estar contento, parece bastante preocupado, sigue alerta.

—¿Y eso es malo? —pregunto.

—Te han privado de las alas y a mí de la vista, tenemos que estar atentos. Se trata de dejarnos guiar por las sensaciones, de escuchar a nuestro corazón. En cualquier momento podemos caer en alguna trampa. Presiento que algo va mal.

—Yo también, pero todo parece estar en calma.

—Y eso es lo que más me preocupa —asume.

Observo todo a mi alrededor y no hay nada que me preocupe.

—Ahí en frente hay una pequeña casa de madera, parece cómoda y enseguida caerá la noche. Vamos —tomo su mano para guiarle, sin opción a que se niegue.

Es tan grande y corpulento que verle caminar sin sus habituales aires de grandeza me resulta sumamente extraño. Se me ocurre estamparle contra alguna cosa para que se pegue un buen golpe, como si me hubiese confundido al hacerlo, pero enseguida me arrepiento, aunque me vaya riendo yo sola en silencio, solo de imaginármelo.

Entramos en la cabaña. Todo está a oscuras y hace mucho frío dentro. Parece que incluso más que fuera. En cuanto cierro la puerta, miles de lámparas inmensas, situadas en el alto techo, se encienden de golpe, dejándome boquiabierto. El interior del cobertizo se asemeja a un Palacio, no es para nada pequeño, como parecía desde fuera. Todos los suelos y paredes son de mármol, con ventanales majestuosos, además, está lleno de largos

pasillos con puertas cerradas, que vete tú a saber qué esconden, o a dónde llevan.

—¿Es posible que haya todo esto dentro de una choza de madera? —pregunto, arrugando la nariz.

—A estas alturas, no creo que deba sorprenderte demasiado. Aunque te recuerdo que no puedo verlo —alega.

—Pues imagínate un palacio de los zares rusos —le explico.

Su cara de melocotón en almíbar me demuestra que no ha visto esos palacios, así que lo dejo estar.

—¡Anda, mira, qué casualidad! —exclamo—. Hay una hoguera encendida —anuncio, señalando a la gran chimenea que tenemos frente a nosotros.

Él me sujeta por la muñeca para detener mi camino hacia el fuego, pues ya me conoce de sobra y habrá supuesto que era lo que me disponía a hacer.

—No toques nada, Noa. Mi hermano anda cerca —me advierte Azael, frunciendo el ceño en un gesto enojado.

—¿Y qué hacemos? Acaba de anochecer —le informo, mirando la oscuridad del exterior, desde la ventana.

—No tenemos más opciones, pasaremos aquí la noche.

—Podríamos intentar escapar —propongo.

—¿Cómo? ¿Connmigo ciego y todo a oscuras? No creo que lleguemos demasiado lejos —se queja.

—Te puedo dirigir, como antes —le sugiero.

—¿Y dónde vamos a ir en plena noche? Es demasiado peligroso, Noa.

—Ya lo sé, pero yo aquí no estoy tranquila, alguna presencia extraña eriza mi vello, no me gusta nada.

Y es que la sensación es la misma que cuando los gatos están tan tranquilos tendidos sobre el sofá y de repente se asustan de algo que tienen cerca, da muy mal rollo.

No nos da tiempo a seguir discutiendo, porque una de las puertas que tenemos a nuestra espalda se abre y los dos nos giramos hacia ella, en guardia.

—¡Hombre, mi querido Azael! ¡Qué sorpresa tan grata! —Se alegra en exceso la mujer que aparece.

Una música muy sensual comienza a sonar, se asemeja a la de los *striptease*.

La susodicha es un ángel, pues de su espalda asoman alas también, pero mucho más pequeñas que las mías. Es morena, con una cara preciosa, y tiene un cuerpo escultural que me recuerda al anuncio de *J'adore*, por cómo anda y cómo nos mira..., bueno, por cómo mira al serafín: devorándolo con los ojos.

—¿Quién eres tú? —le pregunto, plantándome delante de él para interceptar su paso, pues se dirigía demasiado segura a tocarlo.

Menos mal que él no puede verme, porque ahora mismo estoy roja de ira.

—¡Oh! Perdona, bonita, pero creo que la pregunta correcta no es esa — dice con una voz melodiosa, que invita a acariciarla.

—Lidia —susurra Azael, obnubilado.

—Es imposible olvidar lo que pasamos juntos ¿eh, grandullón? — ronronea, esquivándome, para por fin toquetear su pecho con ambas manos.

Los tatuajes de Azael comienzan a iluminarse bajo su tacto y mis celos a desbordarse. No puedo evitar darle un guantazo en la mano que toca lo que es mío, para que la retire cuanto antes, cosa que hace bastante enojada, lanzándome una mirada de odio mortal.

La he cabreado.

—Este serafín es mío, bonita, búscate otro —la reto.

Suelta una carcajada exagerada y niega con la cabeza.

—¿Me podrías explicar cómo es posible que una cosa tan insignificante como tú llegue a pensar que podría tener alguna oportunidad con semejante macho?

—¡Azael, díselo tú! —rujo colérica.

Pero Azael, aparte de ciego, ahora también está mudo.

—Ven, mi amor, vamos a recordar viejos tiempos —le ofrece su mano y él se la toma —deja que los cuervos graznen a sus anchas.

Mi mandíbula inferior se estampa contra el suelo, no logro cerrar la boca cuando veo que él la sigue como un corderito.

—¡Como se te ocurra atravesar esa maldita puerta, me habrás perdido para siempre! —le amenazo con los ojos anegados en lágrimas.

Pero no me hace ni caso, la única que reacciona ante mi patética amenaza, es la guarra que me lanza un beso antes de cerrar la puerta en mis narices.

No puedo creerlo.

Mi corazón se acaba de partir en mil pedazos y duele. ¡Cómo duele!

Me cuesta respirar.

Lo primero que se me pasa por la cabeza es entrar ahí para matarlos a ambos. Lo segundo, es destrozarse la casa a porrazo limpio y lo tercero, huir.

Dado que no sería capaz de matarlos, al menos a él, la tercera opción es la que más consuela mi orgullo, por lo que es la que decido tomar.

Sujeto el pomo de la puerta para abrirla y de pronto, escucho un fuerte jadeo de mujer, lo cual me hace quedarme congelada en mi sitio. Algo revuelve mi estómago y me entran ganas de vomitar. Enseguida oigo sus gritos, seguidos de exclamaciones tipo «no pares», «métela entera», etc.

De verdad que trato por todos los medios de mantener la calma, porque sé de sobra que esto es una prueba, aunque no sé realmente qué es lo que se espera que haga yo ante semejante humillación.

¿Me dejo llevar? ¿Me controlo?

Enseguida me doy cuenta de que a él no le escucho. Es solo ella la que grita y jadea como una posesa, y además, de una forma demasiado exagerada, incluso para una actriz porno.

¿Qué mujer en su sano juicio grita como si fuese el fin del mundo? A no ser que esté fingiendo... claro.

¡Fingiendo!

Una oleada de serenidad invade mi cuerpo ante esta nueva perspectiva, ¡gracias a Dios!

Si dijese que estoy segura al cien por cien de que ahí dentro no está pasando nada que deba preocuparme, mentiría; pero sí que es cierto que me fío de él y que pondría la mano en el fuego por afirmar que jamás me haría algo así, al menos estando en su sano juicio, cosa que no parecía estar al entrar por esa puerta. Por eso me relajo y decido tomar asiento en uno de los

majestuosos sillones que se encuentran en el recibidor, frente a la placentera chimenea.

Pasado un rato, la puerta se abre y solo sale de ella Azael.

Lo observo con los ojos entrecerrados.

—¿¿¡Noa??! —grita con la voz desgarrada.

Mantiene ambas manos por delante de su cuerpo para evitar chocarse. Yo no le contesto, solo le miro con los ojos entrecerrados.

—¡Noa, todo ha sido falso! ¡Noa, vuelve! ¿Dónde estás? —Su voz está rota por el dolor.

No me da tiempo a responderle porque algo impide que me mueva, me mantiene congelada.

«¿¿Qué demonios ocurre?!», pienso.

—¡Noa, nooooo! —aúlla, a la vez que pega un fuerte golpe en una de las paredes, haciendo un gran agujero por el que se ve el exterior.

Se deja caer de rodillas. Abatido. Puedo ver que las lágrimas anegan sus ojos y se me parte el corazón. Daría lo que fuese por poder correr a sus brazos y apaciguar su tristeza.

Otra de las puertas se abre y él levanta la cabeza para comprobar de quién se trata, pero frunce el ceño al recordar que no ve nada.

—¿Quién está ahí? —ruge.

Un hombre realmente atractivo hace su aparición en medio del salón. Es moreno de tez y cabello, con los ojos claros, y su anatomía es bastante fuerte, se da un aire a Azael en su forma humana. Me mira y sonrío con aire triunfal.

—¿Ya estás contento, bastardo? —brama el serafín—. Me has

arrebatado a la única mujer que he amado en todas mis malditas existencias y juro que no pararé hasta matarte.

El hombre que acaba de salir por la puerta lo mira con desprecio.

—Permite al menos que me despida de ella, si te queda algo de dignidad, que lo dudo —añade un consternado Azael.

—Antes de concederte esa despedida, mi querido hermano, quiero que escuches, ya que no puedes ver nada, lo que le esperará a tu amada el resto de su vida, a partir de hoy —le provoca el desgraciado de Astaroz.

Azael se levanta del suelo de un violento impulso.

—¡No oses tocarla! —amenaza, envuelto en la ya conocida luz azabache que sale del suelo para envolverle con su peligrosa aura oscura. Despliega sus alas y sus ojos se tornan completamente negros, mientras aprieta los puños con todas sus fuerzas.

No sé a Astaroz, pero a mí, desde luego, me daría miedo estar en su situación. Siempre y cuando no le tuviese dándome la espalda, como lo hace, pues el pobre no ve que su hermano se ha cambiado de sitio.

Lucho contra mi inmovilidad, pero me resulta inútil, no hay manera.

Acto seguido, vuelve a aparecer la mala pécora que ha fingido tener sexo con él hace unos momentos y se acerca hasta Astaroz, mirándolo llena de lujuria.

—Mi querida Noa, si estás aquí —dice el cabrón, dirigiéndose hacia ella, pero sin dejar de mirarme, mientras Azael me busca, desesperado—, ¿por fin te has dado cuenta de que Azael es un mujeriego que no te merece? Yo te juraré fidelidad eterna y sexo sin límites, una diosa como tú no merece menos.

—¡Noa, no le escuches! ¡Todo ha sido falso! —grita Azael.

—¡No vuelvas a dirigirte hacia mí, te odio! —exclama la malvada actriz, imitando mi voz a la perfección y compungida por las lágrimas. Desde luego que merece el premio a la mejor actriz.

—¡Noa, por favor, escúchame, todo ha sido una cruel simulación, esa era la prueba! —insiste.

—No le creas, Noa, eres demasiado inteligente como para que un hombre vuelva a reírse de ti, y a engañarte. Ven conmigo y juro que viviremos felices para siempre en el Reino del Amor, te convertiré en mi Reina y todos te respetarán, ¿acaso Azael te ha jurado amor eterno? —provoca Astaroz—, mmmm, tienes una piel tan suave, y unos pechos tan turgentes —ronronea, acariciando los de ella.

—¡Apártate de ella ahora mismo! —Azael está fuera de sí, pero tampoco le permiten moverse. Su pecho sube y baja de manera violenta.

Astaroz separa las piernas de la mujer con sus rodillas, e introduce uno de sus dedos en ella, sin contemplaciones, para moverlo con brusquedad dentro y fuera. Esto provoca que ella exhale un fuerte gemido.

—¿Te gusta que te acaricie así, Noa? Eres divina —susurra el serafín.

—Me encanta, Mi Señor —asume ella, con mi voz, muerta por el deseo.

Azael está a punto de morir de un infarto y yo de otro.

Ahora Astaroz gira a la mujer para ponerla de espaldas a él y penetrarla de golpe, lo que provoca que ella suelte un fuerte alarido de placer.

—¿Te gusta, Noa? Él es demasiado grande para ti, mira cómo encaja mi polla en tu interior, a la perfección —ronronea, mientras mueve sus caderas de manera candente contra el níveo trasero de ella.

—Sí, no pares, no pares nunca, Astaroz —jadea ella, con mi voz, exigiendo más.

Enseguida comienza a penetrarla con fuerza y el sonido de los choques de la carne consigue que Azael se dé por vencido.

«¡No soy yo! Vamos, Azael, nunca se lo pondría así de fácil, joder, tienes que confiar en mí» le recrimino para mis adentros, anegada en lágrimas, rota de dolor.

Los amantes van cambiando de posturas y cada vez gritan más, hasta que él decide poner fin a la función y se corre en la cara de ella, que absorbe con hambre todo lo que él derrama.

—Así es, Noa, trágatelo todo, qué hambre tienes, me encanta —gime él, extasiado de verdad.

En otra ocasión, mi posición de *voyeur* me hubiese puesto caliente, pero ahora mismo, solo siento asco y desidia.

—Me gusta mi nueva adquisición, creo que haremos cosas muy importantes juntos, como por ejemplo, tener hijos —comenta, una vez recuperado el aliento.

—Me encantaría —admite ella, todavía con mi voz, más extasiada que él y desnuda.

Azael frunce el ceño, pensativo.

«Sí, venga, recapacita, no puedes creer que yo sea capaz de hacer eso, ¿eres idiota?» pienso.

Entonces, Azael suelta una sonora carcajada, dejándonos desubicados a los tres.

—¿De qué te ríes, insensato? —pregunta su hermano, borrando de un plumazo su sonrisa triunfal.

—Me río porque ese polvo ha sido tan triste, que ni siquiera has conseguido que se me ponga dura, ¡esa no es Noa! —sentencia.

Yo casi me pongo a bailar la Conga de la alegría que me entra.

—¿Cómo que no es ella? ¿Acaso no la hueles? ¿No la percibes? —insiste Astaroz.

—La huelo y la percibo, ella está por algún lugar de esta casa, pero no es su olor el que desprende el marchito sexo de esa mujer —le informa un Azael risueño.

Astaroz está rojo de ira, tanto, que desaparece de repente de la escena del crimen, y junto a él, todo lo que nos rodeaba, dejándome tirada en medio del valle, sin casa ni leches.

Intento moverme, pero parece que me hayan pegado una paliza, me encuentro tendida sobre la hierba, sin aliento.

—¿Noa?

Su voz en medio de la oscuridad consigue que me incorpore, hasta quedar sentada sobre el suelo, pero siento cada hueso crujir al hacerlo. Miro mis niveles para comprobar que el rastrero de Astaroz me ha bajado la vida a casi 0, por eso estoy tan débil.

—Estoy aquí —musito.

—¡Háblame, no te veo!

No tardo en distinguir en medio de la oscuridad su figura, caminando con sumo recelo para no chocarse contra nada.

Entonces, me da igual el hecho de estar medio moribunda y no me importa en absoluto el dolor punzante que siento en cada parte de mi cuerpo, porque comienzo a correr con todas mis ganas hacia él.

El impacto es tan fuerte e inesperado para él, que caemos los dos al suelo, yo sobre su pecho.

—¡Noa! —exclama, palpando mi cabello con sus enormes manos y dejando escapar una sonrisa enorme, por fin.

No soy capaz de hablar, solo puedo besarlo y él me responde con las mismas ganas de mis besos.

—Creí que nunca te darías cuenta de que esa mujer no era yo, ¡me estaba poniendo de los nervios! —Le echo en cara, en cuanto me he tranquilizado un poco al sentir su cariño.

—Lo supe desde el principio, solo quería hacerte sufrir un poco — señala.

—¡Ja! ¡Eso no te lo crees ni tú! ¡Estabas histérico!

—¿Me estabas observando? —pregunta intrigado.

—¡Claro!

—Yo no pude verte a ti cuando creíste que estaba con ella, me lanzaron un hechizo de sueño que me mantuvo sin voluntad un tiempo, no recuerdo nada.

Suelto una carcajada.

—En mi mundo esa es una de las excusas más frecuentes cuando un hombre engaña a su mujer, la diferencia es que en vez de un hechizo, alegan que estaban borrachos —le explico, ante su cara de intriga.

—Noa, por un momento creí que iba a enloquecer —apunta, algo más

serio.

—Nuestra historia no puede terminar así, ¿no crees?

—Nuestra historia no puede terminar. Nunca.

Le miro y, aunque mantiene los ojos cerrados, percibo su sentimiento, el mismo que tengo yo hacia él. Nos besamos de nuevo, devorando nuestros pecados con ese beso, limpiando nuestra alma y llenándola de pureza con cada roce.

—Azael —musito contra su boca.

—Mmmm —gruñe, sin querer dejar de besarme y acariciarme.

—Sabes que tarde o temprano me iré de aquí, ¿verdad?

—No.

—No podemos luchar contra lo que ambos sabemos a ciencia cierta. Cada vez soy más consciente de que mi paso por Catarsis es efímero y he visto lo que has padecido al creer perderme. No quiero que sufras, yo solo quiero tu bien, Azael.

Yo también he sufrido, pero me ha dolido el doble su pena. La sensación que me azota cada vez con más fuerza es que se acerca nuestro final, nuestra despedida.

—Noa, en cuanto derrotemos a los serafines, le pediré al Gran Máster que permita que vivas aquí para siempre, a mi lado —me explica.

—No creo que sea tan fácil, para empezar, hemos perdido a nuestro ejército.

—No pienses ahora en eso, todavía nos queda la última prueba.

—¿Qué?! ¿Más pruebas?!

«¿Y ahora qué será lo siguiente, despellejarnos?» pienso.

—No te quepa duda.

Frunzo el ceño.

—¿Me has leído la mente? —pregunto.

—Ya sabes que no puedo leerte desde que...

—Ya, ya, pero has contestado a mi pensamiento —insisto.

—¡He contestado a que hay más pruebas, porque todavía queda la última! ¿Qué estabas pensando?

Le miro, con los ojos entrecerrados, no me convence demasiado su excusa, pero lo dejo estar. Después de lo que hemos pasado, solo quiero besarle y estar bien con él, acurrucada entre sus brazos.

—Da igual, bésame, Señor del Mal.

Y me obedece, cual corderito manso.

«Mírale, cuando le conviene, qué obediente es» me digo.

—Ya pronto estaremos a salvo en mi Reino —musita.

—¿En serio creíste que iba a tirarme a ese maldito serafín? —pregunto, separándome de sus labios y cambiando de tema.

Él suelta una sonora risotada.

—¡No eres capaz de no preguntarlo!

—Contesta —ordeno.

—Tuve mis dudas al principio, pero porque creí que te habrían hechizado, como a mí. Era tu voz, pero no era tu olor, ni tu esencia. No era tu alma rebelde la que estaba allí. En cuanto dijo que te habías tragado su

simiente, no sé por qué, pero no te veía haciendo eso con él.

—¿Por qué? —pregunto.

Es muy común en las películas porno. A mí siempre me ha dado mucho asco hacerlo con Alejandro, aunque con Azael es otro cantar ¿por qué no iba a hacerlo?

—Porque tú no te entregas en ningún aspecto hasta que no tienes sentimientos profundos de verdad, ni siquiera hipnotizada lo harías —afirma.

Eso logra convencerme, así que me quedo satisfecha con su respuesta.

Un ruido muy extraño llama la atención de ambos. Nos separamos para averiguar de dónde procede ese sonido.

—¿La tercera prueba? —pregunto, mientras sostengo su mano que me ayuda a levantarme del suelo.

—Eso parece, vamos.

Capítulo 20



Vida: 2

Maná: 0

Fuerza: 6

Dinero: 100

Rango: 750

Tercera prueba.

Hemos llegado hasta el Palacio de Cristal de Áralush, aunque no me da la impresión de que estemos en Catarsis, pues parece más bien una réplica barata. Azael me ha traído volando en brazos y casi todo el tiempo dormida.

Por lo visto, se le ha debido caer la venda de los ojos sin que yo me haya dado cuenta, y nunca mejor dicho, porque ya no tiene el oscuro tatuaje que rodeaba sus ojos a modo de antifaz.

En cuanto pisamos el interior del Palacio, se hace de día y la luz atraviesa las impresionantes paredes de cristal rosado, formando sombras del mismo color en el suelo. El misterioso caso de las sombras sin sol sigue alucinándome.

Le observo, en silencio, buscando la mirada de esos ojos naranjas que tanto he echado de menos y que enseguida me responden, con la preocupación reflejada en ellos.

—Vuelves a tener tus alas —me informa.

—Y tú ya no tienes tu antifaz.

—A lo mejor es que he aprendido a ver y no solo a mirar —apunta.

Ahora parece menos fiero, pero no manso, ni mucho menos.

—¿Dónde vamos? —le pregunto, haciendo caso omiso a mis alas.

—A buscar al gusano de mi hermano.

—¿Y la prueba?

—Estamos en ella.

Subimos las escaleras hasta la azotea, donde se encuentra el portal que nos transportará por fin hasta el Reino del Mal. Pero cuando nos situamos delante del gran portón para atravesarlo, descubrimos que no es un portal al

uso, si no un inmenso espejo.

—¿Qué es esto? —pregunto, intrigada.

—El Espejo de la Verdad —revela Azael, sorprendido, sin dejar de contemplarlo—, no creí que la última prueba fuese la más sencilla, algo no me gusta.

—No creo que hagan falta más explicaciones, venga, ¿qué tengo que hacer? —propongo.

—Debemos aceptar lo que el espejo nos muestre. Nunca me he tenido que enfrentar a uno, pero se dice que revela una mezcla entre lo que anhela nuestro corazón y lo que sucederá en el futuro, consiguiendo descubrir la verdad sobre nuestra propia existencia —me cuenta.

—¡Qué bien! —exclamo.

—No a todos nos gusta que nos muestren las verdades —me advierte—, ni estamos preparados para conocer el futuro.

Paso de él y me planto en medio del Espejo. Mi reflejo aparece, al cabo de un buen rato, en el centro del gran cristal, a la vez que suena una música misteriosa.

En un principio, no veo nada raro, soy yo. Soy la Noa de Catarsis, musculosa, fibrosa, atractiva, fuerte, segura de sí misma, peinada y maquillada a la perfección.

—¿Esto es todo? No veo nada raro —le informo.

Pero algo comienza a cambiar en mi reflejo. Mi estómago comienza a crecer hasta que parezco estar embarazada. Mi cuerpo ya no es tan musculado como en Catarsis, sino mucho más delgado y mi mirada no brilla como ahora, parece triste, abatida.

Después de eso, mi rostro comienza a envejecer y mi pelo se tiñe de blanco, a la vez que se cae, dejándome medio calva y llena de arrugas. Palpo mi rostro, rozo con sumo cuidado varios mechones de mi pelo, aterrada y compruebo que, efectivamente, tengo la cara arrugada y cuatro pelos mal puestos. Además estoy sentada en una silla de ruedas. Las ganas de gritar de espanto al verme así no tardan en llegar, pero no puedo porque he enmudecido.

Aunque lo que más me impresiona es que estoy sola. Una señora anciana en silla de ruedas siempre debería tener a alguien a su lado ¿no? Pero yo no tengo a nadie. De pronto, personas desconocidas comienzan a pasar junto a mí, sin prestarme la menor atención, parecen ser enfermeras. Una de ellas se acerca para levantarme de la silla de una manera muy violenta y, aunque no opongo la menor resistencia, pues soy una mujer demasiado débil de unos ochenta años, me planta con suma brusquedad una camisa de fuerza blanca y se parte de la risa al verme mirando al infinito y llorar, zarandeándome para que vuelva a tomar asiento, hasta que, finalmente, caigo al suelo. Y, aunque continúan pasando personas por mi lado, nadie me levanta de allí. Me han dejado tirada sobre las frías baldosas de mármol blanco. Mis ojos se llenan de lágrimas y veo borroso.

Después, todo vuelve a la normalidad, pero una frase aparece escrita en medio del espejo «siempre estarás sola».

Sola, como he estado toda mi vida.

Tiemblo.

Creo que la consternación que se refleja en mi rostro, consigue asustar a Azael, que se acerca a mí para acunarme entre sus brazos.

—Noa, ¿estás bien? ¿Qué has visto? —pregunta, asustado.

Estoy tan atormentada por la maldad que ha mostrado esa enfermera con

una pobre anciana, que no soy capaz de contestar.

Él se queda petrificado junto a mí, pues el espejo, por lo visto, ha comenzado a mostrarle su realidad, o lo que sea eso, sin que él estuviese preparado, aunque yo no veo nada, por su expresión deduzco que él sí que lo está viendo.

Pasa muy poco tiempo, pero su semblante parece desolado.

—Azael, ¿qué has visto? —consigo vocalizar.

Él no reacciona, solo me mira, con una expresión perdida, dolida, decepcionada. Es como si me hubiese visto clavándole un cuchillo por la espalda, o incluso algo peor.

Entonces, postra una rodilla en el suelo, apoya sus poderosos brazos sobre la pierna que mantiene elevada, formando un ángulo de noventa grados y clava sus ojos en mí.

—Está bien, me rindo —sentencia.

—¿Qué haces? —pregunto asombrada.

¡No puede abandonarme ahora!

—Me estoy declarando tu siervo, te amo y quiero pasar contigo el resto de mi vida y de mi muerte, Noa.

¿¡Qué?!

¿Esto es en serio?

No tengo un orgasmo de milagro... ¡joder!

Me recuerda a un tigre salvaje, terriblemente enfurecido, rindiéndose a algo en contra de su voluntad, doblegándose muy a su pesar, mordiendo ferozmente la fusta de su domador y aguardando el momento preciso para

poder saltar sobre él para atacarle. Su gran cuerpo musculoso rezuma poder por doquier y lo tengo aquí delante, todo para mí, postrado a mis pies.

¡Estoy soñando, seguro!

—¿Estás de broma? ¿Qué has visto? —insisto, incrédula.

No quiero que haga esto por obligación.

—No bromearía jamás con algo así, quiero estar siempre a tu lado, protegerte de todo, cuidarte y venerarte, por favor, dime que sí —suplica, con los ojos más sinceros que haya visto jamás.

—Azael, no tienes que hacer esto por lo que hayas visto en ese maldito espejo, puede que no sea real —insisto.

—He visto a un niño, Noa. ¡He visto a nuestro hijo! Lo demás no voy a contártelo, solo puedo añadir que esto es una llamada de atención, para que sepamos que el destino está en nuestras manos y que todavía podemos cambiarlo. Uno de los dos ha de cumplirse si nos vinculamos, el tuyo o el mío.

Nos miramos uno al otro. Las lágrimas de emoción resbalan por mis mejillas.

Una suave música romántica hace su aparición.

—Voy a hacerte la mujer más feliz del mundo. Tú a mí ya me has cambiado, la prueba es que estoy arrodillado ante ti en mi forma de serafín, sin miedo. Has exterminado todos mis demonios para convertirlos en virtudes, ¿qué más podría pedirle a la vida? ¡Te amo, Noa!

—Y yo a ti, maldito seas, te amo tanto que me cuesta hasta decirlo —sollozo.

Tira de mi muñeca con su manaza para atraerme hacia sí, por lo que

termino sentada sobre su rodilla. Toma mi mandíbula entre sus manos y posa sus labios sobre los míos con dulzura.

—Jamás permitiré que te ocurra nada malo, ¿me oyes? Te protegeré con mi vida.

Yo asiento, algo asustada por lo que he visto y por lo que habrá podido ver él, pero llena de felicidad porque nos acabamos de prometer.

Nos besamos como si ahora mismo se terminase el mundo. Yo me abrazo a su cuello para profundizar en el beso, deseando poder detener el tiempo, pero es imposible, la vida continúa.

—¡Enhorabuena a los enamorados! —la cercana voz de Astaroz, junto a unos leves aplausos, consiguen separarnos de golpe y que nos levantemos para ponernos en guardia.

No tarda en aparecer frente a nosotros, a la vez que todo a nuestro alrededor se desvanece para convertirse en una inmensa sala blanca, completamente vacía. Quiere que le mire, pues ha dejado de deslumbrarme para permitirme hacerlo.

—He de admitir que me habéis sorprendido, pocas parejas pasan estas tres pruebas, y vosotros lo habéis hecho, además, con nota. En el espejo puse especial énfasis en tu muerte —me señala—, hubiese jurado que mi querido hermano saldría huyendo para que así el destino no se cumpliera, pero, lejos de eso, ha preferido firmar tu sentencia de muerte, entrelazando vuestras vidas para siempre. Muy interesante, a la par que egoísta —sonríe al hablar y eso me pone muy nerviosa.

¡Era otra trampa para separarnos!

—Déjate de palabrería barata y concédenos la libertad, hemos superado

la prueba y has de cumplir el trato —ruge Azael.

—¿De verdad pensabas que sería tan fácil? Si os dejo continuar vuestro camino, nuestra adorable hermana me descuartizará y, sinceramente, no me apetece demasiado.

—¡Eres un mentiroso! —le acuso, indignada.

Él clava sus fulgurantes ojos en mí, dejándome ciega. Me veo obligada a taparme el rostro con el antebrazo para protegerme y él aprovecha este hecho para aprisionarme.

—¡Suéltala! —La voz de Trok a nuestra espalda, consigue sorprendernos a todos.

—¿¡Acaso osas dar órdenes a Tu Señor!?! —Astaroz está sumamente enojado.

—¿Cómo diablos has entrado aquí? —Quiere saber Azael.

—Habéis superado la prueba del amor verdadero y el mismísimo Señor del Amor no permite que salgáis de ella, se está quebrantando un tratado sagrado de Catarsis y por eso el Gran Máster me ha concedido el acceso hasta aquí, para interceder por el amor y hacer justicia —nos explica.

Astaroz aprieta mi cuello sin ni siquiera tocarme y yo pongo una mueca de dolor que impacienta a mi amigo.

—¿Y qué piensa que va a hacer un mísero ángel contra su amo? —Se carcajea el serafín rosa.

—¡Astaroz, has perdido el juicio! Sabes de sobra que no puedes apresarnos, el Gran Máster nunca lo permitirá. Siempre has creído en el amor y has luchado por defenderlo ¿ahora traicionas todas tus creencias por seguir a la chiflada de nuestra hermana? —le provoca Azael.

Me he dado cuenta de que Trok y Azael se han situado uno a cada lado de mí, manteniendo las distancias, pero así lo han hecho. Azael llama la atención de su hermano para que Trok pueda salvarme, no hay que ser demasiado inteligente para descubrir su plan, yo diría que hasta el propio serafín del amor se ha percatado del propósito que se traen entre manos.

—Cuando Ahura reine en Catarsis, le recordaré que la llamaste chiflada antes de que te decapite, ingrato. Toda la vida cuidándote y preocupándose por ti, para que se lo pagues así —le contesta Astaroz, lleno de furia.

—¿En qué momento dejaste de creer en Catarsis, hermano?

—En el momento en que mi Reino se convirtió en algo que no tiene nada que ver con mis principios. El amor debe ser desinteresado, buscando la felicidad del otro y no la propia. Pero la mayoría de los seres de Áralush solo buscan su interés, incluso practican el fornicio sin amor, solo por saciarse, no les importa en absoluto nada más. Y eso es por lo que apoyo el plan de nuestra hermana: exterminar lo que conocemos como Catarsis, terminar con la corrupción de estas criaturas egoístas y sembrar una nueva generación de reencarnados, mucho más pura.

—¡Eso no es posible, morirán muchos inocentes! —exclama Trok.

—El fin justifica los medios, mi amado querubín. Vosotros, los ángeles, fuisteis los primeros que me fallasteis. Sois los seres más semejantes a los serafines, os di lo mejor de mí, una existencia placentera, sin problemas, llena de placeres, ¿y qué recibo a cambio? ¡La traición! —brama Astaroz, que comienza a brillar por la ira contenida.

Azael reprende a Trok con la mirada, pues no debía hablar, solo limitarse a salvarme y punto, pero ahora, Astaroz ha puesto su atención sobre él y entonces, a Azael no le queda más remedio que actuar, abalanzándose

sobre su hermano.

En cuanto los cuerpos de los dos serafines impactan caigo al suelo y Trok se apresura a socorrerme. Intento hacer magia para ayudar a Azael, pero no me es posible.

—Noa, toma, ve a liberar a los demás y huid de aquí cuanto antes, sin mirar atrás —Trok me pone unas llaves muy grandes y antiguas sobre una de mis manos—, ha sido un honor conocerte y servirte, espero que este maldito serafín consiga hacerte feliz, porque no mereces menos.

—¡No! ¡No te permito que te despidas de mí! —le increpo, entre lágrimas.

—Noa, antes o después debo morir, cuando acepté la misión supe que ése era mi destino: ayudarte a creer en el amor. Y lo has hecho, has logrado enamorarte, ya no me necesitas. No puedo sentirme más dichoso por haber sido testigo de tu crecimiento, ha sido un honor servirte, preciosa. No te rindas nunca, porque yo creo en ti.

—¡No! —grito, con el alma desgarrada.

Un fuerte impacto junto a nosotros, consigue asustarnos.

—¡No hay tiempo! ¡Corre! —me ordena el ángel, mientras forma entre sus manos un círculo de energía, que se va agrandando cada vez más.

—No pienso irme sin ti, lucharé y saldremos los tres vivos de aquí —exclamo, con los ojos encharcados de lágrimas.

—¡Azael! —le llama Trok con todas sus fuerzas, mientras éste lanza varios meteoritos contra su hermano —¡llévatela de aquí, yo me encargo de Astaroz!

—Tú solo no podrás con él —se niega el serafín.

—Eso ya lo veremos, le tengo una sorpresita reservada a tu querido hermano, llevo mucho tiempo esperando este momento —sonríe.

Pero, por lo visto, ni Azael ni yo estamos dispuestos a dejarle solo en su suicidio particular, por eso, el ángel nos apunta a ambos con el círculo que ha formado entre sus manos, consiguiendo que seamos absorbidos hacia una nueva dimensión, sin opción a réplica.

Capítulo 21



Vida: 600

Maná: 600

Fuerza: 600

Dinero: 200

Rango: 800

Nunca me he sentido tan triste.

E l Gran Máster siempre actúa, ya sea de manera directa, es decir, a través de alguien; o indirecta, sin que seamos conscientes de que lo hace. No

obstante, nunca permanece de brazos cruzados, suele tomar cartas en el asunto, aunque a la gente le parezca que no.

Lo malo, es que hay veces que las cartas que nos reparten no nos hacen demasiada gracia.

Ahora mismo acabamos de entrar en el Reino del Mal. Voy acompañada de Azael, que me sostiene rodeando mi cintura. No he podido dejar de llorar en ningún momento. Arcan, en cuanto le he confirmado sus peores sospechas, pues él ya había sentido disminuir sus poderes, se ha largado, nadie sabe dónde. Supongo que se habrá marchado a liberar su dolor en soledad, porque una parte de él ha muerto con Trok.

Estamos todos aquí, con nuestro ejército al completo e intacto, incluso somos muchos más que antes, ya que se han unido a nosotros muchos de los seres de Áralush, al enterarse de la injusta muerte de Trok a manos de Astaroz.

Él sabía de sobra que los seres de su Reino se pondrían del lado del pobre mártir que sacrificase su vida por amor y es una de las razones por las que lo hizo: para ayudarme, una vez más.

Medito sobre lo que sucedió en cuanto pisamos Áralush, pues resultó ser todo una quimera. Astaroz nos envolvió en su embrujo para que creyésemos cuanto quiso. Por eso, el ejército continuó su camino hacia el Reino del Mal, tranquilamente, reclutando adeptos, mientras nosotros nos enfrentábamos a las pruebas, aunque yo, en todo momento, creyese que habían caído fulminados al inframundo.

En cuanto regresamos a la sala donde Astaroz tenía encarcelados a mis amigos, gracias al portal que abrió Trok, nos apresuramos a liberar a todos,

usando las llaves que me facilitó el ángel. Él, aparte de Azael, era el único que podía ejercer su magia, pues se encontraba en su propio Reino, los demás no podíamos hacer nada, por eso utilizó el poco maná que le quedaba para crear el portal y salvarnos.

Una vez que estuvimos todos reunidos, subimos hasta la azotea del Palacio de Cristal de Áralush para poder pasar por fin al Reino del Mal, donde nos esperaba nuestro ejército. ¿Qué cómo pasaron todos los clanes por el portal? Pues ahora mismo ni me importa.

Contemplo todo a mí alrededor, con la mirada perdida y borrosa, para comprobar que el Reino del Mal es muy propio de Azael. Es oscuro y tenebroso a primera vista, aunque tiene su encanto si te fijas bien en los detalles.

Ni siquiera hemos puesto un pie sobre tierra firme, cuando miles de soldados, ataviados con enormes armaduras negras, que permanecen protegiendo la entrada al Reino, se apresuran a postrarse ante su señor, Azael, que también lleva puesta su solemne armadura. El serafín les hace una señal para que se incorporen y todos le obedecen al instante.

Uno de los guerreros que están al frente de las filas avanza hasta nosotros con paso firme, sin desviar la mirada del suelo, hasta que se sitúa delante de nosotros, manteniendo una distancia que él considera prudencial, pero suficiente como para que yo pueda afirmar que es un ser demasiado apuesto. Y con demasiado apuesto me refiero a *¡oh yeah, baby!*

Él me echa una fugaz ojeada lasciva que se apresura a disimular, pues no creo que quiera que su señor se percate de que él también me considera atractiva.

—Informe de situación, Akrom—la voz de Azael suena más temible que

de costumbre.

—Aunque hayamos tenido algunas bajas, Ahura no ha conseguido traspasar el portal, Mi Señor, el Palacio de Cristal está a salvo —informa con una voz ronca y sensual el tal Akrom.

—Puedes retirarte —le ordena el serafín.

Una vez que el soldado ha hecho una reverencia, se vuelve para reunirse con sus hombres. Azael da un paso al frente, dejándome junto a Suria para dirigirse hacia el tumulto.

—Me complace comprobar que no hay nadie del Reino del Mal entre las filas de mi hermana dispuesto a traicionarme. Habéis protegido las fronteras con vuestra vida y eso se os pagará con creces en cuanto la guerra termine.

Se escucha algún que otro grito de emoción entre los guerreros, pero Azael continúa:

—Solo quedan cinco jornadas para el gran día de la Redención. Debemos marchar todos hacia el Palacio y acudir a tiempo a la Puerta Sagrada. De camino, os encargareis de adiestrar, en la medida que os sea posible, a toda esta gente en el arte de la guerra —decreta, señalando al pobre ejército que hemos logrado reunir a lo largo de nuestra andadura—. Les dotareis de armaduras y armas. Nadie debe quedarse indefenso. Yo os estaré esperando allí.

—¿A las que llevan falda también hay que dotarlas, Mi Señor? —se burla uno de ellos con retintín.

—A las que llevan falda, más —me dirige una fulminante mirada—, son las más peligrosas.

Yo le sonrío de manera leve, estoy destrozada y no soy capaz de reír

ahora.

—¡A la orden, Mi Señor! —grita Akrom, levantando su espada. A lo que responden todos los demás imitándole.

—¡Noa, uno de los búhos ha muerto! —exclama Cedrik.

Yo observo, horrorizada, cómo sus hermanos rodean el cuerpo del ave tendida sobre el suelo.

—¿¡Qué?! ¡No es posible! ¿Así, de repente? —me pregunto, mirando a Azael en busca de respuestas que no me da.

—Supongo que si Astaroz ha muerto, algún tipo de conexión debe haber con los búhos —me explica.

—¡Pero eso no es lógico, debería morir el búho que trabajaba para él! —me quejo.

—Noa, ya deberías haber descubierto que aquí no es nada tan obvio.

Permanezco en silencio, contemplando la pena de los otros dos búhos, que lloran a su hermano consternados.

—No dejan de morir inocentes por mi culpa —sollozo.

Azael, sin pedirme permiso, me coge y levanta el vuelo conmigo entre sus brazos.

—Suria, que Arcan os lleve a mi casa —le ordena Azael a la ardilla. Ella asiente.

Mientras sobrevolamos el Reino, ninguno de los dos dice nada, tan solo me dedico a abrazar fuerte su cuerpo y él el mío.

Cuando se dispone a aterrizar, miro hacia abajo para comprobar que no estamos en el Palacio de Cristal.

—¿Dónde vamos? —le pregunto, soñolienta.

—Quiero que veas algo antes de llegar —me avisa, entretanto, toma tierra.

Me deja con delicadeza sobre el suelo.

—¿Ya no me lanzas desde las alturas? —bromeo.

—Te has ganado a pulso que no lo haga —dice, acariciando mi espalda con uno de sus dedos.

—¡Gracias al cielo!

Me coge de la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Nos miramos y no podemos evitar besarnos, sus labios son una especie de imán para los míos. Su tacto me reconforta y me hace sentir bien.

Mientras caminamos, sin prisas, cae la noche. Contemplo el paisaje que nos rodea, embelesada. Un sendero de arena muy estrecho dirige nuestros pasos; a ambos lados de éste, miles de árboles altos, delgados y sin hojas, nos rodean; las raíces de los árboles forman una especie de muro infranqueable, con lo cual, no creo que sea posible desviarse del camino; todo ello, bañado por una tenue luz azulada, que dota al entorno de un aire místico y espeluznante a partes iguales. Una sutil música de violines consigue mantenerme serena.

El entorno que nos rodea es similar al de una auténtica película de terror, de hecho, si no fuese acompañada por el ser más temible del mundo, estaría ahora mismo muerta de miedo.

—¿Dónde vamos? —Mi voz retumba en la oscuridad, haciendo eco.

—Ahora lo verás.

Observo que algunas sombras se mueven a nuestro paso a ambos lados

del camino y, sin darme cuenta, aprieto cada vez más la mano de Azael.

—Me vas a cortar la circulación —bromea, haciendo así que libere un poco de tensión acumulada, pues, sin ser consciente, estaba demasiado rígida.

—Es que tengo miedo —le confieso.

—¿Ya no recuerdas que el miedo no existe, Noa?

—Pues creo que cada vez tengo más.

Él se detiene y me sujeta ambas manos con las suyas para poder mirarme de frente. Su tacto, cálido, me trae recuerdos amables, me tranquiliza de cierta manera. Estoy segura que lo hace a propósito, influye en mi estado de ánimo.

—No puedes estar diciendo eso porque cada vez eres más fuerte. Has demostrado a todos que una mujer es igual de válida que cualquier hombre, haciendo cualquier cosa. Has demostrado que no debes seguir la línea que haya trazado para ti el destino, sino que puedes luchar contra él y decidir por ti misma lo que quieres ser. Has demostrado que un corazón podrido y oscuro es capaz de volver a brillar y a latir con más fuerza que nunca. Has demostrado que no hay rival pequeño y que la fe todo lo puede, la fe en uno mismo, mi amor, y por eso no te permito que tengas miedo, porque el miedo en ti no tiene cabida, porque tú eres el ser más poderoso que ha existido jamás y nadie podrá nunca derribarte.

Las lágrimas asoman a mis ojos, haciendo aflorar mi extrema emoción con ellas.

—Azael, yo no soy todo eso. Yo solo soy una mujer a la que habéis hecho fuerte porque habéis creído en mí, porque me habéis enseñado a serlo, nada más.

—Me entristece que pienses así —sus ojos parecen abatidos —porque

significa que todo lo que has ido aprendiendo a lo largo del viaje, no te ha servido de nada. Estoy harto de tus dudas.

Me suelta y continúa el camino, enojado.

—¡Azael! —le llamo, pero no me hace caso.

Un sonido a mi derecha consigue que salga disparada hacia adelante para alcanzarle. Una vez que estoy a su altura, sujeto su muñeca con fuerza y se detiene.

—El miedo que tengo es a perderte —le revelo.

Él suaviza su semblante ante mi sincera declaración.

—No vas a perderme. Nunca.

—La pérdida de Trok me ha afectado mucho, no creo que pueda superarlo tan fácilmente —le confieso.

—Noa, ya sabes que todos debemos morir para que tú aprendas, ese era el trato.

—¡Pero no quiero perderos!

Él se planta delante de mí y posa una de sus manos sobre mi corazón, mirándome a los ojos con ternura.

—No has perdido a Trok, está aquí dentro y siempre lo estará. Él te ha entregado uno de los dones más importantes que puede darnos la vida: amar al prójimo. Se ha sacrificado por nuestro amor, porque tú, por fin, has aceptado que me amas y a partir de ahora, no necesitarás más a nadie que te guíe en este aspecto, pues tú solita podrás afrontar cualquier dificultad. Deja de pensar que nos perderás, Noa, porque nunca jamás nos tendrás tan cerca.

Le miro con los ojos anegados en lágrimas, pero dándole la razón y

asumiendo que, tarde o temprano, todos morimos.

—Vamos —me coge la mano de nuevo para continuar el camino —ya casi hemos llegado.

De pronto, nos encontramos delante de un gran cementerio y mi alma se encoge.

—¿Qué es esto? —le pregunto, asustada.

—Este es mi Reino, para lo que me destinó el Gran Máster —me informa, parece apenado.

—¿El Reino del Mal es un cementerio?

Observo las innumerables sepulturas de piedra que hay frente a mí, en el suelo, son muy parecidas a las de mi mundo, a lo mejor un poco más altas y retorcidas que allí.

—Algo así, las tumbas son meros depósitos donde las almas aguardan a que les llegue su turno —me explica.

—¿El turno para qué?

No sé, podrían llevarles a una sala de espera, o algo menos tétrico que enterrarlos bajo tierra, digo yo.

—Al morir, las almas de todos los seres se dirigen a entrevistarse con El Gran Máster. Una vez que Él escucha su versión de los hechos, decide su destino y pasan a morar en mi Reino o en el de mi hermana. Por esta razón, aquí está lo mejorcito de Catarsis, como podrás imaginar.

Camina entre las tumbas y yo le sigo, intentando por todos los medios no pisar ninguna, pues de ser así, podría morir en el acto de un infarto.

—¿Para qué necesitas, entonces, a los ejércitos? —pregunto intrigada.

—Para que las almas que no escapen hacia el Reino del Bien.

—¿Las al-mas es-ca-pan? —tartamudeo, acojonadita.

—La mayoría no, sobre todo las que están enterradas, porque saben lo que les espera si lo intentan, pero las otras sí.

—¿Por qué? —Quiero saber.

—Se niegan a estar muertas. Ni siquiera se dan cuenta de que ya no tienen cuerpo físico y de que son espíritus etéreos. Creen que allí podrán vivir en paz y armonía para siempre.

—¿Y dónde están esas almas que andan sueltas por ahí? —inquiero con la voz temblorosa, mirando hacia todas partes.

Quiero salir corriendo de aquí.

—Ya lo descubrirás más tarde.

Llegamos hasta una sepultura muy bonita de mármol negro, se trata de la escultura de una mujer con un ángel pequeñito en brazos. Azael se arrodilla junto a ella, besando al pequeño ángel al hacerlo.

No tardo en descubrir que se trata de Khorleen y su hijo.

—No lo entiendo, ¿por qué están aquí? Ellos no eran malos.

Azael no me contesta. Me arrodillo a su lado y tomo su rostro entre mis manos, comprobando que tiene los ojos llorosos.

—Eh, ven aquí, grandullón —lo atraigo hacia mí, acunándolo entre mis brazos, como a un niño pequeño y por primera vez, me permite que lo haga.

Pasado un rato, recobra la compostura, enjugándose las lágrimas con sus dedos. Me mira fijamente para tomarme con fuerza y sentarme sobre él, con mis piernas rodeando su cintura.

—Las almas que vienen aquí es porque merecen un castigo por haber hecho algo mal en su existencia, eso no implica que sean malas. De los cuatro Reinos Bajos es de donde suelen proceder la mayoría de mis almas, pues allí es más fácil cometer errores, ya que son seres muy básicos. De los tres Reinos Medios llegan menos, pero también llegan. Y de los dos Reinos Supremos casi no hay nadie, pues ellos suelen ir directos al Reino del Bien.

—Hasta reunirse con El Gran Máster —musito y él asiente.

—Todas estas almas tienen la oportunidad de redimir sus pecados, siempre que superen los errores cometidos en su existencia. Para eso vienen aquí. Yo les impongo las pruebas que deben superar. Una vez culminado su aprendizaje, son enviados al Reino del Bien, donde tienen la última oportunidad para encontrar a su alma gemela. De lo contrario, Ahura selecciona a sus candidatos perfectos para proponer al Gran Máster su reencarnación y volver a intentarlo.

No doy crédito, pero aun así, él continúa con su explicación.

—¿Se reencarnan en lo mismo? —pregunto fascinada.

—No. Los reencarnados suelen volver sin ser conscientes de que lo son, pero con un alma más pura que antes, por lo que no suelen cometer los mismos fallos y por eso pasan a una vida en un Reino superior, con una forma distinta que la anterior.

—O sea, ¿que todos nacen en Nhacúm y cuando mueren renacen en Orgrom, después en Clasir y así sucesivamente? —pregunto ojiplática.

Él asiente, orgulloso de que más o menos lo entienda.

—Por eso cada Reino tiene sus propias criaturas y un serafín que las controla, así resulta más fácil distinguirlos.

—A excepción de Suria y Cedrik —añado. No sé por qué, pero se me han venido a la cabeza.

—Tus queridos amigos lo van a tener muy crudo para reencarnarse y mucho peor para poder optar a la gracia del Gran Máster y que los convierta en almas puras.

—Yo intercederé por ellos.

—Las cosas no funcionan así, Noa. Debe pasar mucho tiempo antes...

—Tampoco nosotros somos del mismo mundo ni de la misma especie —le interrumpo —y aquí estamos, ¿no? Nos enamoramos de la esencia de cada ser, de su espíritu, de su alma y no del entorno que le rodea ni de su forma física.

—Puede que tengas razón y por eso te he traído aquí.

—¿Por qué?

—Las almas que van al Reino del Bien son las que han pasado ya por todos los Reinos, cumpliendo su destino, pero que, aún así, no han encontrado su otra mitad. Por eso no pueden ascender como almas puras hasta la vida eterna y se ven obligados a vagar por el Reino del Bien hasta que la encuentran, o hasta que Ahura pierde la paciencia y los manda a reencarnarse.

—¿Y si no la encontrasen allí tampoco?

—Regresarían y vuelta a empezar —señala la tumba de su hijo y su mujer.

—Pero Khorleen estaba en La Tierra y tu hijo nació directamente en Áralush —no lo entiendo.

—Al ser el hijo de un serafín nació en el Reino del Amor, pues no era un

ser tan básico como para nacer en Nhadúm, ni tan superior como para nacer en un Reino Supremo, él nació siendo casi un alma pura.

—¿Y por qué no lo era?

—Digamos que nació de un engaño.

—¿De quién? ¿Qué engaño?

—Por parte de Khorleen, ella conocía los efectos de Áralush, por eso me llevó allí a vivir.

—¿Quiso tener un hijo tuyo para aferrarte a ella? Supuso que viviendo allí, tarde o temprano caerías en la tentación —conjeturo.

Él asiente y añade:

—Por eso mi hijo no era un alma pura, él nació fruto de un artificio en mi contra y no del amor.

—Ya no me parece tan buena la tal Khorleen esta —musito.

—Khorleen fue reencarnada en la Tierra porque no fue capaz de encontrar el amor durante demasiadas existencias, pasó por muchas vidas recorriendo Catarsis. Cuando regresó, creyó a ciegas que yo era ese amor que la completaría, pero yo estaba seguro de que no era así, entre otras cosas porque nunca supo quién era yo en realidad.

¿Entonces fue por eso por lo que la dejó morir? A pesar de sacrificar a su primer y único hijo. ¿Una vez más, el fin justifica los medios?

—Un momento, ¿entonces, por qué ibas a visitarla en la Tierra? Porque, en cierto modo, fuiste tú quien la corrompió.

—No era la única con quien lo hacía —sonríe de manera pervertida.

Nos miramos unos instantes, creo que sabe lo que estoy pensando, pero

decide cambiar de tema.

—Nos reencarnamos en varios mundos. A Catarsis vienen criaturas procedentes de diversas galaxias, como tú por ejemplo. Yo puedo ir allí sin ser visto —me cuenta—, pero solo entro en los sueños.

—O sea, que el fin es encontrar el amor verdadero para estar completos y así poder existir eternamente como almas puras, pero tú te dedicas a visitar mujeres y ponerlas cachondas por las noches —exclamo, ¡no puedo con los celos!

—Estaba aburrido —se excusa.

—¡Oh, eres idiota! —Niego con la cabeza, enojadísima.

—Noa, ¿tú serías capaz de pasar una eternidad aquí metida sin hacer nada?

Le miro y comprendo su situación, pero sigo estando celosa.

—¿No me comentaste que estabas siempre muy ocupado, purgando almas pecadoras?

—Y lo estaba. Tengo que imponer una pena a cada ser y cerciorarme de que la cumple, de no ser así, nunca se redimiría.

—¿Y luego dices que no eres malo? Ya me imagino yo los castigos que impones —señalo con mofa.

—¿Una madre es mala por castigar a su hijo? —pregunta muy serio.

—Supongo que no. —Me encojo de hombros.

—Hay ciertas cosas que deben hacerse para que el otro progrese, por mucho que duelan. Ese es mi deber.

—A ti no te duele, disfrutas con ello, eres un sádico, todos lo aseguraron

en aquel poblado —ataco.

—No voy a negar la evidencia, he tenido épocas muy malas —confiesa —, pero todo cambió desde que te vi.

—¿A mí?

Asiente una vez más.

—Solo tú consigues que quiera ser mejor —confiesa.

—¿Por eso aseguráis que yo soy un alma pura?

—Algunas veces, un alma nace pura, sin necesidad de reencarnaciones ni de encontrar ninguna pareja. Tiene el don de decidir por sí misma si quiere completar o no a otro ser, pues ella misma ya está completa.

—¿Y si no quiere completar a nadie, se queda sola?

—Un alma pura, formada por uno, por dos o por varios elementos, sigue siendo una. Cuando el Gran Máster les concede una vida eterna, se transforman en un ente individual, es decir, que dejan de ser varios. Tú ya eres un ser perfecto, no necesitas que nadie te complemente, por eso desprendes esa magia y esa seguridad, aunque ni tú misma seas consciente de ello. El hecho de que un alma pura decida perfeccionar o no a otro ser, es un acto de generosidad en sí mismo.

—¿Y qué ocurriría con esa otra alma que no es elegida? —pregunto.

—Esa alma repudiada vagaría eternamente sin pareja, siendo un triste despojo que jamás llegaría al cielo.

Se hace un silencio.

Azael no me ha contado esta historia hasta que no ha estado completamente seguro de que lo amo, por eso le admiro más todavía, no ha

querido influir en mis sentimientos ni en mis decisiones de ninguna manera, incluso ha intentado alejarme de él, arriesgándose con ello a ser un alma en pena eternamente, pues me conoce y sabe que mi espíritu caritativo no me permitiría que así fuese y entonces ninguno sabría nunca si lo hice por pena o por amor.

—¿Tú sabes cuándo un alma es pura o no? —le pregunto finalmente.

—Así es.

O sea, que me ha engañado todo este tiempo, haciéndome creer que no lo sabía. Muy bien, me siento como una tonta que no se entera de nada.

La sola idea de que haya tantísimas y tantísimas existencias y reencarnaciones me produce escalofríos, aunque, teniendo en cuenta el complejo concepto de eternidad, tampoco es que me parezca excesivo. Lo que me resulta extraño es que se base todo, única y exclusivamente, en conseguir encontrar una pareja. Aunque, si lo pensamos bien, en el fondo todo se reduce a eso, al amor.

Nuestra existencia en la Tierra sin amor no es nada. Ya sea el amor por los padres, por los amigos, por los hijos, por la pareja, pero al fin y al cabo, el amor. Un mundo sin amor no tiene sentido. Por eso, creo que no solo se refiere a encontrar a una pareja como tal, sino a encontrar a tu amor verdadero, ya sea en forma de hijo, o de madre; de amante o de abuela.

Y de pronto, lo entiendo todo.

Mis ojos impactan con los suyos como si, de repente, lo acabase de ver por primera vez.

—¡Me estás mintiendo! No visitabas a todas esas mujeres porque sí. ¡Me estabas buscando!

Él asiente orgulloso, pero algo avergonzado por haberle pillado.

—Me has estado esperando todo este tiempo, sabiendo quién era desde el principio —susurro.

—Sí, mi amor —sentencia con una voz ronca.

—No sabías si iba a aceptarte o a pasar de ti —añado.

—No las tenía todas conmigo.

—¡Oh, Azael! —suspiro, enamorada.

Entonces comprendo que Khorleen solo fue un error por el que tuvo que pagar un precio demasiado alto. Aunque él es un caballero y nunca la describiría así.

Me abrazo a su fuerte cuello con ambos brazos y le beso con todas las ganas retenidas en todas mis existencias. Porque al fin nos hemos encontrado y podremos estar juntos para siempre, pase lo que pase. Es como si ahora viese mi vida desde una perspectiva nueva, llena de esperanzas y promesas. Como si, al fin, hubiese encontrado algo que llevase toda la vida buscando, eso que me faltaba y no me permitía ser feliz, eso que me hacía sentirme siempre sola, aunque estuviese rodeada de gente.

Él me contempla con cara de bobo, me vuelve loca cuando lo hace, no puede evitar suspirar por mí y parece que algo tan sencillo es lo que me da la vida.

Ya no tengo miedo a nada.

—Noa, debemos darnos prisa, pronto se hará de día.

—Si acaba de caer la noche.

Quiero quedarme aquí con él para siempre, no me apetece marcharme a

ningún otro sitio.

—Tardaremos bastante en lo que debemos hacer, no disponemos de tiempo —me explica.

La cara que pone de gran pesar consigue que me entren ganas de animarlo.

—¡Venga, cuéntame! Sabes que soy demasiado curiosa ¿qué vamos a hacer?

Se levanta y me tiende la mano para que haga lo mismo, situándome junto a él.

—Los seres que todavía yacen bajo tierra deben esperar mucho tiempo antes de disponer de su nueva oportunidad. Pero ahora no contamos con ese tiempo, los necesitamos para la guerra ya —indica.

—¡¿En serio?! ¿Quieres...

—Sacarlos de sus tumbas —me interrumpe.

Nos miramos fijamente, leyendo uno en los ojos del otro cosas completamente diferentes.

—¿Muertos vivientes? ¿Zombis! ¿No necesitarías el permiso del Gran Máster para eso? ¡Se nos va a caer el pelo!

Él sonrío con picardía.

Acabo de afirmar que ya nada me da miedo, pero esto es pasar a otro nivel.

—Soy el Señor del Reino del Mal, Noa, todo cuanto ocurre dentro de estas fronteras lo decido yo. Después, ya daré cuentas a Mi Señor, pero de momento, tengo que ordenarles que despierten y convencerles para que luchen

con nosotros.

Se me escapa una risilla nerviosa debido al cague que se ha apoderado de mí.

—¿Y cómo piensas conseguirlo?

—Gracias a ti.

—¿¡A mí?!

¡Ya empezamos!

—Los arcanos son almas gemelas que ya se reencontraron en una vida anterior, pero en el último momento decidieron seguir existiendo en Catarsis en vez de descansar para siempre como almas puras. A pesar de haber encontrado a su mitad, apostaron que volverían a descubrirse una vez más — me cuenta.

—¡Qué romántico!

Azael pone los ojos en blanco, ahogando una sonrisa de complicidad.

—Digamos que El Gran Máster también se enterneció ante semejante tontería y les concedió un premio por creer tan ciegamente en su amor: los repartió de dos en dos por los nueve Reinos siendo de la misma especie.

—Pero si solo son ellos la única especie en cada Reino... Es blanco y en botella ¿no? Se van a reencontrar sí o sí.

—Ellos mismos desconocen su propia existencia. Además, recuerda que toman diversas formas y por eso no se reconocen uno al otro. Solo sabemos su secreto Ahura y yo, pues de correrse las voces, el universo estaría lleno de arcanos — me explica.

—Pero si ellos desconocen su existencia ¿cómo van a reencontrarse? —

pregunto, nerviosa.

—Nadie conoce la existencia de su alma gemela, sin embargo, nos encontramos —afirma.

—Hombre, viéndolo así, supongo que al ser solo dos, tienen más probabilidades de encontrar su alma gemela que entre los millones de habitantes de todo Catarsis.

—Todavía no conozco a ninguno que se haya reunido con su mitad, aunque tengo mis sospechas de que los dos que moran en nuestro interior podrían pertenecer el uno al otro.

—¿¡En serio!?

—Al morir, uno decidió vivir en mí para siempre y el otro en ti, apostando con ello a que tú y yo terminaríamos juntos. Por lo tanto, de ser esto cierto, seríamos seres completos dobles —me cuenta, emocionado.

—¿Dos almas puras en una?

—Noa.

Mi cara de besugo viendo un libro en blanco, deshace su emoción de un plumazo.

—¿¡Qué?! —inquiero.

Tengo la misma sensación que la primera vez que vi *Star Wars*, no me entero de nada.

—Noa, presta atención.

—Si lo intento, no te creas que no, pero es que no es tan sencillo, —me excuso —no entiendo por qué este hecho debe alegrarme tanto.

Tampoco comprendo qué leches tiene que ver todo esto con los zombis.

—Te lo voy a resumir: debemos aunar la fuerza de los cuatro para levantar a los muertos de sus tumbas.

—¿¡¡A todos!!? ¡Oh, no, no, no, de ninguna manera, Khorleen me matará en cuanto salga de ahí!

Me imagino una muerta viviente llena de tierra, con pelos de loca y los ojos rojos de ira, intentando estrangularme y, mientras, yo huyendo despavorida por todo el cementerio. Paso.

Él deja escapar una gran carcajada.

—Solo se alzarán los que lleven más de diez mil lustros muertos. Khorleen murió hace mucho menos.

Me pongo a echar cuentas con los dedos de cuánto es un lustro y me pierdo.

—Azael, ¿estás seguro de esto? No te veo demasiado convencido. Creo que ya contamos con un ejército demasiado numeroso, no creo que Ahura tenga ni la mitad de guerreros que nosotros.

Él mira a nuestro alrededor, parece tranquilo, pero no lo está. Hay varias sombras que nos siguen desde que salimos y a mí no se me calma el corazón, estoy en alerta máxima.

—Noa, si lo conseguimos tus poderes se igualarán a los míos —susurra en un tono de voz casi imperceptible—, ya no necesitarás medidores ni recargar los niveles, porque serán infinitos. Estarás a la altura de cualquier serafín, incluso de mi propia hermana.

Ahora lo entiendo, eso es lo que pretendía en realidad y no aumentar el ejército.

—Quieres asegurarte que no me ocurra nada —farfullo.

—Siempre.

—Pues solo lo haré con una condición.

—¿Cuál? —Me observa, sorprendido porque le ponga condiciones.

—Que me jures lo mismo tú a mí, que no te ocurrirá nada.

No soportaría perderle.

—No puedo jurar tal cosa, mi misión es protegerte y si he de dar la vida por ello, lo haré sin dudarlo —se queja.

—Pues entonces no hay trato, aquí se quedan tus muertos, bien enterraditos.

Levanto el vuelo con todas mis fuerzas y me largo lo más lejos posible de él.

Capítulo 22



Vida: 600

Maná: 600

Fuerza: 600

Dinero: 250

Rango: 800

Siempre igual, no cambia.

—¡¡¡N oa!!!

Llevo un buen rato escuchándole llamarme como un desquiciado, sabe que estoy cerca, pero no dónde exactamente, pues me he escondido en una cueva oscura difícil de encontrar. En un principio, me quedé sentada en la entrada de la gruta, pero una pequeña luz azulada titilaba en el interior y, por

más que traté de resistirme a mirarla, terminé cayendo en la tentación de seguirla.

Poco a poco, la curiosidad consiguió que fuese entrando por los diversos pasillos que había en el interior, persiguiendo la lucecilla, hasta que terminé en un claro en medio del bosque, donde me encuentro ahora mismo. Busco por todas partes, pero no encuentro la luz que me ha guiado hasta aquí. Solo veo que estoy sobre un barrizal que hace que mis pies se llenen de lodo hasta los tobillos.

Levanto mis alas para salir del lodazal, pero una fuerza descomunal me lo impide. Me giro para comprobar qué ocurre y descubro a mi espalda al gran serafín oscuro, taladrándome con sus ojos ambarinos.

—Sabes que no me gusta que huyas de mí —gruñe, enojado.

—Y tú sabes que odio que me tomes por tonta —continúo forcejeando para que me libere, pero no hay manera.

—No sé en qué estaría pensando El Gran Máster cuando nos emparejó —no retira su brillante mirada de mí.

—¡Estaría borracho!

Él no dice nada, solo avanza sin dejar de mirarme.

—Cada vez que te enfrentas a mí consigues enojarme para todo el día, pero enseguida se me pasa, porque no soy capaz de estar enfadado contigo. Odio ese sentimiento que me provocas, yo no soy así. ¡Odio no poder estar cabreado! —ruge.

—¡Ah, no, desde luego que no me vas a vender esa moto! No eres un pobrecito enamorado que sufre por amor, eres un ser egocéntrico que pretende que todos besemos sus pies y nos deshagamos en alabanzas hacia su persona.

—No me provoques.

—Perdone, Mi Señor —pongo una vocecilla de arrepentimiento total para añadir gritando—: ¡Pero váyase usted a la mierda! Le recuerdo que no le necesito para nada.

Lo lleva claro si cree que así va a convencerme para que desentierre a ningún muerto. Además, es él quien me necesita a mí para poder ser un alma pura, que no se ande con chorradas, que le dejo tirado y me largo, aunque esto no me lo crea ni yo.

Suelta un rugido feroz, en plan animal sanguinario, que consigue estremecer cada parte de mi ser. Y de un solo paso se planta delante de mí. Levanta sus enormes alas negras y me sujeta el mentón entre sus dos descomunales manos para que le mire a los ojos.

—¡Podría matarte con solo mover un dedo! —amenaza muy serio.

—No serías capaz —sonríó con malicia.

—No estés tan segura, me ahorraría muchos disgustos.

—Y te ahorrarías también los días más felices de tu vida, porque me quieres.

—¡Y me odio por ello!

Siempre me han gustado los chicos malos y ahora mismo el ser que tengo delante amenaza con ser muy, muy malo. Esa barba tupida y esos ojos luminiscentes con los que me devora sin piedad, claman venganza, haciéndome sentir diminuta e inmensa a la vez. La idea de tener el poder de destruirlo con solo chascar un dedo me hace estremecer. Podría hacer lo que quisiera con él y no me lo impediría.

Me desnudo con la mente, así de sencillo. Él me contempla muy

sorprendido, con sus pupilas negras de lascivia.

Levanto una pierna, acariciando su piel al hacerlo, sin romper el contacto visual, hasta que la poso sobre su cadera. Se niega a responder, está enfadado, pero sé que será mío. Lo deseo y él a mí.

De pronto, le desnudo a él también con la mente. No sé quién se asombra más de los dos por este logro, pero ambos lo disimulamos, actuando como si lo que acabase de hacer fuese lo más natural del mundo, porque el deseo que nos abrasa no nos permite romper a reír en estos precisos momentos.

Los acordes de una guitarra de sobra conocidos comienzan a resonar en mis oídos, se trata, nada más y nada menos, que de *Promises*, de Megadeth. Yo le miro, levantando una ceja, sorprendida.

—Me encanta esta canción —confiesa en un ligero ronroneo tosco—, porque habla sobre nosotros.

Cierro los ojos para deleitarme con la melodía.

—Nos ha sido prohibido disfrutar de nuestro amor en esta vida, Noa, pero te juro que te buscaré hasta mi último aliento para poder amarte como mereces en la siguiente. Te prometo que lograré hacerte feliz, mi amor —su voz está cargada de un pesar que ni yo logro entender.

Pasa su manaza por mi nuca con determinación, enredando sus dedos entre los mechones de mi pelo para atraerme hacia sí. Poso mi frente sobre su pecho, dejándome vencer, cerrando con más fuerza los ojos para retener las lágrimas que se niegan a quedarse quietecitas. Él me abraza con fuerza, momento que aprovecho para levantar mi otra pierna y enroscar ambas alrededor de su cintura. Me acoge en su regazo como si fuese un bebé, mirándome, obnubilado.

—Pensaba que podría alejarme de ti, Noa. Creí que si teníamos que despedirnos, si iba a perderte para siempre, me resultaría mucho más fácil poner en mi corazón una barrera, un muro de hielo que encerrase mis sentimientos. Pero eso me mata. Te necesito más de lo que imaginaba y he descubierto que quiero luchar por tu amor y que volveré a encontrarte una y mil veces más, donde quiera que estés. Nada ni nadie podrá con nosotros, te lo prometo.

—Azael, te amo, te amo tanto que me duele —sollozo contra sus labios—, no sé si soy un alma pura o impura; no sé cuándo voy a volver a mi mundo, ni si lo haré; no sé si esto es un sueño, o si es real. Lo único que sé a ciencia cierta es que no quiero que te ocurra nada malo, porque no podría vivir sin ti.

Él endurece su semblante, acoge mi rostro entre una de sus manos porque con la otra me sostiene contra su cuerpo.

—No vuelvas a decir tal cosa —me ordena furioso— te he enseñado a ser fuerte y valiente, en este mundo y en todos los demás, Noa, debes vivir y quiero que me prometas, aquí y ahora, que me esperarás.

No puedo retener más mis lágrimas y él me besa, con fuerza, con ímpetu, con hambre, con sed, con desesperación, sin medida. Intento apaciguar mi dolor entre sus labios, pero me resulta imposible, porque nuestra inminente separación ya es algo tangible y porque nunca imaginé que se pudiese amar con tanta fuerza ni que el amor fuese capaz de desgarrar mi ser con tal violencia. Mientras, el estribillo de la canción que Azael me ha dedicado resuena con fuerza en mis oídos «te veré en la otra vida, donde podamos estar juntos, hasta entonces esperaré en el infierno, te lo prometo» y qué razón tiene la melodía, son solo eso, promesas.

—Yo también te lo prometo, Azael, te esperaré. Siempre —le aseguro,

esta vez convencida de que algo tan inmenso y puro como lo que sentimos el uno por el otro es imposible que muera.

Él cierra los ojos para asimilar mis palabras, traga saliva con dificultad y abre los ojos de golpe, para mirarme como nunca antes lo había hecho: lleno de dicha, de júbilo y lleno de algo que acaba de nacer en su interior, que todavía no comprendo muy bien de qué se trata, pero que sabe a despedida. Levanta la mano para acariciarme la mejilla con dulzura, una dulzura que se refleja en su mirada, porque por fin entiende lo difícil que es todo esto para mí.

Y, de pronto, entiendo a los arcanos. Seres que sienten un amor tan fuerte que son capaces de poner en juego su propia salvación, una eternidad convertidos en almas puras, con tal de volver a encontrar a su pareja. Una digna apuesta al corazón que encierra la esperanza más sincera y arriesgada de sus vidas. ¡Qué romántico!

—¿Y si encuentras a otra en ese tiempo? —le pregunto, bajándome de su regazo.

—Nadie. Jamás. Nunca existirá otra —afirma.

Rodea mi cadera con sus dedos, clavándolos con fuerza para atraerme hacia sí y a la vez estamparme con fuerza contra un árbol que tengo a mi espalda. Se abalanza sobre mí, embargado por el deseo, su boca busca la mía con desesperación, impaciente, me sujeta la mandíbula entre una de sus manos para saborear mis labios y de pronto se detiene.

—Jamás podría sentir algo así por nadie más, ¿no lo ves? Toda mi vida he estado muerto sin ti.

Ha enloquecido. Ha perdido el control y me arrastra a mí con él. Desliza una mano por el interior de mis muslos, provocando una ardiente sensación de

placer. Sus labios abandonan mi boca para pasar a morder mi cuello con un hambre como si fuese a devorarme. Sus ansias provocan en mí jadeos irrefrenables.

Abre mis piernas con una de las tuyas y aplasta mi cuerpo con el tuyo para que sienta su gran deseo alzarse lujurioso buscando refugio. Sus labios no tardan en aprisionar mis pezones, que succiona con una intensidad desmedida, encendiendo mi piel sin piedad, mientras, yo clavo mis uñas en su terso trasero para atraerlo hacia mí y que me penetre de una maldita vez. Levanta una de mis piernas y obedece mis requerimientos con un fuerte empujón que consigue hacerme gritar.

Al sentir su vasto miembro en mi interior me siento plena y llena de dicha, envuelta en miles de brasas ardientes. No tardo en acompañar su ritmo con mis caderas, consiguiendo que Azael suelte un gruñido de placer por mi ferviente entrega.

—Te deseo tanto que pierdo la cabeza —gruñe entre nuestros jadeos.

No tarda en hacer acto de presencia el orgasmo más intenso que haya tenido nunca, por Dios, si hasta creo que voy a partirme en dos por las fuertes convulsiones que me invaden. Él también se deja vencer junto a mí. Vibrando juntos nos dejamos caer al suelo, resbalando por el tronco del inmenso árbol que ha sido testigo de nuestro amor, un amor con fecha de caducidad.

Yo me acurruco en su pecho, entre sus poderosos brazos, escuchando el enérgico latido de su corazón, mientras recobramos el aliento. Acaricia mi espalda con la punta de sus dedos y casi me quedo dormida.

—Azael —musito soñolienta.

—Mmm —ronronea, introduciendo su nariz entre mi cabello, inspirando profundamente su aroma, como si quisiera recordarlo por siempre.

—¿Tú no tienes miedo?

—Nunca he tenido miedo a la muerte ni a la guerra. A nada. —Hace una pausa—. Pero ahora me da pánico pensar en lo que te pueda ocurrir. Te confieso que estoy aterrado por perderte, Noa, aunque sé que eso ya es un hecho.

No digo nada más, porque poco más se puede añadir.

Capítulo 23



Vida: Infinita.

Maná: Infinita.

Fuerza: Infinita.

Dinero: Infinito.

Rango: Infinito.

Cada uno tiene su propio infierno.

La música, demasiado tenebrosa para mi gusto, que resuena en el ambiente consigue erizarme el vello.

Una fuerte excitación sube desde mis pies hasta mi cabeza, pasando por

la columna vertebral y erizando cada vello de mi piel. Trago saliva e intento no pestañear, pues miles de cuerpos translúcidos permanecen en pie frente a mí, observándome confusos.

—¿Por qué me miran a mí y no a ti? —susurro sin mover ni un ápice de mi cuerpo, como si fuese ventrílocua profesional.

—A mí ya me conocen —me responde Azael.

Todavía es de noche, pero debe quedar muy poco para que se haga de día, pues llevamos un buen rato invocando a todos los espíritus habidos y por haber en el Grimorio. No hemos descansado hasta que hemos conseguido que la tierra de los sepulcros comenzase a moverse bajo nuestros pies para que todos esos seres saliesen de sus nichos, escena que protagonizará las pesadillas del resto de mi vida.

Estoy exhausta.

—Queridos habitantes del Reino del Mal —la repentina y estruendosa voz del serafín a mi lado, consigue que dé un brinco por el susto, sacándome, por fin, del estado de shock en el que me hallaba sumida—, os he invocado, interrumpiendo vuestro descanso, para pedir os ayuda.

Ninguno añade nada, siguen mirándome a mí y me entran ganas de informarles de que no soy yo la que les habla, sino el mastodonte que tengo a mi lado. Miles de escalofríos recorren mi cuerpo, tengo el vello erizado.

—¡Ella es La Elegida, matadla ahora que podéis! —exclama una voz espectral a mi espalda, haciendo que me cubra la cabeza con ambas manos para protegerme.

Azael me cobija con su cuerpo, a la vez que lanza un rayo que destruye lo que quiera que tuviese a mi espalda.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto aterrorizada, respirando con demasiada agitación.

—Una de esas almas que no están enterradas, pero no tengas miedo, ya lo está.

—¿¡Que no tenga miedo?!

Azael me separa de su cuerpo con dulzura, pero opongo resistencia a alejarme de él, porque ahora mismo tengo las piernas como flanes.

—¿Qué quiere que hagamos, Mi Señor? —preguntan los espíritus que tenemos delante, en un tenue susurro que retumba en mis oídos.

—Vengo a proponeros un trato: vuestra libertad a cambio de vuestra ayuda en una batalla contra mi hermana, Ahura.

«Ale, sin vaselina ni nada, si es que no tiene tacto» pienso.

Los incontables espíritus se han muerto de miedo, valga la redundancia, con tan solo escuchar el nombre de la serafina. Si a eso le añadimos la advertencia que les acaba de hacer el alma satánica que ha aparecido de la nada, la conclusión es que no están muy por la labor de ayudarnos.

—No vamos a luchar contra la única que puede salvarnos —alega uno de ellos.

—Ella no va a salvaros, quiere matar al Gran Máster para hacerse con el poder de Catarsis, no le importa vuestra salvación lo más mínimo.

—No te creemos —dice otro.

Veo que Azael aprieta los puños a ambos lados de su costado.

—¡No tenéis más opciones, malditos desgraciados! O me ayudáis, o juro que os pudriréis bajo tierra para toda la eternidad —brama con voz de

demonio enfurecido.

Los espíritus comienzan a revolverse, nerviosos, no saben cómo actuar. Me pongo en su situación, pensando sobre todas las cosas que me ha contado Azael de ellos y viceversa, pues a ellos también les habrán contado cosas horrendas sobre el serafín, así que creo que acabo de hallar la solución o al menos voy a intentarlo.

Doy un paso al frente, intentando que no descubran mi inseguridad. Todos posan sus ojos sobre mí.

—¡No tengáis miedo! —exclamo hacia la multitud—. Azael no es malo, no pretende haceros daño, solo quiere concederos la oportunidad de encontrar vuestra alma gemela, como hemos hecho nosotros.

Miro al serafín con dulzura, pero él está demasiado enojado para devolverme el gesto.

«No me ayudas nada» me quejo para mis adentros.

—Cada uno de vosotros era un ser magnífico en su anterior vida, pero, por alguna razón, fracasó en su destino y tuvo que venir aquí a purgar sus faltas, lo cual no implica que no vuelva a tener una vida maravillosa cuando se reencarne, pues de eso se trata, precisamente. Azael os está ofreciendo el perdón, gratuitamente, sin necesidad de pasar por todo el sufrimiento que este conlleva.

—El Señor del Mal nunca nos ofrecería tal cosa. Esa batalla está más que perdida. La cuestión es ¿para qué nos necesita? —apunta otro de los espíritus.

—¡Yo no os necesito para nada! Sentía lástima por dejaros abandonados bajo tierra mientras nosotros luchamos, eso es todo —insiste altivo.

Ya está metiendo la pata con su mal genio, si les acabamos de decir que necesitamos su ayuda ¿para qué diablos dice ahora que no? ¡Yo lo mato!

—¿Lástima? ¡Un ser como vos, jamás albergaría un sentimiento tan altruista como ese! —grita otro.

Azael levanta un dedo y lo fulmina en el acto, provocando que el tumulto retroceda despavorido para alejarse de nosotros.

—Vosotros lo habéis querido, ¡volved bajo tierra de inmediato, ingratos!
—brama.

—¡No! —Me abalanzo sobre él para detenerlo.

—¿Qué haces? ¿No ves que no van a ayudarnos? —me reprocha enojado.

—¡Eres un bruto! Así no conseguirás nada —le advierto.

Él, seguramente tenga ganas de estrangularme, pero se aguanta, maldiciendo entre dientes en otro idioma. Me vuelvo, para estar de frente a los espíritus y decirles:

—Quiero que seáis testigos de un hecho que nadie ha presenciado antes: el reencuentro por segunda vez de dos almas gemelas. Con ello os convenceré de la dicha que os espera si seguís por el camino correcto y de que este serafín no es tan malo como parece.

Cierro los ojos con fuerza para invocar al arcano que se introdujo en mi interior, ese que mató a Azael delante de mis narices. Lo veo con gran claridad, en una imagen muy nítida en mi mente. Para mi sorpresa, no me cuesta nada visualizarlo, me siento tan poderosa que hasta podría teletransportarme donde quisiera. Y es entonces, cuando compruebo que todos mis niveles han desaparecido, como por arte de magia.

Noto estremecerse mi cuerpo, convulsiono como cuando tienes ganas de vomitar, pero de una manera mucho más violenta, me duele todo, aunque enseguida se me pasa y me repongo.

Todos a mi alrededor exhalan una ovación por lo que sucede a continuación.

Una mujer rubia, pálida, con apariencia delicada y algo perdida, ha aparecido de repente, frente a mí. Me observa con determinación, preocupada. Lleva una túnica blanca, que llama la atención entre la gran oscuridad que nos rodea. No es una persona física como tal, pero tampoco es un ser transparentoso, como los demás.

Desprende una energía muy serena, muy tranquila. Contengo las ganas de tocarla por miedo a que se desvanezca.

Azael me sujeta por la muñeca para alejarme de su lado con brusquedad.

De pronto, otro ser, este más oscuro, sale del pecho del serafín, plantándose al lado de la mujer, sin ningún tipo de reparo. Ella se aleja un poco del nuevo visitante, asustada, pero él se acerca otra vez, pretendiendo que le reconozca porque él ya lo ha hecho.

—Anastasia —susurra el hombre.

Azael me atrae hacia sí para tenerme protegida, por si acaso.

Ambos reaccionan a dicho nombre, él con una dulzura inimaginable y ella con desasosiego. Parece intranquila, lo observa pensativa, reconoce su voz, aunque se niega a creerlo. Poco a poco, su escudriñadora mirada se va tornando tierna.

—¡Leonard! —exclama ella al fin.

Él abre sus brazos y ella salta sobre su cuerpo, cayendo los dos al suelo

mientras se besan con ardor.

—¡Lo conseguimos, mi vida, nos volvimos a encontrar! —festeja ella.

—Sabía que nunca me fallarías, mi amor —asegura él, enamorado.

Mis ojos se inundan de lágrimas ante la enternecedora escena, solo me falta aplaudir y una bolsa de palomitas para ser feliz.

—No tenemos tiempo para esto, id a ver al Gran Máster, Él os estará esperando, y os aconsejo que esta vez aceptéis la vida eterna, no creo que la próxima vez sea tan benévolo —se queja Azael con aires de grandeza, que con un chasquido de sus dedos, hace que la pareja desaparezca ante nuestros ojos.

—Eres un aguafiestas —le reprocho molesta.

—Y tú una novelera.

Paso de él para dirigirme de nuevo hacia los espíritus, que me observan incrédulos.

—Todos habéis presenciado el reencuentro entre dos almas gemelas, dos almas que ahora mismo estarán formado una sola para vivir en paz eternamente, llenos de dicha ¿no es eso lo que queréis vosotros?

Nadie responde.

—Si nos enfrentamos a La Señora, nos condenaremos para siempre —termina diciendo uno.

—No nos servirá de nada salvarnos del Reino del Mal, si nos espera la muerte en el Reino del Bien —alega otro.

—Yo quiero volver a mi descanso —pide otro.

Azael se está cabreando por momentos, veo que los va a freír a todos y se va a acabar la tontería. Vuelvo a intentar convencerlos por última vez.

—¡Seres de Catarsis! —exclamo en voz alta para que me escuchen todos—. Esto no es ninguna broma macabra que os queramos gastar. Azael os ofrece la posibilidad de salvar vuestra alma a cambio de luchar. Ni siquiera vais a luchar por él, ni por mí, vais a luchar porque todo en cuanto creéis siga vivo. Porque, de no ser así, Catarsis morirá, y con él, todos vuestros seres queridos: hijos, hermanos, padres, esposas y esposos, ya nada quedará aquí por lo que valga la pena reencarnarse. Nosotros debemos partir ya hacia el Palacio de Cristal, donde nos aguarda el ejército que hemos reunido entre los siete Reinos. Si os lo pensáis mejor, allí os esperaremos mañana antes de que caiga la noche. De lo contrario, yo os ofrezco la libertad, podréis ir donde os plazca, pero os digo una cosa: disfrutad al máximo de esa libertad, porque si perdemos la guerra, os durará muy poco.

Emprendo el vuelo, sin darle opción a réplica a nadie, ni siquiera al ser gigantesco que pestañea confuso a mi lado y se debate entre arrasar todas las almas o seguirme como un perrito.

Capítulo 24



El Reino del Mal.

A caba de caer la noche, pero yo ya llevo un buen rato metida en la cama, estoy exhausta, derrotada, cansada y realmente enfadada. ¡Ah! Y también sumamente relajada.

Tres doncellas, ataviadas con ropajes típicos de la Edad Media, se acababan de marchar después de haber pasado todo el día conmigo. Me han bañado en aceites, dado masajes, alimentado, perfumado el cuerpo con sales y peinado el cabello como si fuese una auténtica reina. He intentado negarme a ello, pero no ha habido manera, eran órdenes directas del Señor del Mal y debían acatarlas, ya podía yo decir misa.

He de reconocer que ahora mismo me encuentro en un estado absoluto de sopor, peor que si hubiese fumado marihuana, pues creo que nunca antes me habían dado masajes ni cepillado el pelo y mucho menos con ese mimo, ¡por

Dios, qué gusto! Firmaría ahora mismo por pasar así la eternidad.

Contemplo todo cuanto hay a mi alrededor, mientras me vence el sueño. Las paredes del Palacio son de bloques de piedra oscura, tipo pizarra. Los suelos son de mármol, formando figuras geométricas en blanco y negro. Justo encima de mi cabeza tengo una gran lámpara de hierro forjado negro, que sostiene miles de velas que nunca se consumen. Los grandes ventanales proyectan en el suelo coloridas representaciones, producto del contacto de la luz exterior con las elegantísimas vidrieras que integran el inmenso muro que tengo a mi derecha.

La colosal cama en la que me encuentro es de madera maciza, está ataviada con sábanas de satén blancas, bordadas en oro y adornada con un gran dosel, del que cuelgan finas telas transparentes de seda. Podría decirse que la estancia es una mezcla siniestra entre el castillo de *Drácula* y el de *Blancanieves*.

Suenan unos golpes en la puerta de entrada, que está enmarcada en un arco apuntado, propio del Gótico.

—¿Quién es? —pregunto amodorrada.

—Mi Señora, soy yo, Akrom.

No sé por qué, pero me pongo muy nerviosa al escuchar esa voz.

—¿Qué quieres?

—Entrar.

Ahogo una risa, claro, es obvio que alguien que llama a una puerta quiera entrar por ella.

—Adelante —le concedo.

La enorme puerta se abre y aparece tras ella un hombre. Es un hombre, sí, de carne y hueso, como los de la Tierra, o al menos lo parece. Bueno, aunque he de reconocer que yo en mi vida he visto pocos como este, porque este es un ejemplar de los de museo, de esos que no se encuentran por la calle, de esos que consiguen humedecer tu ropa interior con tan solo mirarte y de esos que no deberían estar en mi cuarto.

Posa sus increíbles ojos verdes sobre mí, recorriendo sin pudor mi cuerpo, que me apresuro a tapar con la sábana, lo que provoca que él desvíe la mirada de manera abrupta hacia el suelo. No sé muy bien qué hacer, parezco tonta.

Carraspeo para que reaccione.

—Lo siento, Mi Señora, —hace una reverencia —perdone mi insolencia.

—¿Qué te trae por aquí? —musito.

—Mi Señor quiere verla y me ha pedido que la acompañe hasta sus aposentos.

—¡De ninguna manera!

Él abre los ojos de manera exagerada, escandalizado por mi respuesta.

—No puede negarse —me replica en un tono seco.

—¡Oh, claro que sí, de hecho, lo estoy haciendo!

Él vuelve a mirarme a los ojos.

—Mi Señora, le suplico que acceda a su voluntad, nunca le había visto tan enfadado.

—Pues dile de mi parte que se vaya a la mierda, así le verás más

enfadado todavía.

Su cara es un poema. Me giro para darle la espalda y me arropo hasta el cuello.

No se escucha nada, por lo que supongo que se habrá marchado, dejando la puerta abierta, aunque no tardo demasiado en darme cuenta de lo equivocada que estaba.

—Mi Señora.

Abro los ojos de golpe y le descubro plantado delante de mí, arrodillado a la altura de mi cabeza. Salto del susto que me doy al verle tan cerca de mi cara, gritando como una desquiciada.

—¿¡Estás loco?! ¡Casi me da un infarto! —grito con la mano sobre el pecho para trata de serenar mi corazón, mientras me incorporo—. ¿Se puede saber qué leches haces ahí plantado como un pasmarote?

Él deja escapar una sonrisa, pues no puede evitarlo.

—Lo siento, creí que me estabas percibiendo —se excusa, sentándose al borde de la cama. Creo que se está tomando demasiadas confianzas, por muy bueno que esté.

—Lo que vas a percibir tú va a ser mi puño en tu cara como no te largues ahora mismo.

—Pero, Mi Señora, creí que vos sabíais que estaba a vuestro lado —insiste.

—¿Pero tú crees que sabiendo que estabas ahí, mirándome como una lechuga, me iba a quedar tan tranquila? —inquiero.

—Es a lo que estoy acostumbrado —suelta, encogiéndose de hombros.

Yo parpadeo rápido, confusa.

—Estoy acostumbrado a que las damas esperen mis atenciones —me explica.

—¿Crees que yo esperaba...

—¡¡¡¡¡QUÉ DIABLOS SUCEDE AQUÍ???!!!

El rugido de Azael consigue que Akrom se lance por los aires hasta caer al suelo.

—Ya estamos todos —pongo los ojos en blanco.

—¿Aprovechas que estoy ocupado para seducir a mi mejor guerrero? —brama colérico.

No doy crédito a sus palabras, después de las pruebas a las que hemos sido sometidos en Áralush para que creamos en nuestro amor, ¿ahora se pone celoso de uno de sus hombres?

—Pues mira, no me lo había planteado, pero lo haré, porque seguro que él no es tan idiota como tú —le contesto, intentando no perder el control de la situación, ya que es lo que realmente le saca de quicio, que me quede tan tranquila.

Akrom se levanta, temeroso y Azael lo fulmina con su mirada, exigiéndole una explicación.

—Mi Señor, ella se negaba a acudir a sus aposentos, por eso yo estaba tratando de...

—¡Lárgate de aquí si no quieres que te descuartice, maldito seas! —Los ojos del serafín refulgen como nunca.

El guerrero sale disparado por la puerta sin dudarlo.

Azael me mira a los ojos y yo le sostengo la mirada de forma altiva.

—Te he mandado llamar —ruge.

—Y yo te he dicho que no quiero saber nada más de ti.

—Esos espíritus merecían un castigo —dice.

—¡No tenías derecho a matarlos a todos!

—¿Y qué pretendías que hiciese, dejarles marchar como si nada para que me perdiesen el respeto? ¡Las cosas no funcionan así! ¡Esto no es un maldito cuento de hadas, Noa!

—¡Las cosas son como cada uno quiere que sean y tú te has cargado todo el esfuerzo que yo había hecho con tus inútiles impulsos homicidas! —Ataco.

—Estaba seguro de que iban a largarse, no tenía más opciones —afirma.

—Pues yo estaba segura de que iban a seguirnos —le discuto.

La rabia me invade cada vez que recuerdo cómo ardían todas aquellas criaturas, sus gritos, sus miradas. Fue horrible.

—Tú no lo entenderás nunca. Un ser superior no puede dar opción a nadie de nada. Yo ordeno y los demás se limitan a acatar mis órdenes. Punto. No hay más —sentencia furioso.

—¡Oh! ¿Y así es como va a ser nuestra vida? ¡Pues no te quiero en ella!

Su mirada, de repente, denota tristeza, pero me da igual, debe aprender a contenerse, no puede dejarse llevar por sus impulsos ni creer que siempre tiene la razón absoluta.

—No has aprendido nada en todo este tiempo —señala en un tono abatido.

—¡Tú tampoco!

La cabeza va a explotarme y deseo salir de aquí como sea, no quiero verle ni escucharle. Entonces, sin pensármelo dos veces, desaparezco.

Cuando miro a mi alrededor, descubro que estoy en una gran cueva oscura y que Arcan está a mi lado, aunque parece dormido.

—¡Arcan!

No se mueve.

—¿Arcan? —lo zarandeo un poco, pero ni se inmuta.

Avanzo hasta su cabeza para comprobar si está bien, pero justo en ese momento se abre el gran ojo del reptil y su pupila se clava en mí, provocando que un violento escalofrío recorra mi cuerpo.

—Joder, joder, joder, ¡no es Arcan! —grito, cayéndome de culo contra unas piedras que tengo tras de mí al intentar huir.

El gran animal alza la cabeza para observarme con el semblante muy serio. Yo levanto las manos en señal de rendición, paralizada delante de él.

Se escucha un sonoro rugido procedente del interior de la cueva y ambos miramos, nerviosos, hacia esa dirección, momento que aprovecho para huir y esconderme tras una roca. Lo mejor de todo, es que se acaban de iluminar cientos de ojos iguales al del dragón que tengo delante.

«¿Cuántos dragones habrá aquí?» me pregunto, intentando no mover ni un dedo para no ser descubierta porque, de lo contrario, me merendarán.

Se hace el silencio y la oscuridad, solo se escuchan las lentas respiraciones de los inmensos reptiles y el eco de una gota de agua al caer en algún charco. Me muevo un poco para colocarme mejor, lo hago de una

manera muy lenta para no hacer el menor ruido, pues el único dragón que tiene conocimiento de mi presencia, no debe andar demasiado lejos.

Una de las plumas de mis alas acaricia mi nariz al moverme y me entran ganas de estornudar. Intento retener el estornudo como puedo, tapando la nariz, aguantando la respiración, bailando una bachata, etc., pero todo me resulta imposible.

—¡¡¡*Achís!!!*

El eco del estornudo resuena por toda la cueva, creo que en mi vida había estornudado con tantísimas ganas. Todos los ojos ahora mismo apuntan hacia mí, si alguien dice «Jesús» me muero.

—Hola, soy Noa. —Levanto una mano en plan reunión de ex alcohólicos.

No sé si me entienden o no, porque Arcan lo hace.

Uno de ellos, el que parece más grande, abre la boca para mostrarme sus afilados colmillos. Yo cierro los ojos con fuerza, rogando para que no me devore, pero noto el calor de su aliento demasiado cerca. Me he quedado tan helada, que ni siquiera soy capaz de recordar algún hechizo que lo convierta en piedra y, conociéndome, seguro que me convertiría en piedra a mí misma.

Un fuerte rugido provoca que todos se alejen de mí al instante. Yo me agacho, aterrada, haciéndome una pelota contra el suelo, cubriendo mi cabeza con brazos y alas. Si el dragón gigante que tengo delante de mis narices tiene miedo del que está dentro, no me quiero ni imaginar cómo será.

—¡El que ose acercarse a ella, morirá de inmediato! —brama una voz furiosa.

Levanto la vista, con sumo cuidado y mi rostro se ilumina al descubrir

que ¡¡¡se trata de mi querido Arcan!!!

Atravieso la distancia que nos separa a toda prisa, saltando por encima de patas y colas escamosas a toda velocidad, hasta que llego a él y me lanzo sobre su pecho, para abrazarlo con todas mis fuerzas. No abarco ni la mitad de la envergadura de su pecho con mis brazos extendidos, pero se da por abrazado, pues baja su hocico para acariciarme con él la espalda.

Y solo entonces, rompo a llorar como una niña pequeña.

—¡Oh, Arcan, siento tanto la muerte de Trok! —sollozo contra su dura piel.

—Yo también, Noa, yo también —musita.

Él es el único que comparte mi dolor. El único que sabe cómo duele haberle perdido y el único a quien necesitaba tener a mi lado en este preciso momento.

Pasado un buen rato, decidimos salir al exterior. Una explanada de verde forraje se expande ante nosotros y ahí se encuentran todos los demás dragones. Vistos bajo la luz de la noche, bañados por esa tenue luz azulada, parecen mucho más fieros, pero también mucho más bellos. Es todo un privilegio ser testigo de semejante espectáculo, estoy alucinada.

En cuanto se percatan de que Arcan y yo hemos salido de la cueva, se postran todos ante nosotros, agachando la cabeza.

—¿Qué hacen, Arcan?

—Soy su rey, hacía mucho tiempo que no nos reuníamos todos y están emocionados.

—¿Tú eres el rey de todos los dragones?

—Así es, pequeña, y tú también serás su reina. Han venido para ayudarte en la gran batalla.

—¿En serio? —mi cara debe ser la de una niña el día de Navidad.

Él asiente y mira a los dragones, lanzando una enorme llamarada de fuego hacia el aire. Todos le imitan para formar un gran círculo flamígero sobre nuestras cabezas.

—Noa, debes entrar en el círculo para ganar su confianza —me indica Arcan.

—¡No! ¡De ninguna manera! ¡Me quemaré! —me niego, retrocediendo con temor.

—¡Noa, cree en ti de una maldita vez, todos lo hacemos menos tú! —ruge Arcan, enojado.

Me sorprende porque él nunca me había hablado así antes. Nos miramos a los ojos y veo la determinación en ellos.

—No hay tiempo, ve —ordena.

Unos tambores comienzan a sonar en mi mente, cada vez con más fuerza.

Levanto el vuelo y siento el calor arder en mis mejillas según me voy acercando al epicentro del círculo. Aquí hace un calor sofocante que no me permite respirar. Imagino mis preciosas alas ardiendo, pero me obligo a borrar ese pensamiento de mi mente. Así que sin pensarlo dos veces, porque si lo pienso no lo haré, me introduzco en la inmensa circunferencia que forman las llamas.

Y no sucede nada.

No siento el calor que sentía fuera. Nada.

Dentro del fuego todo se torna rojo, incluso se distingue el calor corporal de los seres que permanecen bajo mis pies y que, por cierto, han dejado de lanzar fuego y ahora me contemplan con admiración y respeto.

Permanezco en el aire hasta que desaparecen las llamas a mi alrededor.

«Es La Elegida, sin duda».

«Nadie que no fuese un dragón había entrado antes en el círculo sagrado».

«Merece ser nuestra líder, es una señal».

Todo esto resuena en mi mente hasta que Arcan levanta el vuelo para situarse a mi lado.

—¿Podías hacerlo o no? —se burla.

Le saco la lengua y no le contesto.

—Ya estás vinculada con mis hermanos, a partir de ahora te podrás dirigir a ellos y te entenderán sin problema —me explica.

—¿No me digas?! ¿Pero cómo?

—Como lo hacías con Azael, con tu mente.

Miro hacia abajo y los veo a todos observándome. Cualquiera que tuviese a más de cien dragones a sus pies, mirándole con esos ojos vivos y sus hocicos llameantes, se moriría de miedo, pero yo no. Yo bajo y me planto en medio de todos ellos, con un par.

Una vez que mis pies tocan el suelo, giro de manera muy lenta sobre mí misma, mirándolos uno por uno. La sensación de tener la muerte tan cerca, rozándome la piel, es inexplicable: la adrenalina recorre mis venas, respiro agitada y el corazón me late tan fuerte que temo que vaya a salir galopando en

cualquier momento.

«Nunca había contemplado semejante belleza» pienso.

«Señora, la serviremos hasta nuestro último aliento» asegura el gran dragón que casi me come en la cueva.

El escuchar su potente voz en mi cabeza me sorprende.

«¿Habéis venido de manera voluntaria? ¿Sabéis hacia dónde nos dirigimos?» les pregunto.

«Sabemos que Catarsis está en peligro y eso es lo único que importa. Si nuestro rey nos pide ayuda, nosotros no dudamos en prestarla, da igual el motivo» me explica otro de ellos.

«¡Vaya! Eso se llama lealtad» pienso.

«Los dragones somos una especie fiel a nuestro líder, damos nuestra vida por él sin dudarlo» comenta otro de ellos, orgulloso.

Arcan aterriza a mi lado y los observa, con una mirada cargada de agradecimiento.

—No hay más dragones en Orgrom, Noa, nosotros somos los últimos — me informa.

Mi cara ha debido quedarse blanca, porque siento cómo la sangre deja de circular por mis venas.

—¿Los últimos? —musito.

Hasta ahora mismo me parecían muchos, pero de pronto, me parecen muy pocos.

—Así es —afirma.

—¡Pues me niego a que luchéis, que al menos las hembras vuelvan a casa!

«No hay hembras entre nosotros, murieron hace tiempo» apunta uno de ellos, apenado.

«Pero no es posible. Eso significa...»

«...Que nuestro final está escrito» termina mi frase el dragón grande.

Los miro con desasosiego. Juro que he intentado por todos los medios que las lágrimas no salgan de mis ojos porque últimamente soy una llorona, pero es que me lo ponen muy difícil.

«Preferimos tener un final memorable a morir de viejos en nuestras cuevas» añade otro.

—Noa, no estés triste —me anima Arcan—. Nuestra vida ha sido longeva y muy valiosa. Siempre seremos recordados como unos seres extraordinarios que una vez habitaron Catarsis, porque somos fuertes, valientes y de gran corazón.

—Pero es muy triste pensar que no habrá más dragones y que tu especie no va a perdurar —sollozo, siendo consciente de que este momento, rodeada de todos ellos, realmente es mágico y único.

—También es muy bonito pensar que dimos nuestra vida por salvar lo que amábamos y por otras criaturas, como tú. Espero que perpetuéis nuestro legado y contéis al mundo cómo eran los dragones y solo así, nunca seremos olvidados.

—No te quepa duda de eso, mi gran amigo —prometo, a la vez que lo abrazo.

Después de hacerme unos leves gestos cariñosos, levanta la cabeza para

dirigirse hacia los demás. No quiere mostrar flaqueza, un rey siempre debe ser valiente delante de sus súbditos.

—¡Escuchadme todos! —Los dragones le observan—. A partir de mañana, estaremos a las órdenes de Noa, la batalla final se acerca y ella es la única que puede salvar Catarsis. Yo confío en esta mujer, de una manera que nunca había hecho antes, ni siquiera con mi propia familia. Me ha demostrado que tiene fuerza, valentía y coraje, pero que también es generosa, que tiene compasión y mucho amor en su corazón. Por eso un día decidí seguirla y por eso voy a luchar hasta mi último aliento por su causa ¿estáis conmigo, hermanos?

El emotivo discurso de Arcan a su pueblo consigue que derrame más lágrimas de emoción todavía. La respuesta de los dragones a su rey no se hace esperar, todos abren sus grandes alas y levantan el vuelo, soltando de camino fuertes rugidos y varias llamaradas por sus bocas.

Tengo ganas de gritar de la emoción y me sorprendo riendo como una loca.

Arcan baja la cabeza para que, una vez más, monte sobre su grupa y una vez que estoy acomodada sobre su lomo, bate las alas de manera enérgica para emprender el vuelo y alcanzar a sus hermanos.

Surco los cielos, montada sobre el rey de los dragones y rodeada por todos ellos. Contemplo el espectáculo como si de una película se tratase, disfrutando de estos seres tan bellos y sabiendo que jamás volverá a repetirse tal situación y que por eso siempre será única y la atesoraré en mi corazón.

—¡Por Catarsis! —grito en el aire con el puño en alto.

—¡Por Trok! —exclama Arcan emocionado.

Capítulo 25



Derribando muros.

A caba de hacerse de día.

Mi entrada en la gran plaza interior del Palacio de Cristal del Reino del Mal no podría ser más espectacular, rodeada de todos los dragones, que rugen y echan fuego mientras aterrizan, para demostrar a todos los que nos observan, boquiabiertos, que se anden con cuidado.

Arcan aterriza el último y, como siempre, de una manera accidentada y violenta, pero ya estoy acostumbrada, así que ni me inmuta. Se agacha para permitir que baje de su lomo, cosa que hago de un ágil salto.

Enseguida Suria corre hacia mí con cara de pánico, seguida por Akrom y Cedrik.

—¡Noa, Azael se ha marchado! —exclama mi amiga, demasiado preocupada.

—¿Dónde? —pregunto intrigada.

—Creemos que ha ido al Reino del Bien para ofrecerse a Ahura —me cuenta Akrom.

—¿¿¿Qué??!! —grito. ¡No doy crédito! —¡No puede ser posible!

—Por lo visto le dijiste que ya no le querías en tu vida y no vio otra salida —me reprocha Cedrik, que aprovecha cualquier ocasión para tirarme pullitas y hacerme culpable de todo.

Le lanzo una mirada recriminatoria, pero no le contesto.

—Arcan, Akrom, os dejo al mando hasta que vuelva. Terminad de adiestrar al ejército, pues esta noche partiremos hacia el Reino del Bien.

—¡Noa, yo iré contigo! —me dice Suria.

—No. Cedrik y tú debéis quedaros aquí —le indico—, si la gente no nos ve a ninguno de los cuatro, comenzará a sospechar que algo va mal y es lo último que necesitamos. Ayudad a Akrom con las armas.

—¿Y si te ocurre algo? —insiste ella.

—No va a ocurrirme nada, Suria, lo prometo.

—No hemos llegado hasta aquí para que lo fastidiéis todo en el último momento por una absurda riña de amantes, siempre estamos igual —se queja Cedrik.

—¡No vamos a fastidiar nada, confía en mí de una maldita vez, eres peor que Killian! —le reprocho.

Se muerde la lengua para no responderme, seguramente a petición de Suria, y se larga con paso firme por donde había venido, muy enfadado.

—Noa, no deberías entrar tú sola en el Reino del Bien, sería una muerte segura. Ahura os estará esperando, ¿acaso crees que no tendrá el portal bien

guarecido con todo su ejército, como lo tiene Azael? —reclama Suria.

—Yo conozco otra manera de entrar al Reino del Bien —nos interrumpe Akrom.

Las dos le miramos, Suria con el rostro consternado, porque creía que me había convencido para no ir, y yo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Seguidme, Mi Señora —me pide Akrom.

—¡Suria, esta noche nos veremos en el portal! —me despido de ella, dándole un fugaz beso en la frente antes de marcharme. Ella me mira con los ojos vidriosos.

Salimos del Palacio y el guerrero me señala un muro de piedra que hay anexo a una de las torretas. No entiendo qué vamos a hacer aquí, pues no creo que saltando el muro se pase al Reino del Bien, sería demasiado fácil.

—Aquí es —me indica con una amplia sonrisa.

—¿El portal es un simple muro? ¿Salto y ya?

Él suelta una carcajada.

—¡No!

—En serio, Akrom, mi ánimo ahora mismo no está para bromitas —le censuro muy seria.

—Solo debes imaginar este muro cayéndose —me anima, dando golpecitos en una de las piedras que forman la gran muralla.

—¿Encima de tu cabeza?

—Mismamente —se encoge de hombros, risueño.

Se cruza de brazos por encima de su musculosa armadura,

contemplándome con una mirada nada casta. No puedo evitar que me recuerde a los de la peli de 300. Observo con mucha atención las oscuras piedras del muro, pero no ocurre nada.

—No te lo estás imaginando —me reprocha, sin dejar de mirarme.

«Si te contase lo que imagino, Azael te arrancaría la cabeza».

—Si me estás mirando no me concentro, retírate a un lado —me quejo.

Él sonríe y se dirige, sin dejar de mirarme y con un paso muy lento, hacia otro lugar, plantándose justo detrás de mí.

Suelta un fuerte silbido.

—Si llego a saber que tendría estas vistas, me hubiese puesto aquí desde el principio —bromea.

Ya está, se acabó.

Saco mi espada de un solo movimiento y los rayos de su hoja resplandecen como nunca. Lo amenazan directamente al cuello y él se queda paralizado, mirándome con cara de auténtico terror.

—¿Qué diablos es eso? —lloriquea.

—Vuelve a mirarme el culo y tu alma será la siguiente que tenga en mi colección —siseo.

Sale corriendo despavorido y guardo la espada. Ahora sí puedo concentrarme.

Miro al muro con toda mi atención puesta sobre una de las piedras y, al cabo de un rato, por fin comienza a moverse. La alegría me embarga y entonces dirijo mi concentración hacia el resto de las piedras, derribando el muro de un solo plumazo.

Cuando el oscuro polvo que levanta el muro al derrumbarse se ha disipado, un paisaje igual de oscuro que el del Reino del Mal se abre ante mis ojos. Dudo por un momento si pasar o no, ya que no sé si se trata de alguna trampa. Es muy raro que un pasadizo secreto esté justo al lado del Palacio. Aunque, pensándolo mejor, esto es lo que pensará todo el mundo y por eso, precisamente, nadie lo vigila.

Observo con más detenimiento lo que hay al otro lado. Nada. Todo está quemado, o lo parece. El Reino del Bien en mi mente era muy bonito, colorido y alegre. Esto no puede ser un lugar mágico y lleno de bondad.

Paso por encima de las piedras que han caído al suelo y en cuanto pongo un pie sobre la tierra negra, se torna verde alrededor de mí y comienzan a crecer árboles y flores a mi paso.

—¡Inaudito! —susurro alucinada.

Frunzo el ceño según voy andando, no me fío ni un pelo, algo me dice que me mantenga alerta. Comienza a hacer mucho frío, por eso busco entre mis objetos conseguidos a lo largo del camino hasta que encuentro algo para abrigarme, haciendo aparecer sobre mi cuerpo unas pieles grises muy calentitas y suaves.

Un ruido a mi espalda consigue que me detenga en seco, sacando mi espada y esperando, impaciente, a que aparezca lo que sea. No tarda mucho en mostrarse ante mí una gigantesca pantera negra. Es preciosa y su pelo brilla como un diamante al sol. La observo atentamente y descubro que lleva una montura de cuero negro sobre su lomo.

Cuando ella se percata de que yo también estoy aquí, se asusta, pero permanece impertérrita, mirándonos durante unos segundos la una a la otra. Ella con más miedo que yo al ver mi espada.

«No pretendo hacerte daño, puedes dejar de apuntarme con esa cosa» me pide en la mente.

Bajo el arma, reticente, pero solo la bajo, no la guardo.

«¿Por qué llevas una montura a la espalda?» pregunto señalando la silla.

«En este Reino los animales servimos de transporte ¿acaso no lo sabes? ¿De dónde vienes?» me estudia con unos ojos curiosos.

«¡Caro que lo sé! —Disimulo—. Solo era una manera de entablar una conversación».

«¿Sacando tu espada?» protesta desconfiada.

«Digamos que no me llevo demasiado bien con los felinos» admito y esto es cierto.

«¿Por qué?» parece dolida por mi comentario.

Entonces recuerdo los arañazos que me dio aquel maldito gato en el bar de mi tío cuando era pequeña.

«Porque os movéis muy rápido y sois impredecibles» contesto.

«Eres muy rara —olisquea el viento que procede de mí—, ¿qué eres, un ángel?».

Debo disimular como pueda...

«¡Sí, soy un ángel! Y no soy rara» la rebato.

«Nadie habla con los animales» asegura con una expresión de autosuficiencia.

«Ehhhh —balbuceo, buscando una explicación lógica—, los ángeles sí que hablamos con los animales ¿no lo sabías?». Rezo para que no conozca a

ningún ángel.

Me observa, indecisa, está claro que no se fía de mí.

«Quiero que me lleves» suelto.

«¿Y por qué no me lo has pedido desde el principio?» cuestiona confusa.

«Da igual, venga ¿a dónde vamos?».

Imagino que esto será como las líneas del metro, que cada uno recorre una ruta. Pero por lo visto no debe ser así, porque ella me mira con estupefacción.

«¿Quieres que te diga yo dónde vamos?» parece que me está regañando.

¡Joder, con la panterita de las narices!

Si es que he de confesar que no quiero montarme sobre una pantera negra, más negra que el azabache, que me mira con esos ojos oscuros que tanto miedo me dan. Lo que quiero es que se largue y me deje tranquila, pero ella se ha situado a mi lado y no me queda más remedio que subirme, cosa que hago a regañadientes.

Una vez arriba, me sujeto con todas mis fuerzas a la montura, pues me da más miedo que ir sobre Arcan. He de superar mis fobias, lo sé, pero como no me fío demasiado, decido ponerme un casco en la cabeza por si me pego el golpe del siglo. Busco entre mis objetos guardados y lo único que encuentro es una calavera con dos finos cuernos puntiagudos, así que me la pongo sobre la cabeza, como si fuese un casco de moto, debo de estar divina.

«Llévame a dar un paseo, no quiero ir a ningún sitio en especial» le sugiero.

En cuanto hayamos dado tres pasos, me bajo y me largo por mi cuenta.

La pantera camina de manera lenta, va olisqueando el suelo, sin preocupaciones.

«No reconozco este olor» comenta para sí.

«¿A qué huele?».

«No lo sé, pero hay varias huellas en el suelo y ninguna me gusta demasiado» asume.

Hemos llegado a un claro verde, lleno de florecillas de colores, donde lo único que hay es un gran árbol en el centro.

«Detente un momento» le ordeno.

No sé muy bien lo qué es, pero algo me mantiene en guardia. Este paisaje me resulta demasiado familiar. Ese árbol ya lo he visto antes.

Entonces, algo hace que la pantera caiga al suelo, arrastrándome a mí con ella. El animal no se mueve, le han clavado una lanza enorme en el pecho, pero no tan profunda como para que muera y desaparezca su cuerpo. De esta manera no puedo moverme.

Tres monstruos enormes y deformes aparecen junto a mí portando unas armas de hierro descomunales y llenas de pinchos por todas partes. En esta posición no me resulta posible sacar la espada, pues tengo las manos aprisionadas con el cuerpo de la gran pantera.

—¡Mierda! —protesto, intentando forcejear para salir de aquí.

Los tres me rodean y me observan como si nunca hubiesen visto una mujer.

—¿Es ella? —pregunta uno a los otros dos.

—Demasiado insignificante para serlo —contesta otro.

—Y demasiado fácil acabar con ella. No encaja con las leyendas que se escuchan —alega el tercero.

—¡Pues mejor, porque así tenemos cena! —festeja el primero, clavando con más fuerza la lanza en el pecho de la pantera para rematarla sin piedad y entonces, al momento, desaparece su cuerpo negro y suave, dejándome libre.

Me levanto de un salto para desaparecer de aquí, pero uno de ellos me agarra con fuerza por el pelo y se dispone a atravesarme con su hacha como si fuese un tierno conejito.

—¿Dónde te crees que vas? —ruge.

Hablando de conejitos, cierro los ojos con fuerza para visualizar tres conejitos blancos indefensos, a ver si se convierten en eso, pero los tres mostrencos continúan frotándose las manos.

—¡Deteneos! —exclama uno—. ¿Por qué no la violamos antes? Hace mucho que no violo a nadie y esta muchacha es muy apetecible.

—¡Oh sí, buena idea! —dice otro.

—Es demasiado pequeña, no aguantará para los tres —se queja otro.

—Pues lo echamos a suertes —propone el primero.

No abro los ojos porque debo visualizarlos convertidos en algo inofensivo, aunque escuchando lo que escucho, cualquiera se imagina algo bonito, lo único que quiero es partirles en dos.

Cuando siento que desgarran mis ropas con brutalidad, suelto un grito desesperado y me revuelvo con todas mis fuerzas, pero no consigo nada porque me tienen sujeta entre dos de ellos por manos y pies. ¿Es que aquí no

puedo hacer magia?

Justamente cuando siento el contacto de algo baboso en mi entrepierna, me caigo al suelo, dándome un gran golpe. Abro los ojos y le veo:

—¡Azael! —grito, aliviada, solo me falta añadir: «¡Mi héroe!».

Se me ha pasado el enfado que tenía con él en un segundo.

Azael, ataviado con su armadura negra, ha decapitado a los tres monstruos asquerosos de un solo plumazo.

Se acerca hasta mí, que continúo en el suelo y me observa.

—He venido a salvarte —le digo.

No puede evitar soltar una risa a la vez que me tiende la mano para ayudarme a levantarme, cosa que hago.

—¿Piensas salvarme dejándote matar por tres tártaros? —me pregunta divertido.

—Si es la única manera de que vuelvas —me encojo de hombros.

Se quita el casco de la cabeza para mirarme a los ojos, dejando libre esa melena salvaje y esa barba que tanto le caracterizan.

—Dijiste que no me querías en tu vida —me recuerda.

—Son cosas que se dicen en un momento de enfado, no se deben tener en cuenta, ¿es que no sabes nada de relaciones?

—No.

—Ya lo veo. De todas formas, ¿me podrías explicar a qué diablos vienes aquí tú solo? ¿Es que quieres cambiarte de bando?

Él mira a su alrededor.

—Debemos volver cuanto antes, mi hermana nos ha visto.

—¿Y no era eso lo que pretendías?

—De ninguna manera, solo quería comprobar cómo se comportaban nuestros poderes aquí.

—¿Nuestros poderes? ¿Es que sabías que iba a venir a buscarte?

—Noa, eres tan predecible como un bebé, solo hay que ponerte un pequeño señuelo y tú te lanzas a por él de cabeza —afirma.

Entonces caigo en la cuenta de que nos han manipulado.

—¡Akrom! ¡Será traidor!

Él se ríe.

—Llevamos demasiados años juntos, en estrategias de guerra no nos gana nadie, y tratándose de mujeres, menos —arguye.

Le miro con cara de águila imperial observando a un ratón.

—Ya veo.

«No te pongas celosa, Noa, no te pongas celosa» me repito.

—Volvamos a casa, todos debemos prepararnos.

Emprende el vuelo y yo le sigo.

—¿Por qué sabías que iba a estar justo ahí, Azael? —le pregunto intrigada, pues con lo grandes que son los Reinos, ya es casualidad que estuviese escondido justo detrás de ese árbol.

—¿Recuerdas la visión de La Caldera que te mostró Ruffus?

—¡Claro! ¡Por eso me resultaba familiar! —exclamo.

¿Cómo he podido no recordarlo?

—A mí también me lo mostró, sabía por dónde ibas a aparecer y sabía quiénes te iban a atacar —confiesa.

—Podrías haberme dicho que tu amor por mí hizo que tu corazón supiese dónde buscarme para salvarme de aquellos malnacidos —le provoco.

—Podría, pero te estaría mintiendo y eso no es amor.

¡Toma, punto en la boca, Noa!

Y sin nada más que añadir, llegamos hasta el muro derribado, donde aterrizamos. Azael mira con cara de chiste todas las piedras del suelo.

—¿Era necesario romper toda la pared? ¿No cabías por un par de piedras? —se mofa.

—Estaba muy enfadada, me sirvió de terapia —me encojo de hombros y él se parte de la risa.

Me atrae hacia sí y me besa con pasión.

—Espero que esto también te sirva de terapia.

—¡Mmmmm, sí! —Ronroneo entre sus labios.

—¡Eh, parejita, daos prisa o descubrirán el portal! —escuchamos la voz de Akrom desde el otro lado.

Azael me coge en brazos y salta por encima de las piedras hacia el otro lado. Volvemos a estar en el Reino del Mal y la muralla vuelve a estar intacta.

Capítulo 26



Una estrategia muy complicada.

Akrom, Cedrik, Suria, Azael, los líderes de cada clan y yo permanecemos sentados alrededor de una gran mesa de mármol negro que hay en una de las enormes salas dentro del Palacio de Cristal del Reino del Mal. Arcan lo observa todo desde una gran ventana, pues no cabe dentro.

Los dos amiguitos, Akrom y Azael, llevan más de una hora hablando sobre estrategias y ataques, mientras todos prestan atención, pero a mí me parece un aburrimiento.

—Por lo que he podido comprobar, Ahura y su ejército se han recluido en la Montaña Maldita —informa Azael, que ha abierto una especie de diapositiva flotante sobre la mesa para mostrarnos la ubicación.

—Según los informes de nuestros infiltrados, el Palacio de Cristal debe estar dentro —conjetura Akrom.

—¡Un momento! —les interrumpo—. ¿A estas alturas no sabéis dónde se encuentra el Palacio de Cristal de Ahura?

—La Señora del Bien cambia su Palacio de manera habitual, la última vez que lo hizo lo metió bajo tierra, ahora creemos que puede estar dentro de la montaña, se dice que ha habido demasiado movimiento por allí últimamente —me contesta Akrom en un tono distante.

—Solo tendremos una única oportunidad de atacar la Montaña, ya que vamos a entrar por el portal secreto y ellos nos esperan en el otro portal. El factor sorpresa durará poco, por eso hay que dirigirse directos hasta el lugar clave, que será la gran Roca Madre, sin que les dé tiempo a reaccionar y detenernos —explica Azael.

Todos le observan con admiración cuando habla. Esa pose de líder implacable me encanta. Me subiría a la mesa ahora mismo y le pediría que me hiciese suya de manera salvaje.

Él me mira, risueño, como si hubiese sabido lo que estaba pensando.

—Noa, ¿qué opinas? —me pregunta el capullo del serafín, como cuando el profesor te *pilla in fraganti* hablando con un compañero en medio de la clase y te pregunta la lección.

Carraspeo para disimular.

—Creo que si nos dividimos en varios frentes seremos menos visibles.

Akrom y Azael se lanzan una mirada. Estoy segura de que ellos ya tienen planeada la estrategia de antemano, solo nos están intentando hacer creer que podemos participar en ella, como si fuésemos niños de parvulario.

—Esa sería una buena opción, Mi Señor —afirma el general—, si fraccionamos las entradas en el portal en grupos menos numerosos, será más difícil descubrirnos que si entramos todos a la vez.

—Está bien, cada líder entrará con su clan y correrá a refugiarse en los alrededores de la Roca Madre —señala en el mapa de la diapositiva flotante lo que se supone que es la citada Roca Madre y marca también varios peñones más pequeños alrededor de ella—, dicha Roca os servirá de barrera para ocultaros y allí aguardaréis a que lleguemos todos los demás. Los últimos en entrar serán los dragones, porque ellos llegarán enseguida al lugar y porque son los más fáciles de descubrir.

—¿Cómo se decide el orden de entrada? —pregunta el rey arquero.

—Lo echareis a suerte —responde Akrom.

—No importa quién entre primero o segundo, lo importante es no ser visto —añade Azael.

—Está bien. Lo haremos por rango, ya que los arqueros somos el clan más veterano, entraremos primeros —afirma el padre de Cedrik.

—¡De ningún modo! Los leñadores somos el clan más fuerte, nosotros iremos primero.

Una de las hilanderas se levanta de la mesa, pegando un golpe en ella.

—¡Aquí se respira demasiada testosterona, nosotras somos las más rápidas y sibilinas, por eso iremos primero, a vosotros os descubrirán nada más entrar! —exclama ella.

—Ya estamos. No sabes cómo llamar la atención, Hilda —le reprocha el rey pescador.

Todos se ponen a discutir entre ellos. Azael está perdiendo la paciencia

y a mí me está entrando la risa de verle así, parece un padre agobiado en medio de una guardería de niños gritones.

—¡¡¡Basta ya!!! —termina rugiendo, desplegando las alas.

Todos se quedan helados, mirándole con cara de pánico, menos yo, que estallo de la risa.

—¿¡Y ahora tú de qué diablos te ríes?! —vocifera.

—De nada, de nada, Mi Señor —contengo la risa como buenamente puedo, porque al final me las voy a cargar.

—¡Marchaos todos de aquí! —grita colérico, mientras todos se levantan muertos de miedo—. Akrom, dispón las armas para cada uno, haced los grupos y estableced su orden. Explícales cómo deben pasar por el portal y todas las dudas que les surjan, no quiero sorpresas de última hora.

—A la orden, Mi Señor —contesta él.

—Acuérdate de repartir también las armaduras —añade—, que ya están fabricadas en la herrería.

Akrom asiente con la cabeza y se marchan todos menos Suria, Cedrik, Arcan y yo.

—Arcan, tú y yo ya hemos hablado sobre la Montaña Maldita, explica a tus hermanos cómo debéis actuar, al ser los últimos en entrar, debéis ir directos hacia las murallas, sin perder el tiempo. Es un honor contar con vuestra ayuda, amigo.

El dragón hace un gesto con su cabeza y se marcha.

Azael nos observa a los tres.

—Mi hermana lanza a menudo hechizos por el Reino para que las

criaturas no sean capaces de ejercer su magia allí y así tenerlos controlados, por eso no pudiste hacer magia, Noa. Nos ha venido muy bien que fueses hasta allí, porque así trataremos de contrarrestar el hechizo.

—¿Y los demás? —pregunta Cedrik.

—Sabiendo qué hechizo ha usado para repeler la magia, os rociaremos a todos con un neutralizador, así el hechizo no tendrá ningún efecto y podréis usar vuestras pociones sin problemas —nos informa—. Cedrik, tú y Suria debéis acudir a la cabaña de la hechicera y pedirle el neutralizador para rociar a todas las criaturas cuando vayan entrando por el portal. Ella os estará esperando.

—¿Algo más, Azael? —pregunta Suria.

—Informad a todos los habitantes de los Reinos Bajos de la estrategia a seguir. Ya hemos hablado del orden de ataque y de las armas y posiciones de cada uno, pero por si no les ha quedado demasiado claro, ¿de acuerdo? Espero que con tus poderes les ayudes a ser más valientes, mi querida Suria —dice Azael con una voz tierna.

—Así será, Mi Señor —asiente ella, a la vez que se marcha junto a Cedrik.

Yo aplaudo emocionada.

—En cuanto a ti, tenemos que hablar muy seriamente —clava sus ojos en mí.

—¿Por qué? Me he portado muy bien, no he dicho nada —me excuso.

Se acerca hasta mí y me coge por las caderas sin esfuerzos, para sentarme sobre la mesa y situarse entre mis piernas.

—Tú no te separarás de mi lado en ningún momento ¿me has oído?

—¡Oh, no! Yo voy a luchar, no te pienses que voy a permanecer quietecita y escondida a tu lado como un pollo de corral —me quejo.

De pronto, se transforma en hombre y le miro con asombro. Es cierto que como serafín me pone mucho, pero como hombre no puedo resistirme, con esa sonrisa pícaro y esa mirada desafiante, además, de ese cuerpo pecaminoso que no duda en mostrarme sin pudor el muy gañán. El morbo de que sean dos en uno devasta mi voluntad.

—¿Qué puedo hacer para convencerte, Noa? —ronronea, acercándose a mi cuello.

—Nada.

—¿Estás segura?

Se arrodilla delante de mí y sus labios aprisionan uno de mis pezones. Consigue que dé un salto cuando comienza a absorberlo sin piedad, haciendo que gima de placer.

No tarda en bajar hasta mi entrepierna, sin arrumacos previos ni leches. Con sus grandes manos atrae hacia sí mi sexo y lo devora con tantas ganas que casi muero de placer, tendiéndome boca arriba sobre la mesa para rendirme a las sensaciones que me provoca. Me penetra con su lengua, mientras su pulgar gira sin piedad en mi clítoris. No aguanto más, voy a explotar. Tanto es así, que tengo un orgasmo enseguida.

Me mira desde abajo, una vez que he recobrado el aliento, con sus ojos oscuros de deseo.

—¿Ya lo has pensado mejor? —pregunta con voz ronca.

Abro las piernas delante de su rostro para invitarlo a entrar, pues no me he saciado del todo, quiero más.

—Creo que debes insistir un poco más —le provoco.

Entonces, se pone en pie, rodea con una de sus manos su gran miembro y me lo enseña.

—¿Insisto? ¿Estás segura? —Lo acerca hasta mi húmeda entrada, acariciando levemente mis labios con su aterciopelada punta y creo morir.

—Por favor —le pido, moviendo mis caderas hacia él a modo de invitación, para que me penetre de una vez, pero él se retira.

—Antes debes prometer que mañana obedecerás mis órdenes —ordena sin titubeos.

—No pienso mantenerme al margen.

Entonces, sin previo aviso me penetra, hasta el fondo, consiguiendo que suelte un fuerte gemido. Me vuelve loca sentir su plenitud dentro de mí, me reconforta, necesito nuestra unión tanto como respirar.

—Si quieres que me mueva, ya sabes qué tienes que decir —me provoca.

No pienso ceder, pero estoy tan sumamente caliente que sería capaz de regalarle mi alma si fuese necesario. Por eso, si él no piensa moverse, lo haré yo.

Comienzo a mover mis caderas contra él de una forma candente, pero me detiene sujetándome con sus manos.

—¿Qué haces? —le regaño.

—Hasta que no prometas que me obedecerás, nada.

¿Cómo puede tener tanto autocontrol?

Consigo contraer y relajar las paredes de mi útero a modo de masaje

para que lo sienta y se excite. Parece que lo consigo porque cierra los ojos con fuerza y comienza a mover su cadera para balancearse formando círculos. Yo también cierro los ojos para disfrutar al máximo.

Sale y entra despacio, a la vez que acaricia mi clítoris con uno de sus dedos. Voy a volverme loca, necesito acción. Abro los ojos y me sorprendo al descubrir que él está contemplando embobado cómo me retuerzo de placer sobre la mesa, mientras él permanece impassible en pie. Lo único que nos une es su enorme envergadura.

—Más —le pido entre nuestros jadeos.

—Dime lo que quiero escuchar.

Se queda quieto, con todo lo que es posible metido en mi interior, lo siento contra las paredes de mi útero, no cabe más, y encima acelera el masaje de mi clítoris.

—¡Oh, Dios! —grito.

Ahora sí que voy a tener el orgasmo del siglo.

Pero de pronto, se detiene y sale de mí, haciendo que todo el subidón se vaya de golpe.

—¡No! —me quejo, incrédula.

—Tú no concedes mis deseos, yo tampoco los tuyos —alega.

Sé que él está mucho peor que yo, lo veo reflejado en su expresión, el deseo que está reteniendo le hace sufrir, pero tiene demasiado orgullo para ceder.

—¡Te arrepentirás de esto, maldito serafín! —le amenazo, levantándome de la mesa.

Me coge por la cintura, sin dejar que dé ni un paso y esta vez me penetra estando de pie.

—Vamos, Noa, depende de una sola palabra que gocemos juntos de la última vez que hagamos el amor —me pide—, ¿o prefieres quedarte con este mal sabor de boca?

—Mmmm —gimo contra sus labios, mientras degusto su boca.

Comienza un suave vaivén que despierta de nuevo el ardor que había perdido.

—¡Vamos, Noa, dímelo! —pide contra mi oído, ahora besando mi cuello.

No aguanto más, necesito terminar con esta tortura.

—¡Joder, sí, sí, te obedeceré mañana! —grito desesperada.

Entonces, se vuelve loco y su percusión me vuelve aún más loca a mí. Subo y bajo de su miembro como un muñeco de trapo, movida por su brutal impulso. No puedo más y me dejo ir, soltando un alarido desesperado. Él no tarda en seguirme, derramándose en mi interior.

Finalmente, nos dejamos caer sobre la mesa, exhaustos, pero satisfechos como nunca.

—Te amo, Noa, creo que nunca me saciaré de ti —me dice.

—Ni yo de ti, aunque me hagas trampas —admito.

—Aún tengo ganas de hacerte muchas más —asegura, volviendo a balancearse en mi interior, todavía erecto.

Yo le sonrío, rodeando su cintura con mis piernas para que la penetración sea más profunda.

—Hazme todas las trampas que quieras, Mi Señor —susurro en su oído.

Y estas palabras consiguen que desate su furia sexual y que me haga gritar, gemir, jadear, suplicar, arañar, incluso llorar de gusto. Aunque, si piensa que voy a obedecerle mañana, lo lleva claro.

Capítulo 27



La calma antes de la tempestad.

«¿Qué harías la última noche de tu vida?» me pregunto.

Mi respuesta a esta pregunta no se hace esperar.

Nos hemos dado todos un gran festín en el patio de armas del Palacio, donde los sirvientes de Azael han dispuesto multitud de mesas, que no sillas, para que pudiese comer tal cantidad de gente. La cena ha sido digna de reyes: cochinitos, chuletones de ternera, cordero, verduras asadas, dulces, etc., incluso vacas enteras para los dragones. Y para los herbívoros también había lo suyo, nadie se ha quedado sin comer succulentos manjares.

—Eres un buen anfitrión —le digo a Azael, mientras devoro un exquisito muslo de pollo asado.

—Nunca había dado un banquete, debía esmerarme —confiesa.

—¿¡Nunca!?

—¿Recuerdas que soy el temible Señor del Mal? ¿Quién iba a querer cenar conmigo?

Le miro con pena, poniéndome en su situación.

—¡Pues a partir de ahora daremos muchos banquetes! —exclamo con una sonrisa.

—Porque así sea —levanta su copa de vino y brindamos.

Después de la gran comilona, cada uno se ha marchado a donde ha querido. Esta noche merece ser especial porque puede ser la última y cada uno debe pasarla como le parezca oportuno. Por eso algunos se han ido a sus aposentos a meditar, otros a dar un paseo, algunos a beber y nosotros nos hemos reunido debajo de un gran sauce llorón inmenso que hay en lo alto de una colina cercana al Palacio.

Suria está sentada a mi lado y Cedrik permanece junto a Arcan.

—¿Qué creéis que ocurrirá mañana, no tenéis miedo? —pregunta Suria.

—¿Y si imaginamos que esto es una reunión de amigos en un día normal? —propongo—. Estoy cansada de hablar todo el día de guerras y muertes, quiero reírme y recordar por qué merece la pena salvar este mundo.

Arcan sonríe.

—Uno de los mejores días de mi vida fue cuando aprendí a volar. Hace milenios ya de eso, pero lo recuerdo como si fuese ayer. Siempre nos alimentaban diariamente, pero llevaban varios días sin traernos nada, por lo que estábamos más hambrientos de lo normal. Aquel día mi madre nos trajo por fin la comida, mis hermanos y yo estábamos en el nido jugando, entonces fingió que se caía la presa montaña abajo. Mis hermanos se lanzaron al vacío sin dudar, pero yo permanecí allí, agazapado, observando cómo unos

volaban y otros no. No era miedo lo que tenía, simplemente esperé a ver lo que ocurría, al contrario que ellos, no me dejé llevar por mis impulsos ni por mi hambre. Cuando comprobé que uno de mis hermanos había caído mal y había muerto, me sentí muy triste. Entonces, mi madre me dijo «Arcan, acabas de demostrar que tú eres el único que merece ser rey de todos mis hijos, pues no es valentía la estupidez, ni bravura la temeridad. Los valores de un verdadero rey son la templanza y la medida, debe saber mantenerse al margen y actuar únicamente cuando es necesario, ni siquiera movido por el hambre y la sed. Ahora, ve, hijo mío, y ayuda a tus pobres hermanos a volver a casa». En aquel momento, me lancé al abismo y volé, con la confianza de un rey y de un hijo adorado por su madre. Era la dragona más bella de todas y en su inmensa sabiduría era consciente de que debía hacer sacrificios, incluso de su propia sangre, por el bien de Orgrom —la recuerda con cara de amor absoluto—. No veo el momento de reunirme con ella.

—Qué historia tan bella y trágica a la vez —comentó Suria—, yo jamás podría sacrificar a un hijo, ni siquiera por el bien común.

—Los reyes están hechos de otra pasta —añado.

—Yo también recuerdo el día en que me regalaron mi arco —dice Cedrik.

Todos le miramos para animarle a continuar, pues siempre tengo miedo de que se desvanezca de pronto, para una vez que habla y no ladra.

—Los entrenadores enseñaban a apuntar a los niños con sus arcos todas las tardes después de comer. Yo era el mejor de todos, sin duda, lo llevaba en la sangre, acertaba en la diana incluso con los ojos tapados. Mi instructor estaba tan orgulloso de mí que habló con mi padre para que me regalase un buen arco y así poder mejorar, pero él no le prestaba atención, pues siempre pensó que eran cosas de niños y que mi educador se limitaba a hacerle la

pelota. Un buen día, el grupo de entrenadores le propusieron organizar un concurso para premiar al ganador y, entonces, comprobó lo bueno que era, pues incluso gané a arqueros muy reputados de Iracum. Él, lejos de sentirse orgulloso de su hijo, se sintió humillado porque un niño había dejado en ridículo a sus invitados. Uno de los arqueros con más renombre del Reino me encontró llorando y se acercó a mí antes de emprender su viaje de vuelta a casa para regalarme su arco —Cedrik acaricia el arco que tiene entre las manos—, me dijo que debía sentirme orgulloso de mí mismo y que nunca permitiese que mi felicidad dependiese de los demás, porque solo así podría cumplir con mi destino.

Suria se levanta de mi lado a toda prisa y corre a abrazarlo. Él recibe sus arrumacos a desgana, como es él, aunque en el fondo lo agradezca infinitamente. Ha sido siempre repudiado por su padre, nunca ha sido suficiente nada de lo que ha hecho y eso le ha convertido en el ser cerrado que es hoy en día. Creo que Suria es la única que le entiende y para eso están las almas gemelas, me imagino.

—Pues yo siempre he sido la más normal de mis hermanas, quitando mi belleza física, no hay nada por lo que resaltase del resto, ni tengo grandes proezas que contar —dice Suria, sin soltar la mano a Cedrik—. Creo que soy la única de todos vosotros que no ha nacido para salvar al mundo y, sin embargo, aquí estoy, dispuesta a todo por ello.

—¿De verdad crees que no tienes nada por lo que Ruffus te eligiese? —pregunto.

—Tú eres La Elegida, Trok era el líder de los ángeles, Cedrik es el rey heredero de su clan, Ágata era la maestra en vuelo, Arcan es el rey de los dragones, Killian no sé lo que será, pero yo, desde luego, no soy nada de eso —afirma, se encogiéndose de hombros.

—Pues tú, mi querida Suria, aunque no te hayas dado cuenta, sirves de conector entre todos esos reyes y seres importantes, porque sin ti, seguro que hoy no estaríamos aquí ninguno —le digo.

—Gracias, hij..., Noa —se emociona.

—¿Y qué hay de ti, Noa? —pregunta Azael, que aparece entre las sombras convertido en serafín de nuevo—. ¿Qué te hizo dejar de ser una simple mortal para convertirte en la implacable guerrera salvadora de Catarsis?

—¡Creo que fueron unas cuantas copas de más! —suelto.

Y todos nos reímos a carcajadas.

Pasamos el resto de la noche riendo porque les cuento varios chistes y, por mucho que mi innata gracia gaditana ayude, no hay manera de que los pillen. Me parto al ver sus caras cuando no les hace gracia y yo me troncho.

Cuando mejor lo pasamos es con las explicaciones que les facilito sobre las costumbres de mi mundo. Les resulta todo tan gracioso... cosas como por ejemplo: la tomatina, el día de la marmota, andar sobre tacones de aguja, la Navidad... que me duele el estómago de tanto desternillarme.

—Pase lo que pase mañana, chicos, prometedme que nunca cambiareis, porque todos vosotros, incluyendo a Ruffus, Trok, Albor y Ágata, habéis hecho que, de alguna manera, yo sea mejor persona. Me habéis adiestrado para quererme a mí misma y me habéis mostrado que no hay mayor fuerza que la fe. Me habéis enseñado que «si crees que puedes, podrás», sin culparme nunca de nada y por eso estoy aquí, más fuerte y decidida que nunca. No os olvidaré jamás porque os llevo en mi corazón. Gracias. Por tanto.

Azael me abraza porque sabe que estoy al borde del bombardeo

lacrimógeno y para que esta reunión no se torne triste, añade:

—¡Noa, cuéntales cómo se bailan las sevillanas!

Ver a Cedrik intentar bailar es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Azael y Arcan tienen que agarrarse el estómago para poder respirar con las fuertes carcajadas que sueltan y hasta Suria se tira por los suelos de la risa al verle, pues esta nueva faceta de *Dancing Queen* del arquero la desconocíamos todos. Parece ser que soltar la carga que llevaba sobre sus hombros le ha desinhibido.

Finalmente, ya bien entrada la madrugada, nos quedamos todos dormidos a los pies del colosal sauce, con el alma renovada y una sonrisa dibujada en nuestros rostros.

Capítulo 28



El gran día de la redención.

No he pegado ojo en toda la noche. He percibido cada pensamiento de cada uno de los seres que están a mi alrededor y todos ellos piensan lo mismo: «no quiero morir».

Es cuanto menos curioso lo que experimenta un ser vivo cuando sabe que la vida llega a su fin. En un primer momento, la reacción es física y, después de esta, se pasa por varias fases más, todas ellas existenciales.

La primera es siempre un impacto, un sobresalto en el corazón, lo que se enuncia como «me ha dado un vuelco el corazón», pues el latido se acelera de manera desorbitada, sin poder calmarse de ningún modo.

La segunda produce un intenso hormigueo que se apodera del estómago, es una sensación muy parecida a los nervios, pero no son nervios, es miedo.

Y en la tercera, el cerebro reacciona ante este miedo tratando de serenarnos, buscando alguna solución inmediata, una explicación lógica a la causa que nos atemoriza.

Nos sentimos ansiosos, preocupados, asustados, desorientados... No somos capaces de atisbar ninguna luz a nuestro alrededor, es todo oscuridad y confusión. Pero hay algo que todos, sin excepción, piden y suplican en esos momentos: «más tiempo».

Pero ¿más tiempo para qué? ¿Para dejar que pasen los días sin que haya nada en ellos que recordar? ¿Para no decir «te quiero» a nuestros seres queridos? ¿Para discutir? ¿Para desear que llegue la noche y dormir? Dormir es lo mismo que morir, ¿cuánto tiempo vas a estar muerto? ¡Ya tendrás tiempo de dormir!

El tiempo compone la vida y esta vida hay que vivirla, hay que saborearla, hay que exprimirla al máximo, porque solo en estos momentos es cuando realmente somos conscientes de lo corta que es. Y con esto no quiero decir que haya que vivirla de viajes o rodeada de grandes lujos, a lo que me refiero es que hay que saborearla de verdad, hay que detenerse en una situación minúscula, como es el abrazo de un ser querido o el olor del pan recién horneado, hay que saber descubrir la grandeza de cualquier acto. Además, si algo hay seguro en esta vida, es que algún día terminará, por eso debemos estar preparados, pues nadie nos garantiza una vida longeva, ni mucho menos feliz. Eso depende exclusivamente de nosotros.

Y ahora mismo, todos los seres que estamos aquí sabemos que vamos a morir. No tenemos conocimiento de si será rápido o lento, doloroso o de un plumazo, antes o después, pero lo que sí tenemos claro es que hoy terminará todo.

¿Es posible prepararse para algo así? Mi respuesta es no. Nunca se está

preparado para morir, para despedirte de tus seres queridos, para no volver a verlos, ni a darles un beso, para no volver a escuchar su voz decir un «te quiero», ni su calor al abrazarte. Pero hay algo que ayuda bastante y es tener fe.

La fe es algo de lo que yo carecía cuando llegué a Catarsis, algo utópico, a mi modo de ver. Para mí la fe era un don que solo los necios poseían, algo a lo que aferrarse porque no se atrevían a enfrentarse a la cruda realidad, pero ahora mismo, gracias a esa fe, no tengo miedo.

Bueno, decir que alguien no tiene miedo a la muerte sería mentir un poquito. Aunque no tengo miedo a la muerte en sí misma, lo que me da miedo es el dolor o el sufrimiento y, sobre todo, me da pavor pensar en la muerte de los que quiero.

Ahora sé que después de morir siempre habrá Alguien aguardándome para que no esté sola y que tendré una nueva oportunidad de volver a reencontrarme con mi amor. Y todo ello es gracias a Catarsis.

Todos nos hemos encomendado al Gran Máster, pero nadie lo ha visto. La gran mayoría de las criaturas está decepcionada porque Él ni siquiera se ha dignado a aparecer para darnos ánimos o para afirmar que está de nuestro lado. En este preciso momento, en el que nos preparamos para luchar por Él y por toda Su Creación, a morir por Él y a defenderle del ataque de sus propios hijos, ni siquiera ha venido a desearnos suerte. Y es, precisamente por este motivo, por lo que me dispongo ahora mismo a dedicar unas palabras a mi gente.

Después de comprobar que mi armadura está en perfectas condiciones y que tengo todo lo necesario para la gran batalla, me dirijo volando hacia el lugar donde todos aguardan escondidos.

«Qué efímera es la calma antes de la tempestad» pienso.

Observo los rostros de las criaturas al sobrevolar por encima de ellos, la mayoría parecen relajados.

«¿Qué harías la última noche de tu vida?» me pregunto.

Hemos entrado, como acordamos, por partes y ahora mismo todos aguardan en sus escondites a que nosotros aparezcamos. Miro hacia arriba, comprobando que los dragones surcan los cielos y esto significa que ya estamos todos dentro.

Aterrizo en el centro de todo: la gran Roca Madre. Desde aquí todos podrán verme y escucharme. Algunos, al descubrirme tan cerca de ellos, se levantan del suelo a toda velocidad saliendo de sus escondites, esto llama la atención de los que tienen a su lado y así sucesivamente, hasta que se forma un inmenso círculo a mi alrededor, tan grande que no alcanzo a ver su fin.

Una música de violines, tipo irlandesa, comienza a sonar y me anima bastante.

—¡Pueblo de Catarsis! —Alzo la voz con todas mis fuerzas. Enseguida veo a Suria y Cedrik en primera fila, agarrados de la mano, mirándome con respeto. Continúo diciendo: —No voy a mentir a nadie, pues todos sabéis que estamos en clara desventaja frente a los serafines y si os dijese lo contrario, no os estaría tomando en serio, os estaría mintiendo y eso no es amor —hago un guiño a mi querido serafín, que me mira, orgulloso, desde una colina a lo lejos, pues quiere dejarme mi momento. Akrom, que está a su lado, le da un codazo para que se limpie la baba y este gesto me hace sonreír—. Creo que os merecéis mi sinceridad, os la habéis ganado a pulso.

»No os puedo garantizar una victoria, pero sí os voy a prometer algo mucho más importante que eso: ¡la satisfacción de luchar por nuestro mundo!

»Pensad que no lucháis por el Gran Máster, que no lucháis por mí y que ni siquiera lucháis por Catarsis... Pensad que lucháis por vosotros mismos, por conservar todo aquello que sois, todo aquello en lo que creéis, por una nueva sonrisa de vuestros hijos, por el amor de nuestros padres y hermanos, y por la belleza de otro amanecer en este increíble mundo.

»Os voy a recitar unas palabras que alguien me dijo una vez y que yo siempre creí que eran al contrario hasta que vine aquí: «hay que creer para poder ver». Ahora estoy completamente convencida de que estas palabras son la mayor verdad que existe y quiero que sean la fuerza que os guíe en la batalla, porque Catarsis alberga la mayor grandeza de todos los mundos y esa fuerza sois vosotros, las criaturas que lo forman.

»Por eso os pido, hermanos, que no retrocedáis ante el adversario, que creáis en vuestra fuerza y que luchéis hasta el final con todo vuestro ímpetu, porque solo entonces tendremos esa única oportunidad de vencer. ¡¿Estáis conmigo?! —pregunto, alzando el puño».

El grito descomunal de la multitud con puños y patas en alto me sirve de respuesta. Los dragones, encabezados por Arcan, sobrevuelan el cielo sobre nosotros, lanzando llamaradas de fuego que también me indican su apoyo.

—¡Pues vamos a terminar con esos malditos traidores! —rujo con todas mis ganas alzando el vuelo y sacando la Segadora de Almas para izarla en lo alto, mientras, todos los habitantes de Catarsis corren por tierra para seguirme.

No sé si venceremos o no, pero ahora mismo me han insuflado tanta fuerza que sería capaz de derrotar yo sola a todos los serafines y si esto no es un acto de fe, no lo es nada.

Avanzamos a toda velocidad hasta la montaña donde se encuentra recluida Ahura con sus hermanos, que hace las veces de Palacio de Cristal.

Vamos a ver cómo podemos derribar las compuertas que la fortifican.

No es demasiado tiempo el que pienso en cómo abrir la puerta, porque descubro que una gran masa oscura avanza hacia nosotros.

—¿Qué diablos es eso? —le pregunto a Azael, que surca los cielos a mi lado.

—Serán los engendros que ha creado mi hermana —anuncia.

—¿Ya sabías de su existencia?

—¡No, pero lo imagino! Con tanto tiempo libre habrá creado sus propias criaturas —augura.

Da igual, no hay tiempo, lanzo un hechizo de protección para cubrir con una inmensa aura a todas las criaturas de mi bando. Azael, a su vez, lanza maná por doquier, para rellenar sus niveles. Nuestro plan es permanecer arriba para proveer de lo necesario a los de abajo. Bajo ningún concepto, ni Azael ni yo debemos bajar, en teoría, claro.

Hago una señal con fuego, parecida a una bengala, para llamar la atención de la masa, ya que van obcecados en correr hacia la montaña y se van a chocar de frente con los monstruos que todavía no han visto. Suria y Akrom me miran, preguntándome qué ocurre y entonces desciendo para advertirla del riesgo que se aproxima y vuelvo enseguida al lado de Azael, que se aguanta para no reñirme. Suria hace una indicación a los de atrás para avisarles de que se avecinan los engendros por tierra y así, sucesivamente, hasta que todas nuestras filas se han enterado.

Entonces, todos se detienen para que los arqueros tomen las primeras posiciones, incluido Cedrik, que obedece las órdenes de su padre. Preparan los arcos y las flechas.

Azael observa cómo se van aproximando los engendros.

—¡Todavía no! —brama nervioso.

Todos aguardan la señal, creo que los engendros todavía no los han descubierto, porque siguen avanzando. Eso, o que les da igual morir.

Cuando Azael baja el brazo a la voz de «¡ahora!», ya están tan cerca unos de otros que se pueden mirar a los ojos.

Miles de flechas vuelan por los aires, haciendo caer al suelo miles de cuerpos, pero, aun así, sigue habiendo muchos engendros. Azael y yo también lanzamos meteoritos que se cargan a varios de golpe.

La escena se repite sucesivamente hasta que los monstruos están demasiado cerca de nuestro grupo.

Entonces, por encima de los arqueros saltan los unicornios, a los que cabalgan seres de Nhacúm cargados con lanzas, a la vez que los guerreros del reino del Mal, guiados por Akrom, avanzan, dejando a los arqueros atrás, pues ya no pueden arrojar más flechas por si alcanzan a alguien de nuestro bando. Es hora del combate cuerpo a cuerpo. Azael y Akrom han instruido bien al ejército.

Mi aura les protege, esto significa que tardan más en infligirles daño, pero aun así, lo hacen. Puede ser que la estadística sea de tres a uno, es decir, que por cada tres que matamos nosotros, ellos matan a uno de los nuestros. No está mal, pero no es suficiente.

Visto desde arriba, el momento justo en el que impactan ambos frentes es algo brutal. Ya no se distingue un bando de otro, todo es lucha encarnizada, gritos, gruñidos, carne desgarrada y sonido de espadas al chocar. Me niego a permanecer aquí quieta observando cómo matan a todos.

—¡Azael, cúbreme! —le ordeno.

—¡No!

No le doy opción a nada, porque descendo en caída libre hasta llegar al campo de batalla, aterrizando de manera violenta en un pequeño claro, justo donde Suria combate con uno de los gigantes. Levanto la Segadora de Almas por encima de mi cabeza y comienzo a lanzar rayos a todos, sin piedad, el resultado es que miles de bichos aberrantes van cayendo al suelo y solo los nuestros quedan en pie.

¡Me los he cargado a todos!

El clamor de la victoria nos invade y gritamos al unísono con el puño en alto.

—¡Vamos a sacar a esos malditos cobardes de su escondite! —Aúllo, emprendiendo el vuelo de nuevo para que no se detengan a contemplar a nuestros caídos, que son muchos.

—¡Síiiii! —gritan todos, corriendo hacia la montaña de nuevo.

Una vez que estoy arriba, Azael me observa molesto.

—Para ganar una guerra es necesario que se siga el plan trazado al pie de la letra, de lo contrario, estamos perdidos —me reprocha irritado.

—Necesitaban mi ayuda.

—¡Necesitamos que te mantengas con vida! ¡Maldita sea, Noa, si cada uno hacemos lo que nos da la gana esto no funcionará! —augura, señalando hacia la gran puerta de madera que sella la montaña.

Miro en esa dirección. Los dragones debían arrasar a los arqueros que estuviesen sobre sus murallas con las llamas, sobrevolando el

Palacio/montaña. Pero descubro que los dragones se están enfrentando a unas cosas redondas gigantes que avanzan hacia nosotros lentamente. Ellos les lanzan fuego, pero las moles desde abajo les disparan ballestas enormes. El ver cómo caen algunos, me desgarró el alma.

—En una buena partida de ajedrez hay que sacrificar algunos peones para poder matar al rey, siempre salvaguardando las piezas clave. Si solo te centras en defender a tus peones, jamás lograrás alcanzar al rey, ni mucho menos salvar a nadie —me alecciona mi compañero al adivinar mis pensamientos.

—Comprendo—admito, intentando no ponerme a llorar.

—¡Vamos, Noa!

Nos aproximamos volando hasta las cosas que están disparando a los dragones y compruebo, espeluznada, que se trata de unas tarántulas descomunales, metalizadas y armadas hasta los dientes.

—Azael, los dragones detectan el calor corporal, por eso no han descubierto a esos bichos, porque son máquinas, ha sido una trampa ¡alguien nos ha delatado!

—¡Ya me lo temía!

—Pero creo que nosotros sí podemos detenerlas —le sugiero a Azael, señalando hacia abajo.

—Noa, tú y yo no debemos actuar hasta estar dentro con los serafines, ese es el plan —me contradice.

La sangre me hierve, no puedo quedarme de brazos cruzados aquí arriba, me niego.

—El plan no servirá de nada si esas malditas arañas se cargan a todos,

por una maldita vez en tu vida ¡escúchame!

Él me mira, indeciso.

No tenemos tiempo de discusiones, que haga lo que quiera. Bajo hasta ellos, esquivando varias lanzas de camino que me disparan con esas enormes ballestas. El fuerte silbido del arma al pasar por mi lado es algo que da mucho miedo.

Al llegar a su altura, aterrizo sobre la cabeza y compruebo que hay un elfo negro que dirige a la araña y otro que dispara la ballesta. Saco la espada y me cargo al primero, entonces el segundo sale de su escondite para dispararme y le mato también. La araña se queda quieta, ya no se mueve.

«¡Eureka!».

Salto sobre la grupa de la araña y parece que no reacciona: «es una especie de vehículo», supongo. Busco rápidamente el lugar por el que entrar a la sala de mandos, donde estaba el primer elfo conduciendo, pero no encuentro ninguna puerta.

A todo esto, las demás arañas ahora me disparan a mí.

Una gran sombra tapa mi campo de visión y enseguida un cuerpo enorme se desploma junto a nosotros, haciendo temblar la tierra. Se trata de un dragón, uno de los pocos que todavía sobrevuelan el cielo. No está muerto del todo, agoniza a mi lado. Me enfoca con su oscura pupila vertical en medio del rojo de sus ojos, observo que están llenos de pánico y que me suplican ayuda.

—Sálvanos —musita.

—¡Lo haré! —sentencio, con mis ojos anegados en lágrimas.

Y entonces, su pánico se transforma en paz y el dragón cierra los ojos para siempre.

—¡No! ¡No te mueras! —sollozo.

Me obligo a seguir adelante, cada segundo cuenta.

Intento teletransportarme hasta la sala de mandos, pero nada. Trato de atravesar la pared metálica, pero nada. Este trasto debe estar a prueba de magia, seguro. Arranco un trozo de pelo de la araña con todas mis fuerzas y, efectivamente, hay un pequeño hueco por el que paso sin problema hasta llegar a la bendita sala. Esto, de pronto, se ha convertido en un mostrador lleno de botoncitos y luces, dando un salto hasta el siglo XXX, no doy crédito a lo que ven mis ojos.

«Está bien, Noa, cálmate», me animo a mí misma.

La araña que tengo justo delante se dispone a disparar otra ballesta a un dragón, lo que me obliga a coger el volante que tengo frente a mí y dar a todos los botones que me parece. No sé cómo, pero mi araña avanza hasta la otra y la empuja, con lo que falla el tiro.

—¡Bien! —exclamo, entusiasmada.

«Ahora solo tengo que cargarme a las otras diecinueve más que hay».

Vuelvo a dar a los botones a la vez que muevo el volante y así, poco a poco, le voy cogiendo el truco a esto. Cuando por fin logro manejarla, arremeto, una tras otra, contra las arañas que tengo más cerca, volcándolas. A las cinco primeras las pillo desprevenidas, pero las otras catorce ya se han dado cuenta de que algo raro sucede y ahora me disparan a mí en vez de a los dragones.

Cuando tengo a una de ellas justo delante y al elfo apuntando directamente hacia mi posición, no sé qué hacer, solo se me ocurre taparme la cabeza con ambas manos. Pero la lanza que sale de la ballesta no llega a

impactar contra mí, algo hace que se desvíe de su trayectoria y pronto compruebo de qué se trata.

—¡Azael!

Sí, Azael, montado a lomos de Arcan, ha cogido al elfo junto a la ballesta entre sus garras para lanzarlo por los aires. Me falta bailar La Conga de la alegría que me entra por el cuerpo.

El serafín se introduce también en la cabina de la otra araña y, bajo mi atónita mirada, se dispone a atacar a las demás, derribándolas sin problema.

«¿Cómo habrá sabido manejar tantos botoncitos?», me pregunto intrigadísima.

Cuando tenemos a las últimas cinco arañas haciéndonos frente, pulso un botón donde hay dibujado un lápiz enorme. De pronto, la araña que tengo delante sale volando por los aires.

—¡Es un misil! —grito entusiasmada.

Pero parece ser que las otras arañas ya sabían de la existencia de estos misiles, pues no dudan en activarlos. De repente, la expresión «cuerpo a tierra» cobra más sentido que nunca porque Azael ha saltado hasta mi posición para empujarme hacia fuera, justo antes de que las dos arañas en las que estábamos se conviertan en cenizas.

Los dragones aprovechan para cargarse otra araña más, pero las demás no tardan en dispararles de nuevo. Todavía quedan tres.

—¿Estás bien? —me pregunta Azael, a la vez que me remolca hasta una roca para refugiarnos tras ella. —Permaneceremos aquí un momento, hasta que recuperes la fuerza.

—Solo quedan dos dragones —sollozo.

—No pienses en eso ahora, Noa.

—Pero se extinguirán —me lamento —hay que decirle a Arcan que regrese a Orgrom.

—En Orgrom no hay nada ¿crees que si gana Ahura servirá de algo que Arcan vuelva a su Reino?

—No.

—Esa era la razón por la que no debíamos informar a los habitantes de Catarsis de todo esto. Su ignorancia les aseguraba la supervivencia, Noa. Una vez que los serafines descubran que todos están luchando contra ellos, arrasarán con todo. No quedará nada —presagia.

—Lo sepan o no, Ahura iba a matarlos de todas formas, quiere un nuevo mundo y no creo que esté dispuesta a dejar a nadie con vida, pues corre el riesgo de que tarde o temprano se revelen contra ella.

Apoya su cabeza sobre la roca, mirándome.

—Noa, eres una kamikaze, pero de momento no lo estás haciendo nada mal —me concede, impidiendo que una sonrisa asome a sus labios.

Me da un beso fugaz.

—Yo también te quiero, Azael —bromeo, mientras lo empujo para que se asome a ver si hay moros en la costa o si podemos salir.

Me avisa para indicarme que las arañas están de espaldas a nosotros, circunstancia que aprovechamos para salir a toda prisa y dirigirnos hacia una de ellas. Yo saco mi espada y destrozo sus patas en un solo instante, mientras, Azael salta sobre los dos elfos que la controlan para matarlos, casi no les da tiempo a reaccionar, caen al suelo fulminados.

—¡Dispara a las dos arañas que quedan! —le ordeno desde abajo.

—No debemos gastar los misiles, los necesitamos para derribar la puerta —me informa.

—¡Joder! Siempre tiene que estar en todo.

Las dos arañas que permanecen frente a nosotros se han girado para atacarnos... «¡ay, madre!».

Entonces, me doy cuenta de que Azael está envuelto en su famosa llama azul. Levanta a una de ellas por los aires y la estampa contra la otra, a la vez que miles de meteoritos salen de su mano hacia ellas, provocando una gran bola de fuego que las termina de destrozar por completo.

Salto y aplaudo, gritando, embargada por la emoción. Él me observa divertido.

—¿No decías que necesitábamos los misiles? —pregunto, respirando con dificultad por tanto esfuerzo realizado.

—Ya nos ocuparemos de la puerta después —balbucea, intentando recuperar el maná gastado.

—¡Nos hemos cargado a todas las arañas, casi no lo puedo creer! —exclamo extasiada y me abalanzo sobre sus brazos para besarlo con todas mis ganas. Él me responde sin pudor.

Un murmullo a nuestra espalda hace que nos separemos para descubrir de qué se trata.

—¡Lo habéis conseguido! —exclama Akrom, que viene seguido por todos los demás.

Salto desde lo alto de la araña para encontrarme con ellos. Azael baja

también, pero no tan efusivamente.

—Estábamos escondidos aguardando alguna señal de auxilio, pero habéis acabado con ellos vosotros dos solos —nos informa el rey leñador.

—Y los dragones —añado apenada.

En ese momento Arcan aterriza a mi lado, exhausto. Yo corro a abrazarme a él.

—¡Arcan! —Las lágrimas de emoción por volver a verle resbalan por mis mejillas.

—Todos han muerto, solo quedamos uno de mis hermanos y yo —expone desolado.

—Alguien ha debido contarles nuestro plan, han diseñado esas arañas especialmente para no ser detectadas por los dragones. Sabían que ellos iban a quemar las murallas, conocían su posición —le dice Azael.

—¿Pero quién habrá sido capaz de tal cosa? —inquire el rey arquero.

Suria y yo nos miramos.

—¡Killian! —pronunciamos a la vez.

Al estar conectado con nosotros ha sabido en todo momento dónde estábamos y nuestros planes. Si lo tuviese ahora mismo delante lo estrangularía con mis propias manos por rastroso, traicionero y asqueroso.

¡Será desgraciado!

Capítulo 29



La gran guerra.

Por fin nos encontramos a las puertas de la Montaña Maldita.

En un primer momento, los dragones debían achicharrar a los arqueros que se encontrasen sobre sus muros para nosotros poder avanzar hacia la puerta sin problema, pero debido a que mi querido amigo, el sapo asqueroso, se ha ido de la lengua, nos hemos visto obligados a cambiar de estrategia en el último momento. Aunque, de ser así, no comprendo por qué nos han permitido entrar por el portal hasta aquí en vez de acabar con todos nosotros.

En consecuencia, los ángeles, Azael y yo, hemos tenido que unir nuestras fuerzas para crear un aura protectora lo suficientemente fuerte como para que las flechas no la atravesasen. Eso nos ha permitido llegar hasta el túnel donde se encuentra el gran portón de entrada, pero nos ha restado demasiado maná a todos, cosa que debíamos mantener intacto hasta la batalla contra los serafines, pero bueno, ya trazaremos algún otro plan sobre la marcha.

Por cierto, los búhos se han negado a colaborar, desconocemos el

motivo porque solo han dicho que no podían hacerlo y la verdad es que no tengo tiempo para discusiones. No han hecho magia desde que los encontramos y me resulta demasiado sospechoso.

Hemos levantado esas malditas arañas del suelo gracias a la descomunal fuerza de los dragones. En el transcurso de este tiempo, he descubierto que los elfos son buenos conductores y, por lo visto, también entienden de misiles, algo que jamás me hubiese imaginado dado su perfil pacifista, pero que nos viene de perlas, ya que hacen impactar las bombas en el sitio justo para destruir la puerta. Uno de los misiles de esos monstruosos artefactos impacta de lleno sobre el inmenso portón de madera, seguido de otros cuatro misiles más que terminan por destruir la parte del centro.

Se ha formado un agujero de un tamaño considerable en medio de la gran puerta. Todos observamos ansiosos dicho boquete, pues lo que nos aguarda al otro lado es tan subrepticio como aterrador. Al atravesar esa maldita puerta se decidirá el destino de todas las razas de este mundo y eso da un poco de vértigo. Además, miles de rayos azulados recorren los restos colgantes de madera que no han sido destrozados, lo que quiere decir que han usado la magia para cerrarla.

—Noa, ve tú primera —me anima Suria —nosotros te seguiremos.

Miro a Azael, que se encuentra a mi lado y asiente. Es lo malo que tiene ser la líder de un grupo, que siempre esperan que tú seas la que dé la cara ante todo, para lo bueno y para lo malo.

Pego mi espalda a la puerta y asomo la cabeza por el orificio, comprobando sorprendida que al otro lado no hay un batallón de engendros aguardando para matarme. Sospechosamente, no hay nada. Todo es silencio y sosiego.

«Qué extraño —me digo a mí misma—, esto me huele muy mal».

Todos están en posición de ataque, con el corazón en un puño, esperando que en cualquier momento aparezca alguien sobre nosotros para atacarnos, es horrible esta tensión continua, casi cuesta respirar.

Con un gesto de mi mano, derribo lo que queda de la gran puerta, que desaparece sin más, pues una vez dañada, es muy fácil destruir el resto con solo visualizarlo. La magia que la fortificaba se ha roto.

Levanto el brazo en señal de «stop» para que nadie me siga. Voy a echar un vistazo rápido para asegurarme de que no hay peligro y poder avanzar. Azael, por supuesto, viene conmigo. Por mucho que le intente convencer para que permanezca junto a los demás, no va a hacerlo, por lo tanto, es absurdo discutir.

Doy pasos muy lentos, intentando no hacer ruido, «sí, ya sé que es una tontería, porque nos están esperando, pero digamos que es puro instinto de supervivencia».

El paisaje que tenemos delante es bastante desolador, todo es gris, parece estar abrasado, como cuando las llamas arrasan un bosque, pues eso es lo que hay aquí: árboles quemados, riachuelos secos, cadáveres negros, cenizas y escombros.

—¿Este es el Reino del Bien? —pregunto, decepcionada—. Hasta el Reino del Mal es más bonito que esto.

Pensaba que el aspecto tenebroso que vimos ayer, era una simple quimera y que en realidad sí que sería colorido y paradisiaco, pero va a ser que no.

Azael aprieta su mandíbula, observando con rabia su alrededor, está

muy enojado.

—Y no era así. Nada es como yo lo recordaba. Ahura habrá absorbido el alma de todo lo bueno para que su magia siga subsistiendo. Supongo que, al yo ser feliz, ella sería la más desdichada del mundo y por eso se habrá alimentado de almas inocentes.

—Ah, ya, vuestra maldita balanza —recuerdo.

Escucho un crujido a mi derecha y saco la espada de manera automática.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Pero a quién tenemos aquí?

Azael y yo nos volvemos de golpe hacia la dirección de la que procede la armoniosa voz, para descubrir a un gran ser alado frente a nosotros, es resplandeciente y de color violeta, permanece bajo un arco de cristal, que no sé de dónde ha salido.

—¡Duma! —Se sorprende Azael.

—¡Hermano! —Si no supiese que quieren aniquilarse mutuamente, me enternecería dicho encuentro, pues realmente parece que hay amor en sus miradas. Aunque, a decir verdad, el hecho de que Azael sea el gran Serafín Supremo del Reino del Mal, tendrá algo que ver en la mirada de respeto de Duma.

—¡Ya no soy tu hermano! —ruge Azael, haciendo refulgir más que de costumbre el color ámbar de sus ojos.

El serafín morado echa una mirada rápida a los seres que aguardan al otro lado de la puerta, no sé si podrá verlos a todos, pero, a juzgar por su expresión, parece que está, cuanto menos, sorprendido por el número. Por otra parte, la multitud se agolpa al otro lado de la puerta para intentar ver con sus propios ojos al famoso serafín. Y él se percata de este hecho.

—Azael, siempre fuiste demasiado impulsivo —habla en un tono muy alto, para que no solo le escuchemos nosotros dos—, ¿no crees que antes de reunir a todas las criaturas de Catarsis para intentar terminar con nosotros que, al fin y al cabo, solo hemos velado por su bien, deberías haberte asegurado de nuestras intenciones?

—¡Vuestras intenciones están más que claras! —le interrumpo, enojada—. Si sois seres de paz que solo pretendéis proteger a esta pobre gente ¿por qué creasteis a todos esos monstruos que nos han atacado hace un momento?

No pienso permitir que nos deje como unos locos que se han inventado una historia absurda. Pretende que, aprovechando el miedo a morir del pueblo que los venera desde siempre, le den la razón a ellos, pero no lo va a conseguir.

—Pura defensa —alega contrariado.

Duma clava sus fulgurantes ojos rosas en mí, casi me duele mirarlo, pero le sostengo la mirada como puedo.

—¡Noa! —exclama muy alegre—. Jamás pensé que nadie consiguiera resucitar el corazón de mi hermano, pero lo has hecho ¡y de qué manera! Pues late más fuerte que nunca —comenta, absorto ahora en Azael—, ¿es... ella?

Azael aprieta los puños.

—¡Déjala en paz! ¡Esto es solo entre vosotros y yo!

—De ninguna manera, hermanito, ella ha venido a este mundo porque Él la ha traído para acabar con nosotros y encima tú la estás ayudando —me acusa, cambiando su semblante a uno mucho más serio y peligroso.

—¿Qué sentido tendría eso? ¿Por qué la iba a enviar Él? —inquire Azael.

—¡Oh, venga ya! —se queja, le molesta que le estemos intentando engañar—. Alguien que es capaz de traer hasta aquí a las más diversas criaturas, cuando jamás han cruzado ni siquiera la frontera de un Reino a otro, no es una cualquiera; además, no contenta con eso, también ha traído a todos los reyes de cada clan. ¿Quién si no podría portar la Segadora de Almas? ¿Quién si no La Elegida por el Gran Máster? Tú eras el único que podrías haber terminado con ella, pero te llenaron la cabeza de historias románticas y te enamoraste de algo que jamás podrás llegar a ser. ¿O acaso has soñado con vivir junto a ella después de que todo esto termine, querido Azael? ¿Eres digno de una existencia tan bella después de haber asesinado a tu mujer y a tu propio hijo? —Lo mira y suelta una carcajada—. ¡Qué ingenuo!

Eso ha sido un golpe bajo, sabe cuál es la debilidad de Azael: su odio hacia sí mismo.

—¡Claro que es digno, de eso y de mucho más! —espeto furiosa, amenazándolo con la espada, lo que le hace retroceder, nadie conoce los verdaderos poderes de mi arma legendaria.

Ha retrocedido un paso, pero no deja de mirarme desafiante.

—¿No crees, pequeña humana, que esta guerra debería librarse únicamente entre los seres de Catarsis? ¡Tú no pintas nada aquí! —me reprocha.

Vaya, este maldito serafín sabe dónde tiene que lanzar los dardos.

—Si vosotros no estuvieseis planeando matar a Nuestro Padre, no habría tenido que venir nadie a salvar este mundo —nos interrumpe un Azael muy vulnerable en estos momentos.

—Y si tú no hubieses deseado que viniese, nunca lo habría hecho. Mucho me temo que has tenido bastante que ver con el hecho de que ella esté

aquí, ¿me equivoco, Azael? ¡Tú la invocaste! —le acusa.

—¡Mientes! —se defiende.

—¿De qué está hablando? —le pregunto, confusa, pero él no me contesta.

Azael levanta ambas manos y sus alas se despliegan. No está recuperado todavía del maná gastado con las arañas, en este Reino le cuesta el doble.

—Entonces, Duma, —sentencia Azael, con los ojos ahora negros por el rencor —¿no niegas pretender asesinar al Gran Máster?

Duma pone cara de «*jups, pillado!*», pero, para mi sorpresa, no lo intenta disimular, incluso sonrío.

—¿Acaso serviría de algo negarlo? Vosotros ya lo habéis decidido, sois los buenos y nosotros los malos. Que gane el mejor —despliega sus alas violáceas, que son increíblemente hermosas.

—¡No mereces respirar, traidor! —ruje Azael, lanzando una ráfaga de fuego a su hermano, que desaparece y vuelve a aparecer a mi espalda para apresarme, haciendo que se me caiga de las manos la espada.

—¡Suéltala! —ruge Azael.

—Llegas demasiado tarde —le advierte su hermano—, como siempre.

Me eleva por los aires, tirando de mí y entramos en algo que parece ser otra dimensión, pues de pronto, todo a mi alrededor se torna blanco e inmaculado. Nos hallamos en una especie de castillo de níveo mármol, parecido al de las pelis de *Disney*, pero algo menos glamuroso.

Entramos volando muy rápido a una de las estancias, donde hay varios muebles blancos y también de cristal, uno de ellos es un gran trono donde una

impresionante mujer pelirroja se encuentra sentada tan tranquila.

Duma me deja caer a propósito contra el suelo delante de ella y me pego un buen golpe, pues han aparecido cuerdas alrededor de mis muñecas y tobillos que me inmovilizan.

—Aquí la tienes, Ahura, toda tuya —señala orgulloso.

Una música aterradora resuena en mi mente.

«¿Ahura?».

Ella se levanta muy dulcemente del trono, parece una mujer muy frágil, es demasiado bella para ser real, todo en ella me atrae, no quiero ni imaginarme a los hombres. Tiene una tez tersa y suave, muy pálida. Los ojos son de un azul tan claro que prácticamente parecen blancos. Lo único que aporta una nota de color a su rostro son sus labios carnosos y muy rojos, incluso estando sin maquillar. Su melena larga y sedosa brilla como un diamante.

—¿Cómo osas tratar así a La Elegida por Mi Padre? —se enoja ella.

De pronto, lanza una bomba a su hermano que le hace caer al suelo y retorcerse de dolor, pero ella ni lo mira, tan solo viene hacia mí, sin inmutarse y con solo un batir de sus largas pestañas suelta las ataduras que me mantenían inmóvil.

Me ofrece su mano para intentar levantarme del suelo, pero la rechazo y me incorporo yo sola.

—¿Estás bien? —su voz ahora es aterciopelada y melodiosa, no me extraña que a todos les entren ganas de declararse su fiel esclavo para siempre. Su sola presencia es algo tan reconfortante que nadie quisiera alejarse de tal fuente de felicidad nunca.

—¡Déjate de trucos! —intento apartarme de ella para no sucumbir a su embrujo.

Parece confundida, claramente quiere dar la sensación de fragilidad y pureza.

—Noa, no soy tu enemiga, te he mandado llamar varias veces para hablar, pero nunca has venido. No quiero que mueran más inocentes por un malentendido, yo debo velar por el bien de Catarsis y todo esto me está causando mucho sufrimiento —me explica de una forma muy serena.

—¡No vas a engañarme! Tú eres la única responsable de todo esto, tú has convencido a tus hermanos para acabar con el Gran Máster y así poder ser la más poderosa de Catarsis, no me vengas ahora con esa carita y esa vocecita de niña buena, a mí no conseguirás engañarme.

Me fijo en sus ojos, que están repletos de lágrimas.

—No entiendo cómo alguien puede ser capaz de pensar tal cosa —solloza —yo amo a Mi Padre por encima de todas las cosas, daría la vida por Él sin dudarle y mis hermanos también. No sé por qué se han inventado todas estas mentiras sobre nosotros.

—¿Entonces, por qué estáis aquí escondidos, aguardando a que llegue el momento? —insisto.

—¿Qué momento? No sé a qué te refieres, solo sé que Azael, de repente, perdió la cabeza y asesinó a Gressim, después de eso descubrí que pretendía matar a todos los demás. Mi pena es que no pude evitar que acabase con Enur, ni con mi amado Astaroz... —se le quiebra la voz—, pero no voy a permitir que vuelva a hacer daño a nadie más, ellos son inofensivos. Yo solo quiero protegerlos y, no contentos con eso, además, me acusáis de querer matar a Mi Padre. Creo que estás muy equivocada con respecto a tu amado Azael, Noa,

pues él es quien te ha engañado desde el principio.

—¡Mientes! Gressim, Astaroz y Enur confesaron la trama antes de morir, yo estaba presente —le recuerdo.

Parece que le duele que hable de la muerte de sus hermanos porque toma aire de una manera exagerada para tratar de serenarse.

—Ellos intentaron darle la razón antes de morir para que no los matase, pero no les sirvió para nada y ni aun así tuvo piedad —alega.

—No es cierto, no fue eso lo que sucedió —insisto.

Hace un gesto de incredulidad.

—¿Te ha contado ya Azael que fue él quien le pidió a Nuestro Padre que vinieses a Catarsis? Lo hizo a través de Ruffus, pero él te invocó. Fue mi hermano el que te perseguía en sueños en tu mundo, estaba obsesionado contigo, por mucho que le insistimos en que sería malo para ti venir hasta aquí, pues si mueres en este mundo, ya no podrás volver nunca al tuyo. Pero no le importaron en absoluto nuestras advertencias, porque él solo quería tenerte a su lado, como buen egoísta que es.

—Eso no es cierto, él no sabía nada —aseguro.

—¿Podrías explicarme, entonces, por qué crees que te estaba esperando en aquella posada? ¿Por qué no se ha alejado de ti desde entonces? ¿Por qué ha inventado todas esas mentiras para acabar con nosotros, que somos los únicos que conocen su secreto? Quiero que sepas, Noa, que somos los únicos que han intentado protegerte. Incluso Mi Padre le advirtió del peligro, pero no le escuchó. ¿No ves que realmente es él quien está tramando algo contra Catarsis y no nosotros? ¿Qué he de hacer para que me creas?

Me obligo a mantener la calma. Me resulta imposible que esta bruja sea

tan inteligente como para montar semejante trama de repente y siendo falsa, por eso sospecho que debe haber algo de verdad en ella.

—Mañana es el día de la Redención, te creeré si no asistes a la cita —la propongo.

—¡Claro que iré! —grita excitada, pero enseguida se obliga a volver al tono cordial que mantenía hasta hace un segundo—. Además de estar obligada a ello como única hija Suyá, es la verdadera oportunidad que tengo de sentir Su Gracia en mí después de tanto tiempo esperando, jamás me perdería tal privilegio, solo vivo por ello —exclama indignada.

—Ya...

«Se te ve el plumero, querida» pienso.

—Noa, Mi Padre con solo mirarme puede convertirme en cenizas, incluso sin mirarme ¿cómo se supone que voy a... ya sabes? —ni siquiera es capaz de pronunciarlo.

—Queréis debilitarlo con vuestros pecados —confieso.

Suelta una carcajada que viniendo de ella no resulta tan frívola.

—¡Bendita inocencia! ¿Sabes la de pecados que tendría que confesarle para que ni siquiera pestañease? No soy tan mala, ni haciéndolo a propósito conseguiría tal cosa.

—Has arrasado tu Reino y matado a sangre fría a todas las criaturas que habitaban en él, creo que es una cantidad considerable de pecados.

Ella parece dudar un segundo ante tal acusación, pero rápidamente pone cara de tristeza absoluta y se lleva la mano al pecho, dolida.

—¿Estás segura de que he sido yo? ¿Me crees capaz de hacer tal cosa?

¿Qué clase de monstruo te han contado que soy?

—¡Uno muy malo! —Ruje Azael a su espalda.

Ha aparecido, de repente, por una de las inmensas ventanas, como si fuese el salvador del mundo, iluminado por un fuerte haz de luz blanca a su espalda. Está algo ensangrentado, pero aliviado al comprobar que sigo viva. Yo trato de disimular mi alegría al verle para que ella piense que me está convenciendo su retorcida historia.

—¡Azael! —exclama ella, demasiado sonriente. Parece incluso enamorada.

—Tus juegucitos de hacerte pasar por alguien angelical no te van a servir con Noa, ella es fuerte e inteligente, no caerá tan fácilmente en tus redes como suelen hacer todos los demás —la acusa enojado.

—Pues precisamente porque es una mujer fuerte e inteligente estábamos debatiendo el motivo por el que no le has contado la verdad sobre su llegada a Catarsis, creo entender que le has dicho alguna mentirijilla al respecto —hace un gesto con sus dedos señalando algo pequeño.

Azael me observa, temeroso, buscando una explicación lógica, ya que no comprende a lo que se refiere su hermana.

—Me ha contado que fuiste tú quien me trajo aquí —le explico—, que no hay profecías, traiciones, ni leyendas, tan solo un capricho tuyo.

Si todo esto me lo hubiesen dicho al llegar a Catarsis, me lo hubiese creído, sin duda, pero a día de hoy, por supuesto creo en mí y creo en todo cuanto nos ha traído hasta este lugar y este momento, pero Azael no lo sabe.

—Noa, hace tiempo que te pedí que escuchases a tu corazón, ni siquiera me escuches a mí. ¿Crees que si hubiese sido mentira, hubieses conseguido

todo lo que has conseguido? Has movlizado a un mundo entero para guiarlos. Tú eres su profeta, no importa lo que te haya traído hasta aquí, lo único que importa es la grandeza que conlleva tal hecho. Tú eres la única que puede salvarnos a todos, incluso a mis propios hermanos.

—¿A tus propios hermanos? —Enarco una ceja.

—Ellos no son malos, solo siguen las órdenes de alguien a quien aman. —Se gira hacia su hermana—. Te doy la oportunidad de arrepentirte, Ahura, el futuro no está escrito aún, todavía puedes cambiar tu destino, no seas recordada como aquella traidora que quiso asesinar a su propio padre y que para ello arrastró a sus hermanos.

—¿Y cómo serás recordado tú, mi querido Azael, como aquel que vio arder a su propio hijo y no quiso hacer nada al respecto? —contraataca ella de manera mezquina.

Eso ha sido un golpe bajo.

Ni siquiera ha terminado la frase y Azael se abalanza sobre ella para estrangularla. Consigue agarrarla del cuello, pero Duma y Uzzah pronto le apartan de ella, «supongo que es el serafín de fuego porque es rojo».

Lo sujetan entre ambos, mientras Azael se retuerce con todas sus fuerzas intentando liberarse. Podía haber usado su magia, pero ha preferido sentir el sufrimiento de ella en sus manos.

«Y luego me dice a mí que controle mis impulsos» le reprendo para mis adentros.

Ahura acaricia su cuello por la parte donde momentos antes las grandes manos de su hermano le apretaban con saña.

—¿Ves a lo que me refiero? —le acusa haciéndose la mártir—. Siempre

ha sido así.

—¡Tú le has provocado! —le defiende.

Esto ya no le gusta tanto.

—Noa, es una verdadera pena, pero veo que tu amor por él te ha cegado, por lo tanto, es inútil seguir intentando que te unas a mí, ¡se acabaron las oportunidades! —Ahora utiliza un tono mucho más feroz y para nada inocente.

«Si consiguen inmovilizar a Azael estaré perdida, debo liberarlo mientras crean que me pueden captar en su equipo» pienso.

—No estoy ciega, Ahura, ni mucho menos enamorada de semejante bestia, —señalo en tono despectivo, Azael clava sus ojos en los míos—, sé que me ha engañado desde el principio y que me ha utilizado para su propio interés, pero yo también lo he hecho. No soy ninguna necia, de haberlo sido, no habría llegado hasta aquí, pero lo necesitaba para cumplir mi cometido y ya sabemos que a los hombres se les domina por medio del sexo —suelto con rabia.

—¡Oh! Esto no me lo esperaba —celebra la pelirroja, de nuevo entusiasmada.

—Aunque estoy indecisa, no quiero que matéis al Gran Máster y tampoco deseo que muera toda esa gente que me ha apoyado en la misión —añado.

Ella recobra la ilusión que parecía perdida.

—¡Yo tampoco! —Sonríe emocionada.

—¡Noa, no! —ruje Azael.

—¿Entonces cual es la solución? —le pregunto a Ahura.

Ella lanza una mirada de victoria a Azael.

—La única solución que veo posible es que mates a este traidor — pronuncia esta palabra en un tono jocoso.

—¿Y cómo me garantizas que después no me matarás a mí? —indago.

—Si quisiera matarte ¿no crees que ya lo hubiese hecho?

Pues va a tener razón, sí.

—Está bien, quiero que todos los serafines estén presentes cuando le aniquile, así podré estar segura de que mis amigos no serán exterminados mientras esto termina —ordeno.

Ella levanta el brazo para chascar los dedos. Al momento aparecen a mi alrededor dos serafines que han estado ahí todo el tiempo, pero que yo no veía.

—Encantada de conoceros, Ireul y Oriel —hago una exagerada reverencia que ellos ni se molestan en responder.

—¿Y bien? ¿Cómo piensas matar a este desgraciado? —pregunta ella.

—Con la espada que el Gran Máster me entregó para tal fin —contesto orgullosa.

Ella se sorprende de nuevo y Azael parece aterrado.

—¿Una espada? ¿Conoces al Gran Máster? Pero... —balbucea confusa.

—Él me la hizo llegar para que la utilizase —le informo.

Levanto el brazo derecho y deseo con todas mis fuerzas que mi espada aparezca entre mis dedos. Se me cayó en la entrada de la Montaña cuando Duma me apresó y nadie más puede cogerla, así que supongo que allí seguirá. Mi mano nota algo duro y frío que comienza a formarse en su interior, cierro el

puño para sujetarlo y, de pronto... ¡Eureka, la espada!

—¡La Segadora de Almas! —exclama Ahura, fascinada por el intenso brillo que desprenden sus rayos.

Yo asiento, orgullosa. Uzzah y Duma sujetan más fuerte al Señor del Mal, no se fían de mí y mucho menos del arma que tienen delante.

No creo que Ahura se esté tragando todo esto, sería demasiado fácil, pero he de aprovechar para que no se canse del jueguito y nos fulmine a ambos. Justo cuando me dispongo a matar a la preciosa serafina, descubro que una cabecita marrón asoma por la puerta, sigo con la mirada el camino del marco de la entrada y también descubro el cabezal de una flecha.

«Mira que les dije que no viniesen...» pienso irritada.

«Ahora te das cuenta de lo que fastidia cuando no te hacen caso» me reprende Azael en la mente.

Le echo un mal de ojo.

«¿Me has leído la mente todo este tiempo!?» le reprocho furiosa.

¡¡¡No doy crédito!!! Ahora sí que lo mato de verdad.

«No tenemos tiempo para discusiones. Tú ve a por Ahura, yo me encargo de los demás» me ordena.

Y sin que me dé tiempo a rebatirle, suelta un fuerte rugido:

—¡Ahora!

Veo cómo Suria, seguida por Akrom, Cedrik y todos los demás, aparecen en escena y arremeten contra los serafines y los demás seres monstruosos que los apoyan. Yo me abalanzo sobre Ahura, que se evapora sin más, haciendo que caiga al suelo.

Duma ha subido al techo y, desde allí, va curando a sus hermanos de cualquier daño que les causa Azael, que lucha contra Uzzah y Oriel. Además, sana también a los demás seres espantosos que luchan de su lado y así será imposible vencerlos.

De pronto, dieciséis luces blancas enormes aparecen repartidas entre nosotros, que nos apartamos a toda prisa de ellas, suponiendo que serán espectros a las órdenes de Ahura que también vengan a derrotarnos, pero enseguida descubrimos que estamos equivocados.

—¡Son los arcanos! —exclama Akrom emocionado.

Los dieciséis arcanos, ataviados con túnicas de distintos colores y unos más viejos que otros, no se molestan en saludar a nadie, se limitan a lanzar rayos rojos desde sus báculos contra los serafines y rayos azules hacia nuestros hombres para curarlos.

Me entran ganas de saltar de alegría. ¡Ahora están más igualadas las fuerzas! ¡Qué subidón!

Pero he de centrarme.

«¿Dónde se ha metido esa maldita serafina?» me pregunto.

La busco por la sala, pero no la percibo. Solo veo cuerpos luchando unos con otros. Cada serafín con uno de sus rayos mata a cientos de criaturas de las nuestras, estamos en clara desventaja y, por si fuera poco, Duma sana el escaso daño que logramos causar a los serafines.

Uno de esos rayos casi impacta contra Suria, pero en el último momento, el rey arquero, el padre de Cedrik, lo desvía con una de sus flechas, salvándole la vida. Ella no se ha dado ni cuenta, porque sigue luchando contra uno de los orcos, pero su hijo sí lo ha visto. La mirada que se lanzan padre e

hijo entre los enormes cuerpos combatientes lleva un perdón y una reconciliación implícitos, por lo que una sonrisa de satisfacción asoma a mis labios. Incluso en el peor de los escenarios hay algo de extraordinario.

Salgo a toda prisa de la sala para tratar de descubrir dónde ha huido la serafina cobarde, cruzándome por el pasillo con repugnantes engendros que aniquilo sin problema con mi espada.

Me topo de frente contra un montón de alfombras esparcidas sobre el suelo de mala manera, es como si alguien hubiese huido mientras intentaba ocultar algo con ellas. Me agacho para retirar una y descubro que debajo hay una trampilla, justo a los pies del altar de mármol blanco que tengo frente a mí. Levanto dicha trampilla y, a pesar de estar muy oscuro, se adivina que a continuación hay algo hueco, tipo pasadizo o túnel.

«¿Qué diablos habrá ahí?». Mi espíritu cotilla no me permite continuar por el pasillo, así que decido descender a través de una estrecha escalera de piedra de pequeñas dimensiones para averiguar qué hay.

Cuando llego al final, descubro que estoy en una cripta. Al descender hasta aquí, me da la impresión de haberme adentrado más aún en el mundo de lo oculto. Se trata de un habitáculo lleno de arcos de medio punto y columnas dóricas, todo ello construido con rocas antiguas y medio derruidas.

Puedo vislumbrar en la penumbra que en las paredes hay varias sepulturas y algunos huecos vacíos, es decir, que alguien ha salido de sus tumbas. La luz rompe, de pronto, durante unos breves instantes la oscuridad, envolviendo la estancia con un aspecto más mágico aún. Este haz de luz marca justamente un hueco en la pared.

«¿Se guardarían reliquias en él? ¿Se mantendrá algún culto en este lugar?» me pregunto.

Un escalofrío recorre mi piel, no me siento segura aquí abajo.

—¿Noa? —pronuncia una voz de ultratumba.

Yo elevo la espada de manera automática por delante de mi rostro.

—¿Quién eres?

—Somos nosotros, los magos —anuncia otra voz, ésta más débil que la primera—. Estamos aquí, ayúdanos —me pide.

Guardo entonces la espada y me apresuro hacia la procedencia de la voz, que no es otro lugar que el hueco de la pared alumbrado por la luz.

Cuando he llegado a la altura del agujero negro, consigo vislumbrar a los tres búhos, uno de ellos tendido sobre el suelo, muy débil, están metidos en una jaula que no les permite ni siquiera mantenerse en pie.

—¡Noa! —exclaman animados por verme los dos que mejor están.

—Pero ¿qué hacéis aquí metidos? —les pregunto, mientras rompo el candado con mi mente.

—Esa bruja nos encerró al comprobar que ninguno teníamos magia.

—¿Y por qué no os mató? —No lo entiendo, si no le servían de nada.

—No puede.

—¿Por qué? Azael dijo que si su hermana lo descubría, os despellejaría.

—Cada mago está conectado desde el principio de los tiempos con su serafín. Nosotros siempre hemos sido los conectores entre el pueblo y Su Señor. Podemos comunicarnos telepáticamente y sentimos lo que perciben ellos —me explica el más mayor.

—¿Sentís lo mismo? —pregunto—. Si yo te pincho ¿le duele a Tu Señor

también?

El búho niega con la cabeza.

—Eso resultaría demasiado obvio. Cada serafín está conectado a uno de nosotros, pero no a Su Señor, sino a otro al azar. El Gran Máster lo decidió así para que no pudiesen dañarnos tan fácilmente.

—¿Os repartió al azar?

—Así es. Si uno de nosotros sufre, el serafín que le corresponde lo hace también, descendiendo su magia y viceversa, pues a nosotros también nos afecta de igual manera lo que les ocurra a ellos.

Observo al búho que yace moribundo, algún serafín debe estar a punto de caramelo.

—¿Y si muere un serafín, vosotros morís también?

—Así es, al morir, ambos nos fundimos en un solo ser para formar un alma pura, pues los serafines y nosotros somos almas gemelas.

Ahora ya me salen las cuentas.

—Pero eso no ocurre con las demás criaturas —le planteo—, solo con vosotros, pues nadie muere cuando muere su pareja. De hecho, los espíritus que hay en el Reino del Mal están allí por no haber podido encontrar a su alma gemela en vida.

—Así es.

¡Ostras, qué fuerte!

«Pero no me salen las cuentas si yo soy el alma gemela de Azael...»
conjeturo.

—Azael y yo somos Serafines Supremos, no necesitamos ningún patético

bichejo de estos para convertirnos en almas puras —la voz de Ahura resuena entre las frías paredes de la cripta, pero no logro verla.

Hago aparecer mi espada de nuevo y la mantengo en posición de ataque, protegiendo a los búhos que están junto a mí.

«Si supiese qué búhos son los que pertenecen a Uzzah, Duma, Oriel o Ireul, no dudaría en acabar con ellos» pienso.

—¿Te estás planteando matar a unos inocentes magos, Noa? —La voz de Ahura me sobresalta—. Eso no sería demasiado altruista, ¿no crees?

Los pobres búhos me observan con cara de miedo.

—¡No la escuchéis! Lo único que intenta es ponerlos en mi contra —les aviso.

—¿Y si te dijese que estos tres búhos son los que pertenecen a tres de mis hermanos y por esa razón, precisamente, los tengo aquí resguardados? —me insta la malvada.

Desde que hemos coincidido, la serafina me está poniendo a prueba, cuando podría haberme matado sin problema y no entiendo el motivo de este comportamiento, ¿se estará divirtiendo?

—Es obvio que permanecen aquí escondidos para que nadie pueda dañarlos, pero no me creo que la razón sea la que insinúas —le rebato—. Y el verdadero motivo es que ni siquiera tú sabes a quién pertenece cada búho.

Quiere que crea que pertenecen a Oriel, Uzzah, Ireul o Duma para que mate a los tres magos y así, ya de paso, matar al de Azael. Entonces, está claro que Azael debe tener el suyo propio, porque de no ser así, todo esto no tendría ningún sentido. Aunque, de esta manera, se arriesgaría a que su mago sea uno de estos y morir ella también. A no ser que sepa a ciencia cierta quién es el

suyo, como ella insinúa... ¡Dios mío, qué lío!

—Eres demasiado inteligente para este mundo, Noa, una lástima que debas morir.

Como aprendo de mis errores, lo primero que hago es pegar mi espalda a la pared más cercana para que no vuelvan a atraparme a traición.

—Y tú eres demasiado tonta —la provocho a ver si se materializa para poder verla—, nunca te saldrás con la tuya, el Gran Máster está de nuestro lado.

Entonces, su melena pelirroja hace su aparición en escena para lanzarse sobre mí con todas sus ganas. Los magos se cubren la cabeza con las alas y yo empuño la espada con fuerza para contra atacar.

Pero justo cuando íbamos a chocar una contra la otra, una fuerza descomunal consigue derribarla y hacerla caer al suelo. Un montón de orcos y seres amorfos la sujetan por las alas y los brazos, inmovilizándola mientras ella forcejea.

¿Dónde he visto yo a esos seres antes?

—¡Qué ganas tenía de que llegase este momento, Mi Señora! —la voz de Olwa a mi espalda hace que los dos búhos corran a reunirse con ella entre llantos y sollozos de alegría.

Ella los arropa con sus alas y lanza un hechizo de sanación al que está a mis pies herido de muerte, logrando que se recupere de nuevo.

—¡Olwa! —exclamo, sorprendida.

No sé si alegrarme o no por su aparición.

—¿Y si al sanar a ese mago, estás sanando también a uno de los

serafines malos? —le pregunto, adivinando por fin de qué bando está.

—El fin justifica los medios, Mi Señora, y mi único fin es mantener a mis hermanos con vida —me explica.

Veo algo distinto en sus ojos, parece un ser autómatas y sin vida. Y entonces recuerdo el conjuro de esclavitud que lancé en Clasir y supongo que hizo efecto, por lo que todos los que sobrevivieron al derrumbe del Palacio de Cristal me han seguido hasta llegar aquí para servirme.

—¿Cómo que *Mi Señora*?! —protesta Ahura—. ¡Tu Señora soy yo!

—Mi única Señora es Noa, La Elegida, nunca más serviré a quien juró proteger a mis hermanos y en cuanto me creyó muerta los torturó —le reprocha furiosa.

—Yo no los he torturado, solo los he mantenido a salvo ¡ingrata! En ningún momento te creí muerta ¿por quién me tomas? Sabía de sobra que seguías viva porque ninguno de tus cinco hermanos podía hacer magia —explica Ahura en su ya de sobra conocido tono victimista.

Algo no encaja.

—Entonces, ¿por qué no capturaste a los cinco magos? —le pregunto.

—Si me los hubiese llevado a todos ¿quién te iba a haber contado la historia como yo quería que lo hicieran? —sonríe de medio lado.

Mi mente echa humo. Ya no sé a quién creer. La versión de los hechos cambia por momentos y esto me estresa demasiado. No sé quién está de mi lado y quién no. No sé si los búhos conocen a quién pertenecen o no. Ni si los serafines interactúan con ellos o es otra mentira. Voy a volverme loca.

—Mi Señora, ordene lo que desea que hagamos con ella —me pide Olwa, señalando con desprecio a Ahura.

—¡Debemos apresarla y llevarla ante el Gran Máster mañana! Él decidirá qué hacer con su querida hijita —le digo con mofa.

Pero todo ocurre demasiado rápido.

Ahura fulmina a todos los seres que la aprisionan de un plumazo convirtiéndolos en ceniza y se eleva por encima de nuestras cabezas, refulgiendo como nunca para deslumbrarnos y que no podamos mirarla. Los búhos ahora pueden hacer magia, ya que están en presencia de Olwa y los cuatro lanzan hechizos contra Ahura, que duda si responder o no, no vaya a ser que el mago que la pertenezca a ella sea uno de estos, lo que me lleva a afirmar mi hipótesis sobre el desconocimiento de ella.

No puedo contar con los magos para acabar con los serafines. Si tuviese tiempo suficiente, podría averiguar a qué serafín corresponde cada uno, pero no es el caso. Además, no parece que ellos estén dispuestos a sacrificarse por la causa, ni unos ni los otros. Yo tampoco, por si matan a Azael.

Aprovecho este momento para salir de aquí cuanto antes y contar todo esto a Azael, pues seguro que él podrá arrojar luz a mi torpe descubrimiento y entre los dos lograremos atajar el problema.

Corro a toda prisa escaleras arriba, hasta llegar a la trampilla y sigo corriendo por el pasillo hacia la sala donde dejé a mis amigos luchando contra los serafines. Rezo para no encontrar un campo de cadáveres al llegar, o de monedas flotantes, que para el caso, es lo mismo.

Cuando aparezco en la sala, efectivamente hay miles de monedas flotantes, pero mis ojos divisan a Azael, Suria y Cedrik luchando entre los engendros malvados y serafines voladores, así que mi corazón se calma un poco.

Enseguida percibo una presencia a mi espalda y no me da tiempo a

esquivarla, se trata de ella: me ha cogido por el cuello y me está asfixiando con todas sus fuerzas. Por lo visto le encanta atacar por detrás, como las serpientes. Cobarde.

Suria, al ver que me estoy quedando sin aire, viene corriendo para lanzarse sobre ella con su pequeña espada, cosa que provoca que Ahura desaparezca, dejándome libre para poder respirar.

Justo cuando voy a darle un abrazo a Suria por salvarme la vida, su cuerpo cae laxo entre mis brazos. Compruebo que la punta de una espada atraviesa su pecho pelirrojo, ahora teñido de rojo, y sus ojillos vivarachos dejan de tener su particular brillo.

Un gran dolor desgarrar mi alma. Descubro a Ireul tras ella y frente a mí, sonriendo orgulloso. Ha matado a Suria, sin piedad, sin despedidas, sin nada. Ha muerto y ya está. Por salvarme.

—¡¡¡Noooooo!!! —el grito que sale de mi garganta es aterrador, mi alma acaba de tornarse negra y oscura.

El dolor que se apodera de mi ser es tan fuerte que no soy capaz de reaccionar, me he quedado paralizada por completo con el cadáver de mi amiga entre mis brazos.

—¡Noa! —Escucho la voz de Azael muy lejana al cabo de un rato.

No veo nada, no escucho nada, solo siento dolor. Un dolor tan fuerte que destroza todo mi cuerpo, que oprime mi corazón y nubla mis sentidos.

De pronto, Ireul se acerca a mí, parece que lo hace muy rápido, pero yo lo percibo a cámara lenta, lo que me permite dejar a mi amiga en el suelo para poder levantar la espada e introducirla sin reparos en su cuello, cayendo al suelo su cabeza por un lado y su cuerpo por otro. Observo su asqueroso

cadáver, pero no me siento mejor, he muerto junto a mi amiga. Compruebo que Cedrik todavía no la ha visto y ruego que no lo haga nunca.

También descubro que uno de los dos magos que estaba con nosotros cae al suelo, fulminado. Y la cara de Azael al ver al búho muerto es todo un poema que no sé descifrar.

«Noa, no puedes rendirte ahora» me anima un Azael agotado, que ha terminado por fin con Uzzah y se dispone a atrapar a Duma, que es quién está sanando a todo el mundo desde algún lugar secreto donde se haya escondido.

Miro a mi alrededor, abatida, mi cuerpo está cubierto por la sangre de mi amiga y creo que me voy a marear.

¿Por qué luchar? Un mundo en el que no esté Suria no tiene razón de ser, no merece la pena.

«Piensa en los pequeños panda y en todas las familias que aguardan la vuelta de sus seres queridos, Noa, ¡juraste protegerlos!», me instiga un Azael que me contempla desolado, sin poder acercarse a mí porque no dejan de atacarle.

Entonces, Ahura aparece a la espalda de Cedrik y lo agarra por el pelo de una manera brutal, para obligarle a mirar el cuerpo de su amor tendido sobre el suelo, antes de que se transforme en un baúl flotante. Ella disfruta viendo su reacción, que obviamente, es la del horror más grande del mundo. Mientras a mí se me parte el corazón al ver cómo el arquero grita destrozado por el dolor, la muy zorra parece hacerse cada más fuerte con las atrocidades que comete.

Afortunadamente, no le permite agonizar demasiado, pues acaba con él partiéndole el cuello sin piedad, dejando caer su cuerpo sin vida sobre el de mi amada amiga.

El sufrimiento se refleja en la expresión de Cedrik, ese ha sido el último sentimiento que ha tenido y lo último que han visto sus ojos: a su amada asesinada. Sin despedidas y sin un último *te quiero*. Y sin que yo haya podido protegerlos.

Las lágrimas que se desbordan por mis ojos no me permiten ver nada.

Me dejo caer de rodillas junto a sus cuerpos. Abatida.

—¡¡¡¡¡Nooooo!!!! —grito de nuevo, embargada por el odio mientras los abrazo.

¡¡¡No merecían una muerte así!!! Me aterraba imaginar cómo sería y esto ha sido peor que en mis pesadillas.

¡Me niego a aceptar que termine así!

¡Me siento morir por dentro!

—No seas llorona, que no es para tanto, estos dos no valían nada, se van a pudrir en el Reino del Mal para siempre —se carcajea Ahura.

El espanto más absoluto invade mi espíritu, dejándolo sin un ápice de esperanza, sin nada bello en su interior, solo quiero destruir y matar. Quiero vengarlos.

Me levanto con mi espada en alto y me hago invisible hasta llegar a la altura de ese ser despreciable que es Ahura, pretendiendo clavar la espada con todas mis fuerzas en su repugnante pecho para arrancarle el corazón, que dudo que tenga, pero es inútil, se desvanece continuamente. Me recuerda a un fantasma, no parece un cuerpo real, aunque se asemeje. De repente, se escucha una carcajada espectral resonando con eco por la sala.

—¡Qué ilusa eres, humana, no he estado ahí nunca! Aunque, por fin te has dado cuenta —canturrea.

¡Es un holograma!

El hecho de que nos haya subestimado así me cabrea más todavía.

—¡¡Mierda!! —reniego.

Recojo a toda velocidad los dos cofres que flotan junto a mí, donde hace un momento descansaban los cuerpos de mis amigos, pero no me detengo a comprobar de qué se trata, no hay tiempo para eso ahora.

El búho que permanece escondido detrás de una gran columna de cristal no tiene culpa de nada, pero mi instinto me dice que no es el de Azael, pues, según mis elucubraciones y por lo que he podido deducir de la historia que me han contado los búhos, Ahura y Azael no están ligados a ningún mago, así que voy a probar suerte, pues a estas alturas de la partida, todo me da igual.

Lanzo los rayos de la Segadora contra el pobre mago inocente y me siento sucia al hacerlo, pero, como me dijo un buen amigo, hay que sacrificar a los peones para llegar al rey.

«Lo siento, amigo» suplico el perdón de Ruffus al ver la mirada de pánico de su hermano clavada en mí.

De repente, Duma cae al suelo desde el lugar donde estuviese escondido. Muerto.

—¡Bien! —exclamo aliviada sin detener mi paso.

Me dirijo corriendo hacia una de las ventanas del Palacio, sorteando a los pocos guerreros que permanecen en pie luchando y, rompiendo los cristales con mi cuerpo, me lanzo de cabeza al vacío. Me dejo caer en picado hasta que alzo el vuelo. Voy en busca de algo que no tengo ni idea de dónde está, pero que pienso destruir cueste lo que cueste.

Una llamarada de fuego me saca de mi ensimismamiento, miro hacia

atrás y descubro que se trata de Arcan, que se acerca volando hasta llegar a mí.

—¿Estás bien, Noa? —pregunta preocupado.

—¡Vamos a acabar con esa malnacida! —grito rota de dolor.

Él asiente.

—¿Dónde nos dirigimos?

—¡A la Puerta Sagrada!

—¡Por Catarsis! —ruge el dragón.

—¡Por Suria y Cedrik! —grito yo.

Volamos lo más rápido que podemos, surcando montañas y todo tipo de escenarios, la mayoría abrasados por las llamas. La adrenalina del vuelo mitiga un poco la pena que invade mi corazón, aunque las lágrimas no dejan de salir a borbotones de mis ojos.

«Lo va a pagar muy caro, lo juro».

Capítulo 30



La venganza.

Una buena baza a jugar es la de los magos, pues nadie quiere matarlos y según mis cuentas, quedan tres. Uno de ellos Olwa.

No me he despedido de Azael, puede haber muerto y ni siquiera le he dicho que le amo. ¿Por qué no decimos a nuestros seres queridos lo mucho que los queremos cuando están a nuestro lado? ¿Por qué nos empeñamos en dejar las cosas siempre para la siguiente vez? Si a lo mejor no hay siguiente vez.

Voy pensando sobre esto, cuando Arcan y yo aterrizamos delante de la Puerta Sagrada, frente al colosal Palacio del Gran Máster. Mañana es el día de la Redención y esa pérfida tiene que atravesar esta puerta sí o sí.

Miro hacia arriba, obnubilada. El Palacio de Cristal puede contemplarse a kilómetros, ya que alberga un mundo en sí mismo y no solo por su inmensidad, sino por el insólito tipo de arquitectura que forman sus muros,

contrafuertes, arcos, ventanales y columnas, todo ello tallado en un delicadísimo cristal, que se asemeja a las vidrieras de las catedrales. Cada elemento que lo forma es altísimo, elevándose hacia el cielo y muy sencillo, sin adornos. En conjunto me recuerda levemente a la Sagrada Familia, pero elevado a la enésima potencia y sin tantos excesos. Apoteósico se quedaría corto.

—Es un privilegio poder estar aquí —afirma Arcan.

—¿Habías venido antes? —le pregunto.

—Jamás. No le hacen justicia las leyendas que se cuentan, en este caso la realidad supera a la ficción —comenta.

No tardo en volver a esa realidad a la que hace alusión.

—Debemos hallar la manera de entrar, Arcan, hay que ver al Gran Máster para que solucione todo —busco algún tipo de brecha en la impoluta puerta. Parece muy delicada y, precisamente eso, me afirma que será infranqueable.

—Recuerdo que la visión de la Caldera de las Runas me indicó que todos los serafines atravesaban esta dichosa Puerta, cargados con armas, por lo tanto, dimos por sentado que habíamos perdido. Pero aún así, no pienso rendirme, voy a luchar hasta mi último aliento, por Suria, por Cedrik, por Trok, por Ágata, por Ruffus, por Albor, por Azael y por todo Catarsis.

—Solo quedamos tú y yo, muchacha —indica el dragón, mientras tomo asiento sobre una roca para descansar un poco—, y muy pronto estarás sola.

¿Habrá percibido su muerte?

Nos miramos durante unos instantes. Arcan, el último dragón. Un animal bello y fuerte por fuera, pero con el corazón más noble que haya existido

nunca. No le respondo, ni siquiera puedo llorar, estoy rota y no queda nada de la Noa que llegó a este mundo. He asumido que vine sola y que me iré sola, que he aprendido mucho y que los llevaré a todos en mi corazón, siempre.

—¿Qué te dejaron Suria y Cedrik en su partida? —me pregunta Arcan para cambiar de tema y destensar el ambiente.

—No lo sé —sollozo.

—Podrías mirarlo, ahora forman parte de ti —me anima.

Abro mi alacena de objetos conseguidos con la mente y saco de ella los dos cofres de mis amigos, que aparecen en mis manos.

Abro primero el de Suria. Una luz deslumbrante provoca que cierre los ojos con fuerza para no quedarme ciega. La luz entra de manera violenta en mi pecho, a la altura del corazón. De pronto, me siento en paz, me siento bien, sin esa angustia que oprimía mi pecho. Sin las ganas de aniquilar cualquier cosa que se me pusiera por delante.

—¿Qué notas? —Quiere saber Arcan.

—Paz, bienestar, serenidad —musito.

—Eso era ella —asiente.

Y eso es justo lo que necesitaba ahora mismo, un pequeño respiro para lograr asumir la derrota.

Abro entonces la de Cedrik y es un arco dorado.

—¿Un arco? —me pregunto sorprendida.

—Es su arco, querría que lo tuvieses.

Un arco sin flechas, muy productivo.

—Qué extraño, ¿no crees? Yo no sé lanzar flechas —omito que, además, tengo una espada mil veces más fuerte que este arco, pero bueno, es su presente y al menos me ha dejado algo suyo de recuerdo. Creo que lo que en realidad me ha querido decir al entregarme ese arco es lo mismo que le hizo ver aquel arquero en su niñez al regalárselo, que confiaba en su valía.

Un extraño ruido interrumpe nuestra conversación. Yo me escondo tras la roca donde estaba sentada, pero un dragón de diez metros es difícil de ocultar, por lo tanto, Arcan permanece junto a mí, ya no tiene tiempo de emprender el vuelo sin ser descubierto y, además, en el ascenso podrían herirle.

—Vaya, vaya, ¿pero qué tenemos por aquí? Si es mi querido Arcan.

Reconocería esa asquerosa voz gangosa hasta en los infiernos.

—¡Eres un traidor, Killian! —le reprocha el dragón con la ira reflejada en sus ojos.

Yo tengo que contenerme demasiado para no salir y rebanarle los sesos.

—No soy un traidor, soy un superviviente. Imaginaba que vuestro equipo no iba a durar ni un suspiro, como así ha sido, yo solo quiero sobrevivir, me da igual quién gobierne este mundo de mierda —apunta.

—Eso demuestra la clase de ser rastrero que eres ¿no te importábamos ninguno de nosotros? —Por su tono, creo que Arcan también se está conteniendo.

—La única a la que tenía aprecio era a Ágata y la dejasteis morir por nada, como si fuese mísera escoria, pero por fin he podido vengar su muerte, ese rey leñador ya no volverá a usar su hacha contra seres inocentes nunca más —se regodea.

—Ágata murió porque Noa debía volar, lo sabes de sobra y ella estaría muy orgullosa de ello, porque para eso fuimos llamados. Ella cumplió con su destino. Lo que no entiendo es por qué tú no estás muerto al haber aprendido Noa a respirar debajo del agua —sospecha.

El sapo suelta una carcajada.

—¿Yo? ¡Por mí se podía haber ahogado! Yo no la ayudé a nada, fue ella sola la que se convirtió en sirena y aprendió a respirar —se defiende.

—Eres despreciable —escupe el dragón.

—No te creas, tan despreciable no soy, solo miraba por mi propio interés, ya que nadie lo hacía —se encoge de hombros.

Me entran ganas de vomitar con solo escucharle.

—¿Qué te ofrecieron a cambio de tu traición, Killian?

Arcan es mi ídolo, no se anda con rodeos.

—Ser un alma pura junto a uno de esos malditos magos que, por cierto, tienen que estar a punto de llegar. Ahura pidió al Gran Máster que desvinculase al búho de Azael para poder dármelo a mí como recompensa por mi ayuda, y como castigo a su hermano por haberlos traicionado o algo así me contó Mi Señora.

De haber sabido esto antes, hubiese matado a todos los magos nada más verlos.

—¡¿Tu Señora?! —repite el dragón, indignadísimo—. ¡Tú jamás serás un alma pura! Te han engañado como a un tonto. Eres patético.

«No la escuches». «No la escuches». «No la escuches» me repito. Ella no sabe que Killian ha confesado su plan.

—Sí, bueno, pero eso ya lo sabías. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí, tan solo? Por lo que he podido escuchar, la trampa que pusieron a los dragones estuvo genial ¡no quedó ni uno! —se regodea—. Una lástima que tu especie se extinga, al fin y al cabo, los dragones eran unos seres inútiles —dice riéndose.

Ni siquiera ha terminado la frase y Arcan lo fulmina arrojándole una inmensa llamarada con toda su furia.

Cuando soy capaz de reaccionar y salgo de mi escondite, compruebo que solo quedan cenizas sobre el suelo.

—¡Eso por todos mis hermanos, desgraciado! —ruge, una vez aplacado su odio.

No sé si reír o llorar. Era un ser indigno, pero... ¿qué coño? Me alegro de que ya no esté, no creo que nadie sienta su ausencia.

—Lo siento, Noa, sé que habrías querido sacarle información, pero no he podido aguantarme —se excusa Arcan en un tono seco.

—No te disculpes, amigo mío, lo único que siento es no haberlo hecho yo.

Nos miramos uno al otro y sonreímos. Esto es como un tenue rayo de sol en medio de las tinieblas.

Inspiro profundamente y cierro los ojos para intentar recargar mi esperanza, o al menos para aliviarla un poco. Este es el momento en el que necesitas dar ese paso atrás para coger impulso, pero cuesta mucho cuando no sabes hacia dónde te va a llevar dicho impulso.

—Noa ¿crees que han muerto todos? —pregunta.

—La profecía mostraba a muchos serafines atravesando la Puerta Sagrada, pero han muerto casi todos, según mis cálculos solo quedan Oriel y

Ahura, además de Azael.

Arcan continúa apenado por Trok y por todos sus hermanos. Cuando has compartido tantas cosas con alguien, no das crédito a que su falta sea una realidad. Los dos estamos en shock. Además, junto a la Puerta Sagrada no podemos ver los mapas, por eso desconocemos la localización de Azael y supongo que, de estar vivo, tampoco él sabrá de nosotros.

No quiero pronunciar su nombre, ni siquiera me voy a permitir recordarlo hasta que todo esto haya acabado, porque no quiero vivir si él no está a mi lado. Nada tendría sentido. Por lo tanto, me animo a pensar que está cerca, escondido entre las sombras, como siempre, intentando salvarme.

—Pero si hubiese muerto, hubiésemos sentido algo ¿no crees, Noa? — insiste Arcan, adivinando mi pensamiento.

—Arcan, por favor, no hablemos de eso ahora. Si me detengo un solo instante a pensar en él, jamás podré levantarme de aquí. He jurado luchar hasta el final y es lo que voy a hacer.

Él asiente, pero sus ojos reflejan la tristeza, al igual que los míos. La sangre recorre nuestros cuerpos, tanto la nuestra, como la de nuestros enemigos y amigos.

—Vamos a unificar las pocas fuerzas que nos quedan para tratar de salvar este maldito mundo —añado.

De pronto, un rayo impacta junto a nosotros, haciendo que todo a nuestro alrededor salte por los aires. Arcan corre a resguardarme entre sus alas y lanza una llamarada de fuego hacia arriba, pero sin saber hacia dónde dirigirla exactamente. Cuando el humo me permite descubrir qué es lo que nos dispara, no puedo más que echarme a temblar.

Una imagen fantasmagórica de la muerte se cierne sobre nosotros. Va seguida de una sombra oscura.

—¿Ahura? —musito temblorosa.

Vuelve a lanzar otra bomba y esta vez da de lleno a Arcan en el pecho.

—¡No! —grito destrozada—. Arcan, por favor, mantente a salvo, no me ayudes, te lo ordeno.

Salgo del regazo del inmenso reptil para tomar altura, mientras saco a toda prisa la Segadora de Almas de la vaina que llevo a mi espalda.

Cuando la tengo de frente, advierto que su forma de serafín es mucho peor de lo que imaginaba. Su anatomía es fibrosa. Su preciosa melena pelirroja ahora es un matojo anaranjado que rodea unos gigantescos cuernos curvados hacia atrás. Sus alas son blancas, pero no de plumas, sino de murciélago, como las de Azael. Y sus facciones no son del todo feas, pero se dan más un aire a las de una calavera, que a las de un ser humano. La capa blanca que la cubre le dota del protagonismo necesario para ser la reina de mis pesadillas de ahora en adelante.

—¿Dónde diablos estará esa ranita? Le he traído el alma del búho que le prometí —comenta, como si yo no estuviese.

Contemplo la sombra que sigue a la serafina y, efectivamente, compruebo que se trata del espectro de uno de los magos. Pero, de haber acabado Azael con Oriel, faltaría otra sombra más y solo hay una, a no ser que...

—Solo los cobardes huyen de la batalla, abandonando a los suyos a su suerte —le reprocho, intentando no pensar en la posible muerte de Azael—, ah, no, perdona, que tú no has abandonado ninguna batalla ¡porque nunca has

estado en ella!

—Bonitas palabras, deberías dedicártelas a ti misma —contesta con desdén.

—Yo no he huido, ¡he venido a buscarte, zorra!

—Esa excusa está demasiado ajada, deberías buscar otra mejor. Por cierto, tu querido Azael me dio un mensaje para ti antes de morir... —mi corazón se detiene en seco—, pero ahora mismo no lo recuerdo—, hace con que medita sobre algo, pero con una gran sonrisa.

«No la escuches». «No la escuches». «No la escuches» me repito.

—¡Te mataré! —aúllo sin poder detener mi impulso de atravesarla con la espada.

Me abalanzo sobre ella con todas mis fuerzas, desesperada, pero la muy cobarde desaparece de nuevo.

—¿Otra vez estás usando una sustituta que luche por ti? ¿Tanto miedo tienes de dar la cara, maldita cobarde? —grito, indignada, a la vez que busco entre las rocas por dónde puede estar.

—Yo jamás he tenido miedo, niñata y menos a un ser tan insignificante como tú. El miedo es algo que solo sienten las personas que se niegan a perder algo y yo no tengo nada que perder.

—Eso es lo más triste que he escuchado nunca—rujo entre dientes—. Tan patético como tu solitaria existencia, únicamente destinada a hacer el mal a los que te rodean y a decepcionar a los que te quieren.

—¡Qué sabrás tú! —exclama.

Ahora sí que es ella y está frente a mí, porque la percibo, la huelo y veo

el fulgor de sus ojos clavarse en los míos.

—Lo sé. No te conozco, ni quiero hacerlo, pero tus ojos reflejan la tristeza más absoluta y tus labios hace siglos que no ríen de una manera sincera —la ataco.

—Todo eso son cuentos para estúpidos —bufa con incredulidad —son simples historias para niños que os hacen creer cuando sois pequeños. Yo no tuve infancia, los serafines nacemos así, por eso no necesitamos a nadie, nosotros somos poderosos, somos seres que reflejan la perfección del Gran Máster, no necesitamos nada más, como vosotros, las criaturas imperfectas. Siempre buscando el reconocimiento de los demás. Anhelando un amor que nunca es sincero, pero que os empeñáis en disfrazar de verdadero, porque os da miedo asumir la realidad: que nadie quiere a los demás como se ama a sí mismo.

La observo, sintiendo lástima por ella en el fondo.

Me dispara un meteoro, pero lo absorbo con mis manos para lanzárselo de nuevo a ella, que parece sorprenderse por mi rapidez, aunque lo esquiva sin mayor problema, impactando contra el suelo.

Las dos continuamos flotando por el aire, una frente a la otra, pero a una distancia considerable.

—¡Qué equivocada estás, Ahura! —vocifero para que me escuche—. El amor es lo más grande que se puede sentir en cualquier existencia, en cualquier mundo y en cualquier época. No es el amor por uno mismo lo que nos eleva a la gloria, sino el amor por los demás. Es lo que nos hace más fuertes, el amor desinteresado, el amor sin condiciones, ni fronteras. Yo amo porque lo necesito, aunque me hayan hecho daño una y mil veces, siempre es mejor amar que odiar y estar solo. Y si cuando amas, además eres

correspondido, es lo mejor que puede sucederte en todas las existencias posibles. Siento pena por ti, porque no hayas sido capaz de sentir algo tan hermoso y tan grande. Ahora por fin comprendo por qué tu alma está podrida.

—No quiero tu pena, la pena me la das tú a mí, ¡insensata! —protesta.

Siento que cuanto más recapacita, menos fuerza tiene.

—Te equivocas, yo moriré llena de dicha porque he sentido el amor de mis seres queridos. Tú, sin embargo, nunca sentirás semejante cosa, no eres digna de ello.

—No merece la pena el dolor que causa perder ese amor del que tanto hablas.

—Sí merece la pena. Aunque solo sea por sentirlo un solo instante. Si no entiendes eso, nunca entenderás nada —la contradigo.

Ella me contempla con los ojos entornados, parece pensativa.

Lanza otro rayo de fuego para que deje de hablar y yo le lanzo otro al mismo tiempo, ambos impactan en medio de la distancia que nos separa.

—No vas a convencerme para que deje a un lado mi misión. Acabaré contigo de un solo plumazo, no entiendo por qué te resistes tanto ni por qué no te fulmino de una vez por todas, puede que sea porque me haces gracia —relata.

—Por fin entiendo por qué el Gran Máster te ha mantenido con vida, a pesar de ser conocedor de tu traición: porque estar así de sola es el mayor de los castigos.

—¿Castigo? Yo soy feliz estando sola, sin nadie que perturbe mi paz. Y en cuanto traspase esa Puerta y acabe lo que he empezado, estaré sola de verdad ¡y feliz! —exclama victoriosa.

—No lo harás —vaticino.

Ella parpadea confusa.

—¿Qué es lo que no haré? —inquire.

—Todavía queda algo de bondad en ti —alego para romperle los esquemas.

—¿Bondad? —Suelta una sonora carcajada—. Alguien que manda quemar a la mujer de su hermano y a su hijo, delante de él como si fuesen un estofado, tan solo por el mero placer de verle sufrir, no es bondadoso. Ni alguien que utiliza a sus propios hermanos como simples piezas de ajedrez para conseguir su fin, tampoco. Ni alguien que mata a una madre delante de su hija. Arrasé con todos los seres de mi Reino por el mero hecho de ser más fuerte. Créeme, la bondad no es una cualidad que me caracterice.

—¿Fuiste tú?! —el colérico rugido de Azael a nuestros pies provoca que me estremezca.

Una enorme sonrisa se dibuja de manera automática en mi rostro y mi corazón vuelve a palpar de nuevo, henchido de alegría.

Miramos ambas hacia la procedencia de su voz y lo vemos ahí abajo, mantiene su forma de serafín, aunque por algún extraño motivo no puede volar. Enseguida compruebo que ese motivo se debe a que sus alas están rotas, solo le queda algún resquicio de lo que fueron en otro tiempo. Ahora solo cuelgan de sus omóplatos algunas membranas ensangrentadas, resultado de una lucha demasiado potente contra Oriel.

«¡Estás vivo!» celebro.

«He venido a protegerte, mi amor» dice en un tono desesperado.

«Tendré que protegerte yo a ti, cabezota».

Me lanzo en picado hacia abajo para tomar tierra y besarlo, pero un fuerte destello me lo impide.

¡Mierda! Me ha dado en la pierna.

Aun así, continúo mi descenso para llegar hasta él, pero otro fogonazo me imposibilita bajar, esta vez en el estómago. Me revuelvo de dolor.

Me resulta inútil seguir avanzando, porque de hacerlo, me matará, así que decido detenerme a mitad de camino.

—¡Corre! Ve a decirle a tu amor cuánto lo amas, así llegarás a él sin vida, por lo visto le gustan mucho las mujeres muertas —se carcajea.

—¡Baja aquí y enfréntate a mí si es que te queda algo de honor, perra! —ruge Azael colérico.

—Tranquilo, terminaré contigo después, antes quiero que presencies la muerte de tu fulana, así tendré mis poderes al máximo para ti y para el Gran Máster.

«Un momento, según he podido comprobar, cuando a los demás les ocurren cosas malas aumentan sus poderes y cuando les ocurren cosas buenas disminuyen», conjeturo conmigo misma.

Distingo cómo Azael se retuerce en su propia ira y esto es lo que, precisamente la hace fuerte a ella.

Cojo mi espada con ambas manos, esta será mi única esperanza. La contemplo por última vez, a modo de despedida, para después lanzarla con todas mis fuerzas contra ella. No tengo tiempo a comprobar si impacta en mi adversaria o no, porque desciendo a toda velocidad hacia Azael, que me observa boquiabierto.

Cuando llego a su altura me lanzo a sus brazos, haciéndolo caer al suelo

del impulso. Lo beso con todas mis ganas. Él me abraza fuerte y me devuelve el beso con arrojo. Nuestros labios se acarician una última vez, recordándonos a ambos por qué merece la pena vivir.

—Arriesgo todo mi Reino por un beso tuyo —le digo.

—Te amo, Noa, te amo por encima de todas las cosas —murmura contra mis labios.

—Y yo a ti, mi gruñón —sonrío completamente feliz.

De repente, un gran destello blanco invade todo el espacio hasta donde nuestros ojos alcanzan a ver, inundando nuestras pupilas de luz. Azael se apresura a cubrirme con su cuerpo.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

—La espada —me informa.

—¿Qué pasa con la espada?

—Ha impactado contra ella.

—¿La ha matado? —indago intrigada.

—¡No se ha fabricado la espada capaz de acabar conmigo, ilusos! —Su voz a nuestra espalda hace que nos levantemos del suelo de un salto.

Y ahí está, algo dañada, pero demasiado tranquila, para mi gusto.

—Podéis despediros, llego tarde a mi cita con Mi Padre y ya os he concedido demasiado tiempo, me aburrís —mira sus uñas a la vez que imita un exagerado bostezo.

De pronto, se esfuma para aparecer justo a mi lado, asestándome un fuerte golpe con algo punzante en medio del pecho, que me parte en dos, ¡qué dolor!

Miro hacia abajo, confundida.

¡Es mi espada!

—Pero... —balbuceo moribunda, mientras caigo de rodillas al suelo.

No es posible, solo podía cogerla yo.

—¡¡¡¡Noooo!!!! —ruge Azael fuera de sí.

Nuestros ojos se cruzan un solo instante y daría lo que fuera por aliviarle del dolor que veo en ellos.

Ahura asciende rápidamente para que no la alcance su hermano, no he visto un ser más mezquino en toda mi vida.

—¡No eres digna de pelear contra mí! —vocifera Azael entre lágrimas, desesperado—. ¡Baja aquí si tienes valor, maldita cobarde!

De pronto, algo se acerca hacia ella muy rápido. Se trata de un destello que llama su atención. Aprovecho que está observando la lucecilla que la rodea para reunir las pocas fuerzas que me quedan y sacar el arco de Cedrik. Arrodillada, logro lanzar una flecha que aparece de la nada, impactando de lleno en su costado. No me ha hecho falta ni apuntar, solo poner el ojo sobre el objetivo y la flecha ha hecho el resto. Ella suelta un fuerte alarido de dolor. Quedo exhausta y me dejo caer al suelo.

De pronto, una sombra violácea impacta de lleno contra la serafina, pillándola por sorpresa mientras intentaba arrancarse la flecha con violencia y el fuerte impacto consigue hacerla caer al suelo herida.

—Cualquier mago que se precie debería saber que un destello siempre es una mera distracción para el ataque —exclama Olwa orgullosa —¡¡¡Por ti, Ruffus!!!

Azael se lanza sobre ella en cuanto toca el suelo, está envuelto en la azulada luz que le envuelve cuando se cabrea. La agarra por la garganta con toda su furia y le arranca la cabeza. Coge la cabeza por el pelo, con saña, y la lanza al aire para que el dragón la fulmine con sus llamas de una manera brutal, sin piedad ni remordimientos, soltando un bramido desgarrador al hacerlo. Ha sido visto y no visto.

—¡Olwa, sánala! —la ordena Azael.

Pero el plumífero cuerpo de la maga cae al suelo sin vida.

—¡Dame el báculo, Noa! ¡El báculo del arcano, corre!

Lo intento sacar de mi almacén, pero todo el esfuerzo resulta inútil, bastante tengo con seguir respirando. Entonces, él lo saca por mí. Lo coge en alto y se concentra para reunir todo su maná en el bastón, aunque mucho me temo que después de todo, poco le queda, aún así, miles de rayos y luces preciosas se depositan en él. Contemplar a un ser tan poderoso haciendo acopio de toda su energía para salvarme la vida es un extraordinario espectáculo que recordaré siempre. Me lanza, por fin, el conjuro de sanación y las luces entran en mi cuerpo, pero no siento nada.

Entonces, el gran Señor del Mal lanza el báculo por los aires, partiéndolo en dos y maldiciendo en su idioma. Se arrodilla junto a mí para cogerme y acunarme entre sus poderosos brazos, derrotado, mientras llora desconsolado como un niño pequeño sobre mi pecho, aceptando por fin que este es nuestro final. Yo acaricio su pelo suavemente, me encanta su olor. Ya no me duele nada, solo siento debilidad.

—Qué guapo eres —le sonrío como puedo.

Se levanta conmigo en su regazo, apresurándose para situarse delante de la majestuosa Puerta Sagrada.

—¡Si todavía queda algo de misericordia en Ti, abre esta maldita Puerta! —aúlla destrozado.

Me contempla, roto, con sus ojos ambarinos inundados de lágrimas, mientras aguardamos a que esa Puerta se abra.

—Hemos ganado —balbuceo, tragando la sangre que sube por mi garganta.

—Noa, no me dejes, no tengo maná suficiente para salvarte, aguanta hasta que Mi Padre pueda ayudarte, por favor, sé fuerte una última vez. ¡Se está abriendo ya la Puerta, mi amor! —me suplica.

—Azael shhh, déjame hablar a mí, no tenemos tiempo —susurro muy bajito para tranquilizarlo, mientras siento perder la fuerza con cada palabra—. Gracias por mostrarme todo lo que soy capaz de hacer por mí misma, sin necesidad de depender de nadie. Tú me has regalado la libertad y me has abierto los ojos. Ahora lo veo todo desde la perspectiva que siempre lo debí haber hecho —él aprieta mi cuerpo entre sus brazos.

—Eso lo has logrado tú sola —contesta con ternura —eres la mejor guerrera que he conocido jamás, me siento tan orgulloso de ti.

—¿Ya no soy druidesa? —bromeo casi sin aliento.

—Serás lo que tú quieras ser, porque te sobran agallas para conseguirlo.

Le acaricio dulcemente el rostro con mi mano y él lo apoya contra mi palma para saborear mi tacto.

—Azael, me has enseñado a amar, como nunca imaginé que fuese posible, sin medida, sin censuras y sin interés. No abandones a tu pueblo, a nuestro pueblo, ellos ahora vuelven a creer en ti y te necesitan. Hay que reconstruir Catarsis. Hazlo por mí, por favor. Yo te estaré esperando siempre.

No dice nada.

—Prométemelo, por favor —le pido.

Asiente lentamente.

—Noa, te amo, no me dejes, no sé vivir sin ti, no quiero vivir sin ti... — me suplica entre lágrimas, abrazándome con fuerza y posando su frente sobre la mía. Como si intentase fundirse conmigo.

Le silencio, posando un dedo sobre sus labios.

—Azael, una última cosa.

—¿Qué? —pregunta entre sollozos.

—Bésame.

Lo último que veo son sus fulgurantes ojos ambarinos anegados en lágrimas y sus labios acercarse hacia mí. Lo último que escucho es una música triste cada vez más baja.

Después, todo se torna oscuridad.

Capítulo 31



El Gran Máster.

Estoy flotando en medio de la nada, todo es blanco a mi alrededor.

—Hola, Noa.

—¿Tú?

—Así es.

—¿Siempre has sido tú?

—Todo el tiempo.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Debías descubrirlo por ti misma, cuando estuvieses preparada, como ahora. Yo solo te ayudé un poquito, como hago con todos mis hijos.

—¿Qué hijos, los serafines?

—No. Todos y cada uno de vosotros sois hijos míos, porque sois parte de mí.

—¿Y ahora crees que estoy preparada?

—Sí.

—Pero he muerto.

—Mucho mejor que eso —me repite como en la otra ocasión.

—¿Y Azael?! ¿Qué ha pasado? ¿Está bien? —vaya pregunta, apuesto a que estará arrasando con todo cuanto se cruce en su paso—. ¿Y Arcan?

—Eso ahora no importa, Noa.

—Bueno, al menos te hemos salvado —intento consolarme.

—Así es, aunque he de confesarte algo: ya lo sabía mucho antes de que todo empezase. Solo he querido ver hasta dónde seríais capaces de llegar cada uno de vosotros.

—¿Lo sabías y has permitido que ocurriese? ¿Y Suria? ¿Y Trok? ¡Todos mis amigos han muerto por protegerte! —le reprocho.

—Lo sé y lo tendré en cuenta a la hora de elegir vuestras siguientes existencias, por eso no te preocupes ahora.

¿Qué no me preocupe?

—¿Nuestras siguientes existencias? ¡Por lo menos a ellos conviértelos en almas puras para que puedan ser felices, se lo han ganado! Por favor, te suplico que perdones a Suria y a Cedrik.

—Noa, el alma no muere nunca, ya deberías saber que la energía no se crea ni se destruye, solo se transforma y eso significa que fluye de unos cuerpos a otros, de unos mundos a otros y a través de las distintas

dimensiones, durante toda la eternidad.

—Pensaba que una vez que eras un alma pura, te dedicabas a flotar por el universo en paz.

Él sonríe.

—Es un concepto bastante complicado como para explicártelo tan rápido. Estás condicionada por todas las cosas que te han contado unos y otros, y no todas eran ciertas. Solo debes saber que el siguiente destino de un alma pura será una vida llena de dicha, sin embargo, al fin y al cabo, una vida. Y así ocurrirá sucesivamente a través de los tiempos.

—¡Oh!

—Noa, ya estás preparada para volver de nuevo a tu vida.

—¿Voy a volver a Catarsis? —pregunto emocionada.

Él niega.

—Tu existencia original no pertenece a Catarsis. Esto ha sido un aprendizaje que necesitabas para poder afrontar tu vida real de nuevo, habías tocado fondo y no aprendías, solo eras capaz de infligirte daño a ti misma. Espero que después de este paréntesis seas capaz de enfrentar tu existencia de otra manera.

—¿¿Qué?! ¡No quiero volver a esa mierda de existencia! —exclamo enojada—. ¡Mi vida real está aquí!

—Tu vida estará allá donde tú vayas, eso es el alma, tu ser, tu esencia. Todavía no has terminado allí, te quedan demasiadas cosas por hacer.

—¡No, por favor! —le suplico—. ¡Azael está aquí y yo quiero estar con él!

—Él me acaba de pedir lo mismo, pero no puede ser, cada uno pertenece a un mundo diferente. ¿Quién sabe? A lo mejor coincidís en otra existencia.

¿Éstá aquí?

La esperanza asoma un instante... pero se esfuma.

—¡Mientes! Nadie se acuerda de sus reencarnaciones anteriores. Después de haber luchado por ti, de dar nuestra vida por ti ¿ni siquiera nos concedes eso?

—Noa, —me interrumpe —no has aprendido a morderte la lengua y espero, por tu bien, que no termines esa frase, porque de lo contrario, no solo no volverás jamás a Catarsis, si no que tu vida en la Tierra será peor aún que antes.

—¡Lo siento! —me arrepiento—. Pero mi vida peor no puede ser.

—Créeme, podría ser mucho peor.

Las lágrimas resbalan por mis mejillas.

—¿Por qué haces que me enamore de él para después arrebatármelo?

—Noa, no te empeñes en echar la culpa siempre a los demás. Te has enamorado de él porque cree en ti, por cómo te sientes tú cuando estás a su lado. Ahora eres una mujer valiente y decidida, has aprendido que si crees en ti, todos los demás también lo harán y ése es el secreto de la felicidad. Una vez que ya sabes eso, podrás ser dichosa en este mundo y en cualquier otro. Podrás enamorarte de tantas criaturas como sea posible ¿no lo entiendes? No has venido para salvar Catarsis, ni siquiera a mí... has venido para salvarte a ti misma. Y lo has conseguido. Tu tiempo aquí ha terminado.

—Al menos podrías haber hecho como con mis padres, a ellos ni

siquiera los conocí, no me dio tiempo a cogerles cariño...

—Eso tampoco es cierto. Tu subconsciente reconoció al instante a tu madre, aunque no te concediste el tiempo suficiente para admitirlo.

—¡Suria! —exclamo asombrada, como si de pronto lo viese claro.

—¿Por qué no me lo dijo? —Miles de lágrimas recorren mis mejillas.

—¿Hubiese cambiado algo?

Permanezco pensativa.

—Debemos aprovechar el tiempo que pasamos junto a nuestros seres queridos, Noa. Los has perdido dos veces y todavía no les has dicho eso que tanto anhelas. Tienes que recapacitar y meditar sobre todas estas cosas. Esta existencia ha sido un paréntesis en la otra, un toque de atención que espero que sepas aprovechar.

—No entiendo nada. ¿Por qué yo?

—Cuando ibas a la playa de La Caleta a recapacitar sobre tus problemas lo intuiste. Siempre supiste que eras especial, pero nunca te atreviste a admitirlo. Al fin y al cabo *¿quién no es especial en su propia vida?*

—Su voz es muy rotunda.

—O sea, que cuanto todo acaba, venimos de nuevo aquí —supongo—. Yo no era especial ni en mi propia vida... —murmuro para mí al recordar todos los pensamientos que pasaban por mi mente en mi adorada Caleta. Todos estaban antes que yo en mi lista de prioridades, nunca me preocupé por mí.

—Es hora de marcharte. Te deseo lo mejor. Hasta pronto, Noa.

—Pero...

Todo se torna oscuro.

Capítulo 32



De bruces contra la realidad.

—¿Dónde has metido a mi amiga? —oigo la lejana voz de Susana, demasiado nerviosa, al otro lado de la puerta.

—¿Susana? —baluceo atontada.

—¡Noa! ¡Noa! ¿Dónde estás? —me llama a voz en grito.

Intento incorporarme, pero estoy muy mareada y no lo consigo, además, todo a mi alrededor está a oscuras. Una puerta se abre, de repente, para hacerme cerrar los ojos, deslumbrada por la abundante luz que proviene de ella. Mi amiga aparece en medio del resplandor, como si de un ángel se tratase, para abalanzarse sobre mí.

—¿Estás bien, Noa? —pregunta asustada, sin dejar de abrazarme.

Yo no soy capaz de hablar. Acabo de salir de un mundo fantástico y, por si esto fuera poco, lo he dejado sin saber qué ha sucedido, como si me faltase leer justamente el final de un buen libro. Mi estado es el de una liebre en pleno auge de excitación, pero con una depresión de caballo.

—¿Noa? —Me zarandea Susana. —Tía, dime algo, me estás empezando a asustar.

Mis ojos se desvían hacia los de ella lentamente y veo la preocupación reflejada en su rostro, aparte de que uno de ellos está amoratado por el tremendo golpe que le asestó el malnacido de Alejandro.

—¿Qué ha pasado? —pregunto confusa.

—¿Que qué ha pasado? ¡Que el hijo puta de tu novio me ha pegado un puñetazo y tú te has desmayado! Ya te dije que cortases con él...

La escucho hablar a lo lejos porque no le presto atención.

—¿Y el enfermero? —pregunto interrumpiéndola de manera brusca.

Ella parpadea, perpleja.

—¿Qué enfermero? —Suelta una risotada—. Te acabamos de traer a la sala de urgencias entre unas chicas y yo. Aquí no ha habido nadie más, salvo una doctora vieja que te ha auscultado y se ha largado echando leches. He salido un segundo y al volver no estabas, por eso me he preocupado tanto al no encontrarte en la sala, si estabas inconsciente ¿cómo has llegado hasta aquí?

Observo todo a mi alrededor, no estoy en la blanca sala de urgencias que recordaba, ahora estamos en algo parecido a un lúgubre pasillo de matadero, aunque si Susana afirma que el capítulo del enfermero también lo he soñado, ya no sé qué diablos está ocurriendo aquí.

—Susana, llévame a casa —le ruego.

Ella suspira.

—Creo que sería mejor que fuésemos al hospi...

—¡He dicho que me lledes a casa! —la interrumpo, esta vez de una manera mucho más imperativa, cosa que le sorprende.

Normal, los corderitos mansos no se revelan así.

—¿Puedes andar?

Me incorporo de la camilla donde me encuentro tendida e intento levantarme. Las piernas me tiemblan, no tengo fuerzas y por un momento dudo si podré hacerlo.

«Claro que puedes» escucho en mi interior.

Entonces, hago acopio de todas mis fuerzas y logro ponerme en pie.

Susana se apresura a sujetarme por el brazo para que no pierda el equilibrio y caminamos así hasta la salida de la discoteca, sorteando a todos los babosos asquerosos que nos abordan por el camino, intentando aprovecharse de una chica en estado de coma etílico, como suponen ellos que estoy. Ahora echo de menos poder lanzar unas cuantas esferas de fuego.

Una vez en la calle, miro hacia el cielo y ahí está la luna, brillando como siempre. Nunca hubiese pensado que fuese a echar tanto de menos algo tan insignificante en mi vida como ese satélite. Siento cómo el aire fresco recorre mis fosas nasales, cierro los ojos e inspiro profundamente, renovando mi interior de una fuerza indescriptible. Aprecio la salinidad que invade la brisa. Estoy en casa.

Tomamos un taxi, pues Susana ha bebido y no debe conducir su coche.

Una vez sentadas en la parte trasera del vehículo, mi amiga me avasalla a preguntas que ni siquiera escucho, pues voy mirando por la ventana, perdida por completo.

—Noa, la policía cree que te han drogado, no es normal que hayas perdido el conocimiento de esa manera, ¿recuerdas algo? —Giro la cabeza hacia su posición porque me está sacudiendo el brazo.

—No recuerdo nada, ya te lo he repetido mil veces —balbuceo molesta.

No sé por qué, pero me incomoda la presencia de mi amiga, es como si un aura negativa la rodease. Es algo que no consigo descifrar, pero que no me permite fiarme de ella, cosa que no entiendo, ya que siempre hemos sido como hermanas. A parte de mi tío, me atrevería a afirmar que ella es la única familia que tengo.

El taxi se detiene delante de mi casa y Susana hace el amago de salir, pero la interrumpo.

—Estoy bien, mañana hablaremos, gracias por acompañarme — inconscientemente me llevo la mano al bolso y me alegra comprobar que lo tengo, pues de no haber sido así, ya me contarás cómo iba a haber entrado en casa, si además no hubiese llevado el móvil para llamar a mi tío para que viniese a abrirme, pues él es el único que tiene copia de mis llaves. Lástima que ya no pueda atravesar puertas y paredes.

Saco un billete de veinte euros y se lo doy a mi amiga, que pone cara de extrañada, pues está acostumbrada a ser ella la que pague todo porque yo apenas tengo dinero.

—Noa, por favor, guarda eso —me reprende, devolviéndome el billete.

Yo cierro la puerta del coche y se lo lanzo de manera despectiva por la

ventanilla para que caiga dentro, sobre el asiento. De pronto, no quiero saber nada de ella.

—Estás muy rara. Intenta descansar, por favor —me increpa por la ventanilla, mientras el coche emprende el camino. Contengo las enormes ganas que me invaden de hacerle un corte de mangas.

Una vez que el taxi ha desaparecido de mi vista, me vuelvo para dirigirme hacia mi casa.

Mi casa.

Entro en ella como si entrase en un museo. Nada de todo cuanto hay en su interior me alienta a sentirme cómoda. Nada me envuelve en la paz que necesita mi alma. No percibo que haya ningún sitio entre estas cuatro paredes que me reconforte. La angustia aprisiona mi estómago y prácticamente no me permite respirar.

Quiero irme de aquí. Quiero llorar. Quiero gritar.

He estado durante años, meses o minutos, todavía no estoy del todo segura, en un mundo donde no tenía hogar, donde no había cosas materiales que atesorar ni amontonar, donde lo único que importaba era el interior de cada ser y el mundo entero era mi hogar. Pero ahora vuelvo a mi mundo, donde es todo lo contrario.

Me dirijo hacia la habitación de mis padres como una zombi y por primera vez en mi vida no siento nada. Todo ese amor que suponía que este cuarto me otorgaba ya no está. Son solo muebles y ropa.

Me observo en el espejo que tengo frente a mí. Me doy pena: mi pelo está enmarañado, nada de los rizos sedosos y brillantes que recorrían mi espalda en Catarsis. El perfecto maquillaje ahumado del que hacía gala en

aquel mundo, se ha convertido en manchas oscuras que tiñen mi rostro casi por completo. El tutú parece que es lo único que se conserva en buen estado, pues hasta los tacones se han partido. Pero todo me da igual.

De pronto me siento tan sola.

Me dirijo al baño para retirar con algodones y tónico los restos de maquillaje que llevo en los ojos, pues me ha dado por llorar y me escuecen un montón. Una vez que me he lavado la cara con abundante agua fresca y recogido mi cabello en un moño alto, me siento mejor.

Contemplo la bañera y el retrete, algo que suponía que iba a echar de menos y que ahora descubro como meros objetos triviales. Como todo lo demás.

No quiero estar aquí, me siento prisionera en mi propia casa, ahora mismo soy un pájaro enjaulado que necesita volar.

«Volar. Nunca jamás volveré a hacerlo, o al menos no con alas» me recuerdo.

Sacudo mi cabeza para intentar no sucumbir ante el laberinto de emociones que se ha apoderado de mi ser y así me obligo a no sentir lástima de mí misma, aunque me resulta bastante difícil en esta tesitura.

De repente, acude a mi cabeza una buena idea.

Cojo las llaves que tengo guardadas en una pequeña cajita de madera sobre el recibidor de la entrada y salgo descalza por la puerta, cerrándola tras de mí. Subo las escaleras que me llevan hasta la azotea del edificio y abro la cerradura. Está prohibido subir aquí, pues el tejado es muy antiguo y no es nada fiable, pero por alguna extraña razón, es el único sitio donde me apetece estar.

Vuelvo a cerrar la puerta una vez que he entrado. La terraza es muy amplia. Observo atentamente a mi alrededor, todo permanece oscuro y en silencio, únicamente iluminado por la luz de la luna, que hoy está en cuarto creciente, muy brillante.

Hay algo que llama mi atención, una bola blanca de pelo se mueve majestuosamente sobre el tejado de al lado. Enarco una ceja y agudizo la mirada para descubrir que se trata de un gato persa muy gordo.

Hago algo parecido a un siseo con mis labios, el típico sonido con el que los humanos llamamos a los gatos de toda la vida, no sé quién se inventaría semejante tontería porque, lejos de conseguir que el minino se acerque, lo que hace es pasar de mí olímpicamente, ni siquiera se asusta, por lo que deduzco que está acostumbrado a las personas. Un gato persa más blanco que la nieve no creo que sea callejero.

El caso es que el minino de algodón ha hecho que quiera encaramarme a esa cubierta donde se ha subido él. Dicha techumbre es la típica que tienen todas las casitas que salen en las películas, tiene forma triangular, las tejas de pizarra grisáceas y no parece demasiado segura, pero apuesto el cuello a que desde esa altura se puede ver todo Cádiz. Mi Cádiz.

«¡Pues allá que voy!».

Necesito emoción en mi vida y caerme de un tejado en plena noche, promete. Me sujeto a una de las traviesas que sobresale de la antena de televisión que está sobre el primer tejado, y esta cruje un poco cuando la utilizo para tomar impulso y poder así trepar hasta arriba. Una vez con los pies y las manos puestos sobre las tejas del techo más alto, repto sobre ellas para llegar al punto donde me quiero sentar y me acomodo junto a una antigua chimenea de ladrillos.

—¡Wow! —Se escapa de mi boca cuando levanto la vista para mirar a mi alrededor.

No me equivocaba cuando supuse que desde aquí se divisaría todo Cádiz, pero es que nunca sospeché que esta zona en particular tuviese unas vistas tan bellas desde los tejados. Parece que estoy inmersa en un cuento de hadas. Lo que me hace volver a la cruda realidad.

«Ya no estás allí, Noa, —me digo a mí misma—, no va a aparecer ningún pegacornio tras esa esquina».

Pero justo antes de caer en desgracia y comenzar a llorar, compadeciéndome a mí misma, noto que algo me acaricia y me sobresalto. Me vuelvo rápidamente para comprobar que lo que está rozando mi espalda con suavidad es el gato que, hace tan solo un momento, me ha indicado el camino de subida sin quererlo.

—Hola, bonito —le saludo.

Él me contempla con unos ojillos castaños muy vivos. Después mira hacia el cielo, como si quisiera mostrarme algo, yo miro también hacia arriba y, entonces, descubro que las estrellas brillan de una forma bastante inusual, o al menos no como yo las recordaba, aunque también puede ser producto de mi imaginación, que tampoco me extrañaría. Sea lo que sea, el cielo está precioso y el lindo gatito y yo lo admiramos durante un rato, juntos.

Cuando ha pasado el tiempo que él ha creído lo suficientemente razonable como para ser amigos y, sin dudarlo ni un solo instante, da un salto ágil para terminar acurrucándose en mi regazo. Cosa que a mí me pilla por sorpresa, pero que no me incomoda en absoluto, más bien todo lo contrario, agradezco su compañía.

Mientras acaricio su suave pelo y él ronronea, pienso en cómo deberé

sentirme a partir de ahora. Ya no soy la misma. Algo ha cambiado. Cada uno de mis cinco sentidos perciben muchísimas cosas a mi alrededor, la naturaleza me habla y yo la entiendo.

Tenía fobia a los felinos y ahora estoy acariciando a uno tan tranquila. Tenía miedo a las alturas y ahora estoy subida en un tejado viejo que puede caerse en cualquier momento. Me daba miedo todo: la soledad, quedar mal con la gente, contestar mal a alguien que se metía conmigo, el qué dirán... Mi vida era un auténtico infierno, pero en Catarsis descubrí quién era en realidad y todas las cosas que podría llegar a ser con tan solo proponérmelo.

Pero Catarsis no existe.

Todo ha sido producto de las drogas que algún desgraciado me metió en la bebida y que consiguieron que mi cerebro, de alguna manera, se *resetease* para renacer mucho más fuerte. Aunque no dejo de pensar en que todo fue tan real...

De momento, no voy a permitirme estar demasiado triste por echar a todos mis amigos de menos, por querer estar un solo momento más con Azael para poder darle un último beso, porque tengo algo que hacer primero.

CAPÍTULO 33



La venganza, fría o caliente, pero
venganza.

Ha comenzado a refrescar y allí arriba corría demasiado el aire, por lo que he decidido volver a casa, a ver si logro dormir un rato. El gato me ha seguido, esta noche es muy fría y me da pena dejarlo fuera, así que le permito pasar y ya mañana buscaré a su dueño por el bloque.

Nada más abrir la puerta, esa bola de pelo blanca corre directamente hacia la habitación de mis padres, sin titubeos, como si conociese la casa de toda la vida.

—¡Eh! ¿Dónde vas? ¿Tienes hambre? Por ahí no está la cocina, amigo
—le indico mientras voy a buscarlo.

Cuando entro en la habitación veo que el gato se ha subido al tocador de mi madre y que está dando con su patita al marco de su foto, esa en la que sale sonriendo cuando era joven, por cierto, cada vez me parezco más a ella.

—¡Cuidado! —le advierto—: La vas a romper.

Me acerco hasta el lugar donde está encaramado el minino y tomo el marco entre mis manos para protegerlo, contemplando con admiración esa sonrisa que yo no recuerdo y esos ojos castaños tan expresivos... que sí recuerdo...

Miro al gato, anonadada y él me mira a mí, con una luz inconfundible en sus ojos, con la misma luz que tenía Suria, sin duda es su mirada y sin duda es... ¡la de mi madre!

—No, en serio, esto no puede estar pasando —balbuceo incrédula, retrocediendo.

El gato, o mejor dicho, la gata, salta sobre mí y la acojo entre mis brazos, donde comienza a hacerme arrumacos, feliz.

—Definitivamente creo que me he vuelto loca... mamá —musito en sus pequeñas orejitas.

Entonces, la gata hunde su cabecita en mi cabello y ronronea, haciéndome sentir la mujer más feliz del mundo, llenándome de nuevo de ilusiones y esperanzas, pero sobre todo, y una vez más, no dejándome sola en los momentos más difíciles.

«¿Habrás renunciado a convertirse en alma pura junto a Cedrik por venir a ayudarme aquí?» me pregunto, aunque sé de sobra la respuesta.

Necesito descansar, esto es demasiado y no logro asimilarlo, así pues, me meto en la cama y me quedo frita.

Esa noche duermo como nunca antes había dormido: tan profundamente que creo que si me hubiesen tirado agua congelada encima ni me hubiese despertado.

¿Recuerdo con lo que sueño? Con dos ojos naranjas.

Cuando siento el calor del sol entrar por la ventana, me giro perezosamente sobre mí para evitar que los rayos me deslumbren, entonces, un maullido a modo de quejido me sobresalta y mis ojos se abren de golpe. La gata hace un ademán de daño, pues al darme la vuelta la he aplastado con mi cuerpo y se está quejando, a su modo, por mi poca consideración. Ay, la pobre.

Yo sonrío y le digo:

—Perdona, mamá —me sale del alma y ella me mira con cara de ternura—. Vamos a tener que ponerte un nombre, pues si me oyen llamándote *mamá*, me van a ingresar en el manicomio ¿sabes?

Entonces ella sale corriendo de la cama y vuelve con una pulsera de plata en su boca, la cojo y compruebo que en ella hay grabado un nombre:

—Susana Gloria —susurro el nombre de mi madre, que muy pocas veces me había atrevido a pronunciar antes.

Esta pulsera era de ella, imagino que estaría escondida por algún sitio, porque nunca la había visto antes. La gata maúlla y da golpecitos con su pata sobre la pulsera.

—¿Qué quieres, te la pongo?

Su respuesta es un maullido de enfado, por lo que deduzco que es una negativa a mi pregunta, aunque insiste de nuevo con la pata. Observo otra vez el nombre y mi cabeza monta las piezas de un puzle que ni me había percatado

que estaba ahí, como si se tratase de un algoritmo secreto.

—Su...sana y Glo...ria— pienso.

Ella parece emocionada, mueve el rabo con entusiasmo.

—¡Suria! —exclamo a la vez que ella se levanta y da saltitos sobre la cama. —Te llamaré Suria, claro.

Después de todo, nadie va a sospechar nada, pues no saben quién era la poseedora de tal nombre, ni si era una ardilla o una jirafa, ni tampoco si yo pienso que una gata es la reencarnación de mi madre.

«Seguro que de esta ya no remonto» me lamento.

—Está bien, antes de nada, quiero hacer algo —le propongo.

Ella me observa con curiosidad y le guiño un ojo.

—Espérame aquí.

Entro en el baño y lleno la bañera de agua caliente, donde me sumerjo sin dudarle y prácticamente tengo un orgasmo al sentir el líquido entrar en contacto con mi cuerpo. Una de las cosas que más he echado de menos, bañarme.

Cierro los ojos e intento no pensar demasiado en todo lo que me ha sucedido, necesito tener la cabeza fría para lo que me traigo entre manos, así que, de momento, me relajo, disfrutando de mi baño el máximo posible. Aunque, ahora mismo echo de menos tener a la Segadora de Almas, es pensar en lo que haría con ella y me entra una sonrisa enorme.

Pero no adelantemos acontecimientos, todo a su debido tiempo.

Cuando he terminado de enjabonarme y secarme, observo mi reflejo en el espejo y descubro que algo ha cambiado en mí, no estoy demasiado segura

de lo que es, pero me da la sensación de que parezco más atractiva. Supongo que será la nueva seguridad en mí misma, cosa de la que antes carecía.

Un agudo pitido me saca de mi ensimismamiento, se trata del móvil que suena desde mi bolso. Me apresuro a cogerlo.

—¿Sí?

—Noa ¿estás bien? —la familiar voz de mi tío al otro lado de la línea consigue que sonría. Si hubiese sabido dónde he estado y lo que he hecho, le hubiese dado un infarto.

—Sí, sí, estoy muy bien, tío.

—Sé que ayer fue tu cumpleaños y seguro que saldrías hasta tarde, pero me prometiste venir a ayudarme, acuérdate que hoy es el partido del Cádiz y el bar está hasta los topes, anda, niña, baja ya —me pide con ese buen rollo gaditano que le caracteriza.

—Claro. Ahora voy.

Cuelga y me quedo mirando a la pared que tengo enfrente, pensando en una sola cosa: «ayer fue mi cumpleaños», o sea que no ha pasado ni siquiera un día.

Creo que hasta me apetece volver al bar para palpar de lleno la realidad y para poder despedirme de este mundo, pues he tomado una firme decisión que me impulsa a seguir adelante y a no estar metida en la cama llorando y sumida en mi desgracia.

Me pongo unos vaqueros con unas deportivas y una camiseta de tirantes negra para dirigirme hacia *El Manzano*, al que llego en cinco minutos, pues se encuentra a un paso de mi casa.

Mi tío ni siquiera me mira porque el bar está a rebosar de gente, pero yo

siento unas ganas enormes de abrazarlo. Sorteó a toda la gente que se agolpa en la barra y abarco su enorme cuerpo entre mis brazos, cosa que lo descoloca un montón, pues nunca he sido muy dada a expresar mis sentimientos y mucho menos en público.

Mi tío Jesús recibe mi abrazo de oso de buena gana, parece que le agrada porque no tarda en devolvérmelo con la misma intensidad, cosa que a mí me hace sonreír.

—¡Noa, déjate de rollos familiares y ponme una cerveza, maldita sea!
—grita uno de los habituales borrachos del bar por encima del griterío del tumulto.

Se trata de uno de esos borrachos conflictivos de sobra conocido en el barrio, que se toma una cerveza para estar cinco horas molestando y todos los camareros de la zona rezan para que no entre en su local.

Mi tío Jesús me deja para ir a servirle la cerveza al susodicho, pero le detengo, sosteniéndole por el brazo. Él me observa indeciso.

—Déjame a mí —le digo.

Mi tío asiente sin sospechar nada y se mete en la cocina para seguir haciendo las raciones, ya que yo me encargo de la barra.

—Date prisa, niña, estoy seco —me increpa el lumbreras.

Le sonrío con picardía y me dirijo hacia el grifo de cerveza, no sin demasiada prisa, para llenar un vaso de caña con dicha bebida. Me sitúo delante de él y me la bebo de un solo trago ante su atónita mirada.

—Eres una zorra, ¡ponme mi cerveza de una puta vez! —escupe.

Ahora todos los presentes prestan más atención a lo que acontece tras la barra que al partido. Bien.

—Perdona, es que tenía mucha sed —me excuso.

Repito la anterior acción, llenando el mismo vaso donde acabo de beber. Me sitúo delante de él y le tiro toda la cerveza a la cara sin dudarle. El borracho no sabe muy bien si gritar, llorar, o pegarme un puñetazo. No sale de su asombro, mirándose a sí mismo, empapado, mientras el público aplaude.

—¡Lo vas a pagar caro, hija de puta! —gruñe enojado.

Mi tío, seguramente ajeno a lo que está sucediendo, debido al ruido de la freidora y la extractora de humos de la cocina, no puede ayudarme cuando el energúmeno entra en la barra con la intención de estrangularme, lo supongo teniendo en cuenta la posición de sus manos. Eso si no intenta algo peor, dadas las circunstancias.

Se va acercando hacia mí con cara de asesino en serie y cuando va a cogerme por el cuello con esas manos asquerosas, me agacho y le esquivo, aprovechando que le tengo de espaldas para rodear su cuello con mi brazo, haciendo uso de todas mis fuerzas, mientras con la otra mano cojo el cuchillo recién afilado del jamón, amenazándolo con rebanarle el cuello.

—¿Qué pretendías, malnacido? ¿No te ha enseñado modales tu mamaíta?
—rujo furiosa.

Él lloriquea, mitad asombrado, mitad cagado de miedo, ante la atenta mirada de todos los clientes, que hace rato que se han olvidado del partido.

—Como vuelvas a pisar este bar, juro que te aniquilo, *desgraciao* —susurro en su oído.

Lo empujo hacia adelante, dándole una patada en el culo que hace que se estampe de bruces contra el suelo y él solito sale corriendo, despavorido, sin ni siquiera mirarme. Toda la gente rompe en aplausos y yo hago una cómica

reverencia.

Mi tío se asoma intrigado por la puerta de la cocina, le habrá parecido escuchar algo.

—¿Qué ocurre? —pregunta—. ¿Por qué aplauden todos?

—Porque han metido gol, tío.

Sonríe y entra de nuevo en su particular cueva para seguir a lo suyo.

No ha pasado ni medio minuto cuando alguien todavía peor aparece por la puerta... Alejandro.

Se abre paso entre la gente y finalmente se apoya en la barra, observándome con su mirada de perdonavidas. No puedo evitar sentir un vuelco en mi corazón al verle tan cerca, lo que ocurre es que ese vuelco ya no es comparado con lo que sentía antes, más bien es algo parecido a la rabia y el odio.

—¡Buenos días, morena! —me saluda, por si acaso no lo había visto.

No le dirijo la palabra y da una fuerte palmada sobre la barra de madera para captar mi atención.

«Da gracias a que hay gente delante, porque de lo contrario te colgaría del techo por los huevos» pienso para mí, cerrando los ojos con fuerza para armarme de paciencia.

—Qué lástima, tan guapa y tan maleducada —protesta.

—¿Ya te ha soltado la policía por agredir a mujeres indefensas? —le pregunto, hastiada.

Él pone una expresión de asombro, pues su querida niña idiota jamás le hubiese preguntado tal cosa, aunque se apresura a disimular.

—Ella se lo buscó por intentar separarnos.

—No la culpes a ella, ya estábamos separados desde hacía mucho tiempo, es más, dudo que alguna vez hayamos estado juntos —respondo, sin dedicarle demasiada atención, ya que continúo con mis quehaceres de camarera, limpiando copas y sirviendo pinchos.

—¿Por qué dices eso? ¿No te habrá contado nada la muy...

—Llegaste tarde. Me lo contó todo —le interrumpo, poniéndole un anzuelo que espero que pique.

—Solo fue un polvo, fue ella la que se coló por mí, yo le dije mil veces que te quería a ti —se excusa —me acosaba a todas horas.

Yo intento con todas mis fuerzas hacer con que ya lo sabía y no reaccionar, pero siento cómo la bilis sube hasta mi garganta, abrasando todo a su paso.

Inspiro profundamente.

—En el fondo me ha hecho un favor —le digo finalmente, mirándolo a los ojos sin titubear —no sabía cómo dejarte y así tengo una buena excusa.

—Noa, no puedes dejarme, nena, los dos somos uno ¡eres mi alma gemela!

Yo suelto una carcajada al darme cuenta, por fin, de lo patético que suena eso y lo que antes me haría sentir. ¡Qué tonta he sido! Habiendo sido testigo de la grandeza que tiene dicha frase, emitida por él resulta un sacrilegio.

—¿Sabes una cosa? —le pregunto entre risas—, lo que no entiendo es cómo coño he podido ser tan sumamente imbécil de creerte.

—¿Qué? —parpadea incrédulo.

—Te doy cuarenta y ocho horas para que saques las cosas de *MI* —
enfático —piso de Madrid, de lo contrario te denunciaré por ocupación ilegal.

—No puedes hacer eso, Noa, también es mi casa ¿dónde iré? —suplica.

—Me importa una mierda —me encojo de hombros, divertida.

—Nena, podemos solucionarlo, por favor, vamos a cenar esta noche y lo
hablamos ¡yo te quiero! —sigue suplicando.

—Cuarenta y ocho horas, Alejandro, ni un segundo más. Yo que tú iría
comprando el billete para Madrid, pues ya tienes antecedentes penales, así que
no creo que te venga bien otra denuncia —le aviso por última vez.

—¡Pero no tengo dinero!

—Pues pídeselo a Susana, o prostitúyete, no es mi problema.

Me mira con cara de no haber roto nunca un plato, sé que intenta darme
pena porque lleva años saliéndole rentable, pero lo único que me da es asco.

—¿Ni siquiera vas a despedirte de mí como es debido? —musita,
intentando en vano que le salgan lágrimas por los ojos.

Cojo seis pastillitas de un bote que tengo al lado del fregadero, son solo
para emergencias, pero ahora me vienen de perlas y como él está tras la barra,
no ve lo que yo hago con mis manos. Cojo un vaso y las echo con disimulo en
su interior, a la vez que lo lleno en el grifo de cerveza. Cuando está colmado,
lo pongo delante de él.

—Toma, una caña de despedida, como a ti te gustan: de las fresquitas —
susurro con una voz sexy y con doble sentido.

Él traga saliva y se la bebe de un gran sorbo, sin dejar de mirarme.

Saco el móvil de mi bolsillo trasero del vaquero y comienzo a grabarme mientras hablo, enfocándole a él de fondo.

—¡Hola a todos! —Saludo a la cámara con una amplia sonrisa—. Estáis a punto de presenciar uno de los videos que pronto se hará muy popular en las redes, a mí me gustaría titularlo: «el capullo de mi ex, ese que me la pegaba con mi mejor amiga, se caga patas abajo».

Entonces, lo enfoco solo a él en un exquisito primer plano y se queda blanco. No por lo que he dicho, sino por los retortijones tan fuertes que debe sentir, que serán de escándalo. Una de esas pastillas hace efecto en medio minuto, pues imaginaos seis y encima mezcladas con cerveza ¡la bomba!

En el video se puede ver cómo se retuerce, cómo su cara va pasando por varias tonalidades y expresiones, entre ellas, las del odio infinito que en estos momentos siente por mí y, además, se ve cómo aprieta las piernas para intentar evitar lo inevitable... pero finalmente, aquello sale disparado sin poder impedirlo.

—¡Oh! Parece que Alejandrito ya ha plantado el pinito —comento de nuevo, enfocando mis carcajadas —Alejandro, cariño, ¿te has hecho caquita? —pregunto, poniendo morritos. Vuelvo a enfocarlo y, entonces, se ve cómo sale corriendo del bar con todo el pantalón sucio, mientras el público vuelve a aplaudir.

Para despedir el video vuelvo a enfocarme y añado:

—Dedicado a todas esas mujeres que tienen novios infieles: te podrán tirar al suelo y te podrán pisotear, pero cuando te levantes ¡más vale que corran! —Guiño un ojo a la cámara, lanzando un beso y pongo los dedos en señal de victoria para añadir —por cierto, no olvidéis visitar el bar *Manzano* cuando vengáis a Cádiz.

Y con esto me despido definitivamente del mundo en el que vivía antes, un infierno al que ya nunca más volveré.

Corto la emisión entre los vítores de la gente, incluido mi tío, que exclama orgulloso:

—¡La casa invita a una ronda por los ovarios que tiene mi sobrina, esto hay que celebrarlo!

CAPÍTULO 34



La vida sigue.

Hoy hace cinco años que entré en Catarsis. Un día después de mi cumpleaños, el diecinueve de mayo.

 Mi vida cambió de manera radical gracias a aquel viaje, que todavía hoy dudo si fue real.

 Hay veces en las que pienso que todo fue un sueño y que, si me atreviese a hablar de ello con alguien, me tomaría por loca o por algo peor aún, como le sucedió a la pobre Khorleen.

 Lo que ocurre es que cuando me rindo a la evidencia, negándome a creer que aquello fue real, una bola de pelo blanco me devuelve la ilusión y me demuestra que sí, que lo fue. Ella es mi tótem, ese objeto que te mantiene sujeto a la realidad, pero sin olvidar tus sueños.

 En todo este tiempo, ambas hemos aprendido a comunicarnos, es bastante curioso cómo ella ha aceptado que es un gato y que no puede, entre

otras cosas, hablar ni coger objetos con sus manos. Todo esto, al principio, resultaba realmente gracioso para mí y realmente frustrante para ella, pues era digno de ver cómo se enfadaba consigo misma cuando no podía coger el tenedor para comer, o cómo intentaba comunicarse sin que yo la entendiese. Bufaba, se erizaba y todo tipo de expresiones de ira, que a mí me hacían llorar de la risa.

—Tranquila, Suria —intento relajarla acariciando su lomo.

Ahora mismo nos encontramos las dos sentadas en la terraza de una cafetería, yo en la silla y ella hecha un ovillo sobre mis piernas, mientras, yo leo un libro en mi *kindle*.

Estamos a finales del mes de Mayo y en Madrid hace bastante calor, por lo que bajamos a menudo a esta cafetería a refrescarnos un poco con el aire acondicionado, ya que está junto a nuestra casa, en la carrera de San Jerónimo.

Cuando decidí dejar Cádiz para venir aquí a estudiar, vendí el piso que tenía Alejandro ocupado, pues no me fiaba un pelo de sus artimañas con las llaves y, además, me enamoré de este apartamento en cuanto lo vi, entre otras cosas porque está situado en mejor zona, aunque sea más pequeño.

También vendí mi piso de Cádiz, eso ya me costó un poco más, pero lo hice. Por fin comprendí que las cosas materiales no tienen más valor del que tú le quieras dar y que son solo eso: cosas materiales.

La cafetería en la que nos encontramos se llama Lhardy, tiene más de tres siglos de vida y su estilo aristocrático del Madrid de principios del siglo XX combina a la perfección con las cocinas de vanguardia europeas. Se cuenta que entre estas paredes se han tramado derrocamientos de reyes, la introducción a nuevas dinastías, la república, la dictadura, etc., en definitiva, que se ha tejido la Historia secreta de España, cosa que a mí me parece cuanto

menos fascinante. Si miras en derredor, es cierto que sus paredes desprenden magia por doquier.

—Azorín decía que en ese espejo «nos esfumamos en la eternidad, ya que entramos y salimos del más allá, a las cotas más altas», pues en él se han mirado los protagonistas más importantes de la literatura, la política y todo tipo de personajes —le comento al gato, admirando el impresionante espejo que tenemos delante.

—Noa, aquí tienes, como a ti te gusta —Jorge pone mi café sobre la mesa —y para Suria, una galletita de canela —añade, colocando la galleta al lado de los bigotes de ella, que se despierta al instante cual pantera hambrienta para zampársela sin remilgos, ronroneando y todo. La escena nos hace soltar una risotada a ambos.

Jorge se ha convertido en un gran amigo y mira que al principio renegaba de los amigos, pero él me ha demostrado ser alguien en quien se puede confiar. Nos conocimos en la universidad, ya que los dos estudiamos periodismo y los dos trabajamos como camareros aquí para poder pagar nuestros estudios, él por las mañanas y yo por las tardes. Creo que lo que más me gusta de él es que nunca ha intentado ligar conmigo.

—¿Ya tienes preparado el traje para la fiesta de la graduación de esta noche? —me pregunta.

—Todavía no, luego saldré a ver qué encuentro —me encojo de hombros.

—Eres imposible, Noa, todas las chicas están buscando desesperadas el vestido ideal desde hace un año y tú vas a comprarlo dos horas antes.

—Las demás chicas tendrán veintitrés años y yo tengo diez más, paso de esos rollos, ya me conoces.

—Es cierto, se me olvidaba que eras una mujer carente de emociones — se burla sarcástico y yo me encojo de hombros, pues antes no era así, más bien todo lo contrario, pero es lo que te da la vida.

Nunca más he vuelto a reír a carcajadas ni a sentir mariposas en el estómago. No, desde que no estoy al lado de mi serafín gruñón. Podría decirse que soy un medio zombi. A veces, pienso que puede aparecer tras cualquier esquina y me emociono un breve instante, pero enseguida me obligo a pensar que en esta existencia es totalmente imposible que aparezca, porque él debería nacer de nuevo en otro cuerpo nuevo y no sería compatible. Pues no me imagino yo a un serafín enorme paseando tan tranquilo con sus alas y sus cuernos por la Gran Vía. Por eso dedico esta existencia a crecer interiormente y así estar más preparada para poder encontrarle en la siguiente.

Gracias al video de Alejandro haciéndose *popó* encima y a que lo colgase en *Youtube*, donde se hizo viral a los cinco minutos y yo bastante famosa, al igual que el bar de mi tío, hemos podido vivir con los beneficios que esto generó, aunque, después de comprar el piso, tampoco es que me sobrase demasiado, por eso trabajaba y pagaba mis caprichos.

Dejo el dinero sobre la mesa y meto a Suria en el bolsito vaquero donde suelo llevarla a todas partes.

—Me marchó, Jorge, esta noche nos vemos —le hablo más alto de lo normal para que me escuche por encima de las conversaciones de los clientes, pues está sirviendo cafés algunas mesas más allá.

Él se vuelve y me mira, levantando el dedo pulgar a modo de *ok*.

—Paso a recogerte a las nueve en punto —me recuerda.

—Que no hace falta, pesado —pongo los ojos en blanco.

Entonces se acerca hasta mí.

—Ya sé que no hace falta, pero no voy a permitir que vayas a tu fiesta de graduación sola, toda dama debe ir acompañada de su caballero —dice poniendo una voz gallarda.

Yo le sonrío.

—Has visto demasiadas películas románticas.

—Y tú tienes la culpa. A ver si empezamos a ver algo menos rosa, eres demasiado pesada con tanto amor —me recrimina.

Le sonrío de nuevo, negando con la cabeza, pues justamente yo soy la que quiere ver siempre películas de acción y suspense cuando vamos al cine o nos quedamos en casa el fin de semana y él siempre quiere ver Titanic o la Princesa Prometida.

Me despido con la mano y me marcho.

Paseo por las ajetreadas calles madrileñas, sorteando a la gente, con la mirada perdida hasta llegar a la calle Preciados. Una de las cosas que más me fascina de esta ciudad es que soy una más, nadie me conoce y puedo, incluso, inventarme una vida. Por ejemplo, si ahora mismo quisiera decir que soy La Elegida por Dios para salvar al mundo, lo sería y a nadie le importaría en absoluto. Todo lo contrario que en Cádiz, que te levantas un día torcida y se entera toda la ciudad.

Entro en varias tiendas como Zara, Mango, H&M, etc., y al final compro un vestido por la rodilla, de gasa rojo, de tirantes y de escote de pico. Es muy bonito, pero nada del otro mundo, pues me gusta vestir sencilla. Más tarde, compro unos zapatos de tacón a juego con el vestido y con una chaqueta de color azul marino que también he comprado por si refresca.

Suria, en los probadores ha elegido un modelito mucho más espectacular, de hecho, hubiese parecido una fulanilla barata de haberlo elegido, pero le he hecho caso omiso y por eso va enfadada como una mona durante el camino de vuelta a casa.

—Sé que estás enfadada porque esta noche te quedas sola en casa, pero yo no tengo la culpa de que seas un gato, la próxima vez reencárnate en cobaya y así podrás venir —bromeo con ella por la calle. Me bufa y se enrosca en el bolso para no mirarme.

El resto de la tarde la paso haciendo algo que odio a muerte, arreglarme, es decir: manicura, pedicura, peluquería, depilación...

Capítulo 35



La graduación.

Graduarse para mí implica la recompensa a un esfuerzo realizado. El reconocimiento por conseguir algo para lo que siempre me habían dicho que no valía. Una meta más alcanzada, un sueño menos que cumplir. Y me siento muy satisfecha conmigo misma.

En un principio, no quise acudir a la fiesta de esta noche, pues veía absurdo asistir a algo para lo que ya se me ha pasado el arroz. Todos mis compañeros esperaban esta noche con ansias, yo diría que algunos incluso desde que entraron en la universidad, pero a mí no me gustan las fiestas y, esta en particular, no me parece necesaria.

Al comentarle mi idea a Jorge habló conmigo muy seriamente y me convenció de lo contrario. Hay veces que pienso que es la materialización del

espíritu de Trok en persona, pues él me hablaría igual, solo que Jorge no es tan glamuroso ni tan gracioso, es más bien seco.

Me dijo que no debía pensar en la edad de los demás ni en las circunstancias que rodeaban a cada uno, sino en las mías. Que habíamos trabajado muy duro para aprobar todas las asignaturas y lo habíamos conseguido, así que merecíamos un reconocimiento público por ello. Me amenazó con no ir él si yo no iba y eso fue lo que me hizo claudicar, pues sabía que a él le hacía mucha ilusión asistir a esa maldita fiesta.

—Estás realmente preciosa —me silba al verme avanzar hasta su coche, donde me espera aparcado en doble fila—, si no pudieses ser mi madre ni me gustasen los hombres, caería rendido a tus pies.

—¡Oye! Que solo tengo dos años más que tú, idiota —le regaño, sentándome en el asiento del copiloto, mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

Suelta una carcajada y arranca el coche para dirigirnos hacia la calle Alcalá, concretamente al número quince, donde se encuentra el Gran Casino de Madrid, pues allí se celebra la cena y después la fiesta.

Cuando el gran edificio modernista aparece frente a nuestros ojos me quedo impactada porque nunca antes lo había visto, pero una vez dentro, mi mandíbula roza el suelo. ¡Qué pasada!

Seguimos el camino que nos indica uno de los mayordomos que acompaña a los numerosos invitados que hemos acudido a la fiesta.

—Compórtate, Noa, que pareces una paleta gaditana sacando fotos a diestro y siniestro —me regaña Jorge, quitándome el móvil de las manos.

—¡Déjame! Nunca antes había estado en un palacio, es impresionante —

me excuso, contemplando obnubilada todo cuanto me rodea y arrebatándole mi móvil de sus manos.

Pero lo que siento al llegar ante la colosal Escalera de Honor no es lógico ni medio normal. La inmensa escalinata es espectacular, de mármol blanco, con una barandilla de hierro dorado y con esculturas que representan escenas de Eros y Psique. Me sobresalto cuando me sitúo delante de ella, es como si ya hubiese estado aquí antes y me sonase de algo, me tiemblan las piernas como si aguardase que la escalera me desvelase un secreto demasiado importante.

Subimos por ella y siento un cosquilleo en el estómago. ¿Qué me ocurre?

Pasamos hacia el Salón Principal, que es donde se va a servir la cena. En el recorrido admiro la cúpula de vidrieras en el techo, las diferentes esculturas, las alfombras de la Real Fábrica de Tapices, una ruleta de caballos que, por lo visto, es única en España.

Al entrar en el gran salón me ocurre lo mismo, los nervios se agarran a mi estómago de repente y no se debe a la fiesta, ya que me da igual.

Admiro el espectacular suelo de damero en blanco y negro, las imposibles lámparas de araña, los espejos biselados en las paredes que multiplican el espacio, las sillas de mil formas en gris-azulado, las originales figuras de porcelana y el techo que destaca, aún más, si cabe, por su impoluta elegancia y del que cuelgan platos pintados a mano. Hay multitud de mesas redondas, para unos doce comensales cada una, dispuestas por toda la sala.

—¿Te pasa algo, Noa? —me pregunta Jorge algo preocupado.

—No, no, ¿por qué?

—Porque te has quedado pálida de repente.

—No, tranquilo, estoy bien, vayamos a buscar nuestra mesa.

La cena transcurre sin mayor incidencia. La comida es exquisita y el ambiente muy distendido. Aunque sea una fiesta de graduación de gente joven, de momento no he visto tangas volando ni gente tirada por los suelos.

Cuando la cena ha terminado, han repartido los diplomas y después la gente se ha movido hacia la barra para pedir copas, pero nosotros permanecemos sentados.

—¿Lo estás pasando bien? —Mi amigo se preocupa siempre demasiado por mí y es algo que me agobia a veces.

—Jorge, no eres mi padre, por favor, deja de pensar en mí y ve a divertirte. Ese moreno de ahí te está mirando mucho —le provoco.

—¿Segura?

—¡Claro, venga! Ahora iré yo.

—Estaré por ahí.

Le sonrío y se marcha para hablar con el susodicho. Me hace mucha gracia lo cortado que es para sus cosas y lo extrovertido que resulta en la cafetería con la gente que no conoce.

Poco a poco, han ido retirando las mesas de la cena. Las luces se han apagado y han encendido otras algo más tenues para que la gente pueda bailar.

Pienso que no tengo a nadie a quien llamar para contarle que me he graduado. Desde que a mi tío Jesús le diese el infarto y falleciese hace ya dos años, me he quedado más sola que nunca. Sí, tengo a Suria y a Jorge, pero no es que ellos calmen mi necesidad de estar acompañada.

Esa necesidad tiene nombre propio y esa pena que invade día y noche mi alma no logra aplacarse nunca. Cada noche le espero en mis sueños, pero nunca viene y cada día le busco entre la gente, pero nunca aparece.

Miro a mi alrededor, hay personas riendo por todas partes. Unos bailan y otros charlan entre ellos y sus familiares, emocionados. No hay soledad más grande que la mía.

Me levanto y deambulo por la estancia. Me dirijo con paso lánguido hacia los alrededores del salón, hasta que, sin darme cuenta, he llegado a lo alto de la famosa escalera. Me apoyo en lo alto, observando sus majestuosos escalones, pensativa.

De pronto, escucho un fuerte estruendo procedente de la planta baja, cerca de la entrada del Casino, como si hubiesen puesto una bomba y la puerta de hierro forjado se hubiese venido abajo.

Me asusto un poco por el golpe que ha sonado, pero cuando de verdad me estremezco es al descubrir que todos los empleados del Casino se aproximan huyendo despavoridos, gritando y escondiéndose por todas partes, sobre todo, debajo de la escalera.

Mi instinto de supervivencia no ha hecho gala de su existencia desde hace cinco años, por eso supongo que estará adormilado cuando lo único que consigo es agacharme y observar qué ocurre con la cara metida entre los barrotes de la barandilla. Vamos, que si lo que hay ahí abajo es un terrorista cargado con una metralleta, la primera en caer seré yo.

Jorge habría dicho que es mi apasionado espíritu de periodista, que siempre ansía saber más, pero yo, sin embargo, creo que se trata de mi instinto masoquista, un poco mezclado con el cotilla.

De repente, se hace el silencio más absoluto. No soy capaz de moverme,

me he quedado aquí plantada, aferrada con mis puños al frío hierro, como si fuese un barrote más.

El eco de unos cascos de caballo comienza a resonar por toda la estancia, parece que no tiene prisa, va a paso lento.

«¿Qué diablos hará un caballo dentro del Casino?» me pregunto intrigada.

«No es un caballo, es un pegacornio» me contradice una voz en mi mente.

—¡Ay, Dios mío! —grito.

Del susto que me doy, me caigo de culo al suelo.

Entonces, emerge ante mis ojos en la planta baja.

Un inmenso y resplandeciente caballo blanco hace su aparición estelar en escena. Y un fornido jinete, de sobra conocido, lo cabalga.

Mi corazón se ha detenido y no doy crédito a lo que ven mis ojos. No puede ser posible, debo estar soñando.

Se planta en lo bajo de la escalera y me mira. El impacto de nuestras miradas nos afecta a los dos por igual. Duele.

«¿Piensas quedarte ahí parada, enseñándome tus muslos?» dice de nuevo en mi mente.

Me levanto muy lentamente, por miedo a que se desvanezca la bella visión.

Él da un ligero tirón a una de las riendas del vigoroso corcel y este sube las escaleras a toda velocidad, moviendo sus impresionantes crines con el movimiento.

Algo me dice que esto es imposible, que esto no es real y salgo corriendo a toda prisa hacia el interior del salón para buscar a Jorge y que me dé un buen trago de su copa... o mejor aún, que me dé la copa entera.

Entro en el gran salón de manera atropellada, incluso me choco con algunas personas porque camino mirando continuamente hacia atrás y me observan como si estuviese loca. Busco a mi amigo entre la gente, pero no lo encuentro.

Una canción comienza a sonar y me quedo congelada al reconocerla.

—*Promises* —musito, clavando mi mirada en la puerta de entrada del salón.

Entonces, aparece.

Es como un resplandor en medio de la tormenta, brilla con luz propia.

La gente se aparta del camino del caballo, que avanza por el salón con paso firme y decidido, con la elegancia de un gran unicornio y el aplomo de un majestuoso Pegaso, aunque esta vez no se le vean ni el cuerno ni las alas, reconocería a Albor hasta en el infierno, como él ya me ha reconocido a mí.

No parece que los invitados se sorprendan demasiado al ver un caballo en medio del Gran Salón del Casino, pues le van abriendo un pasillo, admirados, pero sin gritos ni huidas como los de abajo.

Yo voy retrocediendo mientras ellos avanzan, hechizada por unos ojos ambarinos que no se apartan de mí.

«Esto no es real, Noa, esa copa de vino que has tomado en la cena te está jugando una mala pasada, tú que no estás acostumbrada a beber —hablo conmigo misma para tratar de mantener la calma—. El psicólogo te dijo que recurrías a la inmersión en otra realidad paralela como auto ayuda para

superar la pérdida de tus seres queridos o el sentimiento de soledad, pero has de aceptar que no es real».

Pero es que parece tan real como que estamos aquí y ahora y se convierte en más real todavía gracias a los comentarios de las chicas que tengo a mi lado:

—¿Y este príncipe de qué cuento se habrá escapado?

—Irá en busca de alguna princesa.

—¡Por Dios Santo, pues que venga a por mí, qué pedazo de hombre!

Alguien a mi espalda me agarra por el brazo para sujetarme.

—Noa, ¿qué ocurre? ¿Quién es ese hombre y por qué te persigue montado sobre un caballo? —pregunta Jorge, que estará viendo la escena desde el principio, alucinando.

—¿Tú también lo ves? —balbuceo sin quitar los ojos del visitante.

—¡¿Qué si lo veo?! —Suelta una carcajada—. ¡Como para no verlo!

Entonces, me detengo. Dejo de retroceder. Es cierto que está aquí, no estoy soñando. Pero a mi mente le cuesta mucho, muchísimo, aceptar que lo tengo delante. Las lágrimas amenazan con salir de mis ojos a borbotones, pero las retengo. Hace cinco años que no lloro, ni siquiera fui capaz de hacerlo por la muerte de mi tío. Me he convertido en un témpano de hielo insensible, pero ahora mismo, esa gélida coraza se acaba de derretir de golpe, haciéndome sentir expuesta y demasiado frágil.

—Había imaginado millones de veces este reencuentro y nunca sospeché que tendría que perseguirte —dice con esa voz ronca que tanto he anhelado, haciendo que cada parte de mi ser se estremezca y la garganta se me seque.

—¿Reencuentro? —exclama Jorge en mi oído—. ¿Ya conocías a ese semental?

Su comentario me hace soltar una sonrisa, pero los nervios no me permiten moverme. Parezco un pasmarote plantado en medio de la pista de baile.

La mirada del jinete se torna algo oscura y doy por sentado que se ha puesto celoso, pues no sabe quién es mi amigo y ha pasado mucho tiempo desde que nos juramos amor eterno.

Pero ahí está, como si fuese un hombre más de nuestra época, más guapo que nunca, ataviado con unos vaqueros que ensalzan sus poderosos muslos, despeinado a lo loco con gomina, con una camiseta de sport de color azul cielo y unas deportivas de color azul marino. Y con esa mirada ambarina arrebatadora que busca algo desesperadamente.

—Azael —suspiro de manera inconsciente, haciendo más tangible su presencia al pronunciar su nombre, ese nombre que no me había permitido decir desde que volví.

El estómago me da un vuelco cuando baja de un gran salto del caballo y rompe la distancia que nos separaba de dos grandes zancadas, situándose delante de mí, pero sin llegar a rozarme. Yo levanto la cabeza para poder mirarlo a los ojos y las piernas me flaquean al hacerlo. Todos los presentes han formado un gran círculo a nuestro alrededor para observarnos.

—¿No soñabas con un príncipe que viniese a salvarte a lomos de un caballo blanco?

—Sí, pero eso fue hasta que alguien me enseñó que yo podía salvarme sola.

Sonríe, pero enseguida contiene el gesto.

—Estás preciosa —me admira embelesado.

Está esperando, impaciente, mi reacción, pero no soy capaz ni de pestañear.

—En mis sueños te lanzabas a mis brazos nada más aparecer ante ti —susurra.

—En los míos venías a verme cada noche —consigo por fin hablar—. Pero no lo hiciste.

—Noa, no he podido venir antes, en tu lecho de muerte prometí restaurar Catarsis —lo dice en un tono muy bajo para que nadie nos escuche hablar sobre lechos de muerte —y tú prometiste esperarme.

Se está conteniendo tanto porque seguramente suponga que Jorge es mi novio. Sonríe entre lágrimas porque sus celos me hacen recordar viejos tiempos y porque con sus palabras me confirma que Catarsis continúa existiendo.

—Es solo un amigo —susurro a la vez que le sonrío, aún incrédula.

—¡A la mierda autocontrol! —ruge al ver mi sonrisa.

Me abraza con fuerza, levantándose del suelo y me besa con todas sus ganas, consiguiendo que mi mundo se detenga de golpe y que ya nada importe. Yo respondo a ese beso con el hambre contenida de cinco años, aferrándome a su cabello con fuerza para atraerlo más hacia mí, como si tratase de fundirme con él. Siento cómo la sangre vuelve a recorrer mis venas con fuerza, cómo mi piel recobra su calor y cómo mi corazón palpita desbocado.

¡Vuelvo a estar viva!

Recuerdo cada minuto que hemos pasado juntos y, de pronto, parece que no nos hayamos separado nunca. ¡Es él! ¡Ha venido a buscarme!

Sus labios contra los míos provocan que vuelva a sentir el intenso deseo sexual que me despertaba y, no solo eso, sino que surja más fuerte que nunca. Todo mi ser le reconoce, es pura magia.

Cuando conseguimos separarnos, me doy cuenta de que todos a nuestro alrededor aplauden emocionados, Jorge en primera línea dándole todo y Azael me sonríe dulcemente.

—Lo que te gusta ser el centro de atención ¿eh? —bromea.

—Estando tú cerca debo acostumbrarme a ser La Elegida y que todos me admiren —le contesto risueña.

Albor ya no aguanta más y mete su cabezota en medio de nosotros dos para que a él también le preste la atención que merece. Me abrazo a su cuello con fuerza y relincha feliz.

—Querido amigo, qué alegría me da volver a verte —le digo, a lo que él responde acercando su hocico a mi espalda a modo de cariño.

Azael vuelve a cogerme por la cintura y pasa uno de sus dedos por mi mejilla, acariciándola con delicadeza, mientras me observa con detenimiento.

—Te he echado tanto de menos —confiesa—, creí que moriría sin ver tus ojos. Son más bellos de lo que recordaba.

Cierro los ojos para intentar no derramar más lágrimas, pues en Catarsis no se me corría el maquillaje, pero aquí, ya es harina de otro costal. Además, mi físico tampoco es tan perfecto como allí y cinco años, a mi edad, no pasan en balde, pero él me observa como si fuese más bella todavía.

—Azael, prométeme que no vas a volver a dejarme sola nunca más.

—Te lo prometo, mi amor. He venido para quedarme.

Rodeo su cuello con mis brazos y vuelvo a besarlo, sabedora de que hoy comienza mi nueva vida. Una que, estoy segura de que junto a él, será la más feliz de todas mis existencias.

—Pues, entonces, te permito que me salves, pero solo por esta noche —
le concedo.

—¿Dónde quieres que te lleve?

—Al fin del mundo.

Capítulo 36



El despertar.

El fin del mundo en mi mente nunca fue tan maravilloso como ha resultado ser en realidad.

Azael no ha dejado de besarme ni un solo instante, quiere recuperar todo el tiempo que hemos perdido y a mí me sucede lo mismo, aunque mucho me temo que debemos tomárnoslo con más calma si no queremos que nos detengan por escándalo público.

Hemos salido a lomos de Albor, vitoreados por los graduados de periodismo de este año y ahora mismo caminamos por la acera de la calle de O'Donnell como si tal cosa. Yo voy sentada delante de él, que me abraza mientras lleva las riendas. Tengo tantas cosas que decirle y quiero saber otras tantas, que no sé por dónde empezar.

—Creo que deberíamos hacer algo —le sugiero.

—Me muero de ganas —susurra en mi oído, erizándose el vello al hacerlo.

Aprieta mi estómago con una de sus manazas para pegarme más a su cuerpo y hacerme conocedora de la gran excitación que lo tortura. Intento mantener la cabeza fría y no sucumbir a sus múltiples encantos.

—No podemos pasear a lomos de un caballo por la ciudad y mucho menos por pleno barrio de Salamanca, no tardará en llegar la policía y detenernos —le explico sonriente.

—¿Qué es la policía? —pregunta intrigado.

—¡Oh, por Dios, qué divertido va a ser esto! —me parto de la risa.

No tengo ni idea de qué debemos hacer con el caballo, son las doce de la noche y ahora mismo no creo que haya nada abierto, tipo albergue de animales, para que lo recojan y tampoco creo que pueda meterlo en mi piso.

¡Eureka! ¡El Retiro!

—Vayamos al parque a pasar la noche y ya mañana veremos qué podemos hacer con él —señalo a mi derecha y él observa algo en esa dirección con detenimiento.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Ese muro es muy alto.

—¿Alto para qué? ¿No pretenderás...

—¡Agárrate! —me interrumpe, sujetándose con fuerza contra su cuerpo.

Pues no me da tiempo a nada porque, cuando me quiero dar cuenta, me hallo gritando como una loca desquiciada en pleno ataque de nervios, mientras Albor cabalga a toda velocidad hacia la valla que rodea el parque. Cierro los

ojos porque es evidente que nos vamos a estampar contra el muro.

Y de pronto...

¡Aterrizamos al otro lado de la valla!

Sí, he dicho que aterrizamos porque me apuesto el cuello a que hemos volado, pues es completamente imposible que un caballo haya saltado tres metros de altura.

Azael sigue sosteniéndome entre sus brazos y yo no sé si continuó gritando o no, porque todavía no he logrado salir de un shock y ya me he metido en otro.

—Noa, me vas a dejar sordo —se queja.

—¿Es que no había otra manera de entrar!? —Sigo flipando y por eso hablo con una voz chillona.

—¿Por dónde? Todas las puertas están cerradas.

—¿Y si nos ha visto alguien? ¡Joder! Vamos montados sobre un caballo por Madrid, la pregunta es ¿quién no nos habrá visto? Además, el Retiro debe estar lleno de cámaras de seguridad... ¡por Dios! Vamos a salir en todas las noticias —hablo muy rápido conmigo misma y me estoy empezando a poner demasiado nerviosa.

Además, el hecho de que Azael ahora dependa de mí me pone más frenética aún, supongo que igual debió sentirse él cuando yo llegué a su mundo, pero no se le notó tanto.

—Tranquilízate, Noa, nadie puede vernos.

—¿Qué?

—Tenemos un hechizo de invisibilidad, nadie puede vernos —me

explica tan seguro como que es de noche.

—Azael, ¿en este mundo no se pueden hacer hechizos!

—No vamos a volver a discutir sobre lo mismo de siempre —sentencia.

—Ya se me había olvidado lo que eran las emociones fuertes —me excuso, intentando recobrar el aliento.

—Pues deberás acostumbrarte de nuevo —mete su nariz entre mi pelo para provocarme miles de escalofríos.

En serio, esto no me puede estar pasando.

—Venga, Noa, relájate, aquí estaremos a salvo.

Se me enciende una bombilla de «¡idea!».

—Voy a llevarte a un sitio que te va a encantar —señalo.

—¿Dónde?

—A mi Palacio de Cristal.

Cojo las riendas de Albor para indicarle el camino, aunque él ya se ha adelantado y galopa hacia el lugar sin necesidad de que le muestre nada.

Llegamos frente a la gran catedral de cristal que está iluminada en tonos anaranjados. Es todo un espectáculo digno de ver durante el día, pero poder contemplarlo de noche es un auténtico privilegio, solo reservado a unos cuantos.

Las grandes columnas jónicas que sostienen las enormes vidrieras que componen la majestuosa entrada de estilo clásico, consiguen que Azael abra la boca, anonadado. Además, todo a nuestro alrededor está lleno de flores, lo que dota al escenario de un aire bucólico difícil de ignorar.

—¿Te gusta? —le pregunto.

—No imaginaba que tu casa fuese tan bella, aunque no mereces menos.

Yo suelto una carcajada.

—¡Esta no es mi casa! —Él parece no entenderlo—. Da igual, venga, baja.

Me dispongo a saltar del caballo, pero no me lo permite, pues primero baja él y después me coge por la cintura para ponerme sobre el suelo con delicadeza, como si me fuese a romper. Voy a dejar que haga esto hoy porque es el primer día, pero que no piense que vamos a estar en plan doncella en apuros siempre.

Nos acercamos, yo caminando escondida entre los arbustos y Azael como si realmente llevase el hechizo de invisibilidad encima, hasta llegar a la puerta.

—Quédate aquí —le ordeno mientras me acerco hasta la puerta de entrada.

«Mierda, está cerrada» pienso.

Pero ni siquiera me he girado para darle la mala noticia, cuando una fuerte coz de Albor consigue derribar la puerta. De nuevo me sorprende gritando como una histérica.

—Somos invisibles, pero no mudos —me recrimina Azael, pasando de largo por mi lado para entrar en el Palacio.

Es imposible que mi corazón se acostumbre a llevar este frenético ritmo, pero es el ritmo que le marca este majadero y que me hace sentir tan viva que ni siquiera me lo creo.

Decido seguirle, si nos detienen, que nos detengan a los dos.

Estar dentro del palacio es alucinante. Miro hacia arriba para contemplar la gran cúpula de casi veintitrés metros de altura que tenemos sobre nuestras cabezas y cómo a través de ella se pueden divisar las estrellas y la gran luna llena que brilla esta noche.

—¿Esa luz redonda es la luna de la que tanto me hablabas? —Aparece junto a mí, abrazándome desde atrás.

—Sí, y las luces pequeñas a su alrededor son las estrellas —señalo hacia arriba con el dedo.

Él me da un beso en la mejilla.

—Este mundo es precioso, Noa, pero solo porque tú estás en él.

Me giro para poder mirarle a los ojos, pasando mis brazos por encima de sus hombros. Es más alto de lo que recordaba, por eso he de ponerme de puntillas.

—Ahora es mucho más hermoso —susurro contra sus labios.

Nos encontramos en un rincón del palacio donde todo está a oscuras, mirándonos uno al otro, sin necesidad de hablar.

—Por fin estás conmigo, mi Noa —farfulla mientras me besa de manera lenta—. He creído morir pensando si estarías bien o si te harían daño. Sin poder verte ni decirte cuánto te amo y cuánto te necesito.

—¡Oh, Azael! —exclamo muerta de amor.

De un salto me subo en su regazo, rodeando su cintura con mis piernas. Él sonríe por mi arrebató pasional. Nos besamos con ansias, luchando por saborear la lengua del otro, degustando nuestros labios carnosos y

sensibilizados.

Su espalda choca contra la pared que tenemos detrás. Como me sostiene con sus gigantescos brazos, aprovecho para sacar su camiseta por la cabeza, cosa que consigo porque primero levanta un brazo, sosteniéndome con el que le queda libre y después hace lo mismo con el otro. Contemplo su torso, musculoso y moreno. Ahora sin tatuajes, pulcro y limpio al comenzar una nueva vida, immaculado para escribir una nueva historia sobre él.

No titubea ni un instante y muerde mi pecho a través de la fina tela del vestido, consiguiendo que suelte un fuerte gemido que a él le hace enloquecer.

—Noa, te he deseado tanto, he soñado tantas veces con esto, que ahora creo que no es real —jadea.

Hago una señal para que me baje al suelo, pues desde aquí arriba no puedo hacer todo lo que deseo. Y, aunque está muy entretenido con mis pechos, obedece.

Una vez abajo, acaricio su aterciopelado pecho, descargando un reguero de pequeños besos por él, pasando mis labios con dulzura por sus tersos pezones y provocando un espasmo cuando los muerdo. Desabrocho sus vaqueros e introduzco mis manos en su trasero, sintiendo su fortaleza. Lo atraigo hacia mí y sonrío con picardía, haciendo aparecer esos hoyuelos que me hacen perder la cabeza.

Se inclina hacia adelante para sacar el vaquero de una de sus piernas y aprovecho para besarlo con todas mis ganas, lo que consigue que pierda el equilibrio, pues está apoyado sobre una sola pierna, y caiga al suelo, arrastrándome a mí con él. Nos reímos a carcajadas tirados sobre el frío mármol.

—Hacia cinco años que no me reía —consigo pronunciar entre las

risotadas de ambos.

—Lo mismo que yo —admite.

Nos revolvemos por el suelo, devorándonos, hasta que él queda sentado con sus piernas flexionadas formando un ángulo de noventa grados y apoyado con su espalda en la pared. Yo me encuentro a horcajadas sobre sus muslos. Me observa con su mirada envuelta en llamas y, de pronto, da un fuerte tirón a mi vestido y lo rasga de arriba abajo. Se relame extasiado, contemplando mi cuerpo. Me siento demasiado expuesta y muy cortada ante su salvaje escrutinio. Tomo su rostro entre mis manos y él mi cuello entre las suyas para volver a besarnos de nuevo. No nos saciamos el uno del otro.

Con sus manos abarca mis pechos y los masajea con experiencia, sin apretar demasiado, pero sin dejarlo en una simple caricia. Me arqueo cuando me sorprende con un pellizco, momento que aprovecha para mordisquear uno de mis pezones y hacerme gritar, a la vez que introduce su mano por mis braguitas hasta llegar a mi sexo, donde no escatima en atenciones. Tanto es así, que a la tercera caricia suelto un gemido involuntario que exterioriza mi fuerte orgasmo, consiguiendo que me convulsione contra su mano.

«Dios mío de mi vida, ya ni me acordaba de lo que era esto» me digo.

—Eres tal cual recordaba, Noa, deliciosa y arrolladora, no soy capaz de resistirme a ti, seré tu siervo para siempre.

—No necesito un siervo, necesito a mi serafín gruñón —me burlo.

Él sonrío y me besa de nuevo.

—Pues aquí lo tienes.

El hecho de haber tenido un orgasmo con solo rozarme, no implica que haya calmado mi sed porque sé de lo que es capaz y esto no ha hecho nada más

que empezar. Por eso me bajo las braguitas y las lanzo por ahí, mientras él retira sus bóxer negros. Observo su gran firmeza, me parece mucho más grande de lo que recordaba, y me sitúo sobre ella a modo de invitación. Él se agarra con la mano para colocarla entre mis piernas y me penetra sin dudar, sin dejar de mirarme a los ojos.

Permanecemos un momento quietos, regocijándonos en cómo me colma, en cada sensación que nos embarga y en nuestras miradas, que se prometen tantas cosas que hasta me da miedo. Me agarro fuerte a sus hombros y comienzo a balancearme adelante y atrás, él responde conteniendo su lujuria, se está aguantando demasiado para lo que es él. Poco a poco comenzamos a coger el ritmo juntos, hasta que me fustiga con su penetración rápida, intensa y profunda.

Con cada embestida desata más mi deseo y termino mordiendo su hombro y arañando su espalda como una posesa. Estoy tan excitada que hasta me parece que estoy flotando. Mientras tanto, embrujado por mi pasión desenfrenada, él me coge por los tobillos como si fuese un jamón y los coloca sobre sus hombros para penetrarme de una manera más profunda, cosa que provoca que vuelva a dejarme llevar por otro violento orgasmo y él se derrama en mi interior, soltando un gruñido ronco.

Mientras recobramos el aliento, descendemos abrazados hasta el suelo, donde terminamos recostados, respirando con dificultad por todo el esfuerzo realizado.

—¡Un momento! —exclamo de repente, apartándome de su pecho.

Le miro atónita y sonrío con malicia.

No puedo terminar de hablar porque un fuerte foco de luz me deslumbra.

—¿Quién anda ahí? —pregunta una voz de hombre.

¡Mierda, nos han pillado! Ahora saldremos en la portada de todos los periódicos del mundo, como si lo viera: *Dos pervertidos se lo montan en el palacio de cristal del Retiro de Madrid*. Mi cara de pánico debe ser un poema.

Pero, lejos de detenernos, el guardia de seguridad que nos acaba de alumbrar con su potente linterna, pasa de nosotros, incluso de Albor, que permanece tan tranquilo deambulando por ahí.

Miro a Azael, con los ojos demasiado abiertos y se encoge de hombros.

—No es posible —musito confusa.

—Noa, todo es posible ¿todavía no lo sabes?

El guardia de seguridad vuelve a pasar por nuestro lado, hablando por su transmisor.

—La puerta de entrada está rota, pero no hay nadie dentro, corto.

Niego con la cabeza y me levanto. Una vez que estoy en pie, recompongo mi vestido y me cruzo de brazos para mantenerme tapada. Azael se levanta y se viste también. Pasado un rato se acerca hasta mí, que estoy dándole la espalda, pensativa, con la mirada perdida, observando a través de los cristales la cascada del lago que tengo frente a mí.

Me abraza desde atrás y apoya su barbilla en mi hombro derecho.

—¿Qué piensa esa cabecita tuya? —susurra en mi oído.

No sé muy bien cómo explicarle todas las cosas que se acumulan en mi mente.

—Creo que me he vuelto loca, todo esto no puede estar ocurriendo, es imposible.

—Noa—, me gira para que le mire a los ojos —¿no has aprendido nada en tu paso por Catarsis?

—Mucho, pero ahora no estamos allí, no puede ser.

—No lo entiendes, siempre estaremos allí, porque Catarsis eres tú.

Capítulo 37



Cicatrices.

La escalinata que sale de la majestuosa fachada del palacio, muere en el gran estanque y justo en el tercer peldaño, casi rozando el agua, nos hallamos Azael y yo sentados, contemplando las cascadas que hay frente a nosotros y las estrellas en lo alto del cielo, con las manos cogidas.

—¿Tienes frío? —rompe el silencio el serafín.

—No, estoy bien, gracias.

—Noa, no te empeñes en ocultar la realidad, asúmela y punto. ¿No querías que viniese?

Le miro, buscando algo en sus ojos, una respuesta o algo que me ayude a aferrarme a la verdad, pero la verdad está muy lejos de lo que yo he conocido

hasta ahora y me resulta imposible asimilarla.

—¡Claro que lo quería! No se trata de eso.

—¿Entonces, qué hay de malo, qué te ocurre? —No logra comprenderlo.

—Azael, llevo cinco malditos años preguntándome qué coño me sucedió aquella noche. Tratando de darme respuestas a mí misma y de comprender algo totalmente inverosímil. Vivo con un gato que creo que es mi madre...

—¿¡Suria está contigo?! —Me interrumpe.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que era mi madre y no me dijiste nada? —le reprocho.

—Me hizo jurar que no te lo diría.

—¿Por qué?

—Porque no quería interferir en tu misión. Sola eres más fuerte.

—¿Sola? ¡Estoy harta de estar sola!

—Ya nunca más lo estarás, te lo juro, mi amor. He renunciado a todo por estar contigo y ya nada podrá separarnos.

—No te creo, Azael. Tengo miedo.

—Noa, el miedo no existe —me repite una vez más—. Eres como una mariposa que ha salido de su crisálida, deja de arrastrarte y vuela de una maldita vez.

—El miedo sí existe, ¡claro que existe! En este mundo no se pueden hacer hechizos de invisibilidad, ni volar, ni hablar por telepatía ¡por eso tengo miedo de estar soñando otra vez y que al despertar no estés!

Mis lágrimas no han podido aguantar más sin salir.

Azael me atrae hacia sí y me abraza, consiguiendo que sienta su calor y su consuelo.

—Comprendo que te sientas así, Noa, es complicado aceptar todo esto, pero pronto te darás cuenta de que no voy a desvanecerme, solo necesitamos tiempo. Y si no te gusta que haga magia, solo tienes que pedirlo y no la haré, prometo ser una persona normal.

Me separo de él para mirarle fijamente, enarcando una ceja y él retiene una sonrisa burlona, lo que me hace sonreír a mí también. Y así se destensa el ambiente.

—¿Tú? ¿Una persona normal? —Suelto un bufido seguido de una fuerte carcajada, pues no me le imagino yendo a trabajar o cocinando, la verdad.

—¿Dudas de mí? —Se hace el enfadado.

—Sí. No te voy a mentir —admito.

—¡Pues si dudas del gran Señor del Mal, atente a las consecuencias! —exclama, poniendo una voz gutural.

Comienza a hacerme cosquillas y yo me retuerzo entre sus brazos, partiéndome de la risa.

—¡Para, para, por favor! —le suplico, llorando de la risa.

—¿Voy a ser un buen humano? —insiste sin dejar de pincharme.

—Sí, sí, el mejor —sollozo.

Entonces, me deja y yo intento recomponerme.

—Noa, yo tampoco sé qué nos deparará el futuro, lo único que me importa es que estoy contigo y lo demás me da igual porque sé que juntos seremos capaces de superar cualquier dificultad.

—Siempre he envidiado la seguridad que tienes en ti mismo, incluso en un mundo del que desconoces todo, pareces ser el líder.

—Tú también fuiste así una vez y he venido para recordártelo.

—No es tan fácil, aquí no soy La Elegida —le explico.

Él sonríe y niega con la cabeza.

—¿De qué te ríes?

—No hay más ciego que el que no quiere ver y tú ahora mismo estás ciega, pero estoy seguro de que en un par de días serás la guerrera de la que me enamoré, solo tienes que ser consciente de lo que eres capaz y yo te voy a ayudar.

Miro al estanque.

—Azael, gracias. Nunca he tenido el valor para decírtelo y creo que es un buen momento, antes de que te desvanezcas.

—No tienes que dárme las, tú eres la que ha conseguido todo, Noa. Yo solo te he mostrado el camino y tú lo has recorrido. Solo he venido a decirte que siempre estaré a tu lado.

Permanecemos un instante en silencio.

—¿Qué ocurrió cuando me fui?

Él aprieta la mandíbula.

—Creí morir contigo —sentencia—, le rogué al Gran Máster que terminase con mi sufrimiento, pero me hizo recordar la promesa que te hice antes de morir y tuve que cumplirla si quería volver a verte. Por cierto, Arcan te manda recuerdos.

—¿¡Arcan!?! —La sonrisa más grande del mundo invade mi rostro,

sacándome un instante de mi tristeza.

—Descubrimos que mi hermana había robado miles de huevos de dragón y que los tenía en el Palacio, escondidos. Ahora Orgrom es un nido de dragones bebé. Deberías ver a tu querido amigo lo gruñón que se ha vuelto, no tiene ninguna paciencia.

Niego con la cabeza, riendo. Daría lo que fuese por volver a verle.

—Habló el ser más paciente del mundo —bromeo.

—Aunque no lo creas, tuve mucha paciencia contigo, demasiada.

—¡Oh, sí! ¡Eras Gandhi personificado!

—¿Quién es Gandhi?

Yo vuelvo a reírme.

—Da igual, eso ahora no importa. ¡Cuéntame cómo va todo en Catarsis! ¿Cómo se organizan sin los serafines? ¿Qué has estado haciendo en todo este tiempo? ¿Qué ha cambiado?

—Vaya, tranquilízate o te va a dar un infarto, mujer —se hace el agobiado.

—¡Venga, cuenta!

—Noa, Catarsis ha cambiado tanto que ni siquiera lo conocerías. Ahora los Reinos no tienen fronteras, el Gran Máster eliminó los Palacios de Cristal y se puede pasar de uno a otro sin necesidad de autorizaciones de nadie.

—¡Esa es muy buena noticia!

—Las criaturas pueden amar a quien quieran, da igual su condición, su sexo o su raza. Ya no serán castigados por ello.

—¡Oh, ya era hora!

—El Gran Máster concedió la salvación a todos los que te siguieron.

—¿Y eso qué significa?

—Que ya no tendrán que pasar por todos los Reinos cada vez que mueran, sino que serán almas puras en cuanto fallezcan.

—¡Qué bien! —aplauo entusiasmada.

—Trok, Cedrik, Ágata, Ruffus, Olwa y los demás magos han sido reencarnados sin necesidad de purgar sus pecados. Esta nueva existencia será mucho más liviana que la anterior, llena de dicha y alegrías.

—Pero Cedrik y Suria están separados —ahora caigo.

—Por poco tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Suria le pidió al Gran Máster acompañarte en este mundo hasta que yo llegase. Ella no sabe que la aguarda una reencarnación junto a Cedrik llena de hijos y alegrías, es una sorpresa, ella cree que ha sacrificado todo por estar a tu lado.

De nuevo comienzo a llorar.

—No hay amor más puro que el de una madre por su hijo, Noa. Tu madre siempre estuvo a tu lado, incluso cuando no la veías, ella siempre te ha protegido, fue a visitarte cada noche durante toda tu infancia. Jamás te dejó sola.

Por fin comprendo aquellas caricias que sentía al acostarme y que siempre supuse que eran imaginaciones mías.

—Por eso se merece la mejor vida que puedan darle.

—La tendrá, no te quepa la menor duda.

Pasa un buen rato, el suficiente hasta que me repongo de tantas emociones.

—¿Qué hay de los serafines? ¿Y del traidor de Killian? ¡Ojalá se pudran todos en el infierno!

—Ahura fue desterrada de Catarsis y condenada a vagar sola durante toda la eternidad.

—Eso me parece poco, debería haberla hecho sufrir más.

—¿Más?

—Sí, ya sabes, en plan Prometeo o algo así.

—¿Quién es Prometeo?

—Un dios que robó el fuego de los dioses para dárselo a los hombres y por eso su padre le castigó encadenándolo a una roca para que un águila le comiese el hígado cada día.

Él me observa pensativo.

—Muy sádico, lo sé, pero Ahura hizo cosas mucho peores que robar fuego y solo se la castiga con vagar eternamente, no me parece justo.

Azael termina soltando una risotada.

—Vagar eternamente es mucho peor que ser comido por un águila, créeme, Noa.

—Está bien, si tú lo dices... ¿Y qué ha pasado con el resto de tus hermanos? ¿Y con el sapo apestoso?

—Pidieron clemencia y el Gran Máster se la concedió.

—¡Eso no es justo! ¡No puedes tener clemencia con esa escoria!

—Y por eso precisamente no eres tú el Gran Máster —asegura risueño.

—Tenían que morir todos, pero sufriendo mucho antes, nada de vidas eternas ni clemencias, eso no es razonable.

—Eso ya no es decisión nuestra. Nosotros ahora debemos decidir otras cosas, como por ejemplo ¿dónde vamos?

Está amaneciendo y Albor sigue siendo un caballo, por lo tanto, tenemos el mismo problema que anoche.

—¿Puedes convertirlo en otra cosa? —le sugiero, señalando al caballo con la cabeza con incredulidad.

No puedo creerme que le esté pidiendo algo así.

—¿En qué? —pregunta divertido.

—No sé, un conejo, una paloma, un hámster —me encojo de hombros.

Azael chasca los dedos y el caballo se transforma en una preciosa lechuga blanca que sale volando sin previo aviso. Todo un bello espectáculo.

Yo no logro cerrar la boca. No esperaba que fuese a hacerlo, en serio, estoy flipando. Mi cerebro no logra conectar con mi cuerpo para que reaccione.

—Nunca he visto amanecer, ahora comprendo que te gustase tanto —comenta.

Permanecemos abrazados hasta que el sol ha salido por completo.

—Es lo mejor de mi mundo.

—Tú eres lo mejor de tu mundo —añade, le sonrío y nos besamos.

—Bueno, supongo que ahora que ha salido el sol es cuando tú desapareces, ¿no? —aseguro con el alma destrozada, aunque contenta porque al menos hayamos tenido nuestra merecida despedida. Es lo que nos ha concedido el Gran Máster.

Él me mira, melancólico, acaricia mi rostro con uno de sus dedos y me contempla apenado.

—Aunque todo indique que nuestro amor es imposible siempre lucharé por él, hasta mi último aliento. Nuestros corazones se sienten, se llaman, se reconocen, no importa donde estemos ni la forma que tengamos, el amor atraviesa barreras, prejuicios e incluso vidas y mundos. Te amo, Noa, y eso no cambiará jamás. Allá donde estemos, nos encontraremos, no lo dudes.

No soy consciente de que las lágrimas invaden mis ojos hasta que no las siento resbalar por mis mejillas.

—No quiero que te vayas, ¡moriré sin ti! —grito al cielo, aferrándome a su pecho con todas mis fuerzas para sujetarlo.

No seré capaz de comenzar a olvidarle de nuevo, no quiero hacerlo, no me quedan fuerzas.

—Nadie ha dicho que vaya a irme.

Me separo ligeramente de él y levanto la cabeza para mirarle a los ojos.

—Es lo que has estado insinuando todo el tiempo —le digo —no merezco tu crueldad, dime la verdad —le ruego.

—Te estoy diciendo la verdad, Noa, he renunciado a todo por ti. El Gran Máster me ofreció ser el Señor de todo Catarsis, sin balanzas, sin portales, sin castigos, todo sería paz y prosperidad. Tuve al alcance de mi mano una eternidad llena de poder.

No sé si está bromeando para hacer más llevadera la despedida o realmente me está diciendo la verdad, por eso no sé si saltar, si reír, si llorar o si tirarme al estanque para ahogarme.

Él rodea mi cintura con sus brazos.

—Azael, has renunciado a la eternidad... ¿por mí?

—¿Y qué valor tiene la eternidad comparado con un instante a tu lado?

—¿Y si después de todo me muero mañana?

—No creo que después de lo que hemos vivido dudes que iría a buscarte hasta los confines del universo.

—¡Oh, Dios mío, te amo, Azael!

—Y yo a ti, mi Noa, vamos a disfrutar de esta existencia juntos, nos lo hemos ganado a pulso.

—Entonces, ¿somos dos simples mortales? Pero... pero... ¡tú haces magia!

No termino de entender nada, estoy tan excitada que me va a dar un infarto.

—Nunca dejes de soñar, Noa, porque siempre que creas, existirán los dragones, los magos, las ardillas parlanchinas, los unicornios, las mariposas, los demonios buenos... porque todos ellos viven en tu interior.

Siento las lágrimas recorrer mis mejillas.

—Entonces, la magia existe —balbuceo.

—La magia eres tú.

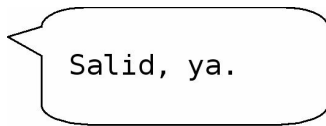
Epílogo.

«Noa, salid fuera que os llevo una sorpresa» resuena en mi mente.

«¡Te he dicho mil veces que uses el móvil!» le regaño.

Un momento después, suena mi móvil, es un wasap.

Azael:



Salid, ya.

Niego con la cabeza, riendo.

«No cambiarás nunca» pienso.

«Tampoco querrías que lo hiciese» me contesta.

«¡Sal de mi cabeza, maldito demonio!» le grito mentalmente.

Me dirijo hacia la habitación de Anurak, que significa ángel en tailandés, y le veo jugando con un par de trenes de madera sobre su camita, me quedo contemplándole durante unos minutos cómo pone vocecillas y los mueve como si tuviesen vida propia. Tiene cuatro añitos y es la viva imagen de su padre en miniatura.

—Mi amor —le digo con una voz dulce—, dice papi que vayamos a ver

qué sorpresa te ha traído.

El pequeño levanta la vista y lanza los trenes por los aires para salir corriendo hacia la planta baja lleno de alegría. Para él todo es una fiesta.

Hace algo más de cinco años, justo el día después de mi cumpleaños, que vinimos a vivir a Chiang Mai, Tailandia.

Todo empezó porque yo trabajaba para un modesto periódico local en Madrid y me enviaron como reportera a cubrir una noticia sobre las tribus Karen. Azael me acompañó, por supuesto, y desde aquel viaje nunca volvimos a ser los mismos, entre otras cosas, porque fue donde me quedé embarazada. Hay veces que pienso que la vida está llena de casualidades o quizás, como dice mi marido, de señales.

Aquel reportaje cambió muchas vidas y no me refiero solo a las nuestras, sino también a las vidas de las mujeres de la tribu y las de mis propios jefes del periódico, pues ganaron millones de euros gracias a mí, que destapé la trama.

Por aquella época se pusieron muy de moda las *Mujeres Jirafa* y después de veinte horas de vuelo y dos escalas, habíamos llegado para conocerlas.

Dos guardas de seguridad nacional nos llevaron en coche hasta el pequeño poblado donde habitaban. Allí había casas de bambú, tiendecitas y coloridos tenderetes repletos de brillantes sedas, baratijas y variopintos suvenires. Todo esto en medio de calles sin asfaltar llenas de barro, con muchos charcos donde los pollos, cerdos y las gallinas campaban a sus anchas. El aire olía a leña quemada y pronto divisamos en una de las casas con tejado de paja, completamente abierta a la intimidad del hogar, un gran caldero humeante abandonado a su suerte.

Azael se acercó a oler el caldero y enseguida salió una anciana gritándole de manera violenta en un idioma desconocido. Él pareció entenderla y se alejó de ella al instante. La escena fue, cuanto menos, graciosa, pues se trataba de una pequeña anciana haciendo frente con un par de ovarios a un inmenso hombre marmóreo.

Los dos trabajadores de seguridad que nos acompañaban se abalanzaron sobre ella para pegarle por su insolencia, pues el turista es sagrado en Tailandia, pero yo logré interceptarlos en el último momento, llevándome los golpes destinados a ella que les fue imposible evitar.

Azael, al ver aquello, casi los degolló a ambos y los cobardes salieron huyendo, dejándonos abandonados a nuestra suerte en un poblado en medio de la selva y sin cobertura en el móvil. Menos mal que los Karen no tenían fama de ser caníbales.

La anciana nos observaba atónita, parecía asustada. Poco a poco, fueron saliendo los demás integrantes de la tribu para hacer lo mismo que ella: observarnos. Aunque, más bien, al que miraban con mayor interés era a Azael.

El líder de los Karen no tardó en llegar, se trataba de un señor bajito, demasiado moreno y musculado, de unos cincuenta años, al que se notaba que todos admiraban y respetaban. Dijo algo en un idioma desconocido y Azael le respondió de igual manera, sin agachar la cabeza.

«¿Qué coño haces? ¿Quieres que nos merienden?» le reproché en la mente.

«Estoy tratando de evitarlo».

En realidad, no estaba demasiado preocupada, pues con hacernos invisibles tendríamos bastante, pero me quería quedar porque sentía curiosidad por saber más cosas sobre esta misteriosa etnia que parecía saber

quién era Azael, lo presentían.

El líder intercambió varias palabras con Azael, no me preguntes por qué, pero conoce hasta las lenguas ancestrales del antiguo Reino de Siam. Por el tono, daba la impresión de que se estaban retando a muerte, pero pronto descubrí que, lejos de eso, lo que estaban haciendo era contarse sus vidas. La conversación terminó en un fraternal abrazo entre ellos dos y todos los demás alucinando en colores, incluida yo.

De repente, comenzó a llover como si se acabase el mundo y el jefe Karen nos mostró el camino hacia una especie de techado donde resguardarnos. Salimos corriendo hacia el lugar indicado y nos sentamos allí los tres a charlar, bajo la atenta mirada del resto del poblado. Azael ejerció de traductor.

El monarca hablaba, mientras Azael me contaba de manera simultánea lo que me decía y viceversa. Aunque a veces sospechaba que se inventaba la historia según le convenía, pues me parecía demasiado corta la explicación que le daba a él o la respuesta que yo esperaba no era la obtenida. Aun así, fue maravilloso encontrarnos con él y conocer la historia de esa tribu desde dentro, pues los jefes no suelen tener contacto con los turistas.

Me contó historias de sus antepasados, sobre cómo cruzaron el desierto porque la dictadura birmana quería exterminarlos y sobre la cruda realidad que vivían sus mujeres, poniéndose esos aros que deformaban sus cuellos y espaldas, exclusivamente para poder subsistir, ya que el único ingreso que recibían era el procedente del turismo, ya fuese vendiendo sus artesanías o haciéndose fotos con ellas.

Nos contó que el gobierno no les concedía la nacionalidad, a pesar de llevar miles de años asentados y sospechaba que estarían siempre en tierra de nadie. Nos explicó cómo se auto abastecían con sus propios cultivos y que

nadie se preocupaba por ellos. Si enfermaba alguno, se moría y punto, no tenían derechos y el mundo seguía girando sin más. Nos dijo también que los niños desconocían que había otro mundo fuera de su poblado, que no tenían bienes materiales, ni siquiera armas por si les atacaban otras tribus o tigres. El gobierno solo se limitaba a cobrar costosas entradas para poder verlos y así se beneficiaba de su lamentable estado.

Algunas mujeres, incluso, aceptaban favores sexuales que les ofrecía algún degenerado a cambio de un puñado de bahts, lo que se estaba convirtiendo en algo peligroso, pues ya había habido los primeros casos de prostitución infantil y eso fue lo que me llegó al alma.

Los tres nos mantuvimos en silencio durante varios minutos, asimilando aquellas crudas palabras, mientras contemplábamos el glorioso paisaje que se extendía ante nuestros ojos, pues estábamos en lo alto de las pagodas del Parque Nacional *Doi Inthanon*, llamadas cumbres mágicas, y efectivamente, aquellas prodigiosas vistas eran, cuanto menos, mágicas.

Una de las ancianas se acercó hasta nosotros llamada por el líder. Me transmitió ternura y paz en sus ojos, por eso no me hizo sentir extraña. Me acerqué a hablar con ella y descubrí, sorprendida, que hablaba un poco de español, fruto de la supervivencia. Enseguida me cautivó su voz serena y casi susurrante. Conectamos de inmediato.

Gracias a ella pude entender, de una manera más extensa, la tragedia que se escondía detrás de cada uno de los rostros sonrientes que se exhibían al turista curioso.

En su limpia mirada pude percibir cómo los ojos de esta mujer habían observado la muerte de cerca y en aquel momento, sentí una infinita compasión por ella. Respondió a mis mil preguntas, saciando mi sed de saber sobre los mitos oscuros que habían rodeado a aquellas enigmáticas mujeres desde

tiempos inmemoriales. Me di cuenta de que me hallaba ante una mujer valiente y fuerte, que ahora por fin vivía en paz rodeada de sus hijos y nietos y que, pese a su condición de refugiada, era feliz. Aquellas mujeres eran conocidas en todo el mundo por llevar esos malditos anillos que hacían que se viesen como un dragón, que era una figura importante en su cultura y, según su milenaria tradición, las hacía más bellas. Pero la sensación de cuello largo era, realmente, consecuencia de la deformación que se producía en la columna y el deterioro de la musculatura en la zona entre el cuello y los hombros y no de ningún milagro divino.

En definitiva, una pantomima del gobierno para alargar un maltrato a niñas y mujeres porque les daba altos beneficios económicos y así lo habían vendido a todos los países del mundo. Por eso decidí que no iba a quedarme de brazos cruzados y permitir que cuatro malnacidos se aprovecharan de su desgracia, iba a darles las armas para luchar.

Nos quedamos viviendo con ellos unos cuantos días, los suficientes como para que yo me documentase y tomase las fotografías oportunas, y los necesarios como para que Azael fuese bautizado por ellos como *Decha*, que significa *Ser Poderoso*. Además, enseguida se dieron cuenta de que mi querido esposo no era un humano normal y corriente, sino que era demasiado especial, aunque ellos no se sorprendieron tanto ante este hecho como la vecina del quinto cuando le vio volar. Fueron unos días maravillosos en los que me sentí libre, con la misma sensación que tenía cuando estaba en Catarsis.

Su historia me resultó terriblemente indignante y así lo hice ver en mi artículo, que en un principio pretendía ser algo divertido y terminó siendo una denuncia social en toda regla que llamó la atención de muchísima gente. Tanto, que hoy en día el gobierno Tailandés está empezando a darles pasaportes y a tenerlos en cuenta como seres humanos que son, presionados por la opinión

pública. Todo fue gracias a mí, bueno, y a mis jefes que se atrevieron a sacarlo a la luz... y a un pequeño empujoncito de Azael, que les amenazó de muerte si no lo hacían.

Volviendo al presente.

Mi amado esposo aparece en su jeep verde entre la maleza de la jungla. Anurak baja las escaleras de la cabaña a toda prisa para recibirle con sus bracitos abiertos.

—¡Papi! —va gritando.

Yo no logro contener una sonrisa de tonta al verle corretear tan entusiasmado. A su padre y a él les une un lazo demasiado especial que no se puede explicar con palabras.

Azael aparca el coche a un lado para abrir la puerta del conductor y recibir al niño, que salta sobre su regazo, extasiado, mientras su padre lo besa y abraza.

—Te he traído un regalito, *querubín*.

—¿Qué es, papi, qué es? —chilla el niño nervioso.

—Lo estás malcriando, no puedes traerle algo cada vez que te vayas —le reprendo.

—Anda, no te pongas celosa, que para ti también hay —me guiña un ojo.

Azael se dedica a visitar todos los parques naturales del país para controlar a los contrabandistas de cocaína que se esconden en ellos y cada vez que va a un sitio, le trae algo al niño. He de decir, que lo que a cualquiera le llevaría entre tres y cuatro días de viaje, Azael lo hace en cinco minutos, es lo que tiene teletransportarse, aunque nadie conoce su secreto, por supuesto. Por eso se lo rifan y gana tanto dinero, además, de tener a raya a las peores mafias

de la droga internacional. Al fin y al cabo ¿quién no iba a temer al mismísimo Señor del Mal, no?

Anurak sale del coche con un paquete que casi es más grande que él, pero como es igual de bestia que su padre, lo arrastra con todas sus fuerzas antes de pedir ayuda. Azael va tras él con otra caja en sus brazos.

Yo los observo a ambos, sentada en las escaleras de nuestra cabaña de bambú. Me encanta contemplarlos cuando hacen cosas juntos, me pasaría la vida entera mirando cómo babea el gran serafín, pues ha resultado ser el mejor padre del mundo.

Anurak se ha sentado en el suelo y se dispone a abrir el paquete sin ninguna paciencia.

—¡Papi! ¿Y esto para qué sirve? —grita mi hijo emocionadísimo, con un libro igual de enorme que de antiguo entre sus pequeñas piernecitas.

—¡No es posible! —Exclamo, mientras corro a comprobar que realmente se trata del grimorio de Azael.

—¿Qué es, mami? —me pregunta a mí.

—Algo realmente valioso, mi vida, pero que guardaremos para cuando seas más mayor —le contesto, a la vez que le echo un mal de ojos a mi marido —, ¡o para nunca!

Él suspira al comprobar cómo me llevo el libro al interior de la casa.

—¡No seas aguafiestas! Ya puede empezar a hacer algunos trucos fáciles, como...

—¡De eso nada! ¡Por encima de mi cadáver! —le interrumpo, girándome antes de entrar por la puerta.

«No puedes estar hablando en serio» me recrimina mientras estoy dentro de casa.

«Ya hemos hablado de eso, Azael, nada de magia, ¿tiene que ser un niño normal! ¿O acaso quieres que se le lleven lejos de nosotros para estudiarlo?».

«Noa, los dos sabemos que no podremos ocultarlo durante mucho más tiempo. Es mejor que vaya aprendiendo a canalizar su energía y solo así es como podrá ocultarla. Cuanto antes asimile quién es, antes podremos volver a la civilización, no vamos a vivir eternamente en la selva».

Tras dejar el libro bien escondido debajo de la mesa, vuelvo a salir y bajo los escalones. Los dos nos miramos, sabiendo que ambos tenemos nuestra parte de razón.

—¿No vas a abrir tu regalo, preciosa? —añade mi hombre, al que ahora mismo odio.

—¡No!

Paso de largo de él. Necesito estar sola y por eso me dispongo a dirigirme hacia mi lugar preferido del mundo. Azael le ordena a Anurak que vaya con la abuela, que no es otra que la anciana de la tribu que le cuida cuando nosotros estamos fuera, no es que sea su abuela de verdad.

Para llegar hasta mi amado refugio, hay que atravesar un sendero rodeado de árboles milenarios cubiertos de líquenes, que aparecen de repente entre la niebla, formando esculturas de criaturas con formas caprichosas, que traicionan la imaginación y parece que vayan a cobrar vida en cualquier momento, como si de una animada ilustración de un bosque encantado, repleto de seres extraordinarios, se tratase. Y puede que así sea.

Llego al viejo banco de madera donde me acomodo. Hay veces que

necesito estar en la más absoluta soledad, rodeada únicamente de los misteriosos sonidos del bosque y pensar, entonces, es cuando todo a mi alrededor se convierte en algo mágico. Observo el paisaje que se expande frente a mí, las pagodas lucen especialmente bellas con la luz del atardecer, además, en esta época del año está todo lleno de orquídeas silvestres y de diversas flores coloridas.

—Sé que necesitas conectar con la naturaleza tanto como respirar, pero odio que me dejes con la palabra en la boca.

Su voz a mi espalda me sobresalta. No le había escuchado llegar.

—Quiero estar sola.

—Y yo no quiero que lo estés.

Se sienta al otro lado del banco, lo más alejado de mí que le es posible y ambos contemplamos el mar de nubes que hoy cubre el paradisíaco paisaje bajo nuestros pies, ya que nos encontramos en la montaña más alta de Tailandia.

—No puedes luchar siempre contra el destino, Noa. Hay veces que siento que olvidas quién eres y que no te sirvió de nada ir a Catarsis —dice finalmente.

—¡No tienes derecho a decirme eso, tú nunca has vivido como un ser humano normal! Te ha dado igual que te descubran, por eso tuvimos que huir de Madrid, no ha sido ningún destino. No podías vivir en la ciudad desapareciendo y moviendo objetos. ¿Tan difícil era coger el metro? —le recrimino.

—No. No te equivoques. Puede que yo tenga parte de culpa, pero tú te empeñaste en ayudar a esas mujeres en cuanto las viste. Dejaste todo por venir

hasta aquí y has hecho una labor encomiable, Noa, gracias a ti, hoy en día tienen una vida digna y muchos derechos. Pero tú no pareces ser feliz. Siempre miras por el bien de los demás y nunca por el tuyo propio ¿qué es lo que deseas?

Le miro, con los ojos anegados en lágrimas, su mirada está triste.

—Claro que soy feliz, ¿cómo no iba a serlo? Tengo un marido maravilloso al que adoro con todas mis fuerzas, porque solo vive por hacerme reír y un hijo precioso al que amo más que a mi propia vida. Además, vivimos en un entorno único, que es lo que necesito, la naturaleza. Trabajo ayudando a los demás y eso alimenta mi alma, de verdad que soy muy feliz, Azael, no puedo pedir más a la vida.

—¿Entonces, qué ocurre?

—Tengo miedo —confieso.

—¿Otra vez?

—Hacía mucho que no lo sentía, tú lo sabes mejor que nadie, pero ahora estoy aterrada porque no sé qué hacer ni qué es lo mejor para nuestro hijo.

—¿Tienes miedo por Anurak?

—No quiero que sea un paria social, alguien que no tenga amigos o que sea raro y solo porque nosotros seamos felices aquí. No quiero ser egoísta, él es lo primero. Creo que ha llegado el momento de replegar velas y volver a la ciudad.

—Yo haré siempre lo que tú quieras, Noa, sabes que soy feliz estando a tu lado y que todo lo demás me da igual. Pero debes pensar que Anurak crecerá y se marchará, vivirá su propia vida y tú no vas a poder estar siempre a su lado para protegerle, por mucho que nos pese a ambos.

—No quiero que haga magia, Azael, te lo suplico —las lágrimas recorren mis mejillas.

Él me mira, apenado y me acoge entre sus brazos para consolarme.

—Eso no depende de mí, mi amor, ni siquiera de ti, y lo sabes. Te conté lo que vi en aquel maldito espejo de Áralush, nuestro hijo será el Señor de todo Catarsis y nadie podrá remediarlo.

Cada vez que me lo recuerda, siento un puñal desgarrar mi corazón.

—¡No! ¡No lo permitiré! —grito, llorando y dándole puñetazos en su marmóreo pecho que a él no le producen ni cosquillas.

—Noa —coge mi rostro entre sus manos y me besa con dulzura, aplacando mi ira como solo él sabe—, todos debemos encontrar nuestra alma gemela y él no va a ser menos. Tú misma fuiste La Elegida de Catarsis, ¿por qué no ha de serlo él? Por el amor de Dios, es un niño extremadamente inteligente, como tú, ¿le has visto cómo llevaba ese libro enorme? ¡Es incluso más testarudo que yo! Nuestra sangre corre por sus venas y la magia también. No es ninguna maldición, cariño, sino todo lo contrario. Lo único que puedes hacer como madre es mostrarle el camino para que vaya preparado, lo demás no depende de ti. Tú, mejor que nadie, sabes que el destino siempre se cumple, por mucho que intentes evitarlo.

—Pero mi visión no se ha cumplido.

—Yo cambié el destino de ambos al tomar la decisión de unirme a ti y los dos aceptamos el vínculo, por eso debemos aceptar todo lo demás.

No puedo evitar sentirme culpable por haber aceptado tal cosa. Al pensar en mi felicidad junto a Azael, no sopesé las consecuencias que tendrían mis descendientes, una de ellas, por ejemplo, que puedan hacer magia.

—¿Y no habría ninguna manera de impedirlo? —le pregunto.

Supongo que el hecho de que yo no tuviese nunca esa figura protectora en mi infancia, provoca que quiera sobreproteger a mi niño continuamente, pero no lo puedo evitar, si algo le sucediese, yo moriría con él. Sin embargo, Azael es todo lo contrario y por eso mantenemos la balanza equilibrada, por el bien de los tres.

—Noa, eres una mujer fuerte, una valiente guerrera y tu hijo no es menos. Deja a un lado las dudas y los temores, acepta el destino de frente y no mires atrás. Anurak es un ser especial al que has traído al mundo, pero no te pertenece, solo debes instruirlo para que aprenda a afrontar su propia vida y después dejarlo volar.

—Si lo llego a saber, no hubiese tenido hijos —sollozo de nuevo sobre su pecho y él me abraza—. ¡No! De haberlo sabido, ¡no hubiese ido a Catarsis!

—Pues te hubieses perdido todas las cosas maravillosas que nos han sucedido.

Continúo lloriqueando entre sus brazos, esos brazos que siempre están ahí para reconfortarme y darme consuelo.

—Odio que siempre tengas razón —balbuceo pasado un buen rato.

Él suelta una carcajada.

—Pues a mí me encanta que me la des.

Ambos nos miramos cuando escuchamos un chasquido a nuestra espalda.

—¡Anurak! —exclamo al verle tras el banco.

Corro a cogerle en brazos, comprobando que su pequeño cuerpo no

tenga ningún rasguño, pues es imposible que haya venido hasta aquí él solo.

—¡Por Dios! ¿Has venido tú solito?

—Sí —afirma tan campante.

—¡Mami te ha dicho que hay tigres y osos escondidos tras los árboles, no vuelvas a hacerlo! ¿Me oyes? —le regaña.

Con solo pensar en lo que podría haberle ocurrido me entra el pánico.

—Mami, pero si no he atravesado el bosque —me dice con su vocecilla dulce y cantarina.

Azael y yo nos miramos, sorprendidos.

—Entonces, ¿cómo has llegado aquí? —le pregunto acongojada, sabiendo ya la respuesta.

—Quise estar contigo y, de repente, aparecí en este sitio, ¿ya soy un mago, mami? —Él está emocionadísimo y yo no tanto, pues no puedo evitar imaginármelo en medio de una guerra o saltando al vacío.

El padre nos observa a ambos sin articular palabra, expectante.

—Para ser un buen mago, primero debes saber controlar tu magia, pequeñajo, y después de eso, hacer caso a tu madre en todo lo que te diga —le coge Azael de mis brazos, por miedo a que me desmaye.

—¡Pero mira, papi, si ya sé controlar mi magia! —alega.

El mocoso levanta una mano y, de pronto, aparece un pajarillo azul precioso sobre uno de sus deditos.

Yo me llevo las manos a la boca para evitar exhalar un grito.

—¿Cómo? ¿Cómo lo has...? —balbuceo, señalando el pájaro.

—Mami, el pájaro no existe —cierra su mano y el ave desaparece—, solo he convencido a tu mente de que sí.

—¡Ay, Dios mío! —exclamo.

Azael no aguanta más y suelta una risotada. Le miro aterrorizada, pero él está henchido de orgullo.

—Noa, vayamos a casa, creo que hoy comienza una nueva etapa en nuestras vidas y promete ser muy divertida —me anima.

¿Cómo puede estar tan tranquilo?

—Pero...

—No hay peros que valgan —me interrumpe en un tono seco, haciéndome reaccionar por fin—, esto ha ocurrido antes de lo que esperábamos. Necesito a esa guerrera que un día fuiste y si no está ahí, ve a buscarla allá donde esté.

«Hace mucho tiempo de aquello, a veces dudo que alguna vez existiera» digo para mí.

—Yo me enamoré perdidamente de ella y sé que ahora mismo la tengo delante, solo debe despertar.

Él me atrae hacia sí y me besa con toda la pasión que le caracteriza, esa pasión que no pierde aunque pasen los años y que despierta en mí las ganas de volar.

—Te amo y te amaré hasta mi último aliento, ya seas druidesa, guerrera o humana, porque tu alma siempre será la misma, esa que ha cautivado a la mía para toda la eternidad, mi Noa —susurra contra mis labios.

—¡Te amo, mi serafín cabezota!

—Esta noche sabrás lo que tiene el serafín reservado para ti.

—¿Qué es un serafín, papi? —pregunta Anurak divertido.

—El ser más poderoso de todos los que hayan existido jamás —asegura con una voz de inframundo que al niño le hace reír.

—¡Oh, por Dios!

Y entre risas, volvemos los tres hacia nuestro hogar. Ese hogar perdido en medio de las montañas de Tailandia, que hemos creado con toda la pasión del mundo para vivir en familia, primero los dos y ahora los tres. Un hogar lleno de amor en todos los sentidos, algo que ninguno de los dos conoció nunca y que ahora es nuestro tótem. Y un hogar lleno de sueños y de magia.

FIN.

Si te ha gustado esta novela, por favor deja tu comentario en amazon, así ayudas al autor a difundir su obra. Gracias.

NOTA DEL AUTOR.

«*C* huang Tzu, un filósofo chino, soñó que era una mariposa. Al despertar ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu». Lo increíble también puede darse en un hecho tan simple y cotidiano como soñar.

Catarsis nos demuestra la naturaleza subjetiva de la realidad, ya que la percepción de la realidad que tiene cada individuo es algo completamente personal, pues la misma vivencia no es igual para dos sujetos distintos.

A Noa ya no le importa si vive en la realidad o no, si Catarsis ha sido un mero sueño, o no, solo le importa que ha aprendido a ser feliz.

No hay que perseguir sueños, hay que hacer que estos se conviertan en realidad. Porque al final, nuestros sueños, también son parte de nuestra realidad.

Yo quería expresar con este libro que se puede caminar entre lo cotidiano, como hace Noa y, de pronto, en una vuelta de página, en un giro inesperado, entrar en un mundo fantástico y lleno de magia. Porque cada día de nuestra vida tiene algo de extraordinario, tan solo hay que saber valorarlo.

He intentado hacer esa magia por medio de mis palabras, como si fuese un sabio hechicero, como Ruffus, que convierte en creíbles sus historias más

inverosímiles, consiguiendo que tú, mi querido lector, también entres en mi universo: Catarsis es el maravilloso mundo interior que cada uno tenemos escondido en lo más profundo de nuestro ser y que muchas veces no nos atrevemos a descubrir, aunque estoy segura de que a partir de ahora, que ya sabes que el miedo no existe, conseguirás cualquier cosa que te propongas.

En definitiva, espero, de todo corazón, haber logrado que al final de esta novela pongas un gesto de sorpresa en tu rostro y una sonrisa cómplice.

Gracias, una vez más, por leerme. Sin ti, nada tendría sentido.

Anabel García.

Agradecimientos.

Quiero agradecer en primer lugar y, como siempre, a las personitas que más sufren mis ausencias, a mis dos ángeles a los que dejo cada vez que me llaman las musas, a César y Yago: sois mi vida y la razón por la que respiro. Me he reído mucho compartiendo con vosotros mis conocimientos sobre serafines y unicornios, la próxima vez que me aventure a escribir fantasía, vosotros seréis unos protagonistas maravillosos, pues ideas no os faltan.

A mi amor, mi marido, que asume mis ausencias sin reproches y siempre con una sonrisa y palabras de cariño, incluso cuando los niños se ponen pesados. Gracias por entender mi gran pasión y por animarme a no rendirme y seguir luchando. Además, gracias por ser mi muso y el protagonista de mi gran historia de amor. Te iubesc.

Me gustaría hacer una mención muy especial a mi madre. ¿Qué se puede decir sobre el amor incondicional de una madre? Pues yo podría decir de ella, resumiendo, claro está, que es y siempre ha sido mi talismán. Esa roca a la que aferrarse en medio del naufragio, esa amiga que nunca falla y ese ángel de la guarda que no te abandona jamás. Ella es capaz de ir cargada con libros a los confines de la Tierra y pasar vergüenza con desconocidos, solo para que su hija sonría. Gracias mamá, porque he aprendido a ser una madre ejemplar viéndote a ti. Te quiero.

A mis hombres, mi padre y mi hermano también quiero daros las gracias por vuestro aliento y apoyo siempre que me flaquean las fuerzas. Carri, gracias por tantas horas que pasas para ayudarme a denunciar tantas cosas y

por ayudarme tanto con los peques.

A mis administradoras del alma, Anita y Moni, espero que una vez más nos echemos unas risas comentando la novela y salgan mil collages de ella. No cambiéis nunca, nenas, sois una de las cosas más bonitas que me han pasado en este mundo. Gracias por estar ahí cada día, os quiero too much.

A la MINA DE KAKA: Tania Lighling Tucker y Rose Gate, chicas, sois grandísimas escritoras, pero todavía sois mejores personas, que ya es decir y os agradezco vuestra ayuda siempre ¡No perdáis la oportunidad de leerlas! Mila y Nani gracias de todo corazón por lo que vosotras ya sabéis, os debo un achuchón y mil besos a cada una, ha sido una experiencia increíble. Y a las cuatro, gracias por esas charlas literarias y por todas las charlas en general, porque os tengo mucho cariño y siento que sois amigas de verdad. Cada día me troncho de la risa con vuestras locas ocurrencias, no cambiéis nunca.

A Raquel y Alejandra, gracias por ser mis lectoras incondicionales, pero sobre todo, gracias por ser mis amigas y estar siempre cerca ¡sois la bomba! Un besazo.

A Sonia, Gema, María y Amaya a ver cuando quedamos de una maldita vez, manda huevos que os lo tenga que decir por aquí, jajaja. Gracias por ser como sois, chicas, una fuente inagotable de buen rollo. Basis.

A Cris, la mamá del mejor amigo de mi hijo, César, en un principio y una de mis mejores amigas hoy en día. Gracias por esos comentarios sobre mis locas teorías y esas opiniones siempre sinceras. Te adoro, cariño.

A Pili Doria (mi sister), Noe (Devoralibros, mi cuchu), Eve (mi loca preferida), Mariah Evans (grandísima escritora y persona), Vane (mi borde preferida, jajaja) y Gema (eres una crack), gracias por no fallarme nunca, por vuestros consejos, vuestras palabras de cariño y por ser mis amigas, en

definitiva. Me debéis una fiesta del pijama y lo sabéis. ¡Os quiero!

A mi prima Irene, tita Montse, tito Ángel y mi prima Mercedes, gracias por apoyarme, por leerme y por estar siempre cerca, aunque yo siempre esté lejos. Os quiero mucho y os echo de menos muchas veces.

A Rosmina, Ascen, Mónica y Tere, aparecisteis de repente en mi vida como un soplo de aire fresco y os habéis convertido en unas mujeres a las que admiro y respeto, con las que me encanta pasar horas y horas. Gracias por vuestros consejos y por leer mis novelas. Espero que este año nos veamos más. ¡¡Os adoro!!

A Cecilia, Gaby, China y Jesse, mis Divinas, gracias por tanto, por todo y por ser como sois, unas grandes personas que siempre ayudan al autor y a mí especialmente, se os quiere, chicas.

A Pilarcita, gracias por estar cerca cuando estamos tan lejos. Eres esa amiga que siempre está cuando se la necesita y la que siempre me defiende con garras y dientes sin dudarle, gracias por existir mi Clau bella. Un besazo a mis princesas, Fernanda y Antonella.

A Kathy Pantoja, la mujer de hierro que no quería leer romántica, la mujer distante que no quería leer fantasía... ¡Y las leyó! ¡Y le encantó! Aquí tienes el desenlace de Catarsis, espero estar a la altura de tus expectativas. Gracias por todo lo que me ayudas y por tu cariño. Mil besos, preciosa.

A mis fieras. Mis Solo Tuyas, que me dais miles de alegrías cada día y me sacáis una gran sonrisa siempre con vuestros buenos días y comentarios en facebook, sin vosotras, nada sería lo mismo:

Mireia Jiménez, Remedios Castro, Verónica Naves, Cristina García Fernández, Leti, Iratxe y María Arribas de Picaronia, Monika Tort, Mariló y Paqui, Alicia Capilla, Maryssa Cortavitarte, Noelia Tejada, Laura Duque,

Pilar Sanabria, Mónica Fernández cañete, María García, Lau Lacampo, Sandra, Sylvia Ocaña, Kuki, Yoli Gil, Inma Galdeano, Anna Sanchez, Elena de Torres, Pilar Gómez, Claudia Meza, Inma Gómez, Yerleris, Ilyn, Presentación Ramírez, Maria José Muñoz (Gonzalo es mío y solo mío), Mercedes Angulo, Alicia Barrios, María Vicente Corbalán y Juani Gómez, Belén Pinto, Sara Martín, Brenda Álvarez, M^a Ángeles Rubio, Natalia Zgza., Maria José Valiente, Raquel Aparicio, Flavia Farias, Vero Nieto, Eva María Solano, Rosa Monteverde, Magda Secall, Jull Dawson, Antonia Grande, Sayo H., Luisa Pastor, Mónica Martínez, Noemi Casco, Pepi Dios, Francisca Zafra, Jesse Jane, Raquel Guerrero, Maite Sánchez, Anita Tapia, Maribel Martin, Mónica Dávila, Eva Nicolás Cuevas, Esmeralda Fernández, Estela Rojas y Lorena de La Fuente (mis tertus adoradas), Laura Ortiz, Begoña Durán, Clara Casero Tejada, Cris Moreno, Arrate Solana, Mónica Oliva, Ana Vanesa, Flypink Gomez, Encarna Prieto, Ana Belén Palma y Rosario, Fari Vivi, Teresa Carou, Natalia Berroa, Paky Martin, Preppy Gominola, Romanticaadicta, Davinia, Desiré García, Olga LB, Carolina Paredes, Piedad de la Vara, Adela Pérez Blanque, Tere, Roxy, Veris y Ana en su mundo.

A Michelle y Bernice gracias por comentar cada novela conmigo de una manera tan especial, como si estuvieseis dentro de ella y por respetar mis silencios y ausencias porque no me da la vida para más, pero sabéis que os quiero mucho y espero que no me faltéis nunca.

A Kissy, Annie y Tamara, gracias por vuestro cariño siempre.

A Mari Luz de Costa Ballena, a ver si ya nos vemos, gracias por tu cariño, mi niña.

A Pili Boix mi rubia favorita, a Lorena, Paula y Manolo, espero que nos volvamos a juntar prontito.

A García de Saura, gracias por ese súper mapa de Catarsis y por esas

conversaciones de tres horas ¡eres una genia y me alegro cada día más de haber ido a aquella feria del libro! Y a Salvi, que viva la madre que te parió. Sois geniales, chicas.

A Pili Ferrera, gracias por ser una gran persona y una gran lectora, a ver si nos vemos más. Mil besos, guapa, vales mucho.

A Flor, Pili, Lupe, Dori y Angelines, gracias por estar siempre pendientes y leer mis novelas, además, por vuestro cariño. Os quiero.

A mis morales queridas: Sara Arias, Sara García, Marisol Mato, Silvia Cardador, Techí, Gloria Escribano Sánchez, Diana Hernando, Berta Izquierdo, Marce, Isabel Ortega, Beatriz Madrigal, M^a Carmen Camacho, Teresa Pérez, M^a Ángeles Caballero, Fernanda Buzón GRACIAS por vuestro apoyo. Y a mi Cris (librería Cervantes de Naval Moral, gracias por la infinidad de cosas que haces por mí, cariño).

A Tania y Cintia, ¡ándale wey! Sois la caña, nenas, de las pocas que están conmigo desde el principio y por eso os tengo un cariño especial. Gracias por no dejarme y por vuestras palabras tan bonitas siempre. Os I love you, Kisses.

A Estibaliz, gracias por ser como eres, por cada detalle y por tu cariño, mi txurruka, una magnífica persona y amiga.

A Ada Rodríguez, Dulce, Yanira A. Soto, Encarna Navarro, Rocío Gómez, Yoli Xerez, Elena Betancort, Cris Moreno, Eve Castillo, Marilena Ribas, Ana Perez, Luisa Martínez Moragues, Belén Pinto, Inma Ferreres Molés, Brenda Álvarez, Noemi y Agus, Vane Arteaga, Toñi Aguilar Luna, Helena Blanco, Pilar Sanabria, Eli González, Dori García, Jelly Aglaed, Ana Valeria Mercado, Raquel Aparicio, Aura Albarracín, Luisa Pastor, Mamen Borrega, Nq palm Palm, Joaky Carrasco, Montse Ferre, Celia

Sierra, Mari Ángeles Rubio, Maria José Gallego, Yohana Tellez, Merche Cuadros, Julia Arenas, Brenda Álvarez, Esperanza Garcés, Susi Pelaez, Maribel Álvarez, María Camus, Anabel Olivares, Elisa Martínez, M^o José Escamilla, Isa Nieto, Dili Roldan, Kuki Pontis, Vane Arteaga, M^a Irene Citrón, Rosa Meso, Malu Parada, Andrea Gutiérrez, Carmen RB, Gema Sánchez Ruiz García, Desiré García, M. Carmen Romero Rubio, Marie García, Loli Deen, Sara García Ruiz, Noelia Fenollar, Alejandra Alameda, Carol Álvarez, Marta Jaén, Calu Amor, Tiaré Pearl, Guada, Olimpia, Sagrario, Lorena, Isa Jaramillo, Cefi, Raquel Aparicio, Carolina Reyes, Lola Ramos, Alba Jiménez, Chloe Queen, Ana María Gernhardt, Evelyn HG, Anabel Moreno, Nira, Tamara González, Melina Rivera, Danutza, Nuria Pazos, Ivonne, Mariely Soo, Ana Artetxe, Ruth Sol Ferrero, Paty Flores, Araceli de la Cruz, Yesebeth Ollarve, Lety Iniesta, Cori Zapata (women's power), Fina Vidal, Rosario Lezma, Mary Cambra, Liliana Elizabeth Ezcurra, Laura Chavero, Miriam Morales, Ny Marmolejo, Yandelera G., Beky, Mónica, Yeka, Celia, Norkys, Patry M, Cristina Pardo, Montse Cacho, María Alarcón, Marina Sevilla, Paqui Nieto, Roxana Baudracco, Berenize Vázquez, Egarlys Rodríguez, Yissel R. Ricardo, Yennely Pérez, Danitza, Marian Vázquez, Rosana del Río, Niyireth Urrea, Dory Graff y Cecilia, Nuria Fernández, Zoar Gavarrete, Encarna Loriz, Anabel Moreno, Katia Alonso, Magaly Ramos, Lorena Di Rado, Maria Luz Gavetti, Luz Alvarenga, Patricia Buosi, Ana María Garriz, Wanda, Dori Crespo, Jacqueline Cruz, Beixy Estévez, Areli Avah, Inma Lahuerta, Patricia Muñoz, Yenifer Ch, Yorleni, Elsa Maximiliano, Pili Jiménez, Montse Ortiz, Mitera Díaz, Miriam Cordero, Beatriz Jiménez, Elsa Castro, Saymed, Victoria Antonella Brítez, Myriam Silva, Campanilla Prada, Anais Ob, Marina Torres, Maria José Sánchez y Ainhoa, Priscilla Cornieles, Paty Álvarez, Clara Díaz Benítez, Georgina Maio, Amparo

Torres y tantísimas más...

Si se me olvida alguien, que seguro que sí, por favor, perdonadme.

Lo dicho, GRACIAS A TODAS, ¡SOIS LAS MEJORES!
